



las bases

DOMINGO
19 DE MAYO DE 1985
N\$ 100.-

LOS ULTIMOS AÑOS

LOS ULTIMOS MOMENTOS



Horas antes de producirse el golpe de estado, el Plenario del Frente Amplio había decidido que Zelmar Michelini viajase a Buenos Aires a interceptar a Erro, ya que se sabía que éste sería detenido -con o sin desafuero- a su regreso a Montevideo. Esto determina que ambos se queden en la vecina orilla. Zelmar pasa a vivir en el Hotel Liberty. Allí residirá hasta el momento de su asesinato.

Sobre los casi tres años vividos en Buenos Aires, el periodista argentino Roberto García, compañero de tareas de Zelmar en el diario La Opinión, dijo al semanario Búsqueda a mediados del 84: "Comenzó trabajando en el diario Noticias, de la izquierda peronista. Su estadía allí fue muy breve. Pasa de inmediato a La Opinión, donde en general escribía sobre política internacional. La Opinión tenía en ese momento varios exiliados en su staff".

¿Cómo vivía Michelini en Buenos Aires?

"Creo que lo significativo a decir para explicar el entorno de Michelini, es que a éste se le hacía muy duro vivir aquí.

Supongo que uno de los mayores dramas de su vida fue tener que dejar Montevideo. Si bien tenía más o menos resuelto el problema del alojamiento ya que vivía con uno de sus hijos en un hotel que creo que le daba alguna facilidad, él colaboraba económicamente con algunos miembros de su familia.

Ganaba el sueldo normal de un periodista y vivía realmente en forma muy ajustada. Todas esas tonterías que dicen de las "bondades" del exilio, entonces en el caso de Zelmar no existían. Su vida más o menos era la siguiente: de mañana recibía gente en el hotel. Ocasionalmente se permitía ir a mirar jugar ajedrez al café Richmond, ubicado sobre la calle Florida, a la vuelta del hotel Liberty, en que residía. El ajedrez era una de sus pasiones, y aunque jugaba bastante mal, era un buen observador. De tarde (14 horas)

iba al diario, distante unas cuatro cuadras. Allí también recibía mucha gente; muchos venían a plantearle historias del Uruguay. Luego cuando se iba del diario iba a ayudar a su hija y a su yerno que tenían una agencia de Prode.

La vida de Zelmar era totalmente austera. Antes que nada, en esa época, era un abuelo. Ya no le quedaba siquiera el placer de ir a las carreras. A él, el exilio verdaderamente lo castigó".

UNA CARTA

Trece días antes de ser secuestrado, Michelini le entregó a usted una carta en la que le manifestaba sus temores de ser secuestrado y trasladado luego al Uruguay. ¿Le hizo algún comentario suplementario?

"Bueno, nosotros hablábamos mucho. Recuerdo que había gente que le decía que él y Ferreira eran enemigos públicos de los militares. Yo no digo que Zelmar tuviera miedo. Creo sí que tenía mucha preocupación por lo que pudiera pasarle a sus hijos, los que estaba allá y los que estaban aquí. Cuando me entregó la carta, me dijo estar preocupado por las cosas que le estaban diciendo, y que le parecía que debía dejar algún tipo de testimonio escrito por si le pasaba algo. Recuerdo que le hice muchas bromas sobre eso. Pero evidentemente, él había recogido versiones muy ciertas, y sobre el tema estaba mucho más cerca de la realidad que nosotros. En esa época nosotros no habíamos vivido todo lo que vino después. Nuestra experiencia se basaba en las andanzas de la Triple A solamente. El tema de los secuestros, desapariciones, asesinatos, si bien se estaban desarrollando desde hacía algunos años en la Argentina, no habían cobrado el

nivel que conocimos años más tarde".

Qué pasó con usted luego de haber sido secuestrados Michelini y Gutiérrez Ruíz?

"Conversé de la carta con Timerman y con otro uruguayo que era jefe de redacción y decidimos publicarla junto con un pedido por la vida de los secuestrados".

EL TEXTO DE LA CARTA

Buenos Aires,

Buenos Aires, 5 de mayo de 1976

Al señor Roberto García

La Opinión

Amigo Roberto:

En estos días he recibido amenazas telefónicas anunciándome un posible atentado y además, mi traslado por la fuerza y contra mi voluntad a Uruguay. Me llega, asimismo, la información de que el ministro uruguayo (Juan Carlos Blanco) plantearía ante las autoridades argentinas la necesidad de que se me aleje de este país.

No sé cual puede ser el curso de los acontecimientos, pero en previsión de que, efectivamente un comando uruguayo me saque del país, le escribo estas líneas para que usted sepa que no tengo ni he tenido ninguna intención de abandonar Argentina, y que si el gobierno uruguayo documenta mi presencia en algún lugar del territorio uruguayo, es porque he sido llevado allí en forma arbitraria, inconsulta y forzada. No sería la primera vez que se intenta hacer aparecer como voluntaria lo que es una actitud impuesta por la prepotencia y el salvajismo.

Disculpe esta molestia y le agradezco desde ya el uso que usted haga, si es necesario, de esta confidencia.

Su amigo

Zelmar Michelini

EL SECUESTRO

A las 2.30 de la madrugada del 18 de mayo, seis personas vestidas de civil derriban la puerta del apartamento de la familia Gutiérrez Ruíz, en la calle Posadas 1011, 4 A. Cuatro Ford Falcon estaban estacionados abajo, en pleno centro -Barrio Norte- de Buenos Aires. Barrio residencial, lleno de sedes diplomáticas y por ello permanentemente vigilado. Sin embargo este "operativo" parecía no llamar la atención. Incluso frente a la residencia de Gutiérrez Ruíz había custodias de la residencia de un agregado militar brasileño y de un ex rector. Nada pasó. Una hora demoró el "procedimiento" Gutiérrez Ruíz. Nadie se enteró. Durante esa hora el diálogo entre los que están en el cuarto piso y los que están abajo es permanente. Nadie oyó...

Los secuestradores entraron armados con escopetas y metralletas. Gutiérrez Ruíz fue sentado en el li-

ving, encapuchado. Mientras, los secuestradores revisaban todo. "Si avisa a otros uruguayos -especialmente Zelmar Michelini- matamos a su marido, le dicen a Matilde.

A la hora parten con Gutiérrez Ruíz y cinco valijas con pertenencias de todo tipo, especialmente lo de mayor valor. En el apartamento quedan Matilde y sus hijos, con el teléfono deteriorado. Quedan también centenares de huellas digitales de los seis secuestradores que después ninguna autoridad argentina investigó. Matilde salió rápidamente a realizar la denuncia en la comisaría. Se le contestó que no perdiera el tiempo. Mandó telegramas a todas las autoridades argentinas, incluidas Videla, Harguindeguy y Camps... No hubo resultados.

EN EL HOTEL LIBERTY

Si el apartamento de Gutiérrez Ruíz estaba en pleno centro, qué decir del Hotel Liberty, ubicado en Corrientes y Florida. Una hora después del secuestro del presidente de la Cámara de Representantes, doce hombres a punta de metralleta logran llegar hasta la habitación 75. "Zelmar: te venimos a buscar. Ha llegado tu hora". Dos de sus hijos -Luis Pedro y Zelmar- lo acompañan. A estos les sacan sus relojes y los cubren con frazadas. Media hora después se llevan a Zelmar con los ojos vendados.

Idéntica suerte a la de la esposa de Gutiérrez Ruíz corren las denuncias de Luis Pedro Michelini y el conserje del Hotel.

WILSON Y ALFONSIN

Wilson Ferreira Aldunate residía en las afueras de Buenos Aires. De Madrugada lo van a buscar seguidores del Dr. Alfonsín, quienes en conocimiento del peligro que le acecha, lo sacan en varios autos a recorrer la ciudad. Wilson permanece clandestino hasta que se comprueba la muerte de los ex legisladores y de dos uruguayos más. Había estado en contactos permanentes para tratar de salvarlos, pero ante el desenlace decide asilarse en la embajada de Austria. Antes de asilarse envía una carta al presidente Videla donde detalla los pormenores de los secuestros y asesinatos, así como denuncia la maniobra de hacer aparecer junto a los cadáveres de Rosario Barreto y de su compañero William Whitelaw Blanco, que habían integrado el MLN. En el auto en que fueron encontrados se hallaban volantes del ERP, a quienes los asesinos quisieron hacer aparecer como los responsables, lo que fue desmentido inmediatamente por aquella organización.

TODO EL MUNDO SE SOLIDARIZA

Durante los cuatro días en que nada se supo de ellos, el gobierno argentino recibió telegramas de todo el mundo pidiendo por la vida de ellos. Ambos formaban parte del Parlamento Latinoamericano y habían realizado denuncias en foros internacionales sobre la situación que se vivía en Uruguay. Gutiérrez Ruíz, invitado por el Parlamento Europeo, había visitado varios países meses antes. Michelini había asombrado al viejo continente con sus denuncias en el Tribunal Russell en 1974. A raíz de ello, la situación en Uruguay es conocida en los países más importantes. Por esa misma razón el gobierno uruguayo le cancela el pasaporte, impidiéndole ingresar a los Estados Unidos donde debía participar en el Congreso, invitado por Edward Kennedy y Edward Köch. Meses después de su asesinato, el parlamento norteamericano aprobaría la "ENMIENDA KOCH", donde se le suspendía la ayuda militar a Uruguay.



ASEGINADO EN SU CUMPLEAÑOS

El gobierno argentino -la dictadura militar argentina- había prometido investigar exhaustivamente la desaparición de los dos uruguayos, el día 21. El día 22 emite un comunicado donde "comunica que en el día de ayer fue encontrado en la intersección de las calles Perito Moreno y Dellepiane, siendo la hora 21 y 30, un vehículo coupe, color rojo, abandonado. En el interior del mismo se encontraba un cadáver de sexo masculino. Inspeccionado el baúl del rodado se hallaron otros tres cadáveres, uno del sexo femenino y otros dos masculinos. Las pericias realizadas sobre los cadáveres permitieron establecer la identidad de tres de ellos, a saber: Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruíz y Rosario Barreto de Schoeder, concordando los nombres de los occisos con los mencionados en los panfletos hallados en el interior del rodado, en los que una agrupación subversiva se adjudicaba la autoría del hecho. Los cadáveres presentaban varios impactos de bala y sus cuerpos se hallaban maniatados. Participa en el hecho la Comisaría 40a. con intervención del señor juez nacional de Primera Instancia en lo Criminal, Dr. Marquardt".

Realizada la autopsia se constató que los cuerpos presentaban quemaduras de cigarrillos y de torturas. La muerte databa del día 20, fecha en la cual Zelmar cumplía 52 años.

LOS ENTIERROS

El lunes 24 los cuerpos son trasladados a Montevideo en el vapor de la carrera. Los uruguayos, atónitos y profundamente conmovidos, todavía debemos asistir a un comunicado de las Fuerzas Conjuntas que recuerda que Gutiérrez Ruíz estaba requerido por sedicioso. A la vez se prohíbe informar por la prensa (sic) de todo lo acontecido, y de lo que pudiera acontecer en el entierro del día siguiente. El 25 encuentra a los cementerios Central y del Buceo repletos de una multitud conmovida, que ni siquiera el miedo de los comunicados, la impresionante presencia represiva, ni las decenas de máquinas fotográficas en manos de "tiras", pudieron detener. Varias personas son golpea-

das. Otras detenidas. Entre ellos varios dirigentes. Pero nada pudo impedir que gran parte del pueblo se lanzara a la calle.

LA INVESTIGACION

A pesar de haberse comprometido ante el mundo para investigar exhaustivamente el secuestro y asesinato de los ex legisladores y los dos uruguayos, el gobierno argentino no investigó nada. Absolutamente nada. Es más, después de abierto el caso tras la aparición de los cadáveres, el juez Marquant lo cerró enseguida. Este juez fue cesado por Alfonsín ni bien tomó el gobierno.

Actualmente se está realizando una investigación judicial a la que se ha llamado a declarar a varias personalidades uruguayas. El CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) ha desarrollado una intensa labor para contribuir a aclarar los hechos. Asimismo en el Congreso los diputados Augusto Comte y Miguel Unamuno han planteado varias veces el tema.

Por otro lado han surgido nuevas pistas al conocerse el caso de Enrique Rodríguez Larreta, uruguayo secuestrado en la Argentina y traído a la fuerza al Uruguay, junto con otros compatriotas. Es así que tras las declaraciones de un testigo, se tiene la certeza que el grupo que secuestró y asesinó a Michelini y Gutiérrez Ruíz también tuvo responsabilidad en el caso que venimos detallando. Incluso hay indicios bastante cercanos que Michelini y Gutiérrez Ruíz habrían estado secuestrados en el campo de concentración conocido como "automotoras Orletti", donde también se mantuvo por un tiempo a estos uruguayos luego traídos al país.

Ahora con ambos países en democracia, no cabe otra cosa que exigir una investigación exhaustiva y el correspondiente castigo a los culpables.

CARTA DE WILSON A VIDELA

Buenos Aires, 24 de mayo de 1976

Excelentísimo Señor Presidente de la Nación
Teniente General D. Jorge Rafael Videla

Señor Presidente:

Dentro de pocas horas buscaré el amparo de la Embajada de un país democrático, cuyo gobierno respeta las normas que rigen la conducta de las naciones civilizadas. Antes de hacerlo, tengo el deber de escribirle estas líneas. No sé si llegará a leerlas, pero creo que le haría bien hacerlo.

Hace casi tres años, a consecuencia de los acontecimientos políticos ocurridos en el Uruguay, Héctor Gutiérrez Ruiz, Zelmar Michelini y yo, uruguayos los tres, confiamos, como multitud de otros compatriotas, nuestra seguridad y la de nuestras familias a la protección de la bandera argentina. Poco o nada nos importó entonces ni después cuál fuera el gobierno o el régimen político que imperara en este país, pues en quien depositamos nuestra confianza fue en la propia nación. Así había sido siempre. Cuando nosotros—hablo también en nombre de mis compatriotas asesinados— integramos el gobierno uruguayo, acogimos en nuestra tierra a los perseguidos que llegaban a ella, procedentes de todos los sectores políticos y sociales, sin preguntar siquiera a cuáles pertenecían: y soldados; radicales en 1930; antiperonistas en la década del '50; peronistas desde 1955, antiperonistas luego, fueron recibidos y protegidos con fraterna solidaridad. Procedimos así, no sólo obedeciendo los dictados de nuestro honor, sino también porque, de haber querido hacer lo contrario, nos lo hubiera impedido el país entero, aferrado a una nunca desmentida tradición nacional.

Con la misma hidalguía fueron recibidos aquí aquellos uruguayos obligados a alejarse de su propia patria por las tormentas políticas, siempre, a lo largo de toda nuestra vida independiente. La razón de todo ello es muy sencilla: ¿cómo podría ser diferente, si nuestras dos patrias nacieron y vivieron en el culto de altos valores morales de solidaridad humana? ¿Si hasta para los infrahumanos, el huésped es sagrado, si respetar y defender a quien se alberga en nuestro hogar es condición necesaria para preservar la propia decencia y el respeto por sí mismo, cómo no iba a ser así entre argentinos y uruguayos? Y gracias a Dios, esa fue la ley sagrada, a lo largo de toda la historia, en los dos países del Plata y para su mutuo honor.

Héctor Gutiérrez Ruiz es—porque eso no puede quitárselo nadie— el Presidente de la Cámara de Representantes del Uruguay. Representa en ella al Partido Nacional, a pesar de un comunicado expedido desde Montevideo por quienes se ceban, como algunos animales inmundos, en los propios cadáveres. La condición de integrante del Partido Nacional, de blanco, como decimos los Orientales, la damos y quitamos los blancos mismos, y no está al alcance de los enemigos de su patria y de su partido. Tenía 43 años y presidía una maravillosa familia cristiana que integraba con su mujer y sus cinco hijos. Todos vivían, desde 1973, en Buenos Aires.

Zelmar Michelini es padre de diez hijos, y también desde 1973 trabajaba de sol a sol aquí en Buenos Aires para mantener a su mujer y sus hijos pequeños, y para ayudar a los un poco más grandes, que todos son muy jóvenes. Diputado, Ministro, Senador, siempre militó en filas políticas distintas que las de Gutiérrez y mías. Pero todos sentimos siempre por él un inmenso respeto, que se volvió, hace ya bastantes años, amistad entrañable.

Toda mi vida política se desarrolló, señor Presidente, cerca de estos hombres: uno al lado, y el otro enfrente. Pero en lo que nunca discrepamos fue en la necesidad de combatir toda forma de violencia injusta, cualquiera fuera su origen, y de afirmar la libertad y la dignidad de toda criatura humana. Tengo la seguridad de que, si los tres estábamos obligados a vivir fuera de la patria, fue precisamente porque quienes hoy la dominan están empeñados en eliminar la violencia ajena, pero extreman la propia hasta límites de horror.

No quiero repetirle, Sr. Presidente, las trágicas circunstancias en que fueron asesinados los dos compatriotas a que me refiero: su Excelencia debe conocerlos perfectamente, porque han sido publicadas en algunos pocos órganos de prensa, denunciadas ante usted por las dos viudas cuando, ahora lo sabemos, sus maridos aún vivían, y porque la propia Secretaría de Información Pública de la Presidencia de la Nación emitió un comunicado señalando la preocupación de esta última ante lo que eufemísticamente se señala como "desaparición de periodistas", y haciendo pública la decisión de que se investiguen exhaustivamente los hechos. Por otra parte, una vez aparecidos los cadáveres, por la misma vía, se reiteraron idéntica preocupación y la misma voluntad de investigatoria.

Estos son los hechos que el Sr. Presidente tiene el derecho y la obligación de saber:

La captura del Sr. Presidente de la Cámara de Representantes del Uruguay, D. Héctor Gutiérrez Ruiz, fue efectuada en las primeras horas del 18 de mayo, en su domicilio sito en Posadas 1011, casi Carlos Pellegrini, por un nutrido grupo de individuos provistos de armas de guerra, que actuaron en forma pública, pausada y disciplinada. Llegaron en varios automóviles Falcon blancos, idénticos a los que usa la Policía Federal, y desde ellos se comunicaban, por radio y a alto volumen, con un comando central desde donde se impartían instrucciones. Por otra parte, los secuestradores informaban a gritos, desde el cuarto piso del edificio, a quienes habían permanecido en la calle, el progreso del "operativo".

Los asaltantes permanecieron durante una hora entera en el domicilio de Gutiérrez Ruiz, pues luego de maniatarlo y dominar bajo la amenaza de las armas a su mujer y las cinco pequeñas criaturas, se dedicaron a una metódica y parsimoniosa operación de saqueo. No dedicaron la más mínima atención a libros, cartas, documentos, llevándose solamente todos los objetos de valor, dinero y—quizá tengan hijos ellos también— las revistas infantiles de los más pequeños.

El Sr. Ministro de Defensa Nacional manifestó a dos corresponsales extranjeros por separado, la noche del 20 (menos de 48 horas después de los hechos) que se trataba de una "operación uruguayo"; creo necesario señalar que en esa etapa de su ejecución material no intervinieron agentes de esa nacionalidad. Así lo aseguran categóricamente la Sra. de Gutiérrez Ruiz, los dos hijos del senador Michelini que presenciaron los hechos y el personal del Hotel Liberty, quienes coinciden en ello invocando la ausencia de modismos y hábitos de lenguaje que nos son tan característicos, y la ignorancia de ciertos datos históricos (quién era Aparicio Saravia, por ejemplo) inconcebibles en cualquier compatriota. En consecuencia, tengo la seguridad de que el Sr. Ministro de Defensa, al hacer tales manifestaciones, debe haber querido indicar: "planeada u ordenada desde el Uruguay".

Durante toda la operación, no se hizo presente ningún policía procedente de la Seccional próxima, a pesar de la natural alarma que los hechos suscitaron en el vecindario y entre quienes acertaron a pasar por el lugar. Tampoco acudió nadie desde las nutridas custodias armadas permanentes instaladas ante las embajadas de Brasil, Francia, Rumania e Israel, a pesar de que la más lejana se encuentra a menos de ciento cincuenta metros, y algunas en la proximidad inmediata. Los asaltantes no entraron al edificio por la puerta más discreta señalada con el número 1011, sino por la gran puerta de la esquina con el Pasaje Saever, exactamente frente a la entrada de un edificio donde habitan el Agregado Militar del Brasil y el Dr. Marcelo Sánchez Sorondo, y que cuenta con guardia armada permanente. Dicha guardia intervino, pero se retiró cuando los asaltantes exhibieron credenciales que los individualizaban como integrantes de la policía y las fuerzas armadas, actuando, según manifestaron, en "operativos conjuntos". Héctor Gutiérrez Ruiz fue sacado de su casa a medio vestir, maniatado y con una funda sobre la cabeza, a los empellones. Quienes lo conducían no demostraron ninguna nerviosidad y actuaron sin apresuramientos, utilizando nuevamente la puerta principal, más iluminada y visible, por la que habían entrado, a pesar de que directamente ante sí, al salir del ascensor, se encontraba la otra más cercana y discreta que volvieron a desdeñar. Y se alejaron, con su víctima y su magro botín, sin que hubiera hecho acto de presencia ningún representante de las que se ha dado en llamar "fuerzas del orden".

La aprehensión del senador Michelini se efectuó dos horas después de finalizado el episodio que he referido. Intervinieron en ella, presumiblemente, los mismos individuos u otros que obedecían a los mismos mandos, pues habían manifestado a la Sra. de Gutiérrez Ruiz que debía abstenerse de avisar a "Michelini y los otros uruguayos", pues de lo contrario ejecutarían a su marido. De cualquier modo, y para asegurarse, destruyeron el teléfono, pero no consideraron necesario apresurarse, ante el temor de ser perseguidos o de que la Sra. de Gutiérrez Ruiz hubiera encontrado un medio para dar el alerta. Los asaltantes no tenían pues temor de fuerzas militares o policiales que pudieran estar esperándolos en el hotel Liberty, como bien hubiera podido suceder.

El Hotel Liberty, donde fue secuestrado el senador Michelini, se encuentra situado en la calle Corrientes casi esquina Florida, y esta esquina es el Times Square o el Piccadilly Circus de Buenos Aires. En la acera del frente, y en la otra esquina de Corrientes con Maipú, se encuentra la dependencia quizá mejor custodiada de la ciudad: la sede de ENTEL, empresa telefónica estatal que mantiene, en ese edificio, el más

importante nudo de comunicaciones internas y externas de la República Argentina. No puede penetrarse en él sin exhibir la documentación personal, y ser cacheado por los centinelas militares provistos de ametralladoras. En la misma manzana, sobre la calle Sarmiento, se encuentra la Embajada de los Estados Unidos, provista día y noche de una excepcional custodia, y ante cuyo frente estacionan permanentemente por lo menos dos vehículos con efectivos fuertemente armados. A pesar de todo ello, también aquí los secuestradores actuaron con increíble ostentación, públicamente, evidenciando total seguridad y por consiguiente, no mostrando prisa ni propósito de ocultarse. Estacionaron sus tres vehículos en violación de las normas vigentes, ocuparon militarmente el frente y el iluminado hall del hotel, intimidaron a la totalidad del personal, obtuvieron las llaves, se hicieron conducir a la habitación del senador Michelini donde, tras inmovilizar a los dos hijos que lo acompañaban, lo obligaron a levantarse y vestirse y luego procedieron a vendarle los ojos. Pero no descendieron inmediatamente a la planta baja; por el contrario, iniciaron aquí también una sistemática operación de saqueo, haciendo fardos con las sábanas, en los que introdujeron cuanto objeto pudieron encontrar. Permitieron que el senador Michelini se dirigiera al baño, y lo autorizaron a llevar consigo los medicamentos que tomaba habitualmente. Finalmente, antes de retirarse, procedieron a despojar a los hijos del senador Michelini de sus relojes pulsera. Sólo entonces se retiraron, profiriendo en alta voz amenazas de muerte, y siempre sin intentar el más mínimo ocultamiento.

Toda esta conmoción sucedía en la acera de enfrente de la guardia militar de ENTEL. Al ver aquella expedición integrada por individuos provistos de armas cortas, pistolas, metralletas y escopetas Ithaka, dichos soldados deben—necesariamente— haberse abstenido de intervenir en la seguridad de que se trataba de personal militar o policial autorizado. En estos casos y en estos tiempos, los destacamentos militares actúan en base a seguridades, y no "por las dudas". Si así no fuera, los movimientos subversivos hubieran triunfado ya hace mucho tiempo. Pero los hechos son esos: a esa altura, ya hace cuatro horas que una banda de secuestradores y asaltantes, numerosa y bien armada, se ha enseñoreado del centro de la ciudad de Buenos Aires y lo recorre cometiendo desmanes, secuestrando ciudadanos ilustres de un país vecino, saqueando viviendas, copando grandes hoteles, profiriendo gritos y amenazas, sin que intervenga ningún integrante de la policía o las fuerzas armadas, o ponga tales hechos en conocimiento de sus superiores.

La familia de Gutiérrez Ruiz presenció aterrorizada, durante una hora, frente al jefe de familia atado y encapuchado, toda la operación de saqueo. Vio por lo tanto cuáles fueron los objetos que los ladrones se llevaron, pero también aquellos que desdeñaron luego de tenerlos en sus manos. Ninguno de los malhechores usaba guantes y sus huellas digitales quedaron estampadas por toda la casa, y algunas de ellas, muy nítidas, en lugares que no son tocados corrientemente. Tal es el caso de cuadros provistos de vidrio, colgados a cierta altura y que los asaltantes tocaron varias veces y luego arrojaron al suelo. La misma profusión de huellas dejaron en las habitaciones del senador Michelini, donde también actuaron exhibiendo la seguridad de su impunidad.

Los familiares de ambos secuestrados intentaron, inmediatamente, denunciar lo ocurrido ante la autoridad competente, a efectos de individualizar las dependencias a donde pudiera haberseles conducido. Pero ello en interés de las propias familias, que ante un procedimiento que se les aparecía como oficial, querían iniciar lo antes posibles las gestiones tendientes a lograr la liberación de los presos. Lo que no se comprende es para qué necesitaban la denuncia las autoridades, aun en el supuesto de que los hechos no fueran obra suya, tratándose de gravísimos delitos de acción pública, cometidos a vista y paciencia de numerosas autoridades, con alarma pública y que causaron—a las pocas horas— una profunda emoción en el mundo entero. Organizaciones democráticas en los más diversos países, hombres destacados de todas las nacionalidades, Su Santidad el Papa, y muchos gobiernos (entre los que no se contaba, desde luego, el de su propia patria) ponen en juego todos los medios para obtener la liberación de los secuestrados. Pero el gobierno argentino manifiesta que "en ciertos casos no existen las respectivas denuncias ante las comisarías de la Capital Federal". No es verdad: las denuncias existieron, pero la policía se negó a tomar constancia de las mismas. Inmediatamente después de llegar a su casa los primeros amigos, la Sra. de Gutiérrez Ruiz compareció ante la comisaría de policía que corresponde a su domicilio, sita en la calle Suipacha 1156, donde recibió una cerrada negativa a registrar su denuncia ya que, se le dijo, "era sólo desperdiciar papel". Todo esto ocurrió en presencia del representante en la Argentina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, antiguo amigo de la familia. En estas circunstancias, la Sra. de Gutiérrez Ruiz se dirigió a las Oficinas Centrales de Telégrafos, a fin de enviar telegramas al Ministro del Interior, al jefe de Policía, a los comandantes de la Armada y la Fuerza Aérea y a usted, Sr. Presidente, pero dichos telegramas no le fueron aceptados por carecer de documentos. De nada valió el argumento de que los asaltantes se los habían llevado, conjuntamente con los de toda su familia, ni el ofrecimiento de quienes la acompañaban, que exhibieron su propia documenta-

ción, de hacerse responsables del texto de los telegramas y de la identidad de quien los expedía. La Sra. debió volver entonces a la Sec. 15a. de Policía, a denunciar el hurto de sus documentos, pero, nuevamente, las autoridades policiales se negaron a recibir su denuncia, ya que quienes hurtaron o "retiraron" las cédulas de identidad podrían ser policías. Luego de muy larga discusión, se aceptó la manifestación de que habían sido "extraviados", y con esta constancia, la Sra. pudo al fin volver al Telégrafo y enviar sus mensajes.

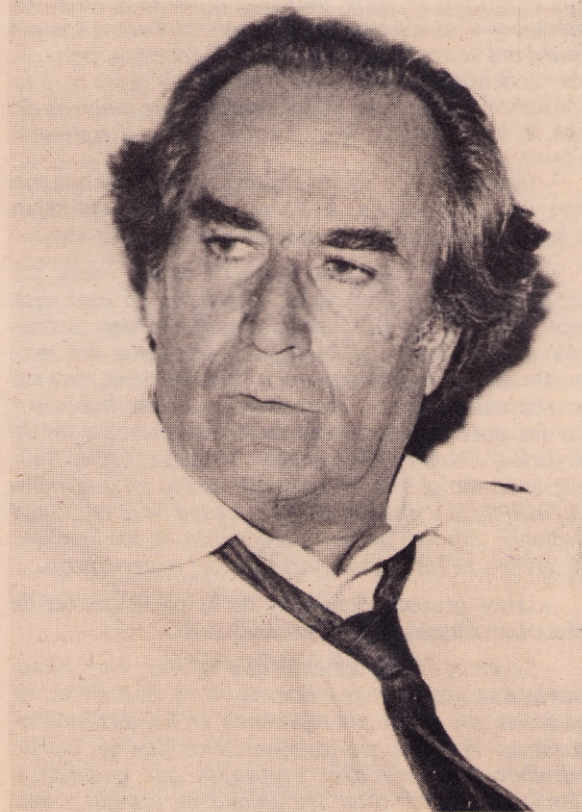
Exactamente la misma pesadilla vivieron simultáneamente los hijos del senador Michelini y quienes los acompañaban. Inmediatamente después de retirados del Hotel Liberty los secuestradores, el conserje Sr. Mario Procacci procedió a denunciar los hechos en la Sec. 1a. de Policía, sita en Lavalle 451. La denuncia no le fue recibida, negándose los funcionarios a registrarla porque -dijeron- se les había informado que en las inmediaciones se estaban efectuando diversos "operativos conjuntos", y el que se denunciaba debía ser uno de ellos. El Sr. Procacci manifestó entonces que, de cualquier modo, él se veía obligado a hacer la denuncia como responsable del hotel durante la noche, ya que habían sido hurtados objetos, ropas y enseres propiedad del hotel. Tampoco este requerimiento fue atendido. Poco después de las 9.30 de la mañana, el mayor de los hijos que acompañaban al senador Michelini cuando se produjo el asalto, se presentó en la misma Sec. de Policía pretendiendo denunciar el secuestro de su padre y el hurto de efectos pertenecientes al propio denunciante y a su hermano, y nuevamente se produjo la negativa policial a admitir la presentación de la denuncia, que tampoco se aceptó -como en el otro caso- para el hurto o la requisita de los documentos, admitiéndose sólo la notificación de su "extravío".

Al cerrarse la noche que va del 18 al 19 de mayo, la policía no ha aceptado denuncia alguna; ningún agente se ha hecho presente en los lugares de los hechos; el juez federal competente no ha ordenado ninguna diligencia o pericia; no se ha recibido contestación a ninguno de los telegramas enviados, entre los que se encuentra el dirigido a usted, Sr. Presidente; las huellas dactilares de los criminales están esperando ser reveladas, en un país donde todos los habitantes -nacionales y extranjeros- tienen las impresiones de sus diez dedos archivadas y clasificadas en un registro único de carácter nacional. Aunque entonces ni sus familiares ni sus amigos lo sabíamos, a Zelmar Michelini y a Héctor Gutiérrez Ruiz les quedaban 48 horas de vida.

El día 19, la preocupación por la libertad de nuestros compatriotas comenzó a transformarse en el riesgo de algo aún más grave cuando diversas personalidades argentinas recibieron, tanto en la policía como en el gobierno y las fuerzas armadas, la asombrosa manifestación de que en los arrestos no han intervenido ni policías ni militares, y que no se encuentran en poder de ninguna de las Armas ni de la policía. Se nos hace saber por vía muy indirecta que usted, Sr. Presidente, estaría seriamente preocupado por los hechos, y que habría ordenado una investigación de los mismos. La oficina en Buenos Aires del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados presenta un recurso de hábeas corpus ante la justicia argentina. Siguen llegando a los familiares de los secuestrados mensajes de solidaridad de personalidades del mundo entero, y el gobierno argentino recibe, también de todo el mundo, exhortaciones para que defienda la vigencia de normas impuestas por el derecho de gentes y los principios de humanidad. Tarde en la noche, nadie ha llegado a inspeccionar los lugares de los hechos ni a indagar a los numerosos testigos de los mismos, ni a recoger huellas materiales o indicios, ni a detectar impresiones digitales que siguen allí, y que permitirían, si alguien con autoridad se preocupara por ello, individualizar en menos de una hora a los asaltantes, y por consiguiente, rescatar a nuestros compañeros. Entonces lo ignorábamos todos, pero ahora lo sabemos: Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini estaban todavía vivos, pero apenas les quedaban 24 horas de vida. Sus familias no habían recibido contestación a ninguno de los telegramas que habían dirigido a las autoridades, entre los que se contaban los que Ud. recibió, Sr. Presidente, a las 19.30 del día anterior, según constancia expedida por la Empresa Nacional de Correos y Telégrafos.

El día 20 de mayo no ocurrió, aparentemente, nada nuevo, salvo la progresiva angustia de todos, familiares y amigos uruguayos y argentinos que seguían los acontecimientos en Buenos Aires, así como de aquellos que hacían llegar su emotiva solidaridad desde el exterior. Una fuente reservada, pero de nuestra confianza, nos había hecho saber que los dos compatriotas estaban presos en una unidad militar. Pero las fuentes oficiales insistían en negar todo conocimiento de los hechos. A la noche, en una recepción, el ministro de Defensa, Brig. Mayor (RE) José María Klix, formuló primero a un corresponsal extranjero, y luego a otro, la misma sorprendente manifestación a que me he referido al comienzo de esta carta: "Se trata de una operación uruguaya", y agregó, en forma aún más increíble: "todavía no sé si oficial o no". No tengo la más mínima duda de que el Sr. Ministro expresó la verdad, en cuanto indicó quiénes inspiraron, encargaron u ordenaron los hechos, pero no en lo que respecta a los órganos, instituciones e individuos que intervinieron en su ejecución material. Gobernantes y personalidades de todo el mundo hacen llegar su preocupación al gobierno argentino. El gobierno uruguayo no ha hecho ninguna gestión oficial o extraoficial interesán-

dose por la suerte de estas dos personalidades, ni considera conveniente manifestar al menos su "preocupación" por los hechos. La Justicia Federal no ha entendido necesario intervenir en forma alguna indagando las circunstancias en que fueron cometidos los graves delitos de acción pública que conmueven al mundo entero y ya son escandalosamente notorios en el propio país, pues "La Opinión", diario cuya redacción integraba el senador Michelini, denuncia reiteradamente los hechos y exige su inmediata aclaración. Lo propio hace el "Buenos Aires Herald", pero no el resto de la prensa, incluyendo grandes diarios cuyos propietarios y directores recibieron en el Uruguay, cuando en su hora conocieron el destierro, protección y amparo. Tampoco ha llegado un solo policía; nadie ha interrogado a las decenas de personas que vieron a los secuestradores, ni a quienes tuvieron oportunidad de ver los carnets oficiales que exhibieron, ni al portero de la calle Posadas, que fue largamente interrogado por los secuestradores, ni al personal de conserjería del Hotel Liberty, ni a quien condujo el ascensor que los llevó al séptimo piso, ni a los familiares que tuvieron a los criminales a la vista durante horas de agonía. Las impresiones digitales siguen allí, esperando que llegue alguien de la policía, del Poder Judicial, del gobierno, de las fuerzas armadas, a iniciar la simple gestión, el trámite casi administrativo que conduzca a la liberación de nuestros presos. Las familias de ambos no han recibido aún contestación a sus mensajes, ni del Ministro del Interior, ni del jefe de Policía, ni de los comandantes en jefe de la Armada o la Fuerza Aérea, ni de Ud, Sr. Presidente. No saben que en esos momentos estos dos hombres que eran y son orgullo de mi país, están siendo asesinados en la forma repugnante y sucia en que lo fueron, y que no le describo porque Ud. ya debe saberlo, Sr. Presidente, y porque me costaría demasiado hacerlo.



El día 21 de mayo, tomamos conocimiento del comunicado expedido por la Secretaría de Información Pública de la Presidencia de la Nación, que no hace sino aumentar nuestra ya angustiosa preocupación. El documento dice textualmente: "Ante las desapariciones de periodistas ocurridas en los últimos días, las cuales provocaron honda preocupación en distintos círculos del país y del exterior -y de la cual participa, asimismo, el Gobierno de la Nación- el Ministro del Interior, General de Brigada Albano Harguindeguy, informó que ha recabado amplios informes sobre tales desapariciones. Igualmente, y aunque en ciertos casos no existen las respectivas denuncias ante las comisarías de la Capital Federal, se ha ordenado una exhaustiva investigación de los casos dados a conocer por distintos medios". ¿A qué venía eso de calificar como "desaparición de periodistas" el secuestro de dos de las personalidades políticas más importantes del Uruguay, ampliamente conocidas en ambas márgenes del Plata? ¿A qué venía eso de afirmar que en ciertos casos no existen las respectivas denuncias, cuando los familiares, desde el día mismo de los secuestros, no habían hecho otra cosa que recorrer infructuosamente dependencia tras dependencia, en el vano intento de conseguir que alguien tomara en cuenta sus denuncias? ¿A qué venía eso de ignorar que el propio Sr. Ministro, General Harguindeguy, había recibido en su despacho, a las 19.30 del día de los secuestros, los telegramas enviados por los familiares de ambas víctimas y que de acuerdo con la ley argentina las denuncias de delitos no están sometidas a formalidad o solemnidad alguna?

¿A qué venía eso de ocultar que policía y justicia tienen la obligación de intervenir sin necesidad de denuncia alguna en todos los casos de delitos graves, perseguibles de oficio? Pero, a pesar de ello, por primera vez un ministro decía públicamente lo que hasta entonces sólo se adelantaba en forma indirecta y privada: la voluntad de investigar. Sin embargo, el transcurso de las horas confirma que ello es mentira: a la noche, no ha llegado la policía ni se ha hecho presente la justicia: ya sabemos todos que nunca nadie vendrá a recoger las pruebas y que la suerte de nuestros compañeros está en las manos de Dios. Nos llega la noticia de que algunos órganos de prensa y agencias de noticias habrían recibido comunicaciones presuntamente emanadas de grupos guerrilleros, informando que los cadáveres de nuestros compatriotas estarían dentro de un vehículo, en un lugar determinado de la ciudad. Consultada la policía, desmiente categóricamente la información, pero ya nadie cree en nada de lo que dice. Familiares y amigos ven disminuir cada vez más sus esperanzas, pero aún no saben que hace ya 24 horas que fueron asesinados Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, y que sus cuerpos habían sido "encontrados" por la policía.

El sábado 22 de mayo, la familia de Gutiérrez Ruiz en la calle Posadas y la de Michelini en el Hotel Liberty, esperaron durante todo el día la llegada de los investigadores anunciados por el Ministro General Harguindeguy. Y como no llegaron, una hija de Michelini, Margarita, y la Sra. de Gutiérrez Ruiz, comparecieron con testigos ante el Escribano Público César J. Ceriani Cernadas e hicieron labrar, separadamente, sendas Actas de Manifestación, Protesta y Notificación, en las que hicieron constar los hechos y solicitaron se notificara formalmente al Ministro del Interior la denuncia de los mismos. Labradas las actas respectivas, el escribano actuante compareció en horas de la tarde al Ministerio del Interior, donde se negaron a recibir la notificación de la denuncia, en razón de que "no era hora de oficina", indicándosele que debía volver el lunes siguiente.

Por su parte, la Sra. de Gutiérrez Ruiz procedió a enviar tres telegramas. Dos, de idéntico texto, estaban dirigidos al Ministro del Interior y a Ud, Sr. Presidente, y en ellos, luego de describir una vez más los hechos, decía: "Héctor Gutiérrez Ruiz es el Presidente de la Cámara de Representantes del Uruguay y dirigente del Partido Nacional, fuerza política tradicional nacida junto con la propia patria. Repitiendo un episodio que ha sido común en la historia del Río de la Plata, los hechos políticos determinaron que nuestra familia haya vivido desde junio de 1973 en este país, acogida a la hidalga hospitalidad de la nación argentina, y para retribuirla, cumpliendo estrictamente con su deber moral de no intervenir en forma alguna en los problemas políticos del país que les dio amparo. En mi nombre y en el de mis cinco hijos, solicito al Sr. Presidente que ordene un rápido esclarecimiento de los hechos que permita que nuestro hogar pueda contar nuevamente con su jefe".

Al mismo tiempo, la Sra. de nuestro compañero envió otro telegrama colacionado a su Sra, Sr. Presidente, que decía así: "Sra. Alicia Raquel Hartridge de Videla, Balcarce 50. Pido a usted interceda para que se extremen esfuerzos que permitan que mi marido, Héctor Gutiérrez Ruiz, Presidente de la Cámara de Representantes del Uruguay, pueda volver a su mujer, sus cinco hijos y al hogar cristiano que pudimos preservar de las tormentas políticas al amparo de la generosa hospitalidad argentina. Este telegrama no está destinado a hacerse público. Quiera Dios que podamos agradecerle la vida entera lo que haga por nosotros. Muchas gracias. Matilde Rodríguez Larreta de Gutiérrez Ruiz".

Cuando la Sra. de Gutiérrez llegó a su casa luego de efectuadas las diligencias referidas, la esperábamos allí sus amigos para decirle que había aparecido el cuerpo de su marido asesinado. Hacía ya dos horas que todas las emisoras de radio difundían un comunicado de la Policía Federal dando cuenta del "hallazgo" de los cadáveres. Usted no consideró necesario contestar ninguno de los mensajes que se le dirigieron. Ninguna autoridad o miembro de su gobierno expresó su pena o presentó sus condolencias a los familiares de estos huéspedes ilustres de la República Argentina, vilmente asesinados en su suelo. Y nadie pensó siquiera en notificar a las familias de las víctimas, para evitar que recibieran la noticia en la calle, leyendo los diarios y oyendo la radio. La única referencia que tuvieron de Ud, Sr. Presidente, fue la notificación de que el telegrama que se le dirigió recién fue entregado el día 24, y de que su Sra, Sr. Presidente, se había negado a recibir el que le estaba destinado.

Me he abstenido deliberadamente de hacer calificativos, pero nadie vacilará en decir que el comunicado expedido por la Policía Federal es repugnante. Dice textualmente: "La Policía Federal Argentina comunica que el día de ayer (21) siendo la hora 21:20, en la intersección de las avenidas Perito Moreno y Dellepiane, fue hallado un vehículo marca Torino coupé, color rojo, abandonado. En el interior del mismo se encontraba el cadáver de una persona del sexo masculino, e inspeccionado el baúl del rodado se hallaron otros tres cadáveres, uno del sexo femenino y dos del masculino. Las pericias realizadas sobre los cadáveres permitieron establecer la identidad de tres de ellos, a saber: Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz y Rosario del Carmen Barredo de Schroeder, concordando los nombres de los occisos con los mencionados en los

OSCAR LOPEZ BALESTRA

"ELLOS MURIERON POR LAS MISMAS COSAS"



Oscar López Balestra, Diputado del Partido Nacional, fue el miembro denunciante en la Comisión Pre-Investigadora sobre el secuestro y asesinato de los ex-legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Fue además el último legislador de la actual legislatura que vivió con vida a Zelmar y a El Toba. Pensamos que debíamos entrevistarlo para conocer su opinión sobre los dos mártires y conocer detalles de su denuncia.

—¿Qué fue lo que lo impulsó a efectuar la denuncia en la Cámara de Diputados, que culminó con el nombramiento de una Comisión Investigadora de estos hechos?

—Era algo en que estábamos comprometidos por distintos aspectos. Estábamos comprometidos porque somos políticos, porque somos legisladores, pero en forma muy especial porque fui amigo personal de los dos y me tocó compartir con ellos, y con tantos otros compatriotas, lo amargo del exilio, el añoranza continuo a la patria y a nuestra democracia, que en esos momentos era pisoteada. He dicho en reiteradas oportunidades que me es realmente imposible hablar de uno y no hablar del otro, creo que El Toba y Zelmar, Zelmar y El Toba, están unidos para siempre y son la raíz de la rebeldía de un pueblo democrata. Ellos murieron por las mismas cosas, y murieron de la misma forma, ajusticiados por los mismos enemigos de la libertad y la democracia. Esas vidas que fueron apagadas, que fueron terminadas, que fueron ajusticiadas, en ese 20 de mayo del año 76 en Buenos Aires, no fueron muertas, porque El Toba y Zelmar no han muerto. Los tenemos presentes en cada acto del legislador, en cada acto del político, en cada manifestación, en cada movilización del pueblo uruguayo. Son figuras que están prendidas en el corazón, que están prendidas en la conciencia del pueblo uruguayo. Por eso es que todos somos responsables de que estas muertes, de que estos asesinatos, se aclaren totalmente. Es una obligación, es un deber, que nos golpea muy de cerca a nosotros y a todo el pueblo uruguayo. Además, es una responsabilidad mutua que tenemos los pueblos uruguayo y argentino. Porque defendían las mismas cosas que defendían muchos hermanos argentinos. Y fueron secuestrados, y fueron torturados, y fueron asesinados en una acción conjunta de efectivos uruguayos y argentinos. Estas comisiones investigadoras tienen que esclarecer esto, porque el deseo y el amor de estos dos pueblos así lo está exigiendo.

—¿Cómo se ha desarrollado el trabajo de la comisión?

—Yo, por haber sido miembro denunciante no puedo integrar la comisión, pero sigo muy de cerca su trabajo. La comisión está trabajando en forma muy seria y muy eficiente, y estoy seguro de que vamos a llegar donde queremos llegar. Somos conscientes de lo difícil que va a resultar llevar adelante esta investigación y estamos buscando todas las posibilidades de ir salvando estas dificultades. Yo integro además la Comisión de los Desaparecidos que por lo tanto incursiona en un campo donde creo firmemente que se van a juntar las dos comisiones. Muchas personas que intervinieron en secuestros de estos hermanos desaparecidos se repiten en otros hechos y entre ellos en el secuestro y el asesinato de Zelmar y El Toba. Las dificultades son muy grandes, lo reconocemos, pero tenemos la obligación de tener confianza y tener fe, y la confianza y la fe y las ganas enormes que tenemos de que se haga justicia, nos van a llevar a un esclarecimiento de todo esto.

—Usted fue uno de los últimos uruguayos que vio con vida a Zelmar y a El Toba, ¿ellos ya presentían o tenían algún indicio de que les podía ocurrir algo?

—Yo estuve con ellos la noche antes. Todos los uruguayos que vivíamos en Argentina en esos días muy difíciles, en que fue quebrado el orden institucional en la hermana Patria, sabíamos que era realmente difícil permanecer en un Buenos Aires, que era amenazante, por ese entrelazamiento que había entre los gobiernos militares en los distintos países de América, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile, Bolivia, todo eso se encontraba entrelazado en una maraña, manejada y dirigida por la doctrina de la seguridad nacional, que era un entrelazamiento de los ejércitos al servicio de los grandes intereses del imperialismo.

—¿Hay pruebas concretas de la participación de efectivos uruguayos en el hecho?

—Sabemos perfectamente que las hay. Hay personas que se paseaban por Buenos Aires. Esas siniestras personas que se fueron repitiendo en los distintos secuestros, en los distintos operativos que se fueron haciendo, eran efectivos uruguayos que andaban y funcionaban con total impunidad en Buenos Aires. Y esos operativos se hicieron con la complicidad de las autoridades argentinas. Porque en ningún momento tuvimos nosotros el respaldo, en ningún momento

panfletos hallados en el interior del rodado, en los que una agrupación subversiva se adjudicaba la autoría del hecho. Los cadáveres presentaban varios impactos de bala y sus cuerpos se hallaban maniatados. Participa en el hecho la Comisaría 40a. con intervención del Sr. Juez Nacional de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional Federal, Dr. Alfredo Marquardt, Secretaría No. 2 del Dr. Roberto Preller, tribunal que se constituyó en el lugar de los hechos y adoptó las medidas judiciales del caso". Como se ve, los asesinos intentan atribuir sus crímenes a la subversión, y vincular los muertos con ella. No me detengo siquiera a considerar esta posibilidad: no hay un solo uruguayo o argentino decente que crea en ella; quizá por eso mismo nadie, ni siquiera los autores del comunicado, han insistido en ella.

En estos momentos, dos días después de expedido el comunicado transcripto, y cuando terminamos de velar los cuerpos de nuestros queridos muertos, ignoramos cuáles pueden ser las "medidas judiciales del caso" ordenadas por el Juez Federal Dr. Marquardt porque no ha llegado, y ya sabemos que jamás llegará, ningún agente o funcionario a recoger las pruebas o interrogar a los testigos, en cumplimiento de las "medidas judiciales" o de la "investigación exhaustiva" que

dijo haber iniciado el Ministro, Gral. Harguindeguy, o la que Ud, Sr. Presidente, anunció haber ordenado. ¡Cuánto más sencillo y rápido resulta tomar huellas para individualizar a las víctimas que hacerlo para descubrir a sus asesinos, o aún, durante tres largos días, para salvar vidas humanas! Por otra parte, Sr. Presidente, todo eso no tiene ya ninguna importancia: nadie ni nada podrá devolvernos a nuestros compañeros muertos, y Ud, Sr. Presidente, y yo y todos, sabemos dónde están sus asesinos.

No deseo molestarlo más ni distraerlo de sus altas preocupaciones. Por eso, no le relato las enormes dificultades que hubo que vencer para recuperar los cadáveres de nuestros muertos, ni el súbito sentido del deber que repentinamente acomete al Juez Federal, que adopta medidas, no para capturar a los asaltantes, sino para retener los cadáveres y no entregarlos a los deudos, aun después de efectuadas las autopsias, ni las influencias que hubo que mover y las gestiones que hubo que realizar para que al fin fueran entregados. Tampoco creo necesario darle detalles del tratamiento agresivo y soez que recibieron los familiares de los muertos en las seccionales de policía, ni de las manifestaciones que allí se les hicieron amenazándolos con filmar los velatorios, si se atrevían a realizarlos, para individualizar los asistentes.

tuvimos la comprensión, de ninguno de los jefes que en aquel momento regían los destinos de la República Argentina.

—¿Qué recuerdos guarda de El Toba y Zelmar?

—Me prendo y quisiera tener los recuerdos lindos. Porque dentro de toda esa tristeza, dentro de toda esa nostalgia, pasábamos momentos muy buenos. El Toba era un hombre alegre, era un hombre de diálogo y Zelmar nos dejaba perplejos con su brillantez, con su cultura, con su quehacer político, que era su pasión."

José Pedro Rodríguez

MARCHA DE LA INVESTIGACION

Sigue reuniéndose todos los lunes la Comisión que investiga los secuestros y asesinatos de los ex legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz.

Dichas reuniones tienen carácter secreto y pudimos saber que se está procediendo a la toma de declaraciones a diversas personas vinculadas con los sucesos. Los legisladores que participan de la misma están trabajando con gran intensidad y son optimistas en cuanto a los resultados que se lograrán. A los efectos de darle más eficacia a la acción de la Comisión se está preparando un proyecto de Ley que la faculte entre otras cosas para:

- Solicitar informes a Oficinas Públicas, jueces y organismos policiales y militares.
- Tener acceso a cualquier tipo de documento público o expediente en cualquier dependencia del Estado.
- Solicitar la separación provisoria del cargo de cualquier jerarca.
- Efectuar las pericias que se considere necesarias y contratar técnicos a esos efectos.
- Solicitar al Juez órdenes de allanamiento.
- Diligenciar pruebas testimoniales, a cuyos efectos podrá contar con el auxilio de la fuerza pública.
- Establecer el deber de residencia para testigos y peritos.
- Establecer inmunidad civil y penal para testigos y peritos siempre que la responsabilidad se devengare de sus testimonios o peritajes.
- Requerir la presencia de testigos presos o detenidos.
- Establecer sanciones para el testigo rebelde.
- Establecer que el funcionario público que sin causa justificada no prestare el concurso requerido por la Comisión o falseare la información solicitada será pasible de sanción penal.
- Cumpliendo con la formalidad de estilo y de acuerdo a derecho, autorizar a esta Comisión Investigadora a comunicarse con autoridades de otros países, organismos internacionales e incluso constituir despacho fuera del territorio nacional.

A pesar del secreto de las investigaciones parlamentarias, trascendió que más de una de las personas involucradas en este caso aparecen también involucradas en los casos estudiados por la Comisión Investigadora de los Desaparecidos.

Pero sí quiero decirle algo sobre los otros dos compatriotas cuyos cuerpos sin vida fueron "encontrados" junto a los de nuestros dos amigos. No los conocía. Se dice que pertenecían a una organización guerrillera, pero no tengo ningún modo de saber si ello es cierto o no. Pero si tal fuera el caso, resulta evidente que se los mató al sólo efecto de hacer aparecer a nuestros dos amigos como vinculados con la guerrilla. Y no sé si esto no es lo más abyecto de todo este sucio episodio: quitar la vida a dos seres humanos por la única razón de apuntalar una mentira. Quiera Dios que la saña de los asesinos respete por lo menos la vida de sus hijos desaparecidos.

La policía argentina ha ido a buscarme a mi casa hace unas pocas horas. Hace ya varias noches que no duermo en ella y, como le dije, buscaré ahora el amparo de la embajada de un país cuyo gobierno se respeta a sí mismo, y por ello respeta y ampara la vida humana. Cuando llegue la hora de su propio exilio —que llegará, no lo dude, General Videla— si busca refugio en el Uruguay, un Uruguay cuyo destino estará nuevamente en manos de su propio pueblo, lo recibiremos sin cordialidad ni afecto, pero le otorgaremos la protección que Ud. no dio a aquellos cuya muerte hoy estamos llorando.

Wilson Ferreira Aldunate

Dr. M. LIBEROFF

Otro relato de angustia. Otra razón de lucha de nuestro pueblo. He aquí el testimonio de un hijo cuyo padre fue desaparecido en la República Argentina. Benjamín, hijo de Manuel Liberoff, nos resume la historia de otro luchador contra la tiranía, y que hoy engrosa la lista de más de 100 desaparecidos uruguayos en la vecina orilla. Hoy el Dr. Liberoff está cumpliendo años.

Manuel Liberoff, argentino con ciudadanía uruguaya, desapareció el 19 de mayo de 1976 en la República Argentina. La misma noche del secuestro de Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini. Médico egresado en Mdeo., dedicó su vida profesional y política al servicio de nuestro pueblo. Otro símbolo de lealtad de los que lucharon por un mundo mejor, y que la dictadura fascista se encargó de destruir. Él, y toda la lista de desaparecidos uruguayos, y también argentinos y paraguayos, constituyen hoy otra fundamental razón de esclarecimiento de todos estos hechos, para que nunca más vivamos el horror de la impotencia, ante un enemigo que siempre optó por actuar desde la oscuridad para que ello ocurriera.

Llegó al Uruguay en 1934, por persecución política en la Argentina. Estuvo primero en Paysandú, luego bajó donde trabajó en el frigorífico. De ahí a Montevideo, en donde comenzó a trabajar como practicante, ya que sus estudios en Medicina realizados en Argentina eran avanzados. Se inscribió en la Facultad, y terminó sus estudios. Ya como médico, su actividad se desarrolló en el mismo barrio donde vivíamos, ubicado en la intersección de Camino Carrasco y Veraciero. Barrio de gente trabajadora, que se distribuía entre la planta de SADIL, y los que se dedicaban al trabajo de quinta. Esto hacía que para llegar hasta el casco donde habitaban los vecinos, se debiera recurrir a botas e impermeable los días de lluvia, o esperar que la jardinería lo pudiera armar hasta la casa. La mayoría de las veces la gente pagaba la consulta con especias.



La etapa posterior es ya su vinculación con el Sindicato Médico, en donde ocupa un cargo en la Dirección del mismo. Participa además en la coordinadora de alumnos liceales, en la lucha contra la aparición de bandas fascistas que por esa época comenzaban a actuar. Se vincula el FA desde su inicio, militando dentro del partido comunista, y de esa forma en el FIDEL. El día del golpe de estado, en casa se montó una ratonera, y a la vuelta de su trabajo al hogar fue automáticamente detenido. Nunca supimos por qué ni por quiénes. En ese momento yo estaba detenido en el cilindro municipal, y por otros compañeros que llegaban, me enteré que estaba en el kilómetro 14, pero mi madre nunca llegó a verlo. Una vez por semana mi madre le llevaba alimentos como todos los familiares de presos. El máximo logro de contacto, fue que la guardia le aceptara un kilo de caramelos de naranja para mi padre, él tenía esa costumbre desde que trabajaba en el barrio, regalándoselos a los niños, alguna vez le costó el presentarse en el juzgado porque las bandas fascistas decían que esos caramelos eran dromas. Todo el tiempo que estuvo detenido hasta que se le retiró la ciudadanía legal

que había obtenido, estuvo incomunicado y solo, y los caramelos de naranja muchas veces los utilizaba para en sus pequeños pasajes al baño cuando se cruzaba con algún preso tirarle un caramelo. Durante dos meses no lo dejaron salir de la celda, y cuando pudo salir lo colocaron solo, en medio de la cancha de fútbol rodeado de metrallas.

Cuando sale el decreto de expulsión del país lo trasladan a jefatura que es la primera vez que mi madre lo pudo ver, y el 7 de noviembre lo expulsan a la Argentina.

Todó uruguayo que iba a la Argentina encontraba en su consultorio una posibilidad de solucionar sus problemas. Cuando la situación en Argentina se tornó más difícil él no quiso ir porque no quería estar más lejos del Uruguay. Yo me fui de la Argentina en el año '74, y las cartas que él me mandaba evidenciaban cada vez un mayor deterioro de la situación en la Argentina. Un día estaba leyendo una carta de él y por télex entró la noticia de que había desaparecido. Dicen mis hermanas que aproximadamente a las dos y media de la mañana sintieron unos golpes e irrumpieron unas treinta personas fuertemente armadas, encapucharon a mi padre con un poncho, lo encadenaron y en dos camiones desvalijaron la casa. Cuando se lo llevaron hacían referencia a hechos ocurridos en el Uruguay y mencionando "te salvaste una vez no te vas a salvar otra". Robaron todos los documentos, dificultando así cualquier tipo de denuncia. De ahí en más es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Los familiares de desaparecidos estamos realizando diferentes gestiones ante el gobierno democrático, para que el propio Sanguinetti se relacione con el gobierno argentino en el esclarecimiento de todos los casos de desaparecidos uruguayos en Argentina, y por supuesto en nuestro país. No creemos que este pueblo cargue con la "conciencia negra" de dejar de lado este tema tan humano, como vital para el afianzamiento de toda democracia.

RECUERDO DEL HORROR Y CELEBRACION DE UN COMPROMISO



Me pidieron que escribiera sobre recuerdos de la vida y el martirio de Zelmar y no pude. Comencé a hacerlo en singular. Refiriéndome sólo a su hermosa vida arrancada de cuajo por los pregoneros de la muerte. Y la imagen de esos dos cuerpos ya inermes, el de Zelmar y el de Toba, a pocos pasos uno del otro en esa imborrable morgue bonaerense, que me dejó una arruga en el alma difícil de maquillar, me impidió continuar escribiendo en singular. Es que Zelmar y el Toba se fundieron en un solo símbolo en el momento mismo de su ofrenda final. Para mí hoy son sólo uno. Representan algo que está muy por encima de ellos mismos: el martirio plural de todo un pueblo. Frenteampulistas, blancos de Saravia y colorados de Batlle y Ordóñez fueron ajusticiados en el mismo patíbulo levantado por la subnormalidad.

Cierto es que cualquier "manual" de política me estaría indicando que no es precisamente de seres astutos regalar o compartir banderas propias tan inmensas como la que representa un gigante como Zelmar. Sin embargo intuyo que Zelmar no me hubiera permitido que hablara sólo de su muerte. Como también intuyo que le hace bien al Frente Amplio, al socialismo oriental, al país antiautoritario, hablar de ahora para siempre del Toba Zelmar.

Por ello me referiré a los dos porque ya ni siquiera son dos; son multitud... Sin olvidarme de esos otros dos jóvenes mártires tupamaros, —William y Rosario— ejecutados sin piedad junto a Zelmar y el Toba, unidos en el baúl del auto que les sirvió de mortaja, y cuyos cuerpos suplicados también tuve que reconocer en aquella morgue que aun hoy me convoca al horror. Pero a esos dos jóvenes que también murieron por sus ideas igual que tantas decenas de prisioneros indefensos no los conocí personalmente, no compartí angustias y alegrías como las vividas junto a Zelmar y el Toba. Es la única explicación que brindo a mi conciencia para no referirme directamente a recuerdos que no poseo sobre ellos.

ZELMAR: CAUDAL ANCHO DE UN RIO GENEROSO

De Zelmar, caudal ancho de un río generoso, fueron tantas sus muestras de solidaridad y arrollador empuje humano que narrar el anecdotario de créditos a su favor excede el espacio de estos recuerdos. No hubo clausuras, y fueron decenas, con que Pacheco nos agobiaba, que no mereciera su presencia personal, su voz corajuda en el parlamento, su solidaridad sin cálculos y sobre todo su hombro amigo, codo a codo en la tarea de reconstruir lo derruido.

Sin olvidar la queja fraterna, cuando no lográbamos percibir los bordes del abismo. Lo obsesionaba nuestro caminar sobre cornisas. Y por sobre todas las cosas nos instaba a preservar el instrumento, a no dejarnos llevar por el fragor de la batalla, el olor a pólvora, al aprendizaje de una paciencia y una cautela que en aquellos tiempos nos era esquivo. Fue de los pocos que nos anunció que la sicología de Pacheco no permitiría nuestra irónica respuesta a su prohibición de informar sobre el secuestro de Pellegrini Giampietro. Cuando Pirán me informó que si dábamos la gran noticia del día nos podíamos considerar diario cerrado y acto seguido salimos con un gran

titular en tapa que anunciaba "HOY NO OCURRIÓ NADA", Zelmar me llamó por teléfono para preparar la respuesta política a la sanción que descontaba, no sin antes hacernos ver el lado efímero de nuestra "victoria" pírrica ante la prohibición. Pero así como nos reprendía con voz maestra en el arte de la mesura, no dudaba en brindarse con pasión imprudente cuando consideraba que había momentos en que había que jugarse el todo por el todo. Su discurso en el Senado otorgándole a "De Frente" el galardón del "gran diario de la dignidad nacional" por su condena a los fusilamientos sumarios de Pando, cuando le dijimos a la sociedad escandalizada por el golpe guerrillero que "el que esté libre de culpa que tire la primera piedra", fue el pan y la sal que nos rearmó de nuevo para la reapertura. En lo personal, no puedo dejar de recordar su gesto, más humano que político, cuando portador del secreto celosamente guardado por él sobre los móviles que me impulsaron a desbaratar una maniobra golpista de las Fuerzas Armadas que contaban con la complicidad del extupamaro Amodio Pérez y que culminara con mi secuestro y posterior libertad, no dudó, cuando quizás no era el momento de defenderme, en descubrir el rol, —"intachable" dijo Zelmar en el Senado— que había jugado en la emergencia. Sabía salvarme de las clausuras, pero también de las calumnias de los que se especializan en difamar al prójimo.

EL TOBA ERA DISTINTO PERO NO "DIFERENTE"

El Toba era distinto, pero no "diferente". Lo conocí por primera vez en 1959 en el Paraninfo de una Universidad que hacía sus primeras armas con una joven ley orgánica. Me impresionó su verbo populista, su lenguaje directo, su herrerismo tozudamente antiimperialista. Pregunté quién era ese orador revisionista que sabía combinar —cosa difícil— el fondo, la forma y el estilo. Años después lo volví a encontrar en ambulatorios y "metideros" proporcionándome la materia prima más codiciada por todo periodista: más que la noticia, la punta del hilo de Ariadna que conduce a ella. Estaba en "todas". Y tenía dos obsesiones rodeadas de hiperinformaciones: el Departamento de Estado y el "Opus Dei". Fue de los primeros en desbrozarnos sus contradicciones peligrosas y secretos. Mucho aprendimos de él. Su estatura ética, más grande aún que su larga estatura humana, nos proporcionó solidaridades múltiples en aquellos tiempos de luchas y sinsabores. Nunca podremos olvidar que fue su vibrante e irónica interpelación al Ministro De Brum Carvajal la que determinó que Pacheco retirara el decreto de deportación en mi contra, provocado por la clausura del diario YA. Demolió al Ministro del Interior en una brillante pieza interpellante vinculando en su hilarante explicación —"Fasano no es marciano, señor Ministro"— las historias y luchas de los pueblos uruguayos y argentinos por la construcción de la Patria grande latinoamericana.

En el exilio bonaerense nos alentaba a todos con un retorno en el cual nos hacía creer que creía, perdiendo un mes sí y el otro también las apuestas que a sabiendas de su inviabilidad concretaba con cuánto oriental se pusiera en su camino. Nada más que para levantarnos el ánimo: "te apuesto un cajón de Viñas de Orfila a que la dictadura no pasa del '76". Fue de sus últimas apuestas generosas.

HABIAN MATADO A LA LUZ DEL EXILIO

A ambos, a Zelmar y al Toba, los vi por última vez vivos, tres días antes de su secuestro. Al primero en un pequeño bolicón de Maipú entre Corrientes y Sarmiento donde almorza-

mos de apuro. Al segundo en el restaurante "Hoyo 19" de la calle Callao donde cenamos no tan precipitadamente. Después del secuestro los volví a "ver" con ojos de angustia, todas y cada una de esas interminables horas en que golpeábamos puertas y ventanas, incluso las de sus verdugos, para que nos los devolvieran. En ese peregrinar me tocó conocer, en su apartamento de la calle Las Heras, al inmisericorde Ministro de una dictadura perversa como pocas, Albano Harguindeguy. Todo fue inútil. La noticia nos llegó de sorpresa cuando más altas eran las esperanzas. Nos tocó a nosotros perder ahora las apuestas de ilusiones. Después vino el calvario del reconocimiento de los cuerpos. Entramos sólo, el "Chicho" Michelini y yo. La descripción de lo que vi la hice a un puñado de corresponsales extranjeros junto con la denuncia contra el Ministro Harguindeguy. Quizás no fue prudente. No pensaba en ese momento de rabia y dolor en prudencias y cautelas. Ellos no fueron prudentes conmigo cuando me defendieron una y otra vez. Pedí se reservara mi nombre. Un corresponsal no cumplió. Excelsior de México en su primera plana publicó mi relato en un extenso despacho que me delataba. Ignoraba el peligro que corría. Tres días después un comando armado "visitó" el apartamento donde provisoriamente pernoctaba. No me encontraron. Al día siguiente partía para México, mi segundo exilio. Con el sabor amargo que produce el saber que habían matado a la luz del exilio. Porque quienes mataron a Zelmar y al Toba no sólo le quitaron al país prisionero y al país desterrado una parte de su mejor compromiso, de su más terco democratismo, de su más lúcida conciencia, sino también le quitaron una luz, que tardó años en volverse a prender.

"MAS VALE SER VIUDA DE HEROES QUE MUJER DE MISERABLES"

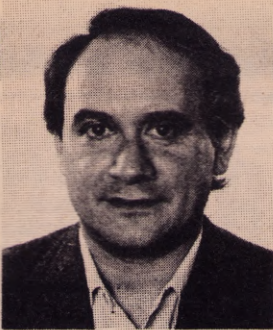
Después nos enteramos de las memorables jornadas del entierro de nuestros mejores hombres. De la perversidad pretoriana lanzando sus bestias por sobre las tumbas de los cementerios, ante una multitud que no cedió ante el terror y se hizo presente en el último adiós a sus mártires. De la entereza y el coraje de Elisa y de Matilde recordándoles a los sicarios que "más vale ser viuda de héroes que mujer de miserables".

Después nos convencimos de que el mejor homenaje no era cerrar los puños y llorar en silencio. Era aprender y entender la lección. Pero aprenderla no sólo en la carne. También en la piel. La traumática experiencia había servido para descender brutalmente ante el pueblo incrédulo los velos que ocultaban el carácter magnífica de una dictadura que no llegaría fácilmente al hartazgo del crimen.

Todos estos años, al llegar estas fechas, los recordamos con dolor, pero también con alegría, porque celebramos en la muerte de ambos, la inmortalidad del compromiso democrático; Y todos estos años albergábamos la esperanza del fin de la impunidad. Y como sabido es que los tiranos saben cultivar el temor, más no se especializan en convocar a la lealtad, ahora comienza a derruirse el edificio de complicidades que mantenían el secreto sobre el crimen de Zelmar y el Toba, de todos los zelmares y tobas uruguayos que nos amputó la canalla uniformada. No sabían los que los mataron que estaban repletos de semillas, que hoy están sembradas en todos los rincones del pueblo oriental. Y que ya empezaron a echar raíces. Enseñándonos a resistir a la nada, a resistir a las formidables fuerzas de la regresión y de la muerte. Y explicándonos con su martirio, que siempre, y en todas las hipótesis, es preciso resistir...

Federico Fasano Mertens

OSCAR BOTTINELLI



Ocurrió en la fría noche del sábado 22 de mayo, en el viejo apartamento que el Toba arrendaba en Posadas y el pasaje Seaver. Serían las ocho y pico (o las nueve, son apuntes de memoria) cuando la radio anuncia la aparición de los cuerpos sin vida de Michelini, Gutiérrez Ruiz, Rosario Barredo y Whitelaw, en un coche abandonado en la esquina de Perito Moreno y Directorio. Esto vino a ser la notificación oficial (otra no hubo) del desenlace de casi cinco días de búsquedas, gestiones, reclamos, petitorios, llamadas internacionales. Precisamente en esos momentos, en el escritorio del Toba nos reuníamos Wilson Ferreira, Juan Raúl, Cacho López Balestra y este cronista, para preparar una conferencia de prensa para el martes, cuya organización corría por cuenta de Federico Fassano.

Esa madrugada Raúl Alfonsín estuvo en el Hotel Liberty; llegó desde Chascomús para acompañar un buen rato a Chicho y Margarita Michelini. Luego se sucedieron el largo peregrinar en pos de los cuerpos, las amenazas de un comisario transmitidas al abogado de la familia Michelini (se va a filmar a todos los que concurran a los velatorios, porque son subversivos), las presiones de un juez de Instrucción a Chicho. Más tarde, el secuestro, desaparición prolongada, tortura y prisión de Margarita.

Mis primeras trece semanas de exilio coincidieron con las trece últimas de la vida de Zelmar. En aquel entonces su vida transcurría entre el Liberty (de mañana atendiendo a cuanto uruguayo fue recalando, persecución mediante, en Buenos Aires; de noche, carta tras carta con denuncia tras denuncia sobre la dictadura uruguaya) y el diario "La Opinión".

A fines de abril o principios de mayo compró un quiosco de cigarrillos y golosinas en Las Heras casi Salguero, Barrio Norte. El quiosco se transformó en otra peña del exilio, mientras el líder político, exministro y senador despachaba un atado de cigarrillos, hacía el artículo de unos chocolates recién llegados o intercalaba la charla política con planes para ampliar el negocio (hay que abrir los sábados toda la noche y vender medias de nailon, digestivos, alfileres).

Una noche, ya a mediados de mayo, mostró su tesoro: unas treinta carpetas de correspondencia, memorandos, su célebre discurso en el Tribunal Russell; sus cartas frecuentes con Kennedy y el congresista Koch, impulsor de la enmienda de bloqueo a la dictadura pasada. Ese tesoro fue prolijamente llevado por los secuestradores en la madrugada del 18 de mayo.

Algunas frases quedan grabadas para siempre en el recuerdo. Su desinterés: *créame, no me interesa volver a ser senador*. Su dolor constante por la hija-rehén, Elisa. La frustración por no poder ayudar a cuanto compatriota se le acercó.

Para Seregni reclamaba el reconocimiento del papel de líder de la izquierda uruguaya: por la claridad con que define la línea política; por su visión de los acontecimientos futuros ("salvo en cuanto a su destino personal", ironizaba); por jugarse por sus principios y convicciones.

Zelmar murió, según la autopsia, dos días antes de ser encontrado: el jueves 20 de mayo, el mismo día que cumplió 52 años. Fue velado en una funeraria del Once, al costado de las vías del Ferrocarril Sarmiento. Aquella noche estuvo, muy enfermo, próximo a morir, Enrique Rodríguez Fabregat.

El dueño del Liberty —que no cobró un peso por los casi tres años que lo alojó— fue el único ser viviente en aquel Buenos Aires capaz de prestar (o donar) una bandera uruguaya para cubrir el féretro.

El apartamento del Toba ya no existe; por allí pasa el nuevo tramo de la avenida 9 de Julio. Tampoco está la esquina sombría; por encima va la Autopista Urbana. No están las dictaduras de allá y de acá; y Raúl Alfonsín está de presidente.

SEÑOR DR. CARLOS QUIJANO MEXICO, D.F.

Estimado maestro: le escribo con premura, no exenta de un profundo temor. Sin duda usted ya está enterado de la desaparición de Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, ocurridas el martes 18 de mayo.

Ese día, a las 2.30 horas, previa intimidación al portero del edificio, seis personas de particular, armadas con metralletas, violentaron la puerta del apartamento de Gutiérrez Ruiz. A gritos y amenazas maniataron al Toba y lo encapucharon, utilizando la funda de la almohada. A empellones, de pijama, fue sacado del apartamento. Su esposa e hijos fueron tratados en forma grosera. Y a pretexto de registrar la vivienda, hurtaron manteles de hilo, vajilla, cubiertos, un tocadiscos con dos waffles de gran tamaño, máquina de escribir, dinero en efectivo, un grabador y adornos. Asimismo, destrozaron algunas fotografías. Por preguntas y comentarios, dieron la sensación de no ser uruguayos. Por ejemplo, a un hijo le preguntaron si determinada foto (la clásica de Aparicio Saravia con poncho) era de "su abuelito".

A las 5.50, 15 individuos de particular, fuertemente armados, penetraron al Hotel Liberty. Con amenazas, y exhibición de armas cortas, exigieron al conserje la llave de la habitación 75, ocupada en ese momento por Zelmar, uno de sus hijos que reside con él (llamado también Zelmar) y otro hijo (Luis Pedro), que estaba pasando unos días con el padre, y reside en Montevideo. Alrededor de seis penetraron a la habitación y a punta de metralleta obligaron a los hijos a taparse con las mantas. Zelmar, tratado físicamente en forma correcta, aunque insultado verbalmente, fue obligado a vestirse y se le permitió llevar medicamentos. Le vendaron los ojos y lo esposaron. Luego registraron la habitación, de donde sustrajeron —utilizando una sábana y una colcha como bolsas— una máquina de escribir, dos pares de binoculares, un grabador, un pasadiapositivos, una máquina de afeitar, varios cartones de cigarrillos, un reloj pulsera, cien dólares, dinero argentino en efectivo, un bolso de viaje y unas treinta carpetas.

Al entrar a la habitación, lo hicieron al grito de: "Zelmar, te venimos a buscar. Te llegó la hora!". Mientras se vestía, lo amenazaban con que "abajo te vamos a desfigurar la cara". Cuando uno de los hijos se destapó, le colocaron un revólver en la sien.

En ambos procedimientos se llevaron toda la documentación personal.

Un hecho significativo, que apriori descartaría la posibilidad de un secuestro por organizaciones privadas, es que mientras el procedimiento de Zelmar duró alrededor de una hora, con tres vehículos marca Torino en la calle, nada menos que en Corrientes y Florida, en el caso del Toba tampoco demostraron prisa, a la par de comunicarse entre ellos a los grios, hablando desde la ventana a los coches. Otro detalle es que una persona, al interesarse por solucionar la salida del país de Luis Pedro Michelini (dado que quedó sin documentación y debía regresar esa tarde a Montevideo) se enteró en Migración que el expediente de Zelmar estaba en manos del director del organismo.

Desde entonces se ha realizado una gran presión interna e internacional. En el orden interno: a) se movilizó activamente Timmerman y La Opinión ayer y hoy ha publicado muy interesantes notas sobre el tema; b) los radicales no escatiman esfuerzos; c) el representante del Alto Comisionado para los Refugiados, de ONU, presentó ayer recurso de hábeas corpus; d) la señora de Gutiérrez Ruiz y los hijos de Zelmar, con el patrocinio legal de Alfonsín, presentaron hoy el hábeas corpus; e) Timmerman se comunicó directamente con Videla; y f) en estos momentos se buscan contactos con la jerarquía eclesial. En el orden internacional: a) Kennedy envió telegrama a Videla; b) la embajada americana recibió orden del Departamento de Estado de interesarse por ambos, a pedido de un grupo de senadores, encabezado por Kennedy; c) desde Europa llueven telegramas en Casa Rosada; d) Balbín llevó a Venezuela una nota de Wilson a la conferencia de líderes socialdemócratas.

Hasta el momento, ningún organismo oficial se ha responsabilizado del operativo. Y nadie asevera tener-

lo bajo su responsabilidad. Más aún, al consejo del hotel, la comisaría primera se negó a hacerle constancia de haber recibido la denuncia; a la señora de Gutiérrez Ruiz se le negó el derecho de formular la denuncia policial, por carecer de documentos entonces, estampó denuncia de robo de documentos; al poco tiempo fue llamada para devolverle la denuncia, e informarle que sólo le aceptarían que denunciase la pérdida de los documentos. Y el único dato positivo, si lo es, es que Videla le informó telefónicamente a Timmerman que se estaba interesando personalmente en el tema (eso fue el miércoles a eso de las 15); pero desde entonces, la secretaria de Videla manifiesta no haber conseguido información.

Perdón doctor lo mal redactado (impropio de un periodista). Es fruto del nerviosismo y la falta de tiempo. Tememos por la integridad física y aun la vida misma de Michelini y Gutiérrez Ruiz. Rogamos a usted y a los amigos que se encuentran en México, todos los esfuerzos que puedan conducir, en primer término, a que alguien se haga responsable del operativo, y a exigir de las autoridades que se demuestre que ambos están con vida e intocados. Demás está decir que La Opinión centra toda su campaña en el deterioro que este hecho provoca a la imagen internacional de la Argentina, en momentos en que el gobierno hace desesperados esfuerzos por demostrar su respeto a los derechos humanos.

Un abrazo

BOTTINELLI

(Buenos Aires, mayo 20 de 1976)

A ZELMAR MICHELINI

*Tu paso, casi oíble
quebrado desde el mar de la juventud viva
anda hoy tu madurez sin vida
tus ojos caminantes
del cielo se prendieron
hasta el mañana nuevo va en vuelo
por cielo y mar
como sin horizonte
marcando en una línea inexistente
la separada frontera de tu muerte
uniendo mar y cielo allá en el horizonte
inalcanzable aún
tan cercano mañana
nuestro horizonte
de cielo y mar, Zelmar.*

Raúl Castro

MAÑANA: HOMENAJES POPULARES

Para el día de mañana están previstos una serie de homenajes a los dos ex legisladores asesinados. Los dos de mayor importancia serán:

A LAS 18 HORAS — Se realizarán dos concentraciones; una en San José e Ibicuy y otra en 18 de Julio y Cuareim. En esos actos se procederá al cambio de nombre de las calles Cuareim que pasará a llamarse Zelmar Michelini (desde la Rambla hasta 18) e Ibicuy, que pasará a llamarse Héctor Gutiérrez Ruiz (en toda su extensión). Posteriormente ambas concentraciones se unificarán en la Plaza Cagancha, donde se depositará una flor por parte de los concurrentes al pie del monumento. De allí se partirá en manifestación por Rondeau, Agraciada hasta el Palacio Legislativo donde para la hora 20 está convocada en carácter extraordinario la Asamblea General para rendir homenaje a los dos mártires. Seguramente se colocarán altoparlantes en las afueras del Palacio para que el pueblo presente pueda escuchar las exposiciones que harán un legislador de cada uno de los Partidos.

LA REPRESION NO TIENE FRONTERAS
(ARTICULO DE CARLOS QUIJANO
PUBLICADO EN EL DIARIO "EXELSIOR",
MEXICO, EL 24 DE MAYO DE 1976)

Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz fueron mis amigos. Algo más, digamos: mis compañeros en largas jornadas de lucha contra la dictadura. No trazaré de ellos las biografías. Sólo diré que fueron dos hombres generosos y honrados, que sufrieron y murieron por querer servir a su país. Los asesinaron vilmente y ahora, después de muertos, quieren asesinarlos otra vez: cubrirlos de lodo, calumniarlos. Pero no tenemos que ocultárnoslo: el enemigo ha ganado otra batalla. Para vencerlo hay que conocerlo. Conocerlo bien. Hasta en sus propias y monstruosas entrañas. ¿Quién es el enemigo? ¿Por qué estas muertes?

Pienso que mi deber, mi penoso deber, es buscar respuesta a estas preguntas —hoy, mañana, pasado, hasta encontrarlas— y así rindo homenaje a mis compañeros martirizados.

Desde el comienzo no tuve por desgracia, dudas sobre bre el final. El estremecedor relato de Flavio Tavares abundaba en detalles reveladores de una táctica conocida y aplicada en decenas de casos por los multiformes grupos terroristas de derecha, táctica que siempre desembocó en el asesinato del secuestrado.

En cambio, sí tuve dudas sobre la participación indirecta o la tolerancia —"dejar hacer"— de las policías en el episodio. Me pareció tan monstruoso el episodio y tan gratuito, que les acordé a los jefes de esas policías un mínimo de sensatez. Me equivoqué: una policía exenta de pecado no tiene necesidad de escoger o de inventar, y en todo caso, de difundir una miserable patraña. Todo era, apenas, un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Como en el Chicago de los años 20. El comunicado encontrado junto a los cadáveres —nos informan— estaba firmado por el Ejército Revolucionario del Pueblo, en el que se indica que ejecutó a los uruguayos a petición de los tupamaros por ser traidores (subrayados míos).

Simple: los "subversivos" se devoran entre ellos. Ya está lanzada la especie para que la prensa abyecta exculpe y exalte al régimen y lance nuevas campañas difamatorias contra los que disienten.

¿Simple? Demasiado simple. Porque los secuestradores dejaron huellas, muchas de las cuales —la cola del diablo— asoman en el citado relato de Flavio Tavares. Cuando irrumpen en el hotel donde vivía Michelini, anuncian a los porteros: "venimos por este marxista".

En la casa de Gutiérrez pontifican: "Los venimos a buscar por ser marxistas que deben ser investigados". Aquí dice la señora de Gutiérrez, "se llevaron todo lo que tuviera algún valor comercial, desde cubiertos de plata hasta los relojes de la muñeca de los niños". Confirman los jóvenes hijos de Michelini: "Se llevaron nuestros relojes, la grabadora, el televisor y el dinero que teníamos. Lo envolvieron todo en una sábana y, al bajar, dijeron a los conserjes que allí estaban las armas que mi padre guardaba en su habitación."

"¿Los secuestradores eran argentinos o uruguayos?", le preguntó Tavares a la señora de Gutiérrez, "Argentinos, no hay ninguna duda. Al allanar la casa encontraron la antigua bandera de Artigas —el héroe nacional uruguayo— roja y azul y dijeron que era bandera comunista." Si eran uruguayos podría argüirse que intentaron ocultar su conocimiento del símbolo para inducir a confusión sobre su propia nacionalidad; pero si eran del ERP, que es, como todos sabemos, de orientación trotskista, ¿por qué esas reiteradas declaraciones anticomunistas? ¿Para disimular su condición de comunistas?

Los secuestradores, todos del ERP, inician y cumplen la operación del secuestro oficiando como anticomunistas. ¿Para arrojar sombras sobre la policía? Pero sorpresivamente, cuando se encuentran los cadáveres, aparecen los textos en los cuales el ERP asume la responsabilidad de la ejecución.

QUIJANO Y SU MUERTE



Carlos Quijano

¿Para qué tomarse el trabajo de montar la operación anticomunista, si 72 horas después, perpetrados los asesinatos, expresa y enfáticamente, habrían de confesar que esa operación no era anticomunista sino hecha por comunistas?

Algunos datos complementarios:

—Contiguo al edificio donde está el apartamento Gutiérrez Ruiz hay otro que tiene un cuerpo estable de vigilancia. Los asaltantes tuvieron que identificarse y mostrar sus credenciales. "Eran de la policía", afirman —según me comunica, desde Buenos Aires, persona de confianza— los del cuerpo de vigilancia.

—Los secuestros se cometen en la madrugada del martes 18; los cadáveres aparecieron la noche del viernes 21. Cuatro días. Durante esos cuatro días la señora de Gutiérrez Ruiz recorrió todas las oficinas de Buenos Aires en busca de datos sobre su marido. En todas le dijeron que no tenían información, pero ninguna quiso admitirle la denuncia del secuestro.

—Durante esos cuatro días no se hizo una inspección técnica en los lugares donde se cometieron los delitos. Los secuestradores actuaron a cara descubierta y mano limpia. Sus huellas digitales estaban desparrramadas por todos lados. Ningún funcionario oficial las fotografió o las examinó. ¿Por qué?

Todo el que conozca a Uruguay sabe que el movimiento tupamaro carece de toda significación como fuerza política. Sus jefes están encarcelados o muertos, sus organizaciones de base no existen. Es, no obstante, un fantasma que de cuando en cuando lo echan a rodar. Toda vez que la represión, para mantenerse, necesita nuevas víctimas.

Michelini y Gutiérrez Ruiz eran hombres que contaban con cálida y viva simpatía entre las fuerzas progresistas de ambas orillas del Plata. No recuerdo haberles conocido enemigos personales y ni siquiera políticos.

Descarto con asco e indignación la canallesca acusación de "traidores" o la denuncia de connivencias sospechosas. Creo que todos cuantos conocían a Michelini y Gutiérrez Ruiz compartirán esta actitud.

Debo repetirlo: Michelini y Gutiérrez Ruiz fueron dos hombres de bien que murieron en sus puestos de combate, asesinados por la vesania satánica de un anticomunismo falaz y cerril que a fines de este siglo sigue persiguiendo, para inmolarnos, otros brujos y otras brujas, en otra Salem.

¿Quiénes son los asesinos? ¿Por qué estas muertes que siguen a otras y a otras y que anuncian nuevas?

No me refiero a los ejecutores materiales, a los asesinos a sueldo. Me refiero a quienes engendran, paren y adoctrinan a estos siniestros monstruos. A quienes son el Sistema. Regímenes militares se llama genéricamente a los del Cono Sur. Lo son; pero han devenido regímenes policíacos. Han abandonado sus funciones específicas. Se han convertido en una fuerza puramente represiva. El Imperio los cambió hábilmente el alma. Queda para él la defensa contra la amenaza externa. A los ejércitos nacionales, la preparación antiguerrillera y la lucha contra la subversión. La defensa contra el extranjero en general la entregamos a otro extranjero y nuestra tarea es modesta: poner orden en la casa que es nuestra, para mayor paz y gloria de este extranjero que nos brinda su escudo.

El fenómeno tiene hondas raíces. Muchos son los hitos: la guerra fría, el TIAR. Guatemala y Dominicana. Por supuesto, la revolución cubana en el 59, la invasión de Bahía de Cochinos en el 61, la crisis de los cohetes en el 62, todos hechos éstos que desataron una ola de persecución y de histerismo en todo el continente. Recuerdo los hechos principales. Intentan cerrarle el paso a Allende durante un tiempo. Luego se vieron obligados a tolerarlo hasta que impusieron a Pinochet.

En Argentina este sistema policíaco, esta degradación de las funciones del ejército, arrancan por lo menos del 55 y ha sobrevivido a todas las mutaciones políticas de estos años. El sistema derribó a Leonardi y trajo a Aramburú, derrocó a Frondizi, cuando ya no les servía, como sacó después a Illia. Luego se suceden los gobiernos militares cruzados de la defensa de la civilización occidental y cristiana —Onganía, Levingston, Lanusse— de los cuales Onganía aspira a ser el paradigma.

El sistema es tan poderoso que hace y deshace a sus caudillos. Soportó el alud del peronismo: las efímeras semanas de Cámpora, los ocho meses de Perón. En los primeros tiempos hubo una tentativa de devolverle al aparato su misión nacional. Bien poco aguantó el comandante general del Ejército Carcagno, iniciador de esa tentativa en la Conferencia de Caracas. Antes de que muriera Perón, ya el sistema había pasado la prueba; salió consolidado de ella. Atravesó el desierto y fue purificado.

El sistema es multiforme, reptante e inflexible. Tiene la fuerza y cuenta con la bendición del Imperio, que concede préstamos, deforma en sus escuelas la mentalidad de las nuevas generaciones oficiales, distribuye armas, reparte condecoraciones y medallas.

El sistema está enlazado por pactos entre las distintas fuerzas represivas. Las más ricas tradiciones internacionales de nuestra América han desaparecido. El asilo es una antigualla del siglo XIX, como los derechos humanos. ¿Para qué sirve la extradición? ¿Qué refugio chileno, boliviano o uruguayo tiene hoy garantías de vida y seguridad en Argentina y, a la inversa, qué refugiado argentino goza de esas garantías en Chile o Uruguay?

El sistema no tiene un centro de poder único. Es una confluencia de fuerzas y organizaciones, tangenciales en unos casos, concéntricas en otros, que llevadas por su dinámica interna reclama autonomía.

El sistema no es una política. Es una histeria. Un pánico colectivo. La desnuda irracionalidad.

Fue el sistema el que asesinó a Michelini, a Gutiérrez Ruiz, a Rosario Barredo, a Whitelaw.

Debo recordarlo una vez más. Fui compañero de Michelini y de Gutiérrez Ruiz. De ahora en adelante, lo seré más que nunca. ■

ZELMAR

o es que existe un territorio
donde las sangres se mezclan
(de una canción de Daniel Viglietti)

Ya van días y noches que pienso pobre
flaco
y no puedo ni quiero apartar el recuerdo

no el subido al cajón a la tribuna
con su palabra de espiral velocísima
que brindaba los pregones del pueblo
o encendía el futuro con unas pocas
brasas

ni el cruzado sin tregua que quería
salvar la sangre prójima aferrándose
a la justicia esa poble lisiada

no es el rostro allá arriba el que concurre
más bien el compañero del exilio
el cálido el sencillo aquel buen
parroquiano
del boliche de la calle maipú
fiel al churrasco y al budín de pan
rodeado de hijos hijas yernos nietos
ese flamante abuelo con cara de
muchacho
hablando del paisito con la pasión
ecuaníme

sin olvidar heridas
y tampoco quedándose en el barro
siempre haciendo proyectos y eran viables
ya que su vocación de abrecaminos
lo llevaba a fundar optimismos atajos
cuando alguno se daba por maltrecho

y a pesar de la turbia mezcolanza
que hay en el techo gris de la derrota
nadie consiguió que tildara de enemigos
a quienes bien o mal
radiantes o borrosos
faros o farolitos
eran pueblo

como él
y también comparece el vigilado
por esos tiras mansos con quienes
conversaba
de cine libros y otras zancadillas
en el hotel o escala o nostalgario
de la calle corrientes

sé que una vez el dueño que era amigo
lo reconvino porque había una cola
de cincuenta orientales nada menos
que venían con dudas abandonos
harapos desempleos frustraciones conatos
pavores esperanzas cábalas utopías

y él escuchaba a todos
él ayudaba comprendía a todos
lo hacía cuerdamente y si algo prometía
lo iba a cumplir después con el mismo
rigor
que si fuera un contrato ante escribano
no se puede aregar decía despacito
más angustia a la angustia
no hay derecho

y trabajaba siempre
noche y día
quizá para olvidar que la muerte miraba
de un solo manotazo espantaba sus
miedos
como si fueran moscas o rumores
y pese a las calumnias las alarmas
su confianza era casi indestructible
llevaba la alegría siempre ilesa
de la gente que cumple con la gente

sólo una imagen lo vencía
y era la hija inerme
la hija en la tortura
durante quince insomnios la engañaron
diciéndole
que lo habían borrado en argentina
era un viejo proyecto por lo visto
entonces sí pedía ayuda para
no caer en la desesperación
para no maldecir más de la cuenta

ya van días y noches que pienso pobre
flaco
un modo de decir pobres nosotros
que nos hemos quedado
sin su fraternidad sobre la tierra

no se me borran la sonrisa el gesto
de la última vez que lo vi junto a chicho
y no le dije adiós sino cuidate
pero los dos sabíamos que no se iba a
cuidar
por lo común cuando cae un verdugo
un doctor en crueldad un mitirone
cualquiera
los canallas zalameros recuerdan
que deja dos tres cuatro
verduguitos en cierne

ahora qué problema este hombre legal
este hombre cabal acribillado
este muerto inmóvil con las manos
atadas
deja diez hijos tras de sí
diez huellas

pienso en cecilia en chicho
en isabel margarita felipe
y los otros que siempre lo rodeaban
porque también a ellos inspiraba
confianza
y qué lindos gurises ojalá
vayan poquito a poco entendiendo su
duelo
resembrando a zelmar en sus diez surcos

puede que la tristeza me haga decir ahora
sin el aval de las computadoras
que era el mejor de nosotros
y era
pero nada me hará olvidar que fue
quien haciendo y rehaciendo
se purificó más en el exilio

mañana apretaremos con los dientes
este gajo de asombro
este agrio absurdo gajo
y tragaremos
seguirá la vida
pero hoy este horror es demasiado

que no profane el odio
a este bueno yacente este justo
que el odio quede fuera del recinto
donde están los que quiso y que lo
quieren

sólo por esta noche
por esta pena apenas
para que nada tizne
esta vela de almas

pocos podrán como él
caer tan generosos
tan atrocemente ingenuos
tan limpiamente osados

mejor juntemos nuestras osadías
la generosidad más generosa
y además instalemos con urgencia
fieles radares en la ingenuidad
convoquemos aquí a nuestros zelmars
esos que el mismo nos dejó en custodia
él que ayudó a cada uno en su combate
en su más sola soledad
y hasta nos escuchó los pobres sueños

él
que siempre salía
de alguna pesadilla
y si tendía una mano era una mano
y si daba consuelo era consuelo
y nunca un simulacro

convoquemos aquí a nuestros zelmars
en ellos no hay ceniza
ni muerte ni derrota ni tierno descalabro
nuestros zelmars siguen tan campantes
señeros renacidos
únicos y plurales
fieles y hospitalarios

convoquemos aquí a nuestros zelmars
y si aún así fraternos
así reunidos en un duro abrazo
en una limpia desesperación
cada uno de esos módicos zelmars
echa de menos a zelmar

será
que el horror sigue siendo demasiado
y ya que nuestro muerto
como diría roque en plena vida
es un indócil
ya que es un difunto peliagudo
que no muere en nosotros
pero muere

que cada uno lllore como pueda
a lo mejor entonces
nuestro zelmar

ése de cada uno
ése que él mismo nos dejó en custodia
a cada uno tenderá una mano
y como en tantas otras
malas suertes y noches
nos sacará del pozo
desamortizará nuestra alegría
y enpezará a brindarnos los pregones
a encender el futuro con unas pocas brasas

mayo
1976

Mario Benedetti



ZELMAR Y EL TOBA

DOS MUERTOS QUE NO ACABAN DE MORIR

Fragmentos de las palabras pronunciadas por Mario Benedetti en mayo de 1978, en la ciudad de México, con motivo del homenaje a Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, al cumplirse dos años de sus secuestros y asesinatos en Buenos Aires.

Dos años pueden ser decisivos para un simple viviente, y hasta para un sobreviviente, pero por lo común no importan tanto para un hombre muerto. La muerte es casi siempre una clausura, una congelación de imágenes y recuerdos, un muralón del que los vivientes se van lentamente alejando, llevados por el impulso de la sobrevivencia, hasta que dejan de oír las voces y ver los rostros de quienes se perdieron en la sombra.

Es claro que cada muerto queda para los suyos, para los copartícipes de su afecto, pero tanto para esos allegados como para la comunidad entera, suelen permanecer inmóviles, definitivos, fijos. Pocos son los muertos que siguen transformándose después de su muerte.

Sin embargo, en la historia de cada pueblo siempre hay muertos que no acaban de morir. Seguramente todos recordamos un memorable poema de César Vallejo ("Masa"), que nuestro Viglietti suele decir con incanjeable acento y que empieza así:

Al fin de la batalla

y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre

y le dijo: "¡No mueras, te amo tanto!"

Pero el cadáver, ¡ay! siguió muriendo.

Esta breve introducción sólo es para decirles que Zelmar y el Toba, asesinados hace dos años en Buenos Aires, no han acabado de morir. Por un lado no los deja morir del todo nuestro estupor.

Aunque hiciéramos cálculos sobre las peores y más criminales intenciones que se amasaban en una y otra margen del Río de la Plata, ¿quién iba a imaginar que alguien pudiera concertar la eliminación, fría y calculada, de dos hombres públicos de esa talla, dos hombres públicos cuya vocación era la paz con justicia, y cuyo estilo era el diálogo? Tampoco los deja morir del todo la esperanza que despertaba su presencia, el optimismo que ambos irradiaban. Pero sobre todo no los deja morir el ingrediente de absurdo horror que compaginó sus muertes. Siguen muriendo día tras día, para que no olvidemos la caudal generosidad, la dignidad inexpugnable, que representaron y seguirán representando para la comunidad oriental; pero también siguen muriendo día tras día para que sus asesinos no puedan jamás desprenderse de su culpa, desinteresarse de su crimen, aspirar al perdón.

Cuando los pueblos atraviesan períodos de luchas y de dura represión, la muerte pasa a ser una presencia obstinada, y resulta virtualmente imposible recordar cada aniversario, cada caída. Quizá por eso los pueblos siempre eligen nombres que de alguna manera ofician de símbolos. Así Líber Arce, por ejemplo, fue entre nosotros un símbolo, quizá por ser el primero de tantos jóvenes uruguayos que dieron su sangre y su vida por sus convicciones y su dignidad de hombres. Así Zelmar y el Toba también se constituyen en símbolos, por lo mucho que sus figuras representaban para el nuevo Uruguay que tarde o temprano edificaremos. La verdad es que si fuéramos a detenernos en cada caída, tendríamos que hacerlo todos los meses y en algunos períodos todas las semanas.

En un febrero, por ejemplo, cayó Ibero Gutiérrez —quizá el poeta más promisorio de su generación— abatido por el Escuadrón de la Muerte; en un abril cayeron Luis Martirena y su compañera, los cuatro tupamaros de la calle Pérez Gomar, y los ocho obreros comunistas del Paso Molino; en un mayo, además de Michelini y Gutiérrez Ruiz, fueron asesinados William Whitelaw y su compañera Rosario, y también desapareció para siempre el médico Manuel Liberoff; en un junio, Nibia Sabalsagaray murió en la tortura; en un julio fue eliminado Heber Nieto, y en otro julio Alvaro Balbi también murió en la tortura; en un agosto fue asesinado Líber Arce, y en otro agosto desapareció Julio Castro; en un septiembre, Hugo de los Santos y Susana Pintos fueron ametrallados en las calles montevidéanas, y en otro septiembre fue asesinado Julio Espósito; en un octubre fueron virtualmente ejecutados en Pando, Jorge Salerno y varios de sus compañeros, en un diciembre sucumbieron Carlos Flores y Mario Robaina. O sea que la represión ha llenado de muertes virtualmente todos los meses del año, y esto sin contar las muertes sin fecha, esos que desaparecen sin dejar rastros y que pueden convertirse en los cadáveres mutilados que periódicamente aparecen en la costa atlántica. Y téngase también en cuenta que los mencionados son sólo una mínima parte de los caídos.

Ahora bien, de ese conjunto, elegimos hoy las figuras de Michelini y Gutiérrez Ruiz para sintetizar en ellos el espíritu de lucha y de sacrificio que fue asimismo patrimonio de todos los demás. El fascismo también los eligió. No lo hizo a ciegas, sino conscientemente; no lo hizo a solas, sino acompañado; lo hizo en la abyecta compañía de los subterranos y vicedéspotas que asesinaron a Prats, a Torres, a Letelier, a Chamorro. Dime con quién andas y te diré go home.

Por supuesto, en cada uno de esos crímenes hay responsables directos: sucias manos ejecutoras, pero también planificadores púlcros que no descienden a mancharse las suyas con la sangre inocente (...) Lo cierto es que, con asesoramiento o sin él, en inglés o en español, quienes planearon y llevaron a cabo el asesinato de Michelini y Gutiérrez Ruiz sabían perfectamente cuánto significaban una y otra figura, como enlaces de unión, como aglutinadores políticos. El origen batllista de Michelini y la militancia nacionalista de Gutiérrez Ruiz hacían inverosímil el sambenito de subversión que por lo general cuelgan a cuantos cometen el pecado de denunciar el entreguismo económico de la dictadura y, su avasallamiento de los derechos humanos; sin embargo, también a ellos se lo adjudicaron. Los organizadores del crimen fueron conscientes sin embargo de que uno y otro eran figuras claves en la difícil faena de estructurar acuerdos de emergencia entre todas las fuerzas que se oponen al régimen. Pocos dirigentes, de cualquier sector, han sido tan estimados y respetados por todos los grupos o partidos políticos de Uruguay. Me consta, además, porque en varias ocasiones hablé del tema con Zelmar, pero también con el Toba, que una de sus preocupaciones cardinales era la asunción concertada de una actitud política coherente, capaz de reconquistar la paz, la justicia y la libertad para nuestro pueblo.

Recuerdo la última vez que hablé con Gutiérrez Ruiz, allá por junio o julio de 1975. Yo estaba entonces en Lima, mi segundo exilio. En horas de la madrugada sonó el teléfono y era el Toba, que me llamaba desde el aeropuerto, donde estaba de tránsito por unas horas. Me dijo: "Vas a ver que nos encontramos en octubre". "¿Dónde?" pregunté. "¿Dónde va a ser? ¡En Montevideo!". Su optimismo era así, desmedido y desbordante, y también altamente contagioso. Creo que esa actitud era una suerte de contraveneno que él generaba, no sé si consciente o inconscientemente, contra el pesimismo, el derrotismo, la frustración, la indiferencia, el escepticismo, el desánimo y la inadaptación, que constituyen —todos los sabemos— las siete plagas del exilio. Pese a que, por lo general, yo no compartía tan avasallante euforia, creo que ésta cumplía una función necesaria, sobre todo porque en él no era una pose, ni un fácil triunfalismo, sino un deseo profundamente sincero y arraigado, un deseo que cuando él lo expresaba se volvía verosímil.

A Zelmar, por distintas razones, lo conocí más y mejor. Aunque en Montevideo, donde nos encontrábamos varias veces por semana, en la Mesa Ejecutiva o en el plenario del Frente Amplio, o en las reuniones de la llamada Corriente, teníamos una constante relación, fue en realidad en Buenos Aires donde fuimos construyendo de a poco una amistad realmente fraternal, en la que la política era por supuesto un ingrediente no despreciable, pero que a esa altura ya no era el principal. Lo esencial era allí la formidable calidad humana de Zelmar. Debe haber sido el uruguayo más solidario que he reconocido jamás. La solidaridad otorgada de algún modo un sentido esencial a sus palabras, sus ademanes, sus actitudes. En ocasiones solemos decir que alguien que "es capaz de tender una mano", pero a nadie le corresponde mejor que a Michelini esa expresión. Zelmar tenía una mano que no era una metáfora; antes que ningún otro significado, era sencillamente eso, una mano, pero una mano cálida, comprensiva, una mano que ayudaba a superar pequeños o grandes obstáculos, a no tropezar dos veces con la misma piedra. La ayuda solidaria de Zelmar era especialmente importante porque no llegaba en forma de úkase ni de autosuficiencia; simplemente se sentaba a razonar sobre el problema o la situación, ya que para él lo cardinal no era que el consultante siguiera ciegamente su consejo sino que llegara a descubrir su propia opinión, llegara a encontrarse con su conciencia a fin de construir por sí mismo sus decisiones.

Por decaído que estuviera, sobre todo cuando recibía noticias de que su hija presa había sido nuevamente torturada, siempre reservaba una zona de su jornada para dar aliento a los demás. Recuerdo por ejemplo una de esas tardes en que la nostalgia y la depresión se juntan para nublar el ánimo. Yo estaba en mi departamento de Buenos Aires y sonó el teléfono. Pregunté rutinariamente quién era, y una voz que al comienzo no reconocí, respondió: "Un admirador". Cautelosamente pregunté otra vez quién era, y entonces Michelini (porque era él) estalló: "¡Cómo quién

es! ¿Pero cuántos admiradores te crees que tenés? Te habla el único seguro". Y con esa salida, que era típica de él, ya que en el terreno de cierta burla afectiva se movía como pez en el agua, exorcizó automáticamente toda mi mufa de ese atarcecer.

(...) Bajo la luz tutelar —porque ellos nunca serán sombras— de Zelmar y del Toba, exhorto aquí a mis compañeros y compatriotas a que no hablemos más de intenciones de unidad; pero los exhorto con mayor énfasis aún a que actuemos unitariamente; a que saquemos cuentas y advirtamos qué enorme suma de cosas tenemos que hacer en conjunto antes de ponernos a discutir las diferencias, por legítimas que éstas sean.

Que tire la primera piedra quien no abomine de la tortura y no esté de acuerdo en reclamar una amnistía total, sin exclusiones; una amnistía que incluya al general Líber Seregni, a José Pedro Massera, a Raúl Sendic, a Héctor Rodríguez, porque ellos y cada uno de los siete mil presos políticos no pertenecen a un sector en particular sino que pertenecen al Uruguay en lucha; que tire la segunda piedra quien no reclame por los derechos del hombre y la mujer orientales; que arroje la tercera piedra quien no esté de acuerdo en restaurar las libertades sindicales, así como el libre funcionamiento de todos los partidos y movimientos políticos; que arroje la cuarta piedra quien no reclame una actitud soberana en lo internacional y una política económica que tenga en cuenta los intereses del pueblo; que tire la quinta piedra quien no exija la autonomía para la Universidad. Y bueno, las piedritas que queden, que serán menores, quizá las guardemos para tirárnoslas mutuamente cuando tengamos el derecho y el deber de hacerlo en un Uruguay que permita y hasta auspicie el debate libre, la discusión veraz, el derecho a disentir.

Es probable que la mejor definición del fascismo haya sido escrita más de un siglo antes de que el fascismo naciera. Es de Artigas y dice así: "A los tiranos no les queda más recurso que el triste partido de la desesperación". Conviene que tengamos conciencia de que nuestra lucha es contra ese partido. Sólo un triste cepo; sólo un triste partido de la desesperación puede haber optado por el asesinato del Toba y de Zelmar; sólo quien no tiene fe en la vida puede apostar todo a la muerte.

Nosotros tenemos el derecho de sentirnos agobiados, nostálgicos, doloridos, pero tenemos la obligación patriótica de no desesperarnos. La desesperación se la dejamos íntegra para ellos. Nuestra esperanza legítima es que se desesperen por completo, no sólo cuando la OEA (inada menos!) se niega a visitarlos, ni sólo cuando el presidente Carter deja de sonreír y frunce el ceño ante la cifra de siete mil presos políticos, sino cuando se miren al espejo y en vez de sus rostros de miedo vean los rostros de coraje y dignidad de todos aquéllos a quienes torturaron o hicieron torturar.

Quiero finalizar estas palabras regresando al poema de Vallejo, quizá porque en él veo la única clave para que Zelmar y el Toba dejen de morir:

Al fin de la batalla,

y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre

y le dijo: "¡No mueras, te amo tanto!"

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitieronle:

"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil, clamando: "¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!"

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos, con un ruego común: "¡Quédate hermano!"

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado; incorporóse lentamente, abrazó al primer hombre; echóse a andar...

No pretendo que a Zelmar y al Toba, esos limpios cadáveres de nuestra historia reciente, los vayan a rodear todos los hombres de la tierra. Pero sí podemos aproximarnos a ellos quienes creemos en un Uruguay digno, de hombres libres; y es seguro que cuando ellos se vean rodeados no por pedacitos de pueblo que se miran con recelo, sino por un pueblo compacto que converge hacia la libertad y la justicia, sus cadáveres, tristes y emocionados, se incorporarán lentamente, abrazarán al primer compañero, y echarán a andar.

EL TOBA, ZELMAR Y...

"Fueron encontrados en la ciudad de ...

A veces me parece que aún la veo por General Flores y Yatay con su pelo oscuro y aquellos lentes que le quedaban algo grandes, y la sonrisa inteligente dibujada en la carita flaca. Con ese gesto, tan común en quienes usamos lentes, consistente en fruncir el ceño hacia arriba para acomodarlos. Cargando los libros, los cuadernos, las carpetas, como cualquier estudiante universitaria. Pollera a cuadros, mocasines marrones, abrigo azul, bolso de cuero y adentro, entre mil cosas, los La Paz suave. Y adentro de sí misma, los sueños y el amor empujando la vida.

... Buenos Aires, en el interior...

No me animo a definirla como simpática. Pero mucho menos podría definirla como antipática. No era muy expresiva con quienes conocía poco. Tal vez fuera —en el fondo— tímida. Lo que cualquiera que la haya conocido bien, puede y debe decir es que era infinita su capacidad de ser solidaria.

... de un automóvil, los cuerpos...

Me acuerdo que, a veces, iba o venía de algún enojo con Gabriel, su compañero, también estudiante de medicina, "centroja" de Urunday de la Liga Universitaria, ahijado de Washington Beltrán.

... sin vida de Zelmar Michelini...

Algún tiempo después, el "centroja" se convirtió en su esposo. Y muy poco después, ella se convirtió en su viuda. El entrañable mediocampista no pudo esquivar a la muerte el 14 de abril de 1972.

... Héctor Gutiérrez Ruiz...

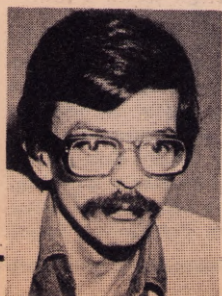
Ella tampoco pudo eludir la cárcel.

... William Whitelaw...

Salió y no la volví a ver. Un día, alguien me dijo que se había ido.

Luego llegó esa tarde de mayo de 1976. Con ese informativo frío, escueto, acaso cómplice por su frialdad inexplicable ante tamaña cosa. Y llega ahora este 1985 y su mes de mayo. No es que me gusten las fechas y los homenajes puntuales. No es que yo crea que los hechos y las personas pertenecen a la fecha en que nacieron, murieron, o en que les pasó "aquello". La vida y la muerte son de todos los días. El dolor y el amor también. Pero (no hay caso) las fechas tienen cierto valor como mojones. Cuando se habla de las muertes de mayo del '76 en Buenos Aires, generalmente se habla del Toba y Zelmar. Pero ese día aparecieron cuatro cadáveres en el automóvil estacionado. Cuatro muertos queridos. Cuatro. Tres hombres y una mujer; mujer y madre. Sé que, en la mayoría de los casos, se toma a Zelmar y al Toba como símbolos y síntesis de todos los muertos. Es cierto, es cierto. No obstante, es imprescindible no olvidar que aquel día también murieron William...

... y Rosario Barredo."



Héctor Luna

VICTORIA SOBRE UN REQUIEM

La ciudad los extraña. Hay tardes en que me parece sentir que vuelven, que es mentira esta falta de presencia y es falsa la nostalgia.

Tengo muchos recuerdos de cuando mi padre me llevaba a la Casa de la 99 en las elecciones de 1962, y a mí me extrañaba profundamente ver al ídolo de mi niñez escuchando con tanta atención y respeto a las palabras de un jovencito desmelenado. Del Toba guardo el recuerdo de varias visitas a las barras para verlo ejerciendo la presidencia de la Cámara. Recuerdo también los rostros militantes de los hijos de ambos, un poco menores que yo y un poco mayores que la tristeza.

Esta ciudad no se forma solo con árboles, baldíos y veredas sino con gente de carne, hueso y memoria. Por eso Montevideo los pelea día tras día, los ayuda a regresar, los revive y los escucha con todas las banderas desplegadas. Si cualquier montevidiano anda por La Teja a eso de las tres de la madrugada verá las sombras de los carros juntabarras que bajan a la ciudad para apilar sustento e infecciones, y allí verá también sus siluetas caminando y escuchará sus voces en el rechinar de las herrumbradas ruedas. Alguno los podrá descubrir en los pretiles bajos de la calle Yaro, cuando cuatro gurises descalzos hacen escuela de canombe sobre latas. Los más sensibles los ven en el control de Dante esperando algún ómnibus, en la dulzura embolsada de un caramelo, en ese hombre que vuelve de la fábrica y dobla por Camino Maldonado para afuera. Son un grito, como si fueran todos, como si se pudiera revivirlos apostando a la cifra de una quiniela ya jugada. Dos hombres cualesquiera.

Zelmar y el Toba viven... pero lo cierto es que han muerto. Han muerto y no son ellos los que hablan en ese parlamento, ni son ellos los que se paran en las tribunas a denunciar y a construir conciencias. Es mentira que muertos es lo mismo; muertos no valen lo que valdrían vivos. Y basta de pretender ocultar lo que pasó, basta de querer traerlos de la mano sin dejar bien en claro que es imposible volverlos a escuchar y que los extrañamos porque los necesitamos para ayudarnos a interpretar esta realidad tan confusa. No es verdad que vivan, están muertos. Y no fallecieron sino que los mataron, sabiendo bien que eran columnas inquebrantables de la resistencia. Mentimos cuando afirmamos que no lograron su objetivo. Lo lograron, sí, porque ya no están Zelmar Michelini ni Gutiérrez Ruiz defendiendo a los más desde las tribunas y desde las barricadas. Ahora están escritos en la historia pero el presente decide y nosotros estamos solos.

Tal vez alguien no entienda este recuerdo amargo; le pido mil disculpas. Sería más fácil para mí gritar que viven en la lucha popular, que están presentes en cada instante de la pelea por una sociedad más justa. Sin embargo siento que es más verdadero reconocer que han muerto, como tantos otros compañeros, y que su recuerdo nos impulsa y su ejemplo nos enorgullece en la misma medida en que fustiga a sus asesinos. El presente es distinto, hoy no somos los mismos de hace diez u once años, ni siquiera somos ya los mismos que derrotamos a la dictadura. Quizás la mejor manera de homenajear el recuerdo de estos hombres sea la unión sincera y definitiva de los que queremos al país, a Latinoamérica y a la vida.

Y para finalizar, si de algún modo los asesinos llegaron a leer esta nota, sepan que su mano no les pertenece y que su decisión de disparar es más triste y envilecedora de lo que creen porque esos disparos fueron hechos contra el Hombre. Y sepan además que Zelmar y el Toba lucharon también por ustedes.



Raúl Castro

EL DE LA SONRISA

Fue una tarde en el Boston y hace tiempo.

El viejo escenario de gritos y boxeo reunía una asamblea del Congreso Obrero Textil, primera Arcilla unificadora de los trabajadores, moldeada por Héctor Rodríguez. Reivindicaban aquellos días de huelgas y marchas Leyes encarpadas en el Parlamento y el COT había tomado por entonces una iniciativa sin precedentes: invitar a legisladores de todos los sectores políticos para que expusieran ante las barras agueridas de ILDU, Fibratex, La Aurora, sus puntos de vista ante la demanda obrera.

Y fueron subiendo al ring.

Enrique Erro, blanco de la "41", Presidente de la Asociación de la Prensa, de traje azul claro —nunca le conocí otro— de bolsillos embolsados repletos de papeles y carpetas bajo el brazo, que formaron siempre parte de su traje, de sector, casi una divisa.

Y aquel muchacho flaco de melena clara y bohemia a lo Florencio que revistaba en la bancada de los "jóvenes turcos" con Maneco Flores, Hierro y otros, "chapa15".

Había un micrófono de pie en el centro de la lona y allí se plantó. Había sido dirigente del gremio bancario y representaba hasta ese instante al grupo de gobierno que de alguna manera lo había delegado al muere. Pero él, ya entonces, comenzaba a estar por las suyas. Lo cagaron a gritos.

"¿Qué dije yo —dijo— para merecer vuestra reprobación? Aún no he hablado". Y miró las tribunas, recorriendo cara a cara las caras hoscas y curtidas de los hombres nacidos en los barrios, que fueron callando ante aquella mirada limpia, franca, por momentos azorada, infantil, y que se había clavado en medio del ring como esos boxeadores que ganan puntos dominando a coraje el centro del cuadrilátero, que ya no abandonarían.

Habían visto en él lo que en él había; y el Pacto se produjo en el silencio. No sería roto jamás.

Esto que recuerdo hoy, lo recordé un fin de año del 72 bajo una capucha en Tacuarembó. Me habían sacado del gallinero donde hacía plantón a una cuarta del techo de zinc recalentado para un nuevo interrogatorio de Gavazzo. En la pieza había un General, calculo que Chappe Pose, Jefe de la División. En medio de la sesión lo llaman al Mengele de las preguntas y al rato vuelve y me dice: "Me acaban de avisar para que tome medidas de seguridad porque tu amigo Michelini anda diciendo en Cámara que yo te estoy dando; el también las va a tener que tomar...". El General carraspeó.

Y lo que son las cosas. Me vino a la memoria la sonrisa franca, fácil, clara de Zelmar cuando en aquella reunión del Parlamento en que estaba reclamando el Aumento de las Asignaciones Familiares, Wilson lo interrumpió para decirle con humor que no tenía derecho a hablar sobre ese tema por aquello de las "implicancias".

Maneco lo barajó al vuelo y comentó: "Clavado, flaco. Si estás haciendo más hijos que Salomón". Zelmar andaba ya por la media docena. Y lo que son las cosas, digo. En aquel momento, enfundado y ante Gavazzo, yo también reí.

Hasta el día aquel que en el 70. de Caballería de Santa Clara mi viejo me murmura en la visita "Mataron a Zelmar". Y fue como si se hubiera corrido un telón que ya no se alzaría para mostrar en el centro de la escena un protagonista de talento y garra, sensible, entero, de esos que la historia no suele reiterar. "Murió Zelmar".

¡Qué va a morir Zelmar, viejo, si era la vida! Zelmar, viejo. El de la sonrisa.



MAURICIO ROSECOF

Puedo dar fe de que Zelmar nunca cambió. Lo conocí cuando él tenía nueve años, yo ocho, y con intermitencias, a veces prolongadas, seguimos en contacto hasta su final, que no podré aceptar mientras tenga vida.

Ingresé en 1934 a la Escuela República Argentina, que funcionaba en el mismo poco agraciado local de hoy, en la esquina de Colonia y Cuareim. La dirigía una mujer adusta y admirable, cálida aunque no se empeñara en exteriorizarlo, y que adoraba a Zelmar; Débora Vitale D'Amico. Esto de adorar a Zelmar no le era en absoluto privativo: Zelmar era el ídolo y el lujo de toda la escuela. Lo comprobé al día siguiente de pisar las baldosas del patio del recreo. Zelmar no estaba en mi clase —él en cuarto, yo en tercero—, pero era imposible no distinguirlo, desde el primer momento, de entre el montón. En los juegos, en la fila, en el borbollón de la entrada o la salida, no se demoraba en descubrir su melena anárquica, sus ojos de un desmesurado azul siempre fulgente. Inquieto, galvanizado por una vivacidad comunicativa y entradora, compraba a todo el mundo con su sonrisa traviesa, franca, o bien a veces —aunque sólo a ramalazos— burlona e intencionada. Aunque excelente alumno, nadie más alejado que él de las tristezas y sordideces del "traga". Habría que decir que poseía una inteligencia inundada de alegría, o una manera jubilosa de ser inteligente. Supongo que Zelmar era consciente desde niño de su carisma y de su talento fuera de lo común, pero esto nunca lo infatuó. Era sencillo y llano en su trato. Dominaba como el mejor canillita la jerga, las zafaduras y el desenfado del chiquilín de la calle, sin que dejara de delatar ni una vez el origen culto de su familia. Como es de cajón, era el ídolo de todos sus compañeros, desde primero a sexto; pero sobre todo de sus compañeras. A cualquiera de nosotros nos parecía incuestionable que era un niño llamado a triunfar en no importaba qué; jamás se nos pasó por la cabeza que aquel chiquilín—destello hubiera sido elegido, en cambio, para el martirio. En cuanto celebración patria, lo veíamos encaramarse en el estrado para recitar los versos de ocasión, y era indefectiblemente el que se ganaba aplausos y aclamaciones. Un día, en la escuela se decidió representar una obra teatral, de corte patriótico, llamada "La gesta de la Emancipación". Su autor era el mismísimo Humberto Zarrilli, figura más que conocida por nosotros a través de sus libros escolares incontables, pero que ahora estaba allí, de cuerpo presente, desmelenado y efusivo, pues él mismo dirigió su pieza. Zarrilli adjudicó los dos personajes principales a los dos hermanos Mi-



Milton Schinca

UN GURI QUE SE LLAMO ZELMAR

chelini, Santiago y Zelmar. El de Zelmar era un paísnito despierto y entrador al que llamaban Gurí (Tengo clarita en la retina la facha del Zelmar de diez años, vistiendo bombachas de campo y boina blanca). Un día Zarrilli tuvo que resolver no me acuerdo qué problema de reparto y probó a Zelmar en otro personaje, que por supuesto interpretó bien. ¡Pero había que sustituir a su Gurí! No sé cómo pudo ocurrírsele a Zarrillo que a lo mejor yo, que apenas desempeñaba el papel de un blandengue de ínfimo rango, podría ocupar su lugar. Me hizo aprender unos cuantos parlamentos y me sometí a la prueba, que demasiado sabía perdida sin vuelta. Por supuesto, apareció un Gurí que parecía de palo sin ninguna sal. Bastaron dos minutos para que Zarrilli corriera emocionado a abrazar a Zelmar: "Es imposible. Sólo vos podés hacer a Gurí". Y así era nomás. Ni qué decir que el formidable Gurí de Zelmar fue la sensación del único espectáculo que presentamos en medio de los fastos de un desbordante Solís, si la memoria no me traiciona. Al año siguiente, Zelmar se despidió de su escuela y su escuela de él. Lo recuerdo llorando virilmente, pero a lágrima viva, abrazado a sus compañeros de sexto que también la abandonaban como quien se aleja de la casa materna.

Perdí de vista a Zelmar por unos cuantos años. La vez siguiente que lo vi fue... jugando él en un Estadio Centenario desbordante. Su club, el Potosí Carrasco,

enfrentaba esa noche a otro —¿no era la Escuela Militar?...— de la Liga Universitaria, como preliminar de un partido de gran atracción. Zelmar jugaba de half (¿cómo se dice hoy?), quiero suponer que ya en la izquierda. Conservo nítido en la memoria un quite magistral que le vi hacer, con una limpieza y elegancia que me hicieron acordar en ese momento a la levedad y el estilo impecable de aquel 'back (o poeta) de Nacional, Raúl Pini.

Unos años más y volvemos a encontrarnos, ahora hasta su final, en la Cámara. Tuve la suerte de presenciar su debut parlamentario, que estos días le relaté a Di Candia para sus notas de Guambia. En su primera intervención, Zelmar habló con la velocidad pausada con que siempre lo hiciera, y que sorprendió por igual a diputados y funcionarios que por allí andábamos. Le salió al cruce César Batlle, tratando de quebrar de entrada a aquel joven fogoso que debutaba y que en ese entonces era hombre de Luis, su enemigo, para lo que recurrió a un ácido sarcasmo: lo comparó con Yastasto, velocísimo campeón de los hipódromos de aquellos días. Zelmar no se arredró y su contra-réplica fue de ejemplar altura y respeto hacia el anciano político derechista, que desde ese día enfundó su acidez y su sarcasmo y pasó a tratarlo con su consideración que ya no cambió más...

En fin, para completar estas memorias de un entrañable Michelin: en cierta ocasión, Zelmar me arrimaba en auto hasta mi casa después de una jornada extenuante para los dos en una Comisión de la que yo era Secretario, y me confesó de repente: "¿Sabés cuál hubiera sido mi verdadera vocación, de no dedicarme a la política? ¡Predicador!". Y recuerdo que lo dijo casi con un dejo de frustración; y eso que estaba en el apogeo de su liderazgo.

Después, cuando el país se puso a crujir por todos sus costurones, vi a Zelmar debatirse sin respiro contra las fuerzas oscuras que todos veían ascender, procurando salvar del naufragio los valores más caros de la República. Pero lo vi, sobre todo, padecer por los padecimientos de otros, y, con generosidad temeraria, salir a jugarse por sus prójimos sin ignorar que el precio podía ser su vida. Al final, en un día que el país lleva marcado como una amputación, golpeó sobre él el desborde de la bestialidad y aquel inolvidable Gurí de pantalón campero y de boina fue abatido. Esto quiere decir que se puso a fulgurar, ya a cubierto de toda contingencia, igual que en los días de la escuela en que todos lo sentíamos nuestro, como hoy el país de la gente de bien, que es casi todo.

AQUELLA TARDE QUE LO SUPIMOS

A Zelmar Michelini no lo conocía personalmente, ni yo ni la mayoría de los compañeros que estábamos presos en aquellos momentos, cuando lo asesinaron.

Sí sabíamos de su persona, de su estatura política y de su estatura humana. Sabíamos de su trayectoria militante, desde su juventud en el Partido Colorado, agotando hasta el último esfuerzo sus intentos de renovación interna, hasta el gran salto de madurez, el compromiso ineludible a la hora de crear la gran fuerza política, la más progresista, la más democrática; nacimiento del Frente Amplio y Zelmar uno de sus gestores, y luego, desde allí, integrar aquel racimo de hombres valientes y lúcidos que plasmaron la Corriente...

No lo conocíamos personalmente, pero habíamos escuchado su palabra.

Ya sea en sus brillantísimas intervenciones parlamentarias, ya sea en la más encumbrada o la más humilde tribuna. Todos, alguna vez, fuimos multitud extasiada, esclarecida, envalentada por la prodigiosa verba del Flaco...

Nosotros, que nos habíamos erigido en generación desconfiada de la palabra, que habíamos abrazado la causa del hecho y de la acción (éstos, indebidamente contrapuestos a aquella) debimos reconocer el poder de la palabra, la acción de la palabra, cuando ésta es sabia e inteligente, cuando es iluminadora y movilizadora de conciencias, cuando es transformadora de rea-

lidades, cuando es valiente y decidida, cuando puede llegar a ser tan eficazmente verdad, o sea, cuando brota firme y generosa en los labios justicieros de hombres como Zelmar...

Michelini, que no era tupamaro ni comunista, ni anarquista ni socialista ni nacionalista, era, a su vez, un poco de todos nosotros, los que allí estábamos por pertenecer a grupos o partidos de esa naturaleza. Por eso así lo sentimos todos. TODOS. El flaco Michelini nos abarcaba a todos y a todos nos sobrepasaba. En ese sentido, Michelini era, ante todo, un auténtico frenteamplista. La mejor demostración de esto la hallamos en su propia familia, en sus hijos, en su relación con ellos. Los Michelini-hijos se desparramaron en distintas organizaciones de izquierda, todos provenientes del tronco paterno común, todos unidos siempre en el mismo emblema paterno... ¿no habla esta semblanza familiar de la mejor unidad, de la mejor tolerancia, del mejor respeto, de la mejor convivencia entre los seres humanos y las ideas que estos profesan?

Por eso, cuando allá adentro supimos la noticia —de la manera que se corrían noticias como esas, en un mundo en que el rumor, "el bolazo", la información de fuente incierta es hábilmente manejado todo por los expertos— inmediatamente supimos que esa era cierta, que ese "mataron a Michelini" que se expandió como reguero de pólvora por todo el penal era

inexorablemente verdad. Lo creímos enseguida, nadie dudó; era del tipo de información que "interesaba" que se supiera bien, y pronto. Además, ¡qué íbamos a dudar! era perfectamente posible que ello ocurriera en aquellos meses tenebrosos y oscuros de 1976; era la lógica de la barbarie, del oscurantismo más feroz. Habían desatado los perros de la guerra en ambos márgenes del Río de la Plata y se trataba de eliminar a toda alternativa de paz y de justicia que anduviera por la vuelta... Por eso también el "Toba".

Si no tampoco se explica que cada aniversario, que en cada fecha del crimen, a Margarita y a Eliza allá en Punta de Rieles, se encargaran tan bien de recordarles qué día era, con hostigamientos "extras", con calabocadas especiales, con toda la gama del sadismo creativo que produce el fanatismo exacerbado.

"Mataron a Michelini" supimos todos inmediatamente, y al salir al recreo aquella tarde, en la mirada de cada compañero estaba reflejado el dolor, ese dolor solidario que los seres humanos, aún desde los peores lugares somos capaces de experimentar junto a todo el pueblo, ese triunfo momentáneo de la muerte. Con el Flaco, sentimos todos que moríamos un poco. Con el Flaco, sentiremos todos pronto que renaceremos mucho.

Aquella tarde en el penal, la tristeza circuló rápido celda por celda.

Guillermo Reimann



MI EXPERIENCIA CON EL FLACO

por Hugo Alfaro

El Flaco entraba como un viento fresco en la redacción de "Marcha". Parecía el dibujo de sí mismo; un apunte nervioso, cambiante, que se deshacía y se recomponía a su propio paso veloz, la cabellera como una ondulante orilla.

Pocas veces una anatomía fue tan fiel a la mente y al manojito de sentimientos que palpitan dentro de sus límites. Magro, de estatura mediana, ojos claros, risa fácil, pronto siempre a ensayar un ademán amistoso, uno sentía como una proximidad confiable a su lado. Después las palabras, la meditada reflexión, dejaban ver que aquellos fuegos no eran artificiales, que nacían de un hambre imperiosa de verdad. Zelmar fue un hombre puro que no se dio facilidades. A la inversa de otros, sin duda generosos, pero que dejan que la amistad discorra sin sobresaltos porque sacrifican todo a la molición, Michelini limpiaba primero el terreno de equívocos sobreentendidos (esas pardas genuflexiones en que todos transamos diariamente por comodidad cunado no por cobardía); y sólo cuando estaba todo claro —para él, que era la claridad— se entregaba al deleite opíparo de la alegría compartida. Esa alegría compartida. Esa alegría acaso rioplatense pero sobre todo montevideana, en que las calidades íntimas son una condición de toda entrega amistosa.

.....

Estoy en Buenos Aires. Semana de Turismo del 76. Cortos días de visita a mi hija y mi nieto. Estando allá, Julio Castro me hace saber que en Montevideo andaban buscando otra vez a la gente de "Marcha". Quijano y Ardao habían partido ya al exilio. Julio, que no se fue y que desaparecería hasta el día de hoy un año y medio después, me aconsejó no volver. El inolvidable compañero pensaba —como siempre— más en los demás que en sí mismo. "Quedate ahí hasta que aclare. Conseguite algún trabajo; no te va a costar". No me costó, gracias a Zelmar. Después todo se acalararía, las aguas (engañosamente) remansaron y pude volver. Varias horas detenido al desembarcar, eso sí; pero no pasó nada.

Quedaba en pie la solidaridad indesmentida de los compañeros, acá y en Buenos Aires. Allá Gerardo Fernández, que hacía crítica teatral en "La Opinión", tendió cables para hacerme entrar en el diario de Timerman. Trabajaba también allí, en comentarios de política internacional, Zelmar Michelini. En tanto Héctor Gutiérrez Ruiz y su mujer habían comprado —y atendían personalmente— un mercadito, creo que en el Once.

Grato reencuentro con el Flaco en la redacción de "La Opinión". Supo de mis dificultades, las asumió enseguida. Habló (como Gerardo) con unos y otros. Y a Ramiro de Casasbellas, que entonces era jefe de Re-

dacción, le dijo de mí insensatas demasías. "No era yo el que ganaba con el empleo, sino que ganaba "La Opinión" dándomelo, etcétera, etcétera". Con alegría de niño —no hay hombre bueno que no sea además un niño— fue Zelmar a darme la noticia: el empleo estaba concedido. Ya era compañero del Flaco y de Gerardo en "La Opinión". Horas de amistad fraternal y de proyectos. Se desordenaba la cabellera de Zelmar, cundían su risa confiable y esa condición luminosa que le venía de dentro. Pero cambian las noticias desde Montevideo, el empleo es innecesario. Regreso. Era abril.

.....

El 21 de mayo aparecen en el interior de un coche abandonado en la Avenida Perito Moreno los cuerpos maniatados y acribillados de Zelmar Michelini y Héctor González Ruiz. Y los de una pareja cuya vinculación con los anteriores pretende burdamente poder atribuir la autoría de los asesinatos a la subversión. La felonía se suma al crimen.

Los ojos claros del Flaco —los ojos de todas las víctimas de la dictadura nos siguen interrogando. Es a ellos, tanto como a nuestra conciencia, que debemos responder ■

COMO LO CONOCI

Héctor Rodríguez

En las primeras horas de la noche, de un día de abril de 1952, me llamaron con urgencia al teléfono del boliche de Cuchilla Grande y Camino Maldonado, el más cercano al viejo local de la Unión Obrera Textil, en Camino Maldonado frente a Veraciero.

Cuando respondí me dijeron: "De parte de la Asociación de Bancarios queremos saber qué van a hacer ustedes —se refería a los textiles, claro— con respecto al decreto de medidas prontas de seguridad que el Consejo Nacional de Gobierno dictó contra la huelga de Salud Pública".

Ya teníamos posición tomada; pero, antes de contestar a aquella voz que no conocía, me sentí obligado a preguntar: ¿quién habla ahí? Y vino la respuesta: "Zelmar Michelini, secretario de relaciones de la Asociación de Bancarios..."

Conocía de nombre a Michelini, por su actuación anterior en la FEUU; pero ahí empezó nuestra relación personal: de mi respuesta surgió, para esa misma noche, una entrevista en la que cambiamos ideas acerca de como defender el derecho de huelga contra aquel nuevo ataque, precursor relativamente lejano de tantos otros.

La huelga de Salud Pública tuvo una rápida solución y dejé de ver a Zelmar personalmente (creo que hasta 1955); pero no de registrar el crecimiento de su prestigio como orador, nacido en la FEUU, acrecido durante la huelga y las movilizaciones bancarias de 1952 y, luego en la campaña electoral de 1954.

A mí me involucraron las medidas prontas de seguridad de octubre de 1952 —posteriormente a la huelga bancaria y más duras que las de abril. Más tarde las durísimas huelgas textiles de 1953 y 1954; pero un día de verano de 1955 —ya diputado electo desde noviembre de 1954— Michelini me invitó a una conversación.

En un boliche del centro (¿el "Jauja", "Los inmortales"?: no puedo precisar) me informé que, entre empresarios, políticos —¿o politiqueros?— y algún traidor, perteneciente al gremio textil, se tramaba algo parecido a una "conspiración" para alejarnos a mí y a otros compañeros, de la dirección del sindicato.

Le agradecí la información, que no era muy preci-

sa. La elección de Comisión Directiva Sindical, prevista para pocos días después, se realizó como siempre. Voto secreto y representación integral mediante, obtuvimos 14 de los 15 cargos en disputa; pero entre los 14, el traidorzuelo se puso en evidencia pocos meses después. Quedó por el camino; como contrapartida nació una confianza que nunca murió.

Concentrado en la modesta actividad sindical que me había asignado y en las 8 horas de trabajo que cumplía en la fábrica, no seguía de cerca la actividad parlamentaria; pero no ignoraba que Zelmar había pasado a ser el "número uno" de la bancada quincista (¿o de toda la colorada?) de diputados. Muchas de las iniciativas de avance en la legislación laboral, que impulsaron las movilizaciones de 1958, contaron con su colaboración, su esfuerzo o su iniciativa.

Como número 1 de la lista 15 de diputados en las elecciones de 1958, fue reelecto y ya nadie pudo ignorar aquel liderato parlamentario dentro de su partido. Por eso me sorprendió, un día de 1962, a pocos meses de las elecciones de ese año, cuando me recibí en una salita de la Cámara de Representantes para darme, casi al tiempo del apretón de manos: "me voy de la 15..." y, antes que continuara, pregunté: y eso ¿por qué?

La respuesta: "porque el Partido Colorado —y dentro de éste la 15— van a ganar este año las elecciones; pero harán un gobierno conservador, como el de los blancos, al que fue cómodo oponerse; pero no te imaginás lo incómodo que fue estar en la bancada entre 1954 y 1958, cuando ganamos ampliamente con las ideas de Luis Batlle y nos vimos obligados a defender, aquí, a los que gobernaron con las ideas de la mayoría del Colegioado que eran las de otros".

Y continuó: "no quiero repetir la experiencia y voy a la elección con lista propia para ganar independencia". ¿Fuera del lema? pregunté esperanzado (porque por allí andaban fraguando la Unión Popular y el Frente Izquierda de Liberación, que poco después cristalizaron divididos). Y su respuesta fue: "no; dentro del lema; pero tu pregunta ya dice no me vas a acompañar". Se lo confirmé y nos despedimos como amigos.

Un día de 1965 Zelmar me anunció que iba a editar un diario, para enfrentar la campaña electoral de 1966, y que me quería "como encargado de la página de información gremial". Acordamos condiciones profesionales para ocupar el cargo (porque Zelmar aún seguía dentro del Partido Colorado; y yo, con eso, nada que ver).

Zelmar volvió al Parlamento en 1967, con otros compañeros desu grupo, después de rechazar las candidaturas a Intendente de Montevideo y a Vice-Presidente de la República, que Gestido le ofreció. 1967, año en el que asumió Gestido, deberá ser estudiado a su tiempo en todos sus detalles: en un acto que algún día se evaluará debidamente, Gestido rompió con el Fondo Monetario Internacional y Zelmar Michelini fue designado ministro de Industrias y Comercio, en julio de aquel año. No quiero hablar de los ataques que recibió de quienes vieron, en él, al posible rival electoral de 1971.

Más importante es advertir la diferencia existente entre gobierno y poder: porque Zelmar, al cabo de 100 días, renunció al ministerio, junto con otros, para no convalidar medidas prontas de seguridad anti-sindicales, que el poder le impuso al gobierno. Dos meses después sorprendió al país la repentina muerte de Gestido.

Más aún le sorprendió el acceso (legal por cierto) a la Presidencia de alguien a quien pocos habían conocido y a quien nadie hubiera elegido para presidente. Aquí empezó otra historia, que no voy a contar, porque es de Zelmar de quien debo hablar: y aquí comenzaron con él, contactos diarios.

Mañana, tarde o noche se recurría a él para sacar a un preso; o para saber de un detenido no localizado (aún no desaparecido); o para que una llamada telefónica de Zelmar (a un ministro, a un jefe, o a un comisario) impidiera una tortura o abreviara un plantón ya comenzado. Y aunque más de una vez —y así durante años— le interrumpimos a Zelmar su bien ganado sueño de la madrugada, nunca dejamos de percibir la sonrisa cordial, la clara mirada comprensiva y la inmediata respuesta solidaria.

Su ejemplar denuncia del pachecato; su contribución política y la de su Agrupación al Frente Amplio; su formidable actuación como senador frenteamplista, antes y después de la disolución del Senado en 1973: ya todo eso es historia. Un día —él fuera del país, yo entre rejas— nos golpeó a todos la noticia de su secuestro, de su tortura y de su vil asesinato junto a otros queridos compatriotas.

No era hora de llorar, sino de apretar los dientes y seguir. Y allí adentro les rendimos homenaje unánime a Zelmar y al Toba —muertos emblemáticos— y a todos los demás. Revancha o venganza son sentimientos pequeños, que Zelmar Michelini nunca hubiera engendrado ni prohibido; pero justicia es una necesidad elemental. Para satisfacerla bastará la victoria del pueblo. Y hay que construirla. Día por día ■

CARTA DE ZELMAR A ELISA

Buenos Aires, febrero/29/76

Elisa Michelini en febrero del 76 estaba presa y aislada —en calidad de rehén— en un cuartel de Montevideo. Allí recibió la última carta que le enviara su padre. Allí se enteró poco después de la suerte corrida por él.

Mantener consigo esta carta fue para Elisa cuestión de principios, de hondísima significación personal. No le fue fácil conservarla, por cierto.

He aquí el texto completo de la carta de Zelmar. (Las frases en negrita corresponden a subrayados de la censura militar en el original.)



Eli, hija mía: Siempre me ha sido difícil escribirte, no por falta de tema ni de deseos de expresar sentimientos o emociones, sino por la dificultad de hallar las palabras exactas, precisas y sobre todo por la voluntad de no crear, con mis frases, un motivo de inquietud para ti. Además, me ha perturbado siempre el hecho de que las cartas puedan no llegarte, pues la censura siempre subjetiva puede descalificar cartas sin que nunca pueda saberse la verdadera causa que impidió su llegada. Pero esta vez, habida cuenta de las circunstancias que estás viviendo, mi dificultad es mayor, en cuanto quizá no tenga la tranquilidad necesaria para escribirte y si un gran deseo de poder estar junto a ti, para darte con un beso y un abrazo muy fuerte todo el cariño que siento por ti, la impotencia que me carcome, la necesidad de que sepas cuánto y con qué intensidad siento tu ausencia. Estos días, cuando tuve la dicha de estar rodeado por siete de tus hermanos —sólo faltaban Rafa, Felipe y tú— pensé en lo que será la mesa el día que podamos estar juntos y cuáles serán las condiciones que estaremos viviendo. Sé que ese día llegará. Fe y esperanza y ánimo es lo que nos sobra a todos nosotros. Por consiguiente, lo importante es enfrentar esas circunstancias y superarlas. Para ello vuelve siempre a mí la anécdota de alguien que mucho sufrió y padeció a través del tiempo, que tanto se llamó Jesús con su calvario en la cruz como los miles y miles de seres anónimos, cuyo nombre no recogió la historia y que tuvieron los mismos padecimientos que aquellos que han sido mártires de la humanidad, sacrificándose por sus convicciones, afrontando su destino con la alegría y resignación, de los que están seguros de decir su verdad. Esa anécdota hablaba de la paciencia, inevitable, imprescindible para sobrellevar los momentos aciagos, esperando el despertar del nuevo día, la luminosidad que sucede a la más oscura de las noches. Si algo enseña la historia, es que la justicia triunfa y los poderosos ocasionales, desde los días de la lucha por la liberación de España, por ejemplo, son los eternos perdedores. Cristo enseñó que había que redimir a los humildes y su lucha fue contra los opresores, contra los que aparentemente todo lo tienen menos la verdad y la justicia. Y si te cito a Cristo, tu sabes que no soy católico, es precisamente porque su imagen es inatacable, pero muchos como él, sin practicar su religión, pero con su misma voluntad e igual meta, dieron su vida por la redención de esa gente eternamente castigada. Sé de tus dificultades y de estas circunstancias penosas, pues bien, ten la seguridad de que eres motivo constante de recuerdo cariñoso, tanto de tus hermanos, como de tu madre y especialmente mío, ya casi tres años sin verte, después de habernos visto y conversado tan asiduamente. Dos cosas tengo que decirte y sabes que no lo he hecho antes nunca. La primera es aquel verso que dice: "Con alegría vivo, con alegría combato y con alegría muero. Que nunca la tristeza se asocie a mi nombre". La otra es que recuerdes en tus momentos de mayor debilidad y soledad, que ni aun sola, estás sola. Que ni aun débil, eres débil. Que todos los seres que quieres, están junto a ti. En ese mismo instante que tú piensas en ellos, buscando en sus nombres queridos y en su recuerdo la compañía imprescindible para afrontar lo venidero, ellos están pensando en ti, recordándote, viviendo tu situación, compartiendo tu angustia, presentes tú en su pensamiento y en su corazón. Y cuando te sientas débil, cuando creas que la conjunción de hombres y elementos pueda haber quebrado tu ánimo y tu voluntad, tienes que recordar que hay algo en ti, que es sólo tuyo, a lo cual nadie puede llegar, que es tu mente, tu corazón, tu inteligencia. Las derrotas y las victorias, no son nunca transitorias ni ocasionales. Hay una sola victoria, final, definitiva. No hay victorias parciales. Ten también en cuenta eso, con la misma fuerza con que te pido que sepas que estamos junto a ti y que nadie, nunca nadie, podrá entrar ni en tu corazón ni en tu mente. Así los días serán más fáciles, las desventuras más pequeñas, las dificultades menos frecuentes. Y las alegrías, más fuertes y firmes. Y que cada día que transcurre, el reencuentro está más cerca, es más nuestro. El poeta dijo, todo pasa y todo llega. No lo dudes, es una gran verdad. Te quiero mucho, te queremos mucho. Perdona esta carta, pero creo que es bueno que la leas y me ha hecho bien escribirtela.

Papá



EL COMPAÑERO QUE ENFRENTÓ AL RIESGO SIN PERDER LA SONRISA

Hoy después de largos años de represión y torturas, desaparecidos y muertos, hay miles de uruguayos armados. Ya no es una primicia revelarlo. En "Días y noches de amor y de guerra" Galeano lo dice con palabras de Milton Nascimento: "Descubri que a minha arma é/ o que a memoria guarda..."

Una tarde contradictoria, azul y de terror, después de aludir entrecortadamente y en voz baja a los años que terminaba de vivir en un cuartel, un compañero nos comentó, simplemente, antes de alejarse hacia el avión: "sólo pido a la vida que me conserve la memoria".

.....

No es un juego de palabras: al denunciar sin ambages y en la hora del riesgo las causas de la violencia, Michelini hizo un importante aporte a la paz. Este es un aspecto esencial a recordar. "Uruguay vencerá", el trabajo de Mario Jaunarena con una selección de discursos, entrevistas y artículos de Zelmar, es una demostración de ese aporte.

.....

En los días de su separación del Partido Colorado, cuando se disponía a integrar un frente sin exclusiones ("la fuerza nueva para un tiempo nuevo"). Michelini nos habló de las causas de la violencia en el continente latinoamericano ("la miseria, el colonialismo, la explotación"). Recordó a una voz no sospechada de socialismo: Hebert Mathews, redactor del New York Times, que comenzaba un libro explicando: "Latinoamérica asiste a una revolución similar a la de 1825. La diferencia es que aquella fue por la libertad política y que esta de ahora es por la libertad económica. Quien no reconzca en Estados Unidos este hecho, no podrá comprender el fenómeno latinoamericano". Como en todo el continente, en Uruguay —explicaba Zelmar— "la violencia de arriba" engendra "la violencia de abajo". ("Y es violencia del régimen la corrupción, el infraconsumo, la riqueza mal distribuida, la pérdida del poder adquisitivo del salario, los privilegios de las clases ricas, la escasa asistencia sanitaria, el déficit de viviendas, la política económica dependiente del Fondo Monetario Internacional, la entrega del país a la banca extranjera. Como es violencia también la represión de las huelgas, las medidas prontas de seguridad, la congelación de salarios, la militarización de los sindicatos y gremios, el apresamiento y destitución de los trabajadores").

.....

Michelini no tenía dudas sobre el camino y los métodos pacíficos del Frente Amplio, pero se negaba "a juzgar el problema de la violencia con esa infantilidad con que se trata de dividir a la nación en buenos y malos, patriotas y traidores" con la que el régimen pretendía eludir la realidad. Por el contrario —explicaba— la violencia desencadenada tenía "raíces, explicaciones y culpables".

En plena represión, su coraje creció hasta la temeridad. Una tarde —sonriendo y sin alarde, planteándose lo que era una posibilidad, nos dijo: "me tengo fe para enfrentar con serenidad mi secuestro". Por aquellos días había denunciado al escuadrón de la muerte, al que responsabilizó del asesinato de Castagnetto, la desaparición de Ayala, el asesinato de Ramos Fillipini, el asesinato de Ibero Gutiérrez. (No pudimos sino aso-

ciar su coraje al de Matteotti, que después de denunciar al fascismo dijo a sus compañeros socialistas: "vayan preparando mi oración fúnebre").

Zelmar probó y denunció, reiteradamente, las torturas, la violación de los derechos humanos, el fantasma del golpe esgrimido para doblegar la dignidad del Parlamento. Y anticipó con claridad: "los gobernantes que son tolerantes con los planteos militares terminan siendo sus prisioneros". (También de esto habrá que tener memoria).

En plena represión, fue esperanza y refugio de los perseguidos. (En más de una oportunidad concurrió personalmente a hacer fila y entregar ropa o una frazada a presos, porque los familiares sentían temor o habían sido rechazados).

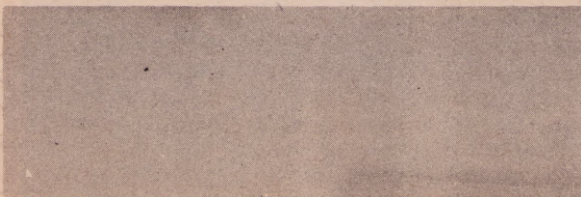
Presentó pruebas de cada denuncia, que demostró con testimonios o con la fuerza de su razonamiento: "¿qué gobierno, atacado en lo más hondo de su moral, en la parte más importante, la relativa al respeto que debe tener al ciudadano, qué gobierno, celoso del prestigio de las fuerzas armadas habría permanecido en silencio como ha permanecido este, sin salir a desmentir cuando se la han hecho las imputaciones más tremendas respecto a los procedimientos que se han llevado a cabo en algunos cuarteles?". Denunció la inseguridad física ("¿qué ciudadano puede considerarse libre de los riesgos que han alcanzado estos días a tantas personas?", declaró en junio del 72), la inseguridad económica, la inseguridad moral, producto del descreimiento, resultado del engaño de políticos, o del ocultamiento tendencioso de los hechos por la prensa. En las circunstancias más difíciles tuvo el coraje de analizar las raíces de la violencia y hasta la evolución de la tortura, que "de medio destinados a obtener información terminó en respaldo esencial del sistema", ya que fue "parte medular de un plan político de entrega de la nación" que "se aplicó siguiendo instrucciones provenientes del exterior". "La pregonada integración latinoamericana, buscada por los pueblos como manera de oponerse al gran imperio del norte —había observado Zelmar— sólo se consumió en la integración de sus policías, de sus ejércitos, de la actividad represiva en todos los países donde dominan las dictaduras".

.....

Con la bendición del imperio "que concede préstamos, deforma en sus escuelas la mentalidad de los jóvenes oficiales, distribuye armas, condecoraciones y medallas" —como afirmó Quijano al analizar la muerte de Zelmar— el sistema planificó su asesinato.

Importará —se conocen ahora los nombres— enjuiciar a los asesinos y a sus mandos. Pero la extinción de la violencia, que es lo que más importa, sólo se alcanzará con la derrota del sistema. Zelmar supo observarlo y decirlo en la hora del riesgo, que asumió con una sonrisa, seguro de su verdad, la de la historia.

Guillermo Chifflet



POR ZELMAR Y ELISA

No lo conocí personalmente, pero tengo memoria de él a partir de los años sesenta.

Mi primera imagen fue la de Zelmar Michelini senador.

Tuve oportunidad de escuchar su magnífica oratoria, velocísima, pero de impecable dicción y pensamiento claro.

Después —por su mismo sentir político— llegué a un mejor conocimiento de su persona. Me impresionó como un hombre de mucha enjundia, sin empaques ni creimiento. Su vigorosa voluntad social lo definía como un político lícido y apasionado, metido a fondo con su lucha y su inteligencia en la historia viva de sus compatriotas.

Le tocó vivir años muy difíciles, años que para muchos se les hizo imposible dormir en paz. Tiempos de insania donde hombres como él, signados por la talla emotiva de una conciencia justa y alerta, corrían los peores riesgos.

Esos años, que no podemos ni debemos olvidar, fugigado por la persecución a conciencias imprescindibles, lo llevaron a morir comprometido con sus ideales, víctima de la traición como de la ignorancia.

Aquel Buenos Aires parecía no tener testigos.

Como ciudadana, lamento sinceramente su ausencia en este camino democrático que reiniciamos, un futuro que con seguridad hombres y mujeres de mi patria defenderán por él, un futuro que llevará también su lucha.

Pensando en Elisa, que soportó tantos años de inmerecido sufrimiento, es que me adhiero a este homenaje.

Vera Sienra





ENRIQUE RODRIGUEZ

"Yo era un diputado joven, él era en ese tiempo un militante muy destacado de los sectores juveniles y más avanzados de la lista 15. Era en cierto modo el favorito de Luis Batlle, un hombre de porvenir político. Matenía aún vinculaciones con su ex gremio bancario. Lo encontré por primera vez en una conferencia que habían convocado los trabajadores del frigorífico de Fray Bentos en lucha por sus reivindicaciones y ahí tuve la sensación de que más allá de la profunda militancia, del convencimiento Batllista que tenía en aquel tiempo (estoy hablando de algo más de 20 años) era un hombre que sobre la problemática social, miraba más lejos que otros correligionarios y colegas de él en la cámara de Diputados.

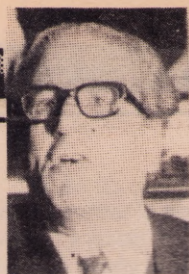
Me sorprendió. Yo que militaba y milito en la izquierda marxista, veía que su planteo iba más allá que el planteo simplemente democrático, liberal, que tenía un profundo conocimiento de los problemas y una gran sensibilidad para la captación de ellos en un conflicto muy ardoroso que había en aquellos momentos en el frigorífico de Fray Bentos. Ese es mi primer recuerdo de Zelmar Michelini, militante Batllista de primera línea, hombre de confianza de Luis Batlle. En ese sentido un adversario político, aunque las relaciones personales siempre fueron muy profundas. Luego conocí al Senador Michelini cuando antes de ser promovido al Ministerio de Industrias, recuerdo las conversaciones con él cuando iba a aceptar ese Ministerio, sabiendo las grandes dificultades que tendría porque seguramente su pensamiento había avanzado del que había conocido antes. Tenía un convencimiento de que los problemas sociales desbordaban el marco en el cual se movían en ese período. Su inserción en el Ministerio de Industrias era un compromiso que ya tenía con el pueblo trabajador y por otra parte, el compromiso que tenía con el partido al que pertenecía, no le permitía hacerse eco de lo que realmente pensaba. Eso era una cosa evidente, y se confirmó luego al aceptar el Ministerio y tener que salir de él cuando el pacheco se hizo dueño de la situación política del país.

Luego conocí, dando un salto donde las relaciones siempre fueron muy fluidas y muy entrañables, al hombre del F. Amplio, su ardorosa campaña política, y más tarde cuando la situación era muy grave, sus brillantes discursos en el Senado. Discursos memorables por su combatividad, por su clarividencia, por su espíritu democrático revolucionario en la lucha por la defensa de los presos políticos y en la concepción de la lucha avanzada en nuestro país que ya no encajaba en los moldes en que antes se desarrollaba. En el Senado, representando al Frente Amplio, nuestra relación fue realmente profunda. Se veía en él, a cada paso, a cada intervención, el notorio avance de Zelmar, con un antiimperialismo claro, con un nacionalismo revolucionario muy pronunciado y con su eterna sensibilidad para los problemas obreros y sociales.

Luego lo recuerdo exiliado en Argentina. El y yo, junto con Gutiérrez Ruiz y en algunas oportunidades con Ferreira Aldunate, conversando, planeando y ajustando nuestras ideas a la nueva situación, a las necesidades de la unidad antidictatorial.

Era un hombre que vivía pensando y actuando sobre el Uruguay desde el exilio en Bs.As. Así lo recuerdo hasta el día en que me despedí cuando partí para Europa y allá me enteré de su asesinato y del de Gutiérrez Ruiz.

De Gutiérrez Ruiz, qué decir de lo que él era como persona, como presidente de la Cámara, como hombre lúcido y valiente? El día en que las fuerzas de la represión en las vísperas del asesinato de los 8 compañeros de la Seccional 20, asaltaron el local central del PCU sin vacilación, sin que nadie se lo pidiera, él se ofreció para venir al local del Partido asaltado por los esbirros de la dictadura para, como presidente de la Cámara de Diputados, discutir y lograr el desalojo de las fuerzas represivas y evitar así lo que hubiera sido una gran provocación que, como en el caso de la seccional 20, era lo que buscaban para arrasar nuestro Partido. Ahí quedó demostrada su amplitud de mira, que no era un hombre cegado ni retenido por el anticomunismo, capaz de jugarse por sus compañeros del Parlamento, por un partido que, aunque adversario, era un aliado en la lucha contra la reacción de aquellos momentos. Esto, el Partido Comunista nunca lo olvidará. Y el último recuerdo que tengo de Gutiérrez Ruiz es muy emotivo: yo ya estaba en Europa, él se trasladó de Bs. As a Europa. Nos encontramos ambos como ex legisladores en el Parlamento europeo, en Luxemburgo, dos meses antes de que fuera asesinado. Allí estará en las actas, y algún día sería bueno rescatarlas, la intervención que Gutiérrez Ruiz hizo en defensa de los legisladores asesinados, de los legisladores presos, de los exiliados, y la denuncia fuerte, firme, lúcida, nacionalista y patriótica de lo que era la dictadura. Nos despedimos. Yo me quedé en Europa y al tiempo me enteré de esta desgracia y de este crimen nefasto cometido por la dictadura uruguaya en complicidad con la policía de Bs. As. Era un hombre de una bonhomía y de un perfil revolucionario que siempre lo colocaba en los sectores más progresistas del nacionalismo, y es así como lo hoy recordamos.



LUIS HIERRO GAMBARDELLA

Hace ya más de treinta años se inició nuestra relación política y personal con Zelmar Michelini. En efecto, juntamente con Glauco Segovia y Manuel Flores Mora, integró la guardia joven que rodeó a Luis Batlle y a su movimiento de renovación del batllismo con el que el inolvidable líder obtuvo la victoria de 1954. Michelini era joven; pero ya tenía muchos antecedentes de lucha política y sindical. En efecto, desde 1942 participaba en luchas-partidarias y desde hacía también bastantes años había realizado una prestigiosa acción gremial.

En cuanto entró a la Cámara, Michelini mostró su garra parlamentaria: una rutilante intervención le dio notoriedad, enfrentando a don César Batlle que, por primera vez en su larga y conocida actividad de polemista salió derrotado (o casi derrotado, por que el final invirtió los términos de la batalla parlamentaria). Su agilidad mental, su espíritu combativo y su inusual simpatía lo convirtieron, rápidamente, en una figura de primera magnitud en el ámbito parlamentario y en la actividad política en general. Al tiempo que cumplíamos juntos nuestra tarea legislativa, por la mañana iniciamos nuestra cotidiana faena periodística, juntamente con los ya nombrados compañeros. Y como era la corriente que ese elenco fuera el que hiciera uso de la palabra en las asambleas políticas de nuestro grupo, tanto en Montevideo como en las ciudades del interior, el largo contacto se transformó en una sólida amistad, en la que el gracejo lo ponía, en proporciones enormes, Maneco Flores y la simpatía, la amistosa fraternidad, en gran parte corría de cuenta de Michelini.

En nuestras relaciones con Luis Batlle, el líder sobre el que recaían las mayores responsabilidades de gobierno y de conducción de la mayoría del Partido, relaciones que se vinculaban tanto con la acción parlamentaria como con la labor política Michelini se manejaba sabiendo que el líder depositaba en él toda la confianza (me refiero, naturalmente, al período de gobierno y no al que le siguió donde se acusaron las diferencias que culminaron con la fundación de la lista 99). Justo es decir que esa confianza siempre se manifestó en signos afirmativos y de alta moralidad política, tanto en don Luis Batlle como en el diputado Michelini y siempre se fundamentó en la estricta distribución de responsabilidades.

Al término de aquellos años que culminaron con la derrota de la 15 y del Partido Colorado, derrota históricamente injusta porque no supuso, como se dice, la clausura de un modelo superado, sino la inauguración de un ciclo en que se produjo el primer intento de implantación del sistema neo-liberal en la economía, todos entrevistamos la necesidad de hacer una revisión a fondo de nuestros planteamientos políticos, sociales y económicos y muchas de las intensas reuniones, que entonces realizamos, casi siempre en la casa de don Luis Batlle, fueron destinadas a examinar con todo rigor las realidades del país y las dimensiones de las revisiones que la realidad imponía. Es evidente que allí empezaron a tomar cuerpo las diferencias que luego provocaron la escisión. No será yo quien diga, y en estas circunstancias recordatorias menos, en qué sitio consideré entonces y considero ahora estaba la más justa apreciación política e histórica. Puedo sí decir que aquella separación que ponía punto final a una relación política muy estrecha, y también muy cálida, para nada alteró la consideración intelectual y política que se había ganado Zelmar Michelini entre nosotros. El prosiguió su labor de parlamentario dotado de grandes atributos, sin descender, jamás, a los personalismos diminutorios e inconducentes. Nosotros mantuvimos, en relación con él, como legislador y como político la consideración y el afecto que se había ganado tan legítimamente. Los hechos trágicos que pusieron punto final a su bella y fecunda vida en plena madurez, que sentimos con tanta hondura en su momento, sitúan la personalidad de Michelini en el plano de los mártires de la democracia. Y así ultrapasa limitaciones políticas, para convertirse en una figura simbólica cuya reverencia es y será obligación de todos los uruguayos.



JUAN PABLO TERRA

Siempre me cuesta un esfuerzo hablar o escribir de Michelini y de Gutiérrez Ruiz. Al Toba lo recuerdo de muchacho, amigo de mis hermanos menores y luego amigo personal y compañero de sesiones tormentosas, en aquel parlamento crepuscular, anterior al golpe de estado, que como todo crepúsculo tuvo resplandores memorables. A Michelini lo conocí —conocerlo realmente— más tarde, cuando él ya era una figura política y yo comenzaba mi actuación pública en ese campo. Pero desde que Pacheco adoptó las medidas de seguridad en 1968 nuestra relación fue muy intensa y adquirió aún mayor intensidad cuando comenzamos a trabajar juntos para la constitución del Frente del Pueblo y del Frente Amplio, naturalmente, durante el período siguiente hasta que bajó el telón en junio de 1973. Después lo ví poco, las veces en que pude llegarme a Buenos Aires y visitarlo en el Hotel Liberty. Sobre un fondo de congoja, eran encuentros muy cálidos. Ciertamente, sabíamos que había irrumpido en nuestro país provinciano una ola de brutalidad tan ajena a su modo de vivir como las ideologías de cinismo y de odio que la inspiraban. Pero en 1976 sus actores parecían estar ya demasiado tranquilos y consolidados para introducir nuevas formas de violencia. El doble crimen fue gratuito e insólito.

Ahora, eso es historia; y debemos pensar en Zelmar y en el Toba como en el César Díaz de la hecatombe de Quinteros y en el Leandro Gómez fusilado en las ruinas de Paysandú. Pero, para mí, no hay distancia. Y todavía el Zelmar vivo sigue siendo quien me viene al recuerdo y su asesinato queda al margen como una pesadilla estúpida e incongruente. Zelmar es el amigo; la inteligencia chispeante; el político que tuvo el coraje, cuando su país lo exigía, de romper con el molde partidario en que había nacido, de superar lazos afectivos, de enfrentar las críticas y los reproches para mantener su lealtad, mucho más profunda, a las libertades y a los derechos, y a las ansias de conquistar en paz la justicia; el orador irresistible que levantó su voz contra las iniquidades y dejó estampados mejor que nadie el análisis y el juicio de una época en las actas parlamentarias; el parlamentario nato, que creía en las instituciones democráticas y se aferraba a ellas, que quería con los argumentos y en el debate frontal y limpio, detener la avalancha de la fuerza y del delirio fanático.

¡Cuánto hubiera gozado un hombre como él el triunfo final, estrictamente político y pacífico, del pueblo uruguayo sobre la fuerza bruta de la dictadura, en los memorables episodios cívicos de los últimos cinco años! Murió cuando todo aquello en lo que él creía parecía derrotado. No llegó a ver que tenía razón; que eran sus métodos y sus valores los que al fin resultarían más fuertes que la fuerza misma.

Pero, después de todo, quizá el crimen no sea incongruente, a pesar de nuestra resistencia a asimilarlo. Tal vez era necesario, para la historia futura del país, que el régimen quedara asociado nítidamente a un crimen así, desnudo e inexcusable, que certificara sin oscuridades, para las generaciones futuras, su naturaleza criminal. Tal vez el Uruguay civil y democrático, para renacer, necesitaba algunos mártires conspicuos. Y no desmerece nada a los otros que cayeron decir que, como mártir y como símbolo, era muy difícil haber elegido mejor que a Zelmar.

ALBA ROBALLO

¿COMO CONOCIO A ZELMAR MICHELINI Y QUE IMPRESION LE CAUSO?

—Te diría que lo conocí desde siempre. Porque hay una coincidencia familiar. Michelini es Michelini Guarch, y los Guarch son de Artigas. Yo conocí a la abuela de Michelini y la quería entrañablemente, y a la madre. Pero lo empecé a conocer y a tratar diariamente cuando a los 23 años él entra a militar —ya como una estrella fulgurante— en el P. Colorado.

Los hombres, los militantes tienen que recorrer largos caminos para alcanzar posiciones prominentes. Hay como un noviciado, una modesta y oscura militancia. Pero hay seres tan privilegiados que de un salto se ponen en la cumbre. En una especie de milagro. Yo digo que Michelini era uno de esos seres que tenían dentro una especie de fuego bendito y maldito el rayo lasser. Lo vi y supe que era un ser de tal importancia —no se por qué lo uní a mi vida— que tuve una total fascinación. Con una relación naturalmente maternal. Y en el fondo protestataria. Maternal porque me deslumbró y teníamos de diferencia decenas de años. Protestataria porque yo había hecho por mi condición de mujer y por mi estilo de lucha un camino muy penoso para llegar a cierta posición de dirección de encumbramiento y de presencia. Y vi entonces, como este muchacho en un salto estaba en el centro de la conducción del Partido. Esto era alrededor de 1950 ó 1955 cuando él llega a ser Diputado.

¿COMO INCURSIONA EN LA POLITICA?

—En ese momento había aparecido Luis Batlle, con una ruptura muy conservadora a la conducción del postbatllismo. La hegemonía de "El Día" y de los hijos de Batlle. Inesperadamente aparece el sobrino, Luis, con una visión muy populista, progresista de gran interés por leyes obreras, por darle al Batllismo el segundo impulso. Entonces se hace la fractura tan importante en el P. Colorado: la 14 de la 15.

Un buen día sintió que el Partido estaba muy viejo. Sin duda, vió que esa tremenda fuerza que venía del goño del viejo Batlle mostraba la presencia de un gobierno caduco. Y en un ataque inesperado, no se si de humorismo o de sabiduría o de intuición abre las puertas a treinta o cuarenta jóvenes y les da todas las posiciones. A esos jóvenes los llamaron los jóvenes "turcos" porque empezaron a mandar en el Partido. Fue sabia buena, una revolución. A los viejos nos inquietó y nos dio una rabia horrible, pero luego nos fascinamos con ellos. Pero se rescataron pocos nombres, apenas dos o tres. Entre ellos Michelini.

Pero él enseguida deslumbra. Porque consita una simpatía popular avasallante. Capta las masas batllistas y frentistas sin levantar un solo dedo, por su oratoria. Además por la inmediata confianza de Luis Batlle que lo nombra su secretario político y no le niega un cargo en la diputación. Lo que costaba a otros militantes del Partido juntar miles de votos, sudar y portarse muy bien. Allí estaba Michelini en el tercer puesto, desplazando a medio partido. Esto era más o menos entre el '55 y el '59. Era un hombre brillante, cálido, carismático, afectuoso. De una gran sonrisa. De un apretón de manos al saludar inolvidable. Nunca fue, un solo día, un simple militante. Entró por la puerta grande y sin querer todos lo vimos con una luz y una altura tan grande que admitimos que era justo ese ascenso tan rápido. Porque él nos ganaba de cualquier forma. En la relación interna del Partido, era el hombre más limpio, más bien intencionado. Nunca lo vi a Michelini manchar una figura dentro del Partido, macularla, tocarla, discutirla. En su juicio siempre era benevolente. Era un hombre generoso, tolerante, cálido en la valoración y en la convivencia humana de una colectividad política que hizo muy fácil la convivencia con él y que hizo que todos lo quisiéramos.



¿COMO SE SEPARA DEL PARTIDO COLORADO?

—Este hombre que pudo tener todo por la preferencia de la cumbre de la dirigencia de la 15 y de Luis Batlle, empezó con críticas profundas y con auto-críticas a sus concepciones y a los métodos del partido tradicional. Este es el hecho que yo asistí de modo tan íntimo y tan permanente en una amistad muy larga. Teníamos las mismas angustias. Si el camino elegido era el justo. Si el partido tradicional representaba y cumpliría con la misión histórica de hacer un país nuevo, una sociedad más justa. Si el socialismo batllista, tal como lo interpretaba el socialismo de estado que tuvo sus leyes obreras, su enseñanza primaria, era exactamente lo que correspondía a el partido. Entonces en determinado momento Michelini es muy valiente, y dice: "voy a formar un movimiento de izquierda en la 15". Y sale primero con una lista que no le permiten, por lo que crea la 99. En ese instante yo debí ir con él. Pero habían muchas razones para no ir en la 99. Sabía que dentro de los partidos tradicionales no se pueden hacer movimientos de izquierda profunda y ya había visto lo que había pasado con Grauert que lo habían matado. Y vi lo que sucedió con Carnelli que tuvo que irse, y con Quijano. Y siguió teniendo la certeza que del tronco tradicional se puede hacer mucho, se puede hacer una social democracia, una democracia social y hacer mucho por un país. Pero no se puede hacer el ideal revolucionario que Michelini y yo queríamos. El se fue a la 99 y sucedió lo que tenía que suceder. Lo masacraron. Comenzó con un movimiento de masas importantísimo, casi 90.000 votos enfrentando a L. Batlle. Sale con su diario: Hechos y con un mensaje muy radicalizado.

Esa vez pudo tener 90.000 votos, pero lo masacraron. Dentro de un partido tradicional se asfixia a un dirigente muy fácil. La segunda elección tuvo 40.000 votos. Y no hubiera salido nunca del Partido por esa ética que existe. Entonces surge la gran emergencia en la situación política. Yo digo siempre que el primero que concibe el Frente Amplio como ideal es Quijano. Pero quien realmente amasa todo esto es Michelini. Capaz de convencer a la democracia cristiana, capaz de aceptar el comunismo y el socialismo, y salir con la lámpara de Diógenes a encontrar el hombre y lo encuentra. Poque hasta eso. A Seregni lo encuentra Michelini. Lo propone y lo trae Michelini. Así estaban las cosas. Todavía se podía vivir en el partido tradicional. Porque salían leyes obreras había una política social bastante solidaria. Pero viene la crisis de la muerte del Gral. Gestido y aparece Pacheco. Entonces se procesan hechos inaceptables en aquella coyuntura para muchos batllistas en ese instante. En primer lugar la presencia de Pacheco trae aquellas Medidas de Seguridad del 13 de Junio de 1968, cuando yo renunció al Ministerio de Cultura. Posteriormente la muerte de los estudiantes,

cierre de diarios, represiones sindicales, toma de los locales sindicales, ilegalidad del P. Socialista, entrega a los militares la lucha de la subversión —lo que significaba ya la entrega del poder—. Y la aparición segura de la candidatura de Bordaberry. Para algunos batllistas fue asfixiante el Partido. Inaceptable. En aquella coyuntura, ya toda la ética que podíamos tener y el terror de que se nos dijeran traidores desaparecían frente a hechos colosales. ¿Quién ha matado a los estudiantes?: nuestro partido. ¿Quién ha permitido los negociados más fabulosos con toda la "rosca"?: nuestro partido. ¿Quién ha permitido la entrada del Fondo Monetario Internacional "a saco" y cortando toda la soberanía?: nuestro partido. La muerte de dirigentes obreros. Todos aquellos hechos que crean el pre-clima del Frente. Ante todo esto Zelmar y yo nos vamos junto con importantes dirigentes como Rodríguez Fabregat, Washington Fernández, Ceibal Artigas y muchas otras figuras importantísimas.

Todas las causas antes mencionadas, las críticas de conciencia, la detención de las estructuras y la pobreza endémica del país —ya no hay problemas de conciencia hacen que nos vayamos muchos colorados.

Es así entonces, que junto a otras personalidades del P. Nacional y los partidos de izquierda sale el Frente. Pero a que precio?. El precio fue horrendo. Estaba cantada la muerte para Michelini.

Cuando él entra en el Frente Amplio quiere marcar su neta diferencia con los partidos marxistas, comunistas y socialistas. Entonces crea el Frente del Pueblo y nos unimos a la democracia cristiana. Pero bien pronto Michelini siente que allí no era su lugar. Y comienza a darse la conjunción de actuar en el Pleanrio del Frente del mismo modo, un grupo de dirigentes, sin ningún acuerdo previo. Venía determinado tema y el "26", Erro, Michelini y Alba Roballo votaban SI. Y el GAU votaba SI. Y un buen día descubrimos que éramos todos iguales. A mi no me extrañó porque cuando Michelini era Diputado y yo Senador tenía un trato diario con él. Siempre tenía diez minutos para tomar un café conmigo. Nunca me tuteó, yo sí. Siempre me dijo doña Alba. Ahora, tenemos el honor de fundar la corriente, históricamente, con sus actas, con sus concepciones. Que es lo que es la IDI hoy. Y si hoy aún permanezco, sola, en la IDI es el último acto de fidelidad a Michelini.

¿COMO DEFINIRIA EL ACCIONAR POLITICO DE MICHELINI?

—Tenemos primero, un Michelini capaz de gestar enormes movimientos de adhesión popular, de masas. El hecho de anunciar que Michelini estaba en una tribuna, suponía que ese día una multitud acudiera a escucharlo. Con una adhesión y una ovación que no he visto en mi larga experiencia política.

Segundo, es dentro de la vida parlamentaria un formidable legislador. Tiene gran valor para plantear los temas más difíciles, más polémicos y seguramente los más avanzados, los que significan un paso a la izquierda. Siempre ideando leyes, sociales, obreras, progresistas. Tercero, era un estudioso. Cualquiera decía que Michelini era un improvisado, por esa brillantes, esa facultad para tratar cualquier tema.

Era tremendo para la polémica. Yo vi una vez que "lo dejó muerto a Wilson". Estaban discutiendo sobre el problema de los estudiantes y Wilson siempre en contra de ellos. Los llamaba "los hippies", con desprecio. Un día estaba en ese tono despectivo en la Asamblea General y sentí un grito y el dedo de Michelini en alto: "Sr. Senador Ferreira Aldunate: Ud. es un viejo. Si señor, Ud. es un viejo". Y el otro se agarraba la melena. Te imaginás lo que es para un hombre de 40 años decirle que es un viejo?. Con asco. "Yo?" - dijo Ferreira. - "Si. Un viejo caduco. Ud. no entiende a la juventud". "Ud. no sabe nada de la juventud, por favor..."

Lo dejó muerto. No habló en el resto de la tarde. Era así; interpelaciones históricas. Las interpelaciones de Michelini no eran las interpelaciones de Ferreira Aldunate: el Catón del honor de la cosa pública. No.

Eran justas, densas. La más famosa fue cuando la muerte de los estudiantes. Hay que ver lo que fue ese discurso.

De todas las intervenciones de Michelini la que más recuerdo fue una exposición sobre la O.E.A.. Yo digo que hay dos hombres en este país que han estudiado la historia del imperialismo norteamericano, con respeto, con gran acopio histórico de datos, hechos, como verda-



deros historiadores. Y además han conjuntado la visión del imperialismo a una visión de politólogos. Esos dos son Micheli y Carlos Quijano. La historia que hace sobre la O.E.A. es toda la historia de la intervención norteamericana. Que parte de México, Cuba y pasa por todos los trances de las diferentes políticas del imperialismo, hasta llegar a Santo Domingo que fue el hecho más inmediato. Además la verdadera concepción de cómo la O.E.A. fue o sigue siendo la cartera de las colonias en América Latina. Merece ser un libro. Lo escuchamos ocho días con sus noches sin mover un dedo. Todo el mundo embobado en aquella clase. Que contra todo lo que era brillante Micheli, allí fue ejundioso, sereno, no fue panfletario. Una intervención documental con la historia del parlamento norteamericano en cada una de sus ópticas.

Con la historia del pentagonismo. Con la historia de todos los instrumentos financieros del dominio. De todos los instrumentos subliminarios de la colonización. Fue una cosa como para demostrar que no era solamente un agitador, un hombre brillante, que no era simplemente un ideólogo, era un hombre denso estudioso. Además era profundamente versado en materia de Derecho Internacional, era un erudito. Te conocía la historia de las Relaciones Internacionales a partir de los albores de La Haya y de la primer Sociedad de Naciones, paso por paso cada uno de los grandes instantes de la vida planetaria con sus instrumentos. Este es el Micheli serio y profundo que hay que rescatar, no solamente el Micheli brillante, el mártir que conocemos todos.

¿ALGUN HECHO QUE RECUERDE EN ESPECIAL?

—Siempre recuerdo —lo que yo llamo— el encuentro de Durazno. En las giras, muy largas, íbamos al interior. Y aunque salíamos a los barrios más humildes de Montevideo, nunca veíamos la pavorosa realidad de como vive el pueblo uruguayo. En los rancharíos en las villas del interior. En las estaciones del ferrocarril, en los caminos. Aquí conocíamos y sabíamos de los cantegriles. Yo naturalmente que conocía porque nací en un rancharío tipo, grande e inmenso del cual mi madre fue maestra rural. Por la cual yo siempre tuve esta posición política. Entonces, cuando Zelmur se encontró con esas muchedumbres desarropadas, hambrientas, desvalidas. Esas mujeres prolíferas, llenas de hijos descalzos, con sus grandes barriguitas, sus ojos con ese aspecto tan particular que da el hambre. Y darle nuestro mensaje para luego dentro de cuatro años volver para ofrecer exactamente lo mismo. Le decíamos que iban a tener viviendas, salarios, qué iban a mandar a sus hijos a estudiar. Qué iban a tener una vida feliz. A los cuatro años volvíamos y esa muchedumbre nos presentaba el mismo espectáculo y nosotros no habíamos hecho nada.

En Durazno Zelmur golpeó al lugar donde yo estaba, con gran timidez entró revolviéndose el pelo y me dijo si podíamos conversar. Yo sabía que cuando venía angustiado venía a hablar conmigo. No sabía como empezar. “A Ud. le parece doctora que estamos haciendo bien lo que estamos haciendo?”

¿Esto no es una gran mentira? ¿Esto no es una estafa? ¿Qué vamos a hacer con esta gente? Ud. sabe que no vamos a hacer nada. ¿Cuando vamos a volver? Y Ud. sabe que desde la cámara no vamos a poder hacer lo que se debe hacer”.

El tenía muy claro que esa realidad del interior podía cambiar si se tocaba la tierra. Y si habían industrias centralizadas. Pequeñas o grandes. Y yo no le decía que no. Y los dos caíamos en la misma angustia. Pero para aquello no había salida.

Algo que no olvidaré nunca es el recibimiento de la noticia de su muerte. Recibo la noticia como un hecho irreal, que no me adecuó a él. En ese instante yo quedo postrada por la conmoción. Pero a las 8.00 hs. estaba en el Cementerio Central porque me temía que cambiaran las horas. Me habían llevado de un brazo el Dr. Morás y del otro el Dr. Duro. Y logro tocar el féretro. Vino un aluvión de gente hasta que cerraron la puerta. Porque sino hubiera estallado el cementerio. Porque Yaguarón era una multitud que bajaba, en plena represión.

Y el orden de esos funerales tan tristes los hizo Balestrino a caballo, con sus caballos paseándose por encima de los panteones, pisando las lozas. Qué cosa horrenda!!

Creo que en esos tiempos viví las cosas más terribles.

En un acto de valor me quedé pegada al lado de Elisa (esposa de Micheli) junto al féretro. Y cuando fui a despedirlo, a decir unas palabras apareció Balestrino. Me miña y me dice el acto está terminado. Me empuja con su caballo personalmente tirándome hasta diez veces antes de salir por la puerta. Levantándose esos dos amigos (los Dres.) a quienes les guardo un recuerdo entrañable. Así fue como no le pude decir el discurso. Y así fue cómo todavía no le pudimos poner una lápida que diga: “aquí yacen los restos de Zelmur Micheli”.

Quiso la suerte que pudiéramos hacerle el primer homenaje sin discurso, con una flor en el año 1984.

Allí no estaba Balestrino. Para compensación de la historia Balestrino que me golpeó tanto con su rebenque, había perdido en cierto modo su poder, y estaba desplazado del ejército arrestado en su domicilio.

¿QUE SIGNIFICO MICHELINI PARA LA DICTADURA?

—Micheli tiene una faceta que sin querer hasta ahora, había olvidado mencionarla. Micheli como era un ser muy solidario y muy respetuoso de los hombres, era un innato defensor de los derechos humanos. No podía ver injusticias, ni violaciones de los derechos humanos. Cuando aparecen acá las muertes y las primeras represiones, la voz que se levanta inmensa —conmigo— es la de Micheli.

Entonces cuando aparecen las primeras persecuciones, las prisiones de las medidas de seguridad, Micheli denuncia, denuncia y denuncia. Y cuando cae el Movimiento de Liberación Nacional —que ahí se dan las más grandes violaciones de los derechos humanos— el tiene el valor de hacer denuncias terribles por lo cual, de modo injusto lo identifican con el movimiento armado. Jamás Micheli estuvo en el Movimiento armado. Jamás lo alentó. Lo admitió como un hecho histórico. Como se puede admitir que en este momento halla Senderismo en Perú o exista el “M 19” en Colombia o que en este mo-



mento tiren bombas en Chile. El ni los justifica, ni los promueve.

Simplemente señala que es la réplica a un sistema que es violento de por sí y que crea la violencia. Y se abandera con los derechos humanos. Siendo un hombre muy radicalizado. Porque Micheli es un socialista revolucionario, que sabe que sus metas son una patria socialista y una segunda revolución. El entonces, sabe que tiene que irse pero no se va.

Hay una cosa que señalar. Mucha gente se va “esa noche”. Micheli no se fue. Micheli tenía una orden. La noche del 26 de Junio de 1973 nos reunimos por última vez en un plenario legal en el local de la calle Convención y ahí Micheli narra que es imposible detener a Erro en Buenos Aires, que quiere venir, y el problema del desafiado iba a ser el motivo del golpe esperado. Entonces se discute mucho. Y en vista de que a pesar de que Micheli le dijera a Erro que el iba a llamarlo Erro no estaba, lo mandan, lo conminan a que vaya a decirle a Erro que no venga porque lo van a tomar preso. De modo que fue a cumplir una orden imperativa mandado por todo el Plenario con la presidencia de Seregni. Esto sucedió alrededor de las cuatro o cinco de la tarde. A eso de las siete de la tarde suena mi teléfono y me dice en un lenguaje un poco cifrado: “Bueno, parece que le toca a la Casa Grande” —yo entendí. Era el cierre del Parlamento. “Por lo tanto ¿qué le parece doña Alba, me quedo?”

“No, Ud. se va. Ud. tiene un mandato inexorable”. (el que le había dado el Plenario unas horas antes).

“Además ¿es seguro que sea esta noche?” —le digo.

“No seguro no. Puede ser esta noche o mañana” —me dice.

Quién podía tener total seguridad?: Nadie Tanto así que quedaron todos sus papeles. Que Batalla y otros salimos a juntarlos. Porque él no juntó nada.

Se fue porque fue a cumplir ese mandato. El no se exilió. No disparó. Eso es un hecho que hay que señalarlo muy claro.

Va a Buenos Aires y allí viene su condena a muerte. ¿Porqué? Porque viaja medio Uruguay todo el día, a contarle sus problemas, a que le resolvieran distintos asuntos.

El que no tenía un preso, tenía un exilio para hacer, una redicación, un trabajo para buscar. Eran colas en “Liberty”.

Era siempre solidario. Como le decí a Benedetti: “No hay que agregar más desesperación a la desesperación”. Siempre tenía la palabra imposible, de la solidaridad. A veces no tenía un peso, entonces entraba y al dueño del hotel le pedía para darle a algún uruguayo que le venía a pedir. Claro empezó, la denuncia en los diarios de Buenos Aires y en todos los diarios del mundo. Y un buen día va al Tribunal Russell y allí hace la defensa más enorme, más gloriosa. Por lo que si tu me dijeras como defino a Micheli: lo defino como un elegido de la Vida y de la Muerte. Como un revolucionario. Indudablemente era un revolucionario. Siempre en ascenso. Hasta el exilio fue mejor para él. Se purificó y consiguió los planos intelectuales de esclarecimiento mayores en las cartas que le envió y que fueron retiradas de mi casa en uno de los catorce allanamientos que tuve. Cuando va al Tribunal Russell y se anuncia, además, que lo va a invitar un Kennedy, estaba sentenciado a muerte. Sentenciado a muerte no solamente por lo que pudo vivir acá, sino también por las cosas terribles que pasaban en la Argentina. Argentina y Uruguay en la represión fueron “una sola mano y una sola cosa”.

¿QUE LE HA DEJADO EN ESPECIAL MICHELINI: COMO SER HUMANO, COMO COMPAÑERO Y COMO POLITICO?

—En todos los aspectos es la más rica y esplendorosa donación de todo lo mejor que puede dar un ser humano superior. Su solidaridad, su absoluta fe en la criatura humana, su permanente preocupación por todo lo que cayera en sus manos pidiendo ayuda, su permanente auto-crítica para ser un dirigente político más esclarecido, más justo y más adecuado a su tiempo.

La ascensión ideológica de Micheli desde que entró de Diputado esplendoroso hasta el fin en el exilio no terminó nunca. Era el político menos profesional de todos los que conocí. Todo lo que dio fue auténtico. Nunca medido por un acto electoral. Para mí queda como una figura de la segunda liberación de América Latina y del Río de la Plata. Como un defensor de los derechos humanos ■

A ZELMAR

Entre la espada y la pared tu nombre.
Dicen que tu nombre

como el clavel del aire
crece sin tierra
crece en el aire azul
sobre el mismo horizonte
que tus ojos amaron

Entre la flor y la pared
en cada celda
tu nombre rayará la aurora
Entre el clavel y la tortura
volará tu nombre entre los cardos
Cómo decirte si ahora digo cardos
con mi voz ésta de argonauta
perdida de la nave
extraviada de vientos
de la patria estrella ya desorientada
solo parpadeante con ojos
sonámbula que fue
digo, tratando de ordenar
aquellas rosas cuajadas de rocío
Hoy con tu nombre rosa
más rosas a la hora pendular
donde el pueblo levantó la mirada
hacia el mismo horizonte
que tus ojos amaron
la línea de azul rapiñada
esa rosa verde de mar y de arena

Tú la conoces
por sus pétalos desangrados
caminaste rubio de cenizas
hacia la desembocadura
sin respuesta
donde volará la rosa de tu nombre,
rosa que no perdona
de las tierras del sur.

Rosa tu nombre entre las agonías
las mismas rosas de corazón partido
veremos enrojecer de frío
como escarcha en las manos abiertas
único pétalo de hielo
a la hora de los jueves del pueblo.
Mas no. Si tus rosas hablaran
así será tan tuya aquella media voz
con los versos del Mago como magos del Plata
entre estertores y ausencias
y descabezadas victorias:
No habrá más pena ni olvido.

Matilde Bianqui

AFIRMAR

LA DEMOCRACIA

CON SOLUCIONES

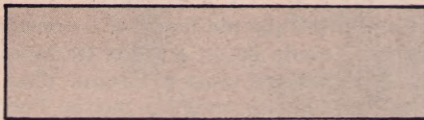
HABLA SEREGNI

MIÉRCOLES 22 H.20

CILINDRO
MUNICIPAL



DISCURSO PRONUNCIADO ANTE LA TUMBA DE ZELMAR, EL 4 DE MAYO PASADO



Nos hemos reunido en el día de hoy junto a la tumba que guarda los restos de un gran hombre.

Un hombre que vivió para volcar en su pasaje por la vida amor, solidaridad, amistad y un inmenso caudal de afecto hacia sus semejantes, traducido a través de una vida política nacida por una vocación innata iniciada desde sus años mozos, hasta que la insonante demencial de una negra dictadura puso fin a sus días.

Por eso, en este día los que fuimos sus amigos y compañeros de la 120. sección hemos venido con el corazón encogido, con el recuerdo angustiado, con la fraternidad de sus muchos años de lucha, a colocar en su tumba, esta placa en recuerdo de un lejano 4 de mayo de hace 23 años, cuando en la esquina de Gral. Flores y Lorenzo Fernández, organizado por nuestra Sección se realizara el primer acto público que diera motivo al nacimiento a la 99, y de la cual fue nuestro inspirador y líder indiscutido, Zelmar Michelini.

Esta placa es mucho más que una placa.

Es el símbolo de quienes lo conocieron, lo estimaron y lo siguieron en su brillante trayectoria política en defensa de los desposeídos y de los perseguidos.

Es el símbolo que logra el milagro, a 9 años de su injusta muerte, de que al simple llamado que hiciéramos, brotaran a su conjuro viejos compañeros, hombres y mujeres que lloraron su muerte a los cuales, hemos visto cómo en los tiempos de la guerra gaucha sacudirse el polvo de sus años y acercarse a nosotros, con entusiasmo y aunque pareciera paradójico, con satisfacción dispuestos a la lucha con el vigor de sus años jóvenes.

Felices del reencuentro y nostálgicos de una evocación que, guardada durante años en sus corazones, afluyeron cual un torrente, deseosos de participar y de seguir trabajando, como si a través de un túnel del tiempo, estos once años de dictadura hubieran sido un triste sueño del que hoy despiertan con el dolor, por supuesto, del recuerdo de aquellos que se fueron para siempre, entre ellos su querido y nuestro querido Zelmar.

Pero hay otro hecho tanto o más significativo.

Es su vigencia entre aquellos que no lo conocieron o entre quienes eran niños cuando murió; en ellos obró el milagro que pudimos ver el pasado veinte de mayo, cuando cabezas blanqueadas por las canas se apretujaron codo a codo a miles de jóvenes, los cuales, sin conocerlo, beben hoy en la fuente de su pensamiento y reverencian, al estilo de la antigua Grecia, un ser que para ellos se ha convertido en mito.

Eso ha sido y es Zelmar.

Por eso esta placa dice: "ZELMAR MURIO EN LA VIDA, RENACIO EN LA MUERTE".

Y en esta frase resumimos lo que hemos visto con nuestros ojos y lo que vieron con los suyos, miles y miles de compatriotas.

Que Zelmar no murió y no morirá nunca.

Y nosotros —hablando en nombre propio y de quienes colaboraron para hacer posible este homenaje— por cuya voluntad recibimos el honor de hacer uso de la palabra en este acto, estamos dispuestos a que así sea.

Conocimos a Zelmar hace más de 35 años.

Junto a él transitamos los más ásperos caminos de la política, en la cual fue ejemplo de honestidad, rectitud y desapego a todo lo material. Sus desvelos no fueron jamás la opulencia, las riquezas materiales o el bienestar personal. Vivió para los demás.

Y por él y por los demás fue que nunca claudicó.

Desechó oportunidades políticas —siendo un político de alma— como tal vez no existe parangón en ese terreno, en la historia del país.

Siendo muy joven ya fue distinguido con cargos de responsabilidad y de confianza. Proyectado a la arena política, postergó, sin proponérselo, desde luego, a otros hombres de más edad y militancia.

Así llegó al Parlamento al cual asombró desde un principio, por su lucidez, su agilidad mental, su memoria prodigiosa, su talento, su oratoria encendida, y otras muchas virtudes más.

Pero, sin embargo, un día, desechando un futuro que le

ofrecía las más altas recompensas políticas, con el coraje cívico que signó toda su carrera, se plantó frente a quien fuera el líder del Partido y con la independencia de quien se siente seguro de caminar por el buen camino, se fue de su lado.

Y aquí volvemos al motivo de esta placa.

Porque esa actitud se plasmó públicamente hace 23 años como lo dijimos antes, organizando el acto que dio lugar al nacimiento de nuestra querida 99.

Y fue la actuación política de Zelmar junto a quienes lo acompañamos desde diversos puestos de lucha y de trabajo, lo que logró para nuestro grupo, en el acierto, en el error, en la coincidencia o en la discrepancia, un respeto y una consideración de todo el espectro político nacional que se ha ido acrecentando con el tiempo, cuando ya no lo tenemos con nosotros.

Y en ese transcurrir del tiempo llegamos al año 1970.

Una vez más, este hombre —que jalonará la historia del Uruguay de ayer, de hoy, y de mañana—, cual pequeño David enfrentó al Goliath de su Partido y haciéndose eco de un germinar ciudadano que crecía incesante, fue fundamental factor gravitante en la creación del Frente Amplio, apartándose del lema tradicional, donde tenía todas las ventajas de una carrera impredecible en cuanto a su futuro.

Pero una vez más, fue más fuerte su espíritu de intérprete de los necesitados y de los marginados del gran mundo, que la recompensa material.

El sabía que nuevamente se jugaba su porvenir político, arriesgando, —lo que no dudamos, conociendo sus antecedentes, podrá llegar a ser el liderazgo político de uno de los partidos tradicionales en el que habría militado hasta ese entonces.

Pero no vaciló.

A la edad en que otros muchos, ya complacientes, gozaban de sus inversiones políticas, él, que tal vez y sin tal vez, era quien más tenía —aunque nunca hizo uso de ellas— rasgó las vestiduras que lo aprisionaban a los convencionalismos de un Partido falto de respuesta a las inquietudes populares, y volvió al llano, a luchar, por ideales que le fueron siempre muy caros, seguido por sus amigos y compañeros (algunos de los cuales ya no están ni podrán estar aquí y otros muchos, que hoy están) para brindarle con la humildad propia de los que en el animato lo siguieron en vida, lo lloraron en muerte y han manifestado su estudio, al igual que en sus mejores épocas, de volver a la palestra política para reiniciar lo que en su momento fue el motor que dinamizó sus vidas durante muchos años.

QUERIDO ZELMAR:

Yo sé que tú nos oyes, como si estuvieras vivo.

Te hablo como siempre, con el afecto y el aprecio de todos quienes fuimos tus amigos.

Lo que te he dicho es lo que siento, y lo que sienten todos los que están aquí, para brindarse este homenaje.

Hubiéramos querido decirte muchas cosas más; hablar del pasado, contarte del presente, y decirte del futuro.

No faltará ocasión, ZELMAR.

Porque ya lo hemos decidido. Seguiremos trabajando por tu 99 que es la nuestra.

Y para lograr eso, es que hoy estamos junto a tí, porque hemos coincidido todos, que eras tú quien debía saberlo primero.

Porque tú no has muerto.

Los que han muerto son tus asesinos.

Los que han muerto, aun en vida, son tus asesinos.

Y tú, para nosotros, sigues viviendo.

Los que no viven son aquellos que pensaron que con tu muerte, morirías.

Por eso ZELMAR, estamos aquí.

Por eso ZELMAR, pueden estar tranquilo.

Hoy son muchos y mañana serán más los que estarán a tu lado.

Y todos, como hoy, vendremos más de una vez a dialogar contigo.

¡Hasta siempre, flaco!

SEREGNI RECUERDA A MICHELINI



GRAL. LE PEDIRIA QUE REVIVIERA UN POCO LO QUE PARA UD. SIGNIFICO EL HABER CONOCIDO A Z. MICHELINI. Y FUNDAMENTALMENTE PARA AQUELLOS MAS JOVENES, PARA AQUELLOS FRETEAMPLISTAS QUE RECIENTE TIENEN 20 AÑOS Y QUE SOLAMENTE CONOCEN DE ZELMAR EL BUEN RECUERDO QUE TODOS TENEMOS DE EL.

—Para mí hablar de Zelmario es siempre una cosa profundamente emotiva. Yo lo quise mucho, fuimos muy amigos. Incluso recordar los tiempos de nuestro conocimiento y el accionar político conjunto que hicimos seriamente, me conmueve.

Yo lo conocí en el año '59. Empezamos a tratarnos regularmente en el año '59. Precisamente cuando se había —como consecuencia de las elecciones— traspasado el gobierno del P. Colorado al P. Nacional. Él era muy joven. Pertenecía al grupo de los diputados que en un determinado momento fueron los "jóvenes turcos" dentro del movimiento de la 15. Yo estaba en actividad. No obstante eso cultivaba con él y con otros amigos, charlábamos de la situación política del país y del futuro del país. Tuvimos una gran afinidad desde el primer momento en que nos conocimos. No obstante ser yo un poco mayor que él, seguimos luego un trato ininterrumpido. Aún estando yo en actividad y siendo él también un político en actividad.

Se ha escrito mucho sobre Zelmario.

Era un individuo de una profunda calidad humana. De una profunda calidad humana. De una tremenda sensibilidad. Pero impresionante por sobre todas las cosas por el calor que ponía en todas sus expresiones, en su manera de ser. Por su melena. Y por unas condiciones oratorias realmente notables. De verbo encendido. De una tremenda brillantez en la exposición. Tenía además, una velocidad de expresión que acalambra a los taquígrafos en la cámara para seguirlo. Porque con el calor de las intervenciones iba aumentando el ritmo de su decir y era un torrente, un verdadero torrente de palabras. Fue de los parlamentarios más brillantes que tuvo el país, sin lugar a dudas. Y de una gran firmeza en sus ideas y de una total entrega a la causa.

La gente no tiene total conciencia. La gente ahora no tiene conciencia del paso que dió Zelmario cuando se apartó. Cuando se enfrentó primero nada menos que a Luis Batlle Berres formando su grupo distinto dentro del batllismo. Y cuando luego tomó la decisión de apartarse del P. Colorado e ingresar en el F.A.

Cuando tenía dentro del P. Colorado las puertas abiertas para haber alcanzado —si hubiera seguido las normas del propio partido— las más altas, sin lugar a dudas, las más altas jerarquías. Pero Zelmario era un individuo que a pesar de su tremenda actividad nunca dejó de escuchar. No sé cómo hacía.

Atendía mil gentes por día y mil problemas por día. Lo único que necesitaba imperiosamente era tener un teléfono cerca. Lo primero que hacía cuando llegaba a casa —y lo digo porque son esas cosas que las tengo muy presentes— era decirme: "puedo utilizar el teléfono?". Era lo primero que hacía al entrar en conversación. Juntos conversamos sobre el Frente, la formación del Frente, en la segunda mitad del año '70. Y él fue no solo pilar de la formación del Frente fue promotor, motor y promotor, junto con otros compañeros, de la formación del F.A..

Su actuación en ese período fue un lujo para el Frente, durante todo el año '71 y hasta el '73. Y precisamente su valentía personal, su valentía política, fue lo que lo llevó finalmente a ser indicado por el régimen como uno de los enemigos fundamentales.

¿UD. ESTABA EN PRISION CUANDO SUCEDE EL ASESINATO DE ZELMAR, NO ES ASI?

—Si yo estaba en la segunda prisión. Habíamos mantenido —él estaba en Buenos Aires, cuando yo estuve en ese período de un año de una libertad vigilada o de prisión que era prácticamente prisión domiciliaria— intercambiábamos correspondencia con Zelmario cuando estaba en Buenos Aires. Pero a él lo asesinan cuando yo soy tomado por segunda vez. Una cosa tremenda. El conocimiento del asesinato de Zelmario fue para nosotros acá un terrible golpe.

RAFAEL



¿COMO ERA ZELMAR COMO PADRE?

—En primera instancia era un padre muy cariñoso, muy exigente en función del estudio de sus hijos, era muy abierto al diálogo, tenía una relación adulta con los mayores y a la vez una relación muy cariñosa con los más chicos. Muy responsable de su condición de padre, muy responsable de que en el hogar no faltaran los artículos indispensables. Era muy responsable porque además sabía que de él dependía más de una boca. Nosotros somos diez hermanos; junto a mi madre y él éramos doce personas. Esa responsabilidad se la veía conjuntamente en la cara y en el cuerpo sobre todo cuando se va al exilio —allí su primer condición es que su familia coma. Zelmar fue un padre excepcional desde el punto de vista de un hijo que lo quiso y que habla muy poco objetivamente de él.

¿COMO ERA EN EL HOGAR?

—Bueno, fundamentalmente estaba muy atareado con todo lo que era la política nacional. Por lo tanto el requerimiento de los hijos y del hogar se hacían cada vez más urgentes. Tenía una relación muy buena con cada uno de nosotros. En un hogar de diez hijos es muy difícil la propia convivencia con cada uno de nosotros. Lo importante es que él lo hacía común, con diversidad de caracteres. No era el hogar de una personalidad, porque diez hijos lo ponían con los pies en la tierra. Era un hogar que no pasaba necesidades pero nunca sobraba nada. Donde los requerimientos de cada uno de los hijos eran enormes. La relación que se dió con los hijos mayores era totalmente adulta, en un hogar muy político en el que muchas veces "se le sacaba canas verdes" por los problemas propios de una familia grande. Y porque seguramente mis hermanos mayores debido a la discusión política no dejaban tiempo de paz para mi padre —en términos cariñosos hablando—.

¿COMO SE SUCEDIERON LOS HECHOS CUANDO SU MUERTE?

—Para hablar de los hechos, hay que ver lo que era en ese momento Buenos Aires. El golpe de estado de Videla. Una ciudad donde la vida no valía un peso. Donde luego del golpe las garantías quedaron por el piso. Mi padre tenía un compromiso muy grande con la lucha antidictatorial uruguaya. Esto implicó que el 18 de Mayo —a Gutiérrez Ruíz primero y a mi padre después— lo raptaran fuerzas argentinas y supongo que uruguayas también. Y que luego fueron conducidos a alguna dependencia militar o a los Talleres Orletti —por espacio de 48 horas— que era una automotora alquilada por oficiales uruguayos en Argentina. Después de ese tiempo ahí, que no sabemos lo que ocurrió, ni cual fue su trato, ni que se le preguntó; apareció en un Torino Coupé junto al "Toba" y a dos muchachos vinculados a la guerrilla asesinados por heridas de bala. Esas 48 o 72 horas fueron de locura tanto en Montevideo como en Buenos Aires, ya para mi casa como para el resto de los familiares, los amigos, las vinculaciones políticas e internacionales. En EE.UU. Kennedy, tratando de evitar aparentemente lo inevitable. Mi padre andaba muy preocupado por su propio destino. Incluso deja una carta a un periodista argentino: Roberto García, donde le dice que el canciller uruguayo Juan Carlos Blanco va a la Argentina a tratar su problema (el de Michelini) y que si él aparece en Montevideo o de alguna forma le sucede algo, ello es totalmente contra su voluntad.

Los acontecimientos allá fueron vertiginosos. La memoria es flaca en la medida que fueron momentos muy jorobados y yo en ese momento tenía 17 años. Para mí fue uno de los momentos más difíciles. Por el momento que se vivió y por la forma en que ese momento marcó a uno, de ahí en adelante. Sin lugar a dudas, más allá del ser político que murió y que este

país recuerda con mucho cariño, hay que entender que a mí lo primero que me faltó fue el padre y no el político. La tragedia vivida por mi familia fue, fundamentalmente, el no contar ya con el jefe de la familia.

Después de que mi madre se fue para Buenos Aires quedó un conjunto de amigos en mi casa, fundamentalmente yo, repito con 17 años, un poco encargado de las gestiones posibles para saber lo que podría pasar. De cualquier manera cuando nos enteramos de su muerte, mis hermanos —incluso algunos más chicos viajan a Buenos Aires al sepelio. En mi casa se monta un pequeño centro encargado de lo que sería la traída del cuerpo y del vínculo entre Buenos Aires y Montevideo.

Se viven momentos de mucha angustia, de mucha irrealdad, de mucha gente amiga apoyando. Luego la ida al puerto a recibir los restos, el acompañamiento del cajón hasta el cementerio, el entierro. (Se me ha dicho siempre que hubo mucha gente). La propia policía adelantó el entierro. Para mí de alguna forma la gente que fue ese día simbolizó uno de los recuerdos más lindos en uno de los días más tristes que tuve.

En Montevideo siempre esperaron las noticias que venían de Buenos Aires —lamentablemente siempre fueron muy malas—. Desde que mi padre vivió exiliado en esa ciudad, mi familia vivió con la cabeza pendiente en Buenos Aires, era su punto de referencia. Sin duda alguna quizás ahí terminaba lo que había sido uno de los momentos más lindos de la familia. Porque en esta etapa se vivió uno de los momentos de mayor entendimiento, de mayor lucha hombro con hombro, por lo que fue la propia alimentación diaria como por el recuerdo de un país que había que forjar.

¿QUE TRANSFORMACIONES SUFRE LA FAMILIA?

—La familia sufre una transformación consecutiva. Ya en el año '73 cuando mi padre se va a Buenos Aires, mi familia tuvo que hacer muchas cosas para poder ganar el sustento. Hasta que mi padre, en esa ciudad, a través de su labor periodística pudo generar ese sustento que a nosotros nos hacía tanta falta. Desde luego cuando él muere nos quedamos sin dicho sustento. Entonces hubo que hacer peripecias para alimentar a los más chicos. Mi hermano menor en ese momento tenía 7 años, toda una vida por delante. Al mes más o menos de lo de mi padre, una hermana mía en Buenos Aires, su esposo y un hijo pequeño de un año y medio, desaparecen en Argentina —el niño por suerte había quedado en la casa de unos vecinos—. Mi hermana y mi cuñado desaparecen por espacio de más de cuatro meses. Los últimos días antes de que ellos aparecieran en Montevideo, antes de que el propio ejército nos diera a conocer que ellos estaban vivos y en una dependencia militar, nosotros los dábamos por muertos. Mi madre había hecho una lucha incansable en Buenos Aires con tal de dar con ellos. La propia aparición del más grande de todos mis sobrinos (Pedrito), fue un hallazgo producto de la suerte. Y la propia peripecia que pasaron Margarita mi hermana y mi cuñado Raúl dió para que nosotros estuviéramos pendientes permanentemente de un martirio que no

cesaba. Eso acompañado con hermanos míos que iban de Buenos Aires a Europa, porque ya no podían estar allí. Una hermana que estaba en la capital Argentina y se venía a Montevideo porque ahí no había ninguna garantía. Y otra hermana Elisita que estaba y sigue presa y que también requería la atención de todos nosotros. En ese momento Elisa estaba como rehén, rehén mujer, junto con unas diez muchachas, —no recuerdo bien— que las cambiaron continuamente de cuartel a cuartel. Todo eso fue muy duro, como una noche muy larga. El apresamiento de Elisa fue en el año '72, se le atribuyó el delito de Asociación Subversiva. En el interrogatorio ella recibió, a excepción de todos los otros compañeros, una sola cachetada. Tiempo después en el año '75 —quizás la última vez que vi llorar a mi padre— se enteraba por vínculos que tenía en Montevideo que mi hermana había pasado una semana en alguna dependencia militar, o alguna casa de las que tenían las FF.AA. uruguayas. Mi padre que conocía al dedillo lo que es la política de interrogatorios de las FF.AA. sabía lo que significaba un submarino, un plantón o cada una de las barbaries que esta gente ha cometido.

¿COMO SE DECIDE A ACTUAR EN POLITICA RAFAEL MICHELINI?

—Mi casa es una casa fundamentalmente política. Muy sensible al conjunto del dolor de la gente, transmitido por la propia sensibilidad de mi padre. Que hace un camino desde su esplendor político al denunciar lo que significó, sin ningún lugar a dudas, la noche más oscura de este país. En mi casa mi hermana Elisita está presa por política, la segunda, Margarita, estuvo desaparecida cuatro meses y cinco años presa por política también; varios de mis hermanos en el exilio por política. Y yo que soy el séptimo junto con otros hermanos más chicos desarrollamos, con la prudencia del caso, nuestros primeros pasos como lo hicieron cada uno de los jóvenes uruguayos, tratando día a día de desconfesar con la dictadura opresora del Uruguay. Esos primeros pasos fueron fundamentalmente, colaborar con todas las personas que estaban sufriendo por la represión, empezar a tratar de construir los canales de reivindicación de la gente. Estuve trabajando en alguna fábrica, tengo un oficio de mecánico, tratando de irradiar lo que era otro punto de vista del mundo. A la vez lo que fue el propio plebiscito del NO. Colaboramos con nuestras energías tratando de denunciar lo que era un proyecto constitucional de la propia dictadura. Cada uno es producto de sus propios hechos y va asumiendo compromisos. Por suerte no más de los que mis fuerzas me permiten.

Me acuerdo ahora, que mi padre decía que el Uruguay era increíble porque siempre los ricos eran los mismos ricos y los pobres siempre los mismos pobres, pero además de ser los mismos ricos, tenían los mismos apellidos, pero además de los mismos apellidos, los mismos nombres. Una de las cosas que más le turbaba que este país nada había cambiado y que la política era guiada por los mismos apellidos y los mismos nombres.

¿COMO INFLUYO ZELMAR EN TU ACTUACION POLITICA?

—Yo he tenido muy pocas charlas adultas con mi padre. Y eso es quizás, lo que menos le perdono a la dictadura. No me permitió aprovechar en mi época adulta el esplendor de una personalidad que seguramente en una relación adulta hubiera podido aprovechar en toda su plenitud.

Evidentemente Zelmar pesa como un compromiso diario de hacer de este país un país diferente. Para todos. Y Zelmar pesa además, porque hay una obra que deja. Para estudiarla para leerla y para poder llevarla adelante. Zelmar sin ningún lugar a dudas pesa porque más que un hombre fue una conducta que la tengo muy cerca.

Esa conducta, esos principios, esa obra que deja a estudiar es la aspiración de compenetración de un hombre que quiere hacer un bien por el país. Rafael Michelini sabe por encima de todas las cosas que su padre era sensible al dolor ajeno, era sensible al dolor de su pueblo y que la máxima experiencia que deja, es que nunca iba a despreciar una experiencia sino vivirla intensamente. Y que nunca iba a estar del lado de quienes "todo lo tienen más" o "de los todopoderosos". Por supuesto que Rafael no va a ser Zelmar ni lo



va a ser nunca. Y por supuesto que Rafael tiene el compromiso, como cada uno de mis hermanos, en Zelmar, de: con la mayor cantidad de nuestras fuerzas posibles, hacer, repito, por compromiso a la herencia de él un país diferente, no un país para nosotros, sino un país diferente para todo el pueblo.

¿UNA DEFINICION DE ZELMAR DESDE EL PUNTO DE VISTA DE SU VIDA Y SU TRAYECTORIA POLITICA?

—Zelmar era un hombre en permanente cambio. A través de ser sensible a una realidad. Las realidades lo invadían, entraban dentro de él y lo transformaban, Zelmar sufrió cuando conoció el primer torturado en Uruguay. Sufría con el desperdicio que hacía la sociedad uruguaya, no alimentando bien a sus hijos o dejando que sus hijos se vayan del Uruguay o no dándoles una buena educación. Zelmar fundamentalmente estaba enamorado de hacer un país diferente. Tenía la pasión de entregarse con todo su trabajo a un país diferente. Y esa sensibilidad humana que tenía lo hacía clarificar donde estaban los problemas, donde estaba el sufrimiento de la gente. Zelmar se entregó por el país. Entregó su vida su esfuerzo su familia por el país. Y yo creo que el pueblo, más allá de las voluntades políticas, porque Zelmar nunca pensó para él, ha dado un reconocimiento de lo que significó esa entrega personal, equivocada o no, para hacer nuevamente repito un país diferente.

¿ALGUN RECUERDO QUE TE HAYA QUEDADO GRABADO?

—Voy a recordar un poco del cariño que se le tenía a Zelmar. Tuve la oportunidad, el privilegio, de estar en Venezuela. Y un hombre al que quiero mucho, bajito, retacón, negro, tremendamente negro, venezolano, desarrolló —en el año '81— un papel sobre una mesa. Ese papel era un telegrama que mi padre, dos días antes de que lo raptaran, cuatro antes de morir, le había mandado felicitándolo por su cumpleaños. Este caraqueño sencillo, negro, retacón, humilde, tremendamente humilde, guardaba este telegrama como un tesoro. De un hombre que dos días antes de su rapto, con lo que era la vida política Argentina tremendamente difícil, donde los raptos se hacían por decenas, enviaba un telegrama de felicitaciones a este hombre tremendamente sencillo. Ese recuerdo me quedó muy grabado. La admiración de ese hombre por mi padre era muy grande. No es una anécdota objetiva, es una anécdota cariñosa de un hombre que fundamentalmente además, estaba en los detalles.

¿QUE TE HA DEJADO ZELMAR COMO PADRE, COMO HOMBRE Y COMO POLITICO?

—Zelmar decía en casa que la vida había que vivirla con alegría, incluso en los momentos de mayor adversidad. Porque si no éramos capaces de vivir la vida con humor y alegría, entonces no valía la pena vivirla. Esa es la experiencia que me dejó. Que en los momentos de mayor adversidad, de mayor desgracia nuestra propia familia —incluso con su propio fallecimiento— había una esperanza, una idea de que la vida valía la pena vivirla y entonces había que ponerle el toque de alegría para que realmente tuviera uno ganas de vivir. Yo creo que ese recuerdo que la tengo muy integrada a mí, determina lo que fue un padre, un hombre y un político a la vez ■



Guillermo Reimann

AMORES Y DOLORES REUNIDOS

Recuerdo con precisión los detalles de aquella casa inundada de alegría en la madrugada en que "se trajeron" a Elisa de Punta Rieles. En esa noche de finales de febrero la familia Michelini recobraba a la hija luego de más de 12 años de cárcel.

Aquella mañana asistí (no, fui partícipe) del ambiente feliz de un hogar, de una familia que se reencontraba a sí misma. Una alegría evidenciada en las huellas de la tensión y el cansancio de los rostros que había quedado de la prolongada y angustiada espera de la víspera, cuando anunciaron su liberación y, deliberadamente, la postergaron hasta el último momento del día. Pero ese aspecto era sólo un detalle menor. Las verdaderas huellas alojadas en esos rostros tan semejantes entre sí, venían de lejos, de años...

Ese día en que Elisa amaneció en su casa nuevamente, era también el último día de la dictadura uruguaya. Como si las cosas estuvieran dispuestas de manera tal que simbolizaran, en el comienzo del reencuentro de la familia Michelini, el reencuentro de los uruguayos con la libertad. Al otro día fue marzo, fue la democracia, fue otro Uruguay. Y en aquella casa, como en las casas de todos los uruguayos, amanecimos distintos, alegres, optimistas, confiados, aliviados. Para que la alegría hubiera sido total sólo faltó que la liberación de los presos hubiera sido ese mismo día. No obstante la fiesta no se empañó, la salida de todos ya era inminente.

Hoy, los Michelini siguen recuperando sus partes dispersas. Familia grande, de entrega grande, de compromiso grande, de dispersión y de separación también grandes. De pérdidas grandes, enormes. Como enorme fue el dolor, el de ellos y el de todos nosotros.

Cecilia, otra de las hijas acaba de regresar en estos días del exilio europeo. Chicho, (Zelmar, el mayor) todavía está en Francia (mucho me temo que el correo nos juegue una mala pasada y sus palabras no lleguen a tiempo para incluirlas en esta edición de homenaje a su padre). Y Margarita, en Buenos Aires, estaba por dar a luz en estos días.

Pienso que los Michelini deben haber esperado mucho un mayo como este de ahora. Porque durante estos 9 años el dolor dolió disperso. Dolió acá, aterrorizado, en Montevideo. Dolió lejos en Francia y en Suecia. Dolió en los calabozos de castigo de Punta Rieles, (los esbirros se encargaban de recordarle a Elisa y a Margarita qué día era). Dolió en la Buenos Aires del Flaco y del Toba...

Por eso pienso que quizá todos ellos esperaron reunirse en una fecha como ésta, ya sin dictadura ni terror, ya sin la presencia en el poder de la fuerza que desparramó sus vidas en muerte, cárcel y exilio, diáspora de la familia desgarrada y perseguida. Y sí con la presencia y el calor de todo un pueblo que aguardó sufriente y silencioso el momento, el gran momento, de tributarle a Zelmar y al Toba el esperado y merecido homenaje. Porque es la libertad, es la democracia el único marco adecuado para homenajear a quienes murieron por ellas. Es el amparo de su pueblo, democrático y li-



bre, que la familia Michelini se reúne hoy, tan de ellos y tan de todos, para estrecharse como no lo han podido hacer hasta ahora, en un mismo abrazo, en un mismo llanto, en una misma emoción.

El sufrimiento y el dolor también necesitan compartirse. Lo que cada uno sufrió solitario por su lado aguarda ser volcado ahora, ahí, en el seno de la familia, donde todos ellos son capaces de interpretarse a fondo, donde todos están identificados en un mismo sentir. Porque el dolor y el sufrimiento también necesitan colmarse. También requieren —como el amor— arribar a un momento sublime, para que estalle, para que se funda, para que renazca renovado. No para que se extinga o se agote, porque eso no ocurrirá, son dolores que se sufrirán toda la vida. Sino para que siga corriendo por dentro, para que drene hacia afuera como toda herida necesita drenar para curarse.

Porque cada hijo y con todos ellos Elisa, la madre, ha estado atragantado 9 años con el dolor adentro, a la espera del instante de estar juntos para sufrir, para llorar entre todos.

Por eso imagino estos momentos para la familia Michelini un trance, doloroso sí, pero imprescindible, humanamente y familiarmente indispensable, para asumir entre todos ellos los dolores, los sufrimientos que cada uno trae consigo. No para olvidar ni "superar" nada, sino para que sea compartido. Para que la familia pase a ser ese cáliz común que todos beberán. Para que el dolor individual sea dolor compartido y colectivo. Porque, entre todos, el dolor que seguirá con ellos, al dejar de ser de cada uno, será más aliviado (no menos dolor). Será más ayudado e integrado a la existencia de cada uno, a su experiencia, a su madurez. A su vida en definitiva.

He reflexionado acerca de estos momentos para la familia Michelini a propósito de esta fecha y de aquella mañana cuando liberaron a Elisa. ("HOLA ELI" habían pintado los más pequeños en una sábana extendida en el living). Porque no sólo comprendo sino que respeto lo que significa este momento para ella. (Para ella, para Cecilia, y de alguna manera para todos ellos). No importa lo que ella o Chicho desde París nos digan de lo que piensan de su padre, de la fecha esta, etc.

Importa este momento de recogimiento familiar, de compartirse y renovarse los dolores, de sufrirse y de llorarse todo lo que estuvo acumulado 9 años en cada uno. Y todo eso debe ser muy privado, muy íntimo, muy reservado a la familia. De eso se trata.

Creo que es en las propias palabras de Zelmar en la última carta que recibió Elisa, entonces presa y sola en un cuartel, que están encerradas, implícitas, las palabras útiles para vivir esta situación: "EN TUS MOMENTOS DE MAYOR DEBILIDAD Y SOLEDAD, PIENSA QUE NI AUN SOLA, ESTAS SOLA. QUE NI AUN DEBIL, ERES DEBIL. QUE TODOS LOS SERES QUE QUIERES, ESTAN JUNTO A TI."

LA ESPOSA DE 'EL TOBA'



Pensamos que en un número de homenaje a Zelmar no podía estar ausente la evocación de quien fuera, desde otras tierras, otro gran luchador por la democracia. Diputado, Presidente de la Cámara, compañero de Zelmar en el viaje sin retorno. Asesinados juntos, ellos dos "son hoy más que nunca un símbolo", como nos dijo en el transcurso de la entrevista que le realizamos a la Sra. Matilde Rodríguez de Gutiérrez Ruiz, viuda de Héctor Gutiérrez Ruiz, "El Toba".

¿CUANDO SE CONOCIERON SU ESPOSO Y ZELMAR?

—Fue en 1967, en ocasión de reunirse en Venezuela el Parlamento Latinoamericano, de eso quedó como testimonio esta foto en la que aparecen los dos juntos. Fueron ellos dos como representantes de cada una de las Cámaras, mi esposo era Diputado y Zelmar era Senador.

¿QUE TIPO DE RELACION HABIA ENTRE ELLOS?

—Mi marido profesaba una gran admiración por Zelmar, una enorme simpatía, lo que todo el mundo sentía por Zelmar, no? Enfrentaron juntos, cada uno desde su lugar en el Parlamento al gobierno de Pacheco, primero y al de Bordaberry después. En realidad el contacto más directo lo tuvieron después en el exilio. También fue una coincidencia que los dos terminaran en Buenos Aires, Zelmar se había ido antes, mi marido se fue enseguida

del golpe de Estado, en Buenos Aires se veían a menudo. Tenían un hobby en común, las carreras de caballos, no muy seguido, pero dos por tres iban juntos al Hipódromo. Además estaban relacionados en el trabajo de atención a los exiliados, cada cual por su lado, pero también en conjunto, atendían todos los problemas que les planteaban los exiliados uruguayos y algunos que no eran uruguayos, eran momentos muy difíciles en Argentina en aquel tiempo. Yo lo veía poco a Zelmar, pero mi esposo lo veía continuamente.

¿PIENSA QUE TAMBIEN FUE UNA CASUALIDAD EL HECHO DE QUE FUERAN SECUESTRADOS Y ASESINADOS JUNTOS?

—Eso no fue una casualidad. Para la dictadura, ellos dos eran dos exiliados políticos peligrosos, peligrosos porque eran activos, estaban los dos muy enteros y muy ac-

tivos. Y eso visto desde aquí, desde la dictadura, se veía como una sola cosa. Más que la real unidad que pudiera existir entre los dos los unió el peligro que ambos representaban para la Dictadura, los unió el enemigo. Después supimos que había un expediente en la Oficina de Emigraciones en Buenos Aires, en los que se les acusaba de todo tipo de "delitos" y se pedía al Gobierno argentino que los internara en el interior de las provincias para que no tuvieran tanto contacto con los exilados y otras personas que viajaban constantemente a Buenos Aires para verlos. Ese expediente ya indicaba que había una idea de que el operativo iba a ser contra los dos. Además junto con ellos aparecieron los cuerpos de dos muchachos, con el evidente fin de querer vincular a Zelmar y a mi marido con la organización a la que aparentemente estos muchachos pertenecían.

¿CUAL ES LA RELACION ACTUAL ENTRE LAS DOS FAMILIAS?

—Nuestras familias han quedado muy unidas, a partir de ese episodio. Toda la admiración y simpatía que siempre tuvimos por Zelmar, ahora la trasladamos a su mujer y a sus hijos. Siempre sentimos una unión, que esa simpatía es recíproca. Pienso que ellos han significado un símbolo, la muerte de ellos dos juntos, perteneciendo a colectividades políticas diferentes, Zelmar de origen colorado, actuando en la izquierda, en el Frente Amplio, mi esposo, nacionalista, la muerte de ellos dos creo que es hoy en día, más que nunca, un símbolo de la agresión que todo el cuerpo político y todo el pueblo uruguayo sufrió durante todos estos años.

JOSE PEDRO RODRIGUEZ



MARCOS GUTIERREZ

"TENEMOS LA CERTEZA DE QUE SE HARA JUSTICIA"

Es imposible para cualquier uruguayo, sea del sector que sea, recordar a Zelmar sin recordar a El Toba. En nuestro número anterior de homenaje a Zelmar entrevistamos a la viuda de Gutiérrez Ruiz. Hoy agregamos la opinión de su hijo mayor, Marco, que, con solo trece años de edad, presenció el secuestro de su padre y vivió las dramáticas horas posteriores al mismo. Nos encontramos con él en la Sede de la C.P.N. y le pedimos que nos contara qué recuerdos tenía de aquellos días.

—"No recuerdo con certeza la cantidad de personas que participaron. Era de madrugada cuando entran a casa varios hombres, por la fuerza, rompiendo la puerta de entrada. Nos mantuvieron a cada uno en su dormitorio a punta de revólver, procedieron a encapuchar y a atar a mi padre y luego hicieron el saqueo correspondiente, lo que ellos llaman "el botín de guerra". Así se llevaron todos los objetos de valor que había en mi casa. Todo eso demoró como una hora, porque entre medio se produjeron varias discusiones entre mi madre y el jefe del operativo. Pienso que en principio tuvieron la intención de secuestrar a mi madre, pero ante la terquedad de ella y el no querer hacer más escándalo del que estaban haciendo, optaron por no llevársela. Recuerdo también la comunicación con los que quedaron abajo, siempre fue por la ventana y a los gritos. Nosotros vivíamos en un cuarto piso en pleno Barrio Norte, un barrio céntrico de Buenos Aires. Por supuesto, nunca me moví de mi habitación, todo lo que pasaba en el resto del apartamento lo oíamos, pero no lo presenciábamos. Solamente presencié el saqueo de nuestra habitación, de donde se

llevaron hasta revistas de chistes.

—¿Cuando se enteraron Uds. de que el mismo día se había producido el secuestro de Zelmar?

—Nosotros ya suponíamos que antes o después de papá iban a ser secuestrados otros uruguayos, entre ellos Zelmar Michelini, y además fue una de las personas a las que recurrimos pidiendo ayuda y cuando lo hicimos nos enteramos de su secuestro. A eso de las 6 y media de la mañana llegamos al hotel donde vivía Zelmar, junto con Juan Raúl Ferreira y otro uruguayo muy amigo de mi padre, yo era apenas un chiquilín de 13 años, y cuando traspasamos la puerta del hotel nos dimos cuenta de que Zelmar también había sido secuestrado, por la actitud del personal del hotel, sus caras. Pudimos hablar con los dos hijos que habían presenciado el procedimiento y eso había ocurrido una hora y media antes de que llegáramos. Nosotros demoramos en llegar a lo de Zelmar por varias razones. Primero la dificultad para comunicarnos con los otros amigos y que éstos llegaran a casa. Después, fuimos a ver al Delegado de las Naciones Unidas en Buenos Aires, después a buscar a Juan Raúl Ferreira y después fuimos a lo de Zelmar. Hay que tener en cuenta que nos desplazábamos a altas horas de la noche, y con el miedo lógico, después de haber presenciado el secuestro de mi padre.

—¿Tu padre presentía o tenía algún indicio de que fuera a pasarle algo como lo que le pasó?

—Ese es un tema que siempre ha estado presente en las conversaciones en nuestra casa. Ni mi madre, ni ninguno de nosotros, pudo percibir nada de eso. Puede ser que mi padre hubiera recibido amenazas, como lo habían hecho con muchos uruguayos en Buenos Aires, y que él no les haya dado importancia o no haya querido comentarlo con nosotros. Inclusive a esos uruguayos que eran amenazados, mi padre y Michelini los ayudaban a salir de la Argentina. Además estaba el intento de expulsión de Michelini y el pedido del gobierno uruguayo de que a los dos se les trasladara al interior de la República Argentina para que no actuarán más en Buenos Aires. Pero de ahí a una amenaza de secuestro y asesinato, no sé, puede haberla habido, nosotros nunca lo supimos.

—¿Qué clase de acción emprendieron Uds. ante estos hechos?

—Hay una acción iniciada en 1982 en Buenos Aires. Eso va bastante lento, se han dado algunos pasos pero no de mayor importancia. Al mismo tiempo se ha creado una Comisión Parlamentaria en nuestro país, y creo que a medida que el régimen democrático se vaya afianzando tanto aquí como en la Argentina,

creo que el juicio va a ir avanzando y puede haber novedades más rápidamente. Por ahora va muy lenta la cosa. Hubo sanciones a los policías que actuaban en las seccionales correspondientes a cada una de las casas donde ocurrieron los secuestros y se responsabiliza a la cúpula militar del momento, pero la estructura represiva, los cuadros medios, los que dieron las órdenes, esos todavía se mantienen en el anonimato.

Hay una certeza total de la participación del gobierno uruguayo en los casos, hay una serie de documentos de migración, aquel famoso viaje de Juan Carlos Blanco horas antes del secuestro, en fin, se sabe que hubo una conexión entre las dos Fuerzas Armadas o entre algunos sectores de las dos FFAA, el hecho comprobado aún no existe, a eso es a lo que apuntan estas investigaciones.

—¿Cuál es el sentimiento que te impulsa a desear esa justicia?

—El mismo sentimiento que puede guiar a cualquier uruguayo en cuanto a que se haga justicia en nuestra patria. Nosotros, creo que gracias a nuestra educación y a nuestra formación, hemos logrado que esto no se transforme en una cuestión personal, sino que sea el ejemplo vivo en nosotros de lo que fue el Uruguay en estos diez o quince años. El Uruguay no fue otra cosa que lo que a nosotros nos tocó vivir, al igual que a otras tantas familias. A unos les tocó muertes, a otros les tocó desapariciones, a otros les tocó cárcel y torturas, a otros les tocó el exilio, a otros les tocó persecuciones y destituciones, y a otros les tocó simplemente miedo. Y eso fue el Uruguay, y entonces el sentimiento no es otro que el que pueda sentir cualquier uruguayo medio de hoy en día que es luchar, organizarse para que el Uruguay sea cada vez más justo en todos los planos, en lo económico, en lo político, en lo social y en los Derechos Humanos. Creo que hay una interrelación muy grande entre todos los planos. No podemos separar la violación de los Derechos Humanos de la problemática económica, ni de la problemática política. En este país se violaron los Derechos Humanos para poder sostener un sistema económico, se violaron para reprimir a los dirigentes, a los cuadros más importantes y a la masa popular que intentaba un cambio en nuestra sociedad. Entonces no podemos separar una cosa de la otra. Sabemos que vamos a descubrir quiénes fueron los asesinos de mi padre y de Michelini, pero eso no será la solución a todos los problemas, y si esos asesinatos ocurrieron fue por algo, fue porque los dos enfrentaron a ese sistema político dictatorial en el cual se apoyaba un sistema económico de opresión.

José Pedro Rodríguez

ELISA

REPORTAJE A ELISA DELLEPIANE DE MICHELINI

¿COMO CONOCIO A ZELMAR?

—Ló conocí cuando él tenía 12 años. Era amigo de mi hermano. Integraba un cuadro de fútbol que se llamaba "Potosí-Carrasco" y llegó a jugar en la Liga Universitaria. Luego con el correr del tiempo nos enoviamos y tuvimos un noviazgo larguísimo como se usaba en aquella época (sonríe).

A él se le murió el padre siendo muy joven. Eso marcó mucho su vida. Lo quería y lo respetaba muchísimo. Cuando eso tenía 17 años y fue una de las cosas que le costó muchos superar. Más bien creo que con el correr de los años le quedó la tristeza de algo no resuelto. Porque si bien se tenían un gran cariño nunca habían podido tener una relación adulta.

Su padre era batllista, de los de "don Pepe" y por ahí comenzó también la preferencia política de Zelmar. Todo lo referente al Batllismo siempre le interesó mucho. Creía en las reformas sociales. Creía que había que cambiar, que no se podía seguir siendo siempre los ricos ricos y los pobres pobres y por ese camino comenzó a hacer política desde muy joven.

¿TAMBIEN TENIA UN GRAN CONOCIMIENTO DE POLITICA INTERNACIONAL, NO ES ASI?

—Sí. Siempre se interesó muchísimo. Siguió atentamente y con mucha dedicación las guerras de España y la s Mundiales. Tenía recortes de diarios y revistas que después le sirvieron mucho para tener un buen conocimiento y una base para su actividad política. En ese sentido era un poco autodidacta.

¿COMO ORGANIZABA SU TRABAJO?

—Bueno, más o menos a los 17 años comienza su actividad gremial. Luego incursiona en la política. Luis Batlle lo nombra su secretario. Creo que le costó mucho también dejar su actividad gremial.

Esto fue a comienzos de la década del 50. Recuerdo ahora que cuando fue electo diputado por primera vez una de mis hijas cumplía 1 año, así que festejamos todo junto.

¿COMO VIVIO LA FAMILIA ESE MOMENTO?

—Lo tomamos con mucha tranquilidad porque Zelmar ya había tenido mucha actuación gremial en el BAnco Hipotecario, y a nivel estudiantil. Me acuerdo de una vez en que había pedido una licencia sin goce de sueldo. Cosa que aprobé como principio pero que fue media ruinoso para la familia. (sonríe). El consideraba que no podía usufructuar de un sueldo cuando su tiempo no lo empleaba en su trabajo diario del Banco.

¿COMO SE SUCEDEN LOS HECHOS LUEGO?

—Luis Batlle entonces lo nombra su secretario. La verdad que lo quería como a un hijo. Creo que por la fama de ser de Zelmar. Era la persona más sociable y amable que podía haber. Tenía amigos de todas las edades y de todas las condiciones sociales. Por ejemplo cuando era joven tenía un amigo de unos 40 años porque iban a las carreras y ese era su interés común.

Era amigo de diariero, del puestero del policía. Le gustaban muchísimo las barras de café y esas cosas. Siempre concurría a la confitería "Americana". Le gustaba mucho jugar al bowling. Viví frente al cine Metro y como era amigo de todos los boleteros iba al cine gratis. (sonríe). Evidentemente esto puede parecer un poco raro que suceda en el centro. Pero antes era casi un barrio más. Le gustaban mucho las carreras siempre iba con una barra de amigos, pero nunca fue carrerista, lógicamente con el "famiión" que tenía no podía darse ese lujo. Yo no digo que si hubiera tenido más dinero no lo hubiera sido, pero en realidad siempre tuvo mucha conducta en ese aspecto. Mucho equilibrio para ordenar su vida, nunca dejó que las cosas salieran de su cauce normal.



¿COMO ERA UN DIA EN LA VIDA DE ZELMAR?

—Depende de las etapas. Cuando era Bancario era maravilloso porque a las 10.00 hs. de la noche ya estábamos todos dormidos. (sonríe). Tenía tiempo para todas sus actividades. Ahora después que empezó en la política activamente las cosas se complicaron mucho porque ya no hubo horario para nada.

¿COMO DEFINIRIA LA EVOLUCION POLITICA DE MICHELINI?

—Yo diría que Zelmar siempre fue coherente. Porque siempre quiso las mismas cosas. Pero fue tratando de encontrar los caminos por donde encausar esas cosas. Te voy a decir algo que para mí define a Zelmar. Cuando comienzan sus primeras campañas políticas iba al interior, a veces al medio del campo. Y me contaba que parecía que no había nadie pero que de repente los veía venir no se sabe de donde, con las banderas coloradas. Y era gente pobrísima que no tenía soluciones de vida. Ese día volvió muy amargado por que decía que con esa gente había que cumplir. Que una vez se podía ir pero no dos, tres o cuatro veces sin cumplir.

Hay que recordar que Zelmar comenzó su vida política saliendo de una dictadura. O sea que los postulados del Batllismo a él le parecían muy avanzados. Pensaba que por ese lado las cosas podían marchar. Siempre trataba de llevar adelante las cosas, y siempre dentro del partido colorado. Porque incluso cuando se hicieron otros ensayos del Frente Amplio antes de que definitivamente surgiera él no veía que pudiera tener andamiento. El quería llegar a tener dentro del partido colorado una fuerza. Porque veía que de otra manera no se podía llegar. Decía que había que rescatar a toda esa gente que después definitivamente cayó en las garras de Pacheco. No era que él en su momento no viera los defectos del partido colorado, él veía muchos defectos dentro del Partido. Incluso en la parte más progresista que era la de Luis Batlle veía que había que avanzar más.

Cuando tenía 30 años Luis Batlle le había ofrecido el Ministerio de Industria y Trabajo y no lo quiso aceptar. Cosa que a mí me sorprendió. Porque me parecía un adelanto (sonríe). Debo confesar que era muy poco politizada en algunos aspectos. Pero Zelmar consideró que ese ofrecimiento no se le hacía por lo que él valía sino en base a un manejo. Porque en el Ministerio no iba a ser él sino Luis Batlle a través suyo. Ahora después de tantos años veo que tenía una gran madurez. Porque cualquier chiquilín de 30 años se puede "marear" con tal ofrecimiento.

Este para mí fue el principal defecto de Luis Batlle. Que juntaba en torno suyo gente muy valiosa. Pero en lugar de formarla y proyectarla lo que hacía era atarla.

Zelmar a Luis Batlle le tenía mucho afecto. No le importaba aceptarle muchas cosas en lo personal, pero en lo político no.

Por ahí entonces empezaron a tener diferencias y llegó un momento en que Zelmar dijo: "voy a ver si por mí mismo tengo una fuerza que me respalde, si la tengo yo sigo y si no me voy a mi casa". Entonces le propuso a L. Batlle crear una lista dentro del Partido, una lista propia donde figurara como diputado. Luis Batlle aceptó. Pero tres meses antes de las elecciones le retiró la lista (515). Entonces se le presentó una sola opción: o irse a su casa o dar la lucha a nivel nacional. Evidentemente esto último era un disparate. Pero creo que en el fondo era un "cara o cruz". Se presenta entonces y saca una buena votación. Aquí es cuando nace la 99.

Yo digo siempre que a medida que Zelmar iba avanzando siempre aparecía algún obstáculo. Por ejemplo con el asunto de Gestido. Gestido quería llevarlo de vice-presidente a Zelmar. Y misteriosamente llegó un momento que no se pudo. Pusieron a Pacheco. Porque Pacheco era una persona completamente nautra. Te das cuenta como podía haber cambiado el destino!

Luego que Gestido asumió la presidencia trató de hacer un gobierno de unidad. Ahí le ofreció el Ministerio de Industria a Zelmar. Recuerdo que Zelmar estaba como con un chiche nuevo. Que duró nada más que tres meses. (sonríe). Fue tan increíble todo. Se dedicaba el día entero a solucionar cosas. Decía: "se pueden hacer tantas cosas!".

¿RECUERDA ALGUN HECHO?

—Sí. Zelmar me contaba que no se podía negociar con los países que estaban detrás de la "cortina de hierro", o sea que con el área comunista no se podía comerciar. Entonces que pasaba, suponete que nosotros le vendíamos las papas a Francia y Francia sí podía luego vender esas papas a esos países. Para eso Zelmar en ese momento había ideado una manera de conseguirse un intermediario y le había "echado el ojo" a Holanda. No venderle a Holanda, sino que Holanda sirviera de intermediario en todos esos países que nos ofrecían mercados y con los cuales no podíamos comerciar.

¿COMO VIVIA UD. ESOS MOMENTOS JUNTO A ZELMAR?

—Yo tenía en esos momentos una vida no vamos a decir tranquila, pero si que corría sobre un cauce determinado. En mi casa cuidaba a mis hijos y Zelmar solucionaba todo lo que era de la puerta para afuera. No hacía los mandados (sonríe) pero si todo lo que fueran papeleos, trámites. Yo servía de nexo entre los chicos y él. Para que él en el poco tiempo que estaba con los hijos pudiera disfrutarlos lo más posible.



¿COMO ERA ZELMAR EN SU ROL DE PADRE?

—Era de lo más cariñoso que podía haber. Yo no sé si era muy moderno (sonríe). La verdad que no éramos modernos ninguno de los dos. Porque yo vengo de una familia italianaza donde los padres resolvían y las madres acataban.

¿NO ERA DE ESOS PADRES GRITONES ENTONCES?

—(sonríe y recuerda). A veces se daba que con los varones fuera más severo que con las niñas pero en líneas generales era buenísimo. Era muy paciente. Porque hay que tener diez hijos! (sonríe).

Creo que en definitiva eso habría que preguntárselo a los hijos. Lamentablemente los tuvo poco tiempo. Sobre todo a los cuatro más chicos.

¿QUE ESPERABA ZELMAR DE SUS HIJOS?

—Por un lado los educó de manera que pensarán por sí mismos. Conversaba mucho con ellos, sobre todo con los mayores. Con algunos el momento de mejor relación fue cuando él estaba en Buenos Aires, que iban por turnos entonces ahí los podía aprovechar. Esto fue en el '73. En ese entonces mi comunicación con Zelmar era excelente. Yo estaba en Montevideo. Nos telefoneábamos o íbamos en tandas. Pero se dio el caso alguna vez que tuve que volver enseñada porque habían llevado preso a alguno de los que habían quedado acá. Porque media familia estaba en Montevideo y media en Buenos Aires. Fue una época muy rica para la familia. Además a algunos los agarró en su etapa de adolescencia y los adolescentes necesitan un trato más dedicado, más personal.

FRENTE A LAS EXIGENCIAS DEL TIEMPO EN QUE SE VIVIE. ¿COMO DESPIERTAN LOS HIJOS Y EVOLUCIONAN EN ESAS CONDICIONES?

—Hubieron dos familias ahí. Los seis primeros y los cuatro últimos. De los seis primeros te diré que los tres mayores tenían discusiones políticas con Zelmar porque cada uno tenía su teoría.

En este momento acá tengo a Elisa, Luis Pedro, Rafael, Felipe, Graciela y Martha y afuera tengo a Zelmar y a Cecilia en París, y a Margarita e Isabel en Argentina, junto a 5 nietos que también están afuera. Pienso que a la larga todos van a volver. Isabel por ejemplo fue cuando Zelmar viajó a Buenos Aires, tiene tres nietos y se ha quedado por razones económicas.

¿COMO VIVIO LOS HECHOS SUCEDIDOS EN ARGENTINA CUANDO LA TRAGICA DESAPARICION DE ZELMAR?

—Yo nunca creí que alguien pudiera matar a Zelmar a sangre fría. Dirás tal vez que soy boba. Pero me parecía imposible. Tal vez fuera ese un mecanismo para no acostumbrarme. Realmente me parecía imposible. El sabía que había "tiras" vigilándolo y que en cualquier momento podría encontrar la muerte. Porque allá antes de la dictadura de Videla ya habían empezado a funcionar grupos para-policiales y sin embargo él no quería irse antes de tener sus papeles arreglados, estaba tramitando un pasaporte. Porque iba a ir a entrevistarse con Edward Kennedy que estaba haciendo todas las denuncias.

Todos esos hechos realmente hay que pasarlos. Por eso ahora cuando se habla de los desaparecidos yo realmente los comprendo. Hay que ver que también tuve una hija desaparecida varios meses. Porque estar preso debe ser horrible. Morir en determinadas circunstancias, bueno, todos tenemos que morir, pero que no se sepa lo que ha pasado con un familiar es terrible, no se puede soportar. Es algo que no deja vivir. Porque tu no vas a matar y a matar en tu corazón a una persona que puede no estar muerta.

¿QUE LE HA DEJADO ZELMAR?

—En lo que me es personal Zelmar fue lo más importante que tuve en mi vida. No quiero decir con los hijos, porque los hijos es una cuestión hasta de instinto. Para mí como compañero fue sensacional. Como ser humano era algo extraordinario. De una honestidad, una sensibilidad, una exigencia para sí mismo y no para los demás, como pocos. Porque Zelmar nunca fue exigente para con los otros. Siempre se exigió a sí mismo y esto era una cosa que a mí me daba mucha rabia. Porque me decían Zelmar es demasiado bueno para que pueda llegar a tener poder. Pero de lo que no se daban cuenta era de que el hecho de que fuera bueno no implicaba que no tuviera carácter. Y eso lo demostró. Porque cuando se convencía de algo ese algo el lo sacaba adelante. No se quedaba por nada. Además en el '71 nadie lo comprendió. Zelmar fue de los ideólogos del Frente Amplio, de los que trabajaron y lo llevaron adelante. Y sin embargo ni los Colorados lo siguieron ni la gente de izquierda lo apoyó ■



BATAALLA

¿COMO CONOCIO A ZELMAR MICHELINI?

—No puedo precisar las condiciones en que inicialmente conocí a Zelmar. Creo que en alguna oportunidad hablamos ambos, en algún conflicto como dirigentes sindicales, pero no recuerdo bien en qué conflicto fue. Debe haber sido alrededor del año '50 más o menos. Después ambos integramos la lista de diputados de Renovación y Reforma, la lista 15. Naturalmente nuestro nivel de trabajo, de significación era muy distinto. Zelmar era el número uno de la lista, yo era uno del montón. Quiere decir que no tuvimos una vinculación afectiva intensa, ni siquiera de trabajo político intensa, más o menos cercana.

Yo creo que nos acerca fundamentalmente, toda la época previa a la constitución de la lista 99. Zelmar tenía discrepancias dentro del Batllismo. Fundamentalmente en cuanto a la interpretación que se había dado dentro del Partido a la derrota del año 1958. Acercándose las elecciones del año 1962 las discrepancias se hicieron más profundas. Sobre todo en cuanto a las causas de la derrota que el oficialismo quincista señalaba como producto de factores todos externos a la acción del sector. Fundamentalmente se refería a la calumnia contra Luis Batlle, que evidentemente había existido, en forma muy dura, profundamente injusta. A la campaña técnicamente organizada por el P. Nacional, lo que también era cierto. Y en tercer término a la acción de algunos Senadores que respondían al grupo de "El Día". Que habían hecho prácticamente imposible prosperar toda iniciativa que emergía del gobierno. La interpretación que desde las tribunas daba Zelmar Michelini —y hoy en día modestamente en otro plano también yo— era que todo era cierto pero además, también, nuestros propios errores. En la medida de que la 15 como sector triunfante en 1954, lo había sido en función de una gran esperanza popular, de cambio de renovación real y auténtica que el pueblo había esperado en vano durante cuatro años. El país tenía ya atisbos de una crisis—ni de cerca la que se vive hoy en el Uruguay— y el Partido y fundamentalmente la 15 se había manifestado impotente para resolverla. En los meses finales, no recuerdo la fecha exacta, creo que fue en Diciembre de 1961, por primera vez Zelmar Michelini hace un acto en el Cerro, que era una zona que había sido muy castigada durante todo el gobierno y que estaba sufriendo, tal vez más gravemente que todo el país su crisis muy particular por la paralización de la industria frigorífica.

En la esquina de las calles Grecia y Prusia, realiza Zelmar un primer acto, en el que simplemente él como único orador—en una acción que iba más allá de una acción política— por cuanto estaba el apoyo también de importantes fuerzas sindicales —Zelmar pronuncia allí su discurso, manifiesta con gran fuerza y claridad su interpretación de lo que debía ser el pensamiento batllista. Lo recuerdo siempre—yo fui con mi hermano Juan a ver el acto— recostados a un árbol lo vimos y lo oímos y ese mismo día nos saludamos al final del acto, nos dimos un abrazo, y decidí que a partir de ese día iba a acompañar a Zelmar en una lucha que iba a ser muy dura.

Desde ese momento nuestras líneas políticas se unieron y eso hizo crecer, con el correr del tiempo,

una profunda amistad Michelini era un hombre que además de sus excepcionales condiciones políticas, tenía una gran calidez humana, era un hombre de una gran bondad, profundamente humano, que siempre estaba dispuesto a hacer un favor de cualquier tipo sin pedirle nada a nadie, mucho menos preguntarle su orientación política. Porque una de las cosas que hay que rescatar de Michelini es su inmenso valor humano. Porque la gente por lo general en Zelmar veía el político brillante, salvo muy poca gente y los que tuvimos el privilegio de tratarlo por encima de todo veíamos el ser humano excepcional que era Zelmar. Y eso es muy importante recordarlo. Uno recuerda permanentemente su sonrisa, su mirada clara, el permanente afecto con que trataba todos los problemas. El respeto por los demás, porque no era casual que los demás lo respetaran. Michelini era tremendamente respetuoso de todo. Era un hombre profundamente demócrata además. Con una gran tolerancia, con un gran espíritu de comprensión de los problemas de los demás y aún con una tremenda comprensión de las debilidades humanas. Que eso no todos los hombres lo tienen.

¿RECUERDA ALGUN HECHO O ALGUNA ANECDOTA?

—Zelmar estaba participando con la brillantez de siempre en una discusión en el Parlamento, y era capaz de estar siguiendo en ese mismo momento una partida de ajedrez entre Fischer y Karpov, al mismo tiempo preguntar como había salido Peñarol en Santiago y quién ganaba la última carrera de marafías. Sin perjuicio de atender a los 27 amigos que le planteaban el problema.

¿QUE HA SIGNIFICADO MICHELINI EN LA VIDA POLITICA DEL PAIS?

—Creo que fue un hombre, sin duda alguna, de una inmensa significación. Dentro del Partido en su momento, fue un hombre que tuvo el enorme valor de dejar un partido tradicional simplemente porque había entendido que ese partido había dejado de ser el instrumento con el cual llevar adelante sus principios.

Porque no podemos olvidar que Michelini era un hombre al cual le bastaba su silencio para tener dentro del Partido todo lo que quería. No lo hizo defendiendo sus principios, defendiendo lo que creía. Y realizó una experiencia que también fue muy dolorosa en su momento. No es el hombre que se va por despecho o porque se le cierran las puertas, es el hombre que tiene absolutamente todo dentro del Partido, y que en función de los principios que defiende, de los valores, abandona todo eso por una aventura como fue en su momento el F.A. Hoy es para nosotros, líder indiscutido dentro del país.

¿COMO VIVIO LA DESAPARICION DE ZELMAR?

—Yo creo que Zelmar Michelini es de esas figuras que a medida que pasan los días se agranda. Yo decía el otro día en un acto que quienes lo mataron están vivos y sin embargo han muerto. Y pretendieron matar a Michelini y cada día está más vivo. Zelmar es una inmensa figura que hoy sería un egoísmo querer rescatar como nuestra. Zelmar es una de esas figuras que tienen un significado mundial como mártires de la democracia. Y evidentemente lo fue porque Zelmar era un demócrata. Quisieron matar su imagen. Quisieron matar algo que yo digo que solo con un espíritu siniestro podrían pensar que Michelini era un ser violento.

Michelini era un ser de paz. Era la antítesis de la violencia. Era además un profundo demócrata que trató sí, por todos los medios, de combatir la violencia emergida de arriba en la medida que la violencia de arriba engendra la violencia de abajo.

¿QUE LE HA DEJADO ZELMAR MICHELINI COMO HOMBRE Y COMO POLITICO?

—Yo digo que nuestra lucha que durante tantos años hemos realizado en favor de los derechos humanos no pretende ser otra cosa que la continuación de lo que hizo durante años Zelmar. Yo digo que la única—no digo la mejor—la única forma de respetar a un ser desaparecido es seguir su ejemplo o tratar de seguir su ejemplo. El mármol lustrado no implica respeto. El respeto se da a través del ejemplo. El recuerdo en la acción y en la vida. No simplemente el recuerdo en la palabra que generalmente es vacía ■

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR ZELMAR MICHELINI EN LA CIUDAD DE MERCEDES CON MOTIVO DE LA PROCLAMACION DEL AGRIMENSOR MAGANO EN 1971.

"Las primeras palabras de esta noche, aquí en Mercedes, donde tenemos tantos amigos y hemos hablado en tantas oportunidades, tienen que ser naturalmente de salud fraterna, a los compañeros que representando a sectores del FA nos hacen el inmenso honor de acompañarnos en este acto de proclamación de nuestros candidatos. Un hecho nuevo sin precedentes, no lo conocíamos en nuestra actividad política anterior, militábamos dentro del Partido Colorado y del Batllismo durante muchos años. Asistimos a muchas campañas electorales. Realizamos muchos actos de proclamación. Cuando levantábamos los nombres de nuestros candidatos, en el estrado estaban solamente aquellos que estaban dispuestos a votar por esos candidatos. El P. Colorado, y lo mismo ocurría en el P. Nacional, no asistía a los actos de proclamación de candidatos de aquellos que votaban bajo el mismo lema, pero que tenían listas distintas. No había un sentimiento unitario. Y no existía esa sensación de fraternidad, esa seguridad de fraternidad, imprescindible para obtener los grandes triunfos.

Hoy en el FA es distinto. Y nosotros asistimos con alegría a esta experiencia. Única, que no habíamos conocido antes. De la inmensa satisfacción de que cuando levantamos nuestros candidatos, cuando ofrecemos a la ciudadanía el nombre de nuestros amigos y llegamos a Mercedes para hablar de ellos en una fiesta cívica, estén en el estrado los hombres que dentro del FA pueden representar posibilidades electorales distintas, pero que dan todo para unirse en un abrazo fraterno y cordial con sus compañeros de lucha." (Aplausos).

"Creemos que tenemos la obligación hoy de hablar en Mercedes de este proceso que ha llevado a la formación del FA. Y de esta serie de circunstancias todas importantes que nos han llevado a nosotros a dejar el lema tradicional. A abandonar las filas del Batllismo y a sumar nuestro esfuerzo al de tantos otros compañeros que han hecho posible el FA. No han pasado hace tanto tiempo en el país los hechos que han determinado nuestra actitud como para que no los recordemos. Y sin adjetivos, sin juicios de valor, sin recurrir a la calumnia ni al agravio —que es generalmente la expresión del débil que no tiene razones o del temeroso que no se anima a enfrentar la realidad— nosotros vamos a hacer el análisis un poco, de los últimos años en el país. Porque en el análisis de esos años está condicionada nuestra resolución. Y porque además son los hechos que avalan y documentan nuestra determinación. Y porque sentimos la necesidad esta noche —perdonémos los compañeros del FA— de hablar durante muchos minutos a los compañeros batllistas y colorados que todavía no se han decidido". (aplausos)

"Murió Gestido. Un azar de la vida colocó en la presidencia de la República. Nadie pensaba que pudiese ser presidente cuando después de seis o siete sucesivos ofrecimientos, descartados varios hombres, Gestido le indicase para ser vicepresidente. Y llegó a la Presidencia de la República. Durante dos, tres o cuatro meses, prácticamente tanteó el terreno. Buscó de alguna manera encontrar un camino y el primero de marzo de 1968 fue a Paysandú. Y en Paysandú pronunció un discurso por el cual establecía categóricamente que iba a continuar con la política del Fondo Monetario Internacional (FMI). Recordamos que nosotros ese día en el diario "Hechos" —10. de marzo del '68— escribimos un editorial muy claro, muy terminante, que definía posiciones y en el cual prácticamente le decíamos adiós al Sr. Pacheco Areco porque estaba siguiendo la política del FMI que para nosotros era una política de entrega y de miseria.

En ese momento no existían los Tupamaros. Vamos a hablar hoy con franqueza de los problemas del país. Vamos a hablar en la plaza pública de los Tupamaros y vamos a hacer la historia de los Tupamaros y vamos a establecer cuando surgieron los Tupamaros. No tenían acción. Nadie los conocía. No habían realizado un solo acto. No se había disparado un solo

tiro. En 1968 había un presidente de la República y un gobierno que acababa de llevar a los más grandes empresarios a las posiciones más importantes y se estaba en la víspera, prácticamente, de una nueva devaluación. Ya el 6 de noviembre del '67 se había firmado una nueva Carta de Intención con el FMI. La carta que suponía una entrega similar a la que Ortiz y Azini años antes habían hecho a nombre de los blancos. Y el primero de marzo del '68 Pacheco Areco en Paysandú, ratificaba esta política. En junio de 1968 tampoco existían los Tupamaros. Había sí hambre en la calle. Había sí enormes dificultades. La gente no tenía trabajo. Y en Montevideo la gente estaba saliendo de las fábricas para reclamar contra la política económica que los estaba asfixiando. El gobierno colorado que se había comprometido a determinadas consignas y que las había violado y olvidado, contestó al reclamo popular con su presencia en las calles, con la congelación de precios y salarios. Sabiendo perfectamente que en la historia del mundo esa congelación suponía solamente la congelación de los salarios y nunca de los precios. Pero además, para tratar de liquidar al movimiento sindical, que evidentemente estaba reclamando soluciones populares, impuso el 13 de junio de 1968 las Medidas Prontas de Seguridad. Medidas de Seguridad que no fueron iguales a las anteriores. Comenzaron aquella madrugada con el allanamiento de los más de los hogares de los más prestigiosos dirigentes sindicales. Clausurados sindicatos. Clausurada la CNT. Arrasada la Universidad. Clausurados los diarios que protestaron. Fueron puestos fuera de circulación algunos partidos políticos. Y lo que no se había conocido antes. Se comenzó a destituir a los trabajadores que hacían huelga. Por cientos en la UTE en la ANCAP, en OSE; en los bancos fueron a la cárcel los que habían hecho huelga. En nombre de un gobierno batllista condenaron lo que había sido un arma impuesta por los batllistas como la única posibilidad que tenían los trabajadores para defenderse. La violencia no es solamente el arma en la mano. La violencia no es el cuchillo, no es el revolver, no es la metrallera. Hay otras clases de violencia. La violencia es la persecución al trabajador. La violencia es echarlo de su trabajo y condenarlo al hambre. La violencia es darle un salario con el cual no puede vivir. La violencia es darle una jubilación que lo mata de hambre. La violencia son las listas negras, sepan ustedes. En las listas negras figuran los expulsados que no consiguen trabajo en ningún lado. Los expulsados de los bancos no consiguen trabajo en ningún lado. El gobierno hace circular listas negras. Y son uruguayos. Y en aquel entonces hubo también procedimientos que debieron merecer la intervención de los organismos internacionales —nosotros lo denunciábamos en el senado—. Cuando la huelga de la UTE, más allá del acierto o del error en las reivindicaciones que se solicitaban, los trabajadores fueron obligados a salir de la UTE. Frente al Puerto de Montevideo a más de trescientos se les obligó a inclinar la cabeza, se les puso de rodillas, las manos en la nuca. Durante horas, 250 o 280 trabajadores que no habían cometido delito nunca, que no habían pisado una comisaría, con 18, 20 y 25 años de trabajo, respetados por todos, padres de familia, gente honorable que había hecho la huelga en procura de un derecho y en procura de una reivindicación mejor, porque un salario no le alcanzaba para vivir, así, de rodillas, la cabeza contra el pavimento y los brazos en la nuca, estuvieron durante horas. Y cuando alguno de ellos pidió permiso para ir a hacer alguna necesidad, el jefe o comisario de policía le dijo: no tiene permiso, hágase ahí mismo. Y ahí hicieron sus necesidades. Y esto conviene que el pueblo lo sepa. Y fue del punto de vista de la violencia moral y espiritual lo que la Carta de las Naciones Unidas condena con mayor actitud. Más que el palo, más que la tortura, más que el golpe físico. La violencia y



el manoseo espiritual frente a sus semejantes. Y esto lo hizo Pacheco Areco. Y esto lo hizo el presidente de la República. (Aplausos).

Y no existían los Tupamaros. Y murió Liber Arce un día y las calles de Montevideo y el pueblo acongojado sintió que el Uruguay cambiaba, que se le iba de las manos. Que un estudiante era muerto por la policía en un enfrentamiento que no tenía precedentes en la historia del país. Y nosotros que criticábamos a los blancos por su dureza en la Jefatura de Policía y en el Ministerio del Interior. Nosotros que los habíamos condenado y enfrentado, tuvimos que decir con toda sinceridad que no obstante toda nuestra crítica no eran tan malos como estos colorados. Y en momentos en que hacíamos una guardia de honor al lado del féretro de Liber Arce, cuando ya se estaba gestando este FA de hoy —porque nació políticamente un 5 de febrero de 1971 pero mucho antes había nacido en las calles, en el fragor del combate, en la lucha de los estudiantes, en los trabajadores que juntos los unos con los otros estaban luchando por una vida mejor. Cuando hacíamos guardia ahí, junto al féretro de Liber Arce se nos acercó el ex-consejero nacional Eduardo Víctor Haedo y después de saludarnos nos dijo: usted que fue tan duro con nuestro gobierno, reconozca que por lo menos nuestro gobierno nunca tuvo la brutalidad de esta represión y nadie murió. (Aplausos). Y yo concurrí al otro día a la Cámara de Senadores y dije eso ante el disgusto de muchos colorados que pretendían silenciar las cosas. Dije: es cierto, sí, yo critique a muchos hombres blancos, pero hoy digo que no ha habido un Ministro tan criminal como Eduardo Jiménez de Aréchaga y un Jefe de Policía tan agresivo

La violencia estaba impuesta desde arriba. Todos reaccionamos a nuestra manera. Había que combatir al régimen. Nosotros hicimos la interpelación para voltear al Ministro. Washington Fernández y otros periodistas escribieron artículos tratando de informar a la gente denunciando los hechos. Los oradores subieron a las tribunas para tratar de convencer al pueblo de la verdad que tenían y de desnudar al gobierno. Los dirigentes sindicales alertaron a sus gremios y trataron por todos los medios de que se conociese cuál era el clima que se estaba viviendo en el país. Los políticos intensificaron su acción de masas para tratar de convencer al pueblo de que sólo en la vigilancia permanente estaría la defensa de sus derechos. Y los estudiantes salieron también atrás de sus agremiaciones para tratar de defender la libertad. Cada cual eligió el camino de acuerdo a sus posibilidades y a su pensamiento. Y hubo un grupo de hombres y de mujeres con los cuales nosotros no estamos de acuerdo. Que eligió otro camino y que pensó que al gobierno que imponía la violencia y mataba solo se le enfrentaba con las armas en la mano. Nosotros tenemos la actitud pacífica y elegimos el camino de las urnas. Pero otros hombres y otras mujeres tan uruguayos como nosotros que han sufrido mucho y que han ofrendado sus vidas entendieron que el camino era otro. No compartimos esa manera de pensar. Pero nadie nos arrancará una palabra de condena para esos hombres (vítores y aplausos).

Hace muy pocos años un estadounidense a quien nosotros siempre citamos, porque fue un hombre que en su época vio las cosas de América con claridad, pocos meses antes de ser asesinado, el senador Robert Kennedy, explicaba con mucha claridad el proceso latinoamericano diciendo: "Una revolución está en marcha en Latinoamérica. Sólo los ciegos no la ven, sólo los sordos no la oyen. Se hará de cualquier manera: con nosotros, a pesar de nosotros, contra nosotros. Será pacífica —decía Kennedy— si tenemos comprensión. Y será útil si sabemos valorarla. Pero quiérase o no, la revolución está en marcha: tratemos que no se haga con violencia."

Y nosotros terminamos nuestras palabras de hoy prácticamente con el mismo concepto y con el mismo sentido. El FA significa la interpretación de la revolución latinoamericana. Bienvenida sea cuando llegue al Uruguay en estos momentos tan difíciles. En el FA sentimos que la revolución será pacífica. Sin el FA la revolución será violenta. Sepa el pueblo iluminarse y vote por las soluciones pacíficas. (vítores y aplausos).

FA: UN INSTRUMENTO PARA CAMBIOS PROFUNDOS



FEBRERO DE 1971 ENTREVISTA DE MARCHA

En un momento de la entrevista —que se desarrolla en la sede de la 99— Michelini interrumpe la explicación sobre las posiciones que ha definido el último congreso del sector y afirma: "Mire a su alrededor vea cuáles son los retratos que hay acá; Artigas, Batlle, Arena, Grauert, esto solo indica en sí una clara afirmación ideológica del movimiento. Está también Brum, fundamentalmente porque supo morir, identificado en su decisión suprema con la defensa de la libertad. Y esta definición nítida hasta por las imágenes, difícilmente la encontrará usted hoy en alguna sala de sesiones de los sectores gobernantes del Partido Colorado". Como afirmación de esa línea ideológica la 99 se acaba de apartar —con el voto unánime de sus congresales— del lema tradicional; contribuirá ahora a delinear un frente sin exclusiones: la fuerza nueva para el tiempo nuevo.

En primer término pedimos una explicación sobre las raíces de esa decisión; el dialogado en lo fundamental, fue el siguiente:

EN LAS PRIMERAS DECADAS, EL PARTIDO NACIONAL APARECE MÁS LIGADO A LOS INTERESES AGRARIOS Y EL COLORADO PREDOMINANTEMENTE UNIDO A INTERESES URBANOS. POCO A POCO SE LLEGO A LA INDIFERENCIACION ACTUAL. ¿COMO ANALIZA ESE PROCESO EN LOS ULTIMOS AÑOS? ¿EXISTIO, EFECTIVAMENTE, UNA PAULATINA IDENTIFICACION?

—Lo que apresura el proceso de identificación es

la presencia de los blancos en el gobierno. La política internacional de los blancos no se diferencia fundamentalmente de la política de los colorados; y la política de los colorados en lo que se refiere a la administración interna no se diferencia de la línea blanca.

Estos últimos cuatro años consagraron esa realidad: no hay diferencias entre los gobernantes de ambos partidos. Y surge una evidencia: es cierto que hay unidad de las derechas por encima de partidos. Los sectores de gobierno no pueden tomar otro rumbo, porque no tienen ni hombres ni ideología capaces de sustraerlos de lo que pueden ser los grupos de intereses de adentro y de afuera del país.

El proceso de indiferenciación fue acelerado por Nardone, que llevó colorados al Partido Nacional. Pero hoy ese intercambio de personas se observa en cargos fundamentales de gobierno. Algunos ejemplos: Bordaberry, senador del Partido Nacional con el ruralismo, chicotacista, hombre fundamental en la derrota del Partido Colorado y en la oposición a Luis Batlle, hoy es ministro. Benito Medero, ex-diputado blanco, caudillo blanco en Flores, vinculado a la Asociación y a la Federación Rural, dirige nada menos que el Plan Agropecuario; Helio Fernández, ayer asesor de Beltrán, es subsecretario de Economía y Finanzas, decidiendo en un ministerio fundamental; Guntín, asesor del ex-consejero Heber, dirige el Banco Central; Solsona Flores, jerarca del Banco República en el gobierno nacionalista, es llamado a presidir el Banco Central por los actuales gobernantes colorados... En fin, ¿de qué Partido Colorado me habla?, ¿de qué Partido Blanco?, ¿cuáles son las diferencias entre ambos?

¿QUE HECHOS FUNDAMENTALES AHONDARON EN EL PARTIDO COLORADO LA SEPARACION DE TENDENCIAS HASTA LLEVAR, A UN IMPORTANTE SECTOR, A LA ACTUAL RUPTURA POR UNANIMIDAD?

—El sometimiento a la política del Fondo Monetario Internacional, llevado hasta extremos a los cuales ni siquiera los blancos se animaron a llegar. Esto trajo como consecuencia una profunda inquietud social. El ataque a los sindicatos, la política de congelación de salarios, la represión, la fuerza desencadenada contra los sectores populares, la censura, la persecución ideológica, son consecuencias de esa línea fondomonetarista. En el documento que sirvió de base a las deliberaciones del congreso se analiza esa política, que ha llevado a "mantener y aumentar la inserción en el sistema capitalista", a "promover la liberación del comercio exterior, lo que resulta ruinoso para un país dependiente", a "detener e incluso a hacer retroceder el proceso de nacionalizaciones", a "que el gobierno actúe como personero de la oligarquía de terratenientes y banqueros, tomando partido por los patronos y llevando a los trabajadores a una creciente pauperización".

Y ESE PROCESO HA PERMITIDO VER, EN SUS CONTRASTES, QUE EL BATLLISMO DE BATLLE, GRAUERT Y ARENA, POR EJEMPLO, NADA TIENE QUE VER CON LOS QUE LLEVAN A CABO ESA POLITICA QUE RESULTA RADICALMENTE CONTRARIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRINCIPIOS.

—Naturalmente. Vea este texto —para leer uno— y observe si no parece escrito para la situación actual. Dice Julio César Grauert, al referirse a la banca privada: "Puede afirmarse que ella explota, expolia, en la más absoluta impunidad. Y lo trágico, en el país, he lo aquí: cuando más crítica es la situación de nuestro pueblo para tomar resoluciones, se consulta a la banca privada! ¡Absurdo! Denigrante para el proletariado ha sido el procedimiento... Los representantes de los grandes capitalistas, de los grandes explotadores, son recibidos con todos los honores en las salas del Consejo Nacional. Hemos dicho ya que para suprimir la especulación no basta con el control o fiscalización de las operaciones de cambio, que es necesario obtener para el Banco de la República el monopolio de los cambios y hoy decimos que además de esas medidas, si se quiere cortar de raíz la infamante especulación capitalista y poner una infranqueable barrera al imperialismo debe irse a la nacionalización integral de la banca. Solo así se suprimirán los fabulosos negocios de los banqueros y sólo así se evitará que los capitalistas jueguen con el hambre del pueblo".

Grauert decía esto en agosto de 1931.

GRAUERT PONIA EL ACENTO EN QUE EL PROLETARIADO DEBIA SER EL NUCLEO DE LA ORGANIZACION POLITICA POR LA QUE LUCHABA. DESDE OTROS SECTORES BATLLISTAS SE INSISTIO, TRADICIONALMENTE, EN UNA ORGANIZACION POLITICA ESENCIALMENTE POLICLASISTA. CUANDO USTED LE SEÑALA AL DOCTOR PEIRANO: TU ABUELO FUE BANQUERO Y EL MIO VIVIO DE SU TRABAJO; TU PADRE FUE BANQUERO Y EL MIO VIVIO EXCLUSIVAMENTE DEL PRODUCTO DE SU TRABAJO; TU ERES BANQUERO Y YO VIVO DE LO QUE GANO COMO PERIODISTA Y LEGISLADOR: TUS HIJOS SERAN BANQUEROS Y LOS MIOS HEREDARAN LA CONDICION EXCLUSIVA DE TRABAJADORES...

—Sí, son cuatro generaciones y nada ha cambiado en el país.

... ESA AFIRMACION SUYA PARECE

CONTENER, TACITAMENTE, LA COMPROBACION DE QUE TIENEN INTERESES EN PUGNA, EN OTROS TERMINOS, QUE LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD HUMANA ES LA HISTORIA DE LA LUCHA DE CLASES. ¿SU SECTOR HA LLEGADO A ESTA CONCLUSION, O MANTIENE EL CONCEPTO POLICLASISTA?

—Ha existido una evolución marcada. No hay que olvidar que Batlle, al mismo tiempo que sostenía un partido policlasista, atacaba la herencia. Y se oponía a ella fundamentalmente en cuanto trasmisora de poder, de privilegios. Pero Batlle pensaba en una sociedad policlasista en la cual el poder material no significara, sin embargo, la posibilidad de poder político...

ESO SI QUE PARECE UNA UTOPIA...

—Vea: los blancos y algunos que se pretenden batllistas asimilaron, en el gobierno, el poder material y el poder político. Pero compare los ministros y directores de entes autónomos del último gobierno colorado, en 1954/58, con los actuales ministros y verá un cambio radical en la extracción de los dirigentes. Batlle sostenía la posibilidad de un partido policlasista en un país en el cual la lucha de clases prácticamente no se había dado. Y que, además, tendía a evitarse en la medida en que el propio Batlle —y Luis Batlle después— trataban de evitarla. Pero estos años cambiaron las cosas. ¿Cabe alguna duda acerca de la definición clasista del gobierno actual? Le repito, además, lo que es un hecho: las derechas se han unido por encima de los lemas. De 1958 a la fecha el país ha retrocedido. Pacheco Areco, además, es Nardone. Son las mismas ideas. Y hasta creo que el día que alguien se ponga a estudiar el carácter y la similitud de ambos podrá encontrar la explicación de algunas cosas: de la misma frialdad, el mismo desapego a las personas, la misma forma de utilizarlas y tirarlas.

Ambos, además, abrieron las puertas del país al Fondo Monetario.

Hoy algunos gobernantes pretenden aparecer alarmados por la ley Mills, que perjudica las exportaciones a Estados Unidos. Yo pregunto: ¿qué diferencia hay entre esa política contra nuestros países y los préstamos que obligan a efectuar hasta el 70 por ciento de las compras en el área del dólar? ¿Acaso esa política de Estados Unidos no se inserta en la misma línea antinacional del Fondo Monetario?

VAYAMOS A OTRO PUNTO ESENCIAL EN EL URUGUAY DE HOY: EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA. EL CONGRESO DE LA 99 PLANTEO, ENTRE LOS OBJETIVOS A CORTO PLAZO, LA RESTITUCION DE LOS TRABAJADORES DESTITUIDOS Y LA LIBERTAD DE LOS PRESOS POLITICOS. ¿COMO ENFOCAN USTEDES ESA AMNISTIA? ¿COMO VEN EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA?

—Efectivamente, planteamos una amnistía para los presos políticos. El país tiene que pacificarse, y no habrá manera de hacerlo con rencor y resentimiento. Creemos, además, que la violencia fue impulsada fundamentalmente por la represión y por ciertas medidas del gobierno que parecen —por sus efectos— destinadas a impulsar a los "innombrables".

EN OTROS LUGARES DE AMERICA LATINA SE HAN GESTADO RESPUESTAS SIMILARES CONTRA EL REGIMEN. ¿CUALES SON, A SU JUICIO, LAS CAUSAS QUE DETERMINAN ESOS MOVIMIENTOS?

—En todo el continente latinoamericano la miseria, el colonialismo, la explotación, se dan en mucho mayor grado que entre nosotros. No obstante, la lucha en Uruguay registra secuestros, etc., procedimientos que sólo después llegaron a otras partes más pobres del continente. Creo que el porqué puede encontrarse en que los movimientos revolucionarios en la historia del mundo los han hecho los intelectuales.



Los sectores más perseguidos y explotados apenas si suelen tener tiempo para sobrevivir.

Pero vayamos a la política que ha agravado la respuesta armada: se encarcela a millares de trabajadores, se impone la represión, la tortura, se destituye, se clausuran sindicatos y partidos, se desata una política antipopular, se gobierna con medidas de seguridad. Y luego un ministro, pretendiendo justificar lo injustificable e intentando sostener que se dirigen contra grupos minoritarios, pregunta: ¿A quién molestan las medidas? En realidad, si los problemas se van a resolver en función de ese tipo habilidoso de preguntas, él pudo plantearse otra: ¿a quién molestan los t...?

Habrá que tomar medidas de fondo, levantar las esperanzas nacionales imprescindibles para la gran tarea colectiva que llevará a una realidad más justa si se quiere trabajar por una paz real. Hebert Mathews, redactor del "New York Times", amigo de Kennedy y defensor de la llamada Alianza para el Progreso, comienza un libro con una frase de una lucidez que vale por todo un texto: "Latinoamérica asiste a una revolución similar a la de 1825. La diferencia es que aquella fue por la libertad política y que ésta de ahora es por la libertad económica. Quien no reconozca en Estados Unidos este hecho, no podrá comprender el fenómeno latinoamericano".

USTED PREPARA UN LIBRO SOBRE LA OEA. ¿CUANDO APARECERA Y CUAL ES LA TESIS CENTRAL DEL MISMO?

—Querría hacer tiempo este verano para terminarlo. La tesis es que la libertad del Uruguay está ligada a la de Latinoamérica; y que no habrá organización internacional americana que pueda ayudar a ese proceso de liberación mientras figure Estados Unidos entre sus integrantes. El libro tiende a demostrar que la OEA, desde su creación, en 1948, ha sido un instrumento dócil que permitió legalizar cuanta arbitrariedad y atropello ha cometido Estados Unidos: desde la invasión a Guatemala al desembarco de los "marines" en República Dominicana, pasando por la agresión a Cuba —el desembarco en Bahía de Cochinos—, etcétera. No estará basado en opiniones personales de gente antimperialista, sino casi exclusivamente en el

testimonio de los principales gobernantes norteamericanos actores en esos acontecimientos.

EN SU DISCURSO EN EL CONGRESO, USTED HABLO EN FAVOR DE MEDIDAS SOCIALISTAS O SOCIALIZANTES. ¿TIENDE USTED HACIA LAS IDEAS SOCIALISTAS?

—No me asustan las ideas. Y en el tipo de definiciones que hemos tomado no innovamos. En 1912, Domingo Arena dijo: "Si me he embanderado con tanta resolución en la gran fracción en la que estoy embanderado es, simplemente, porque he visto en ella la obrera del bien, la obrera del bienestar anacional. Si apareciese alguna otra capaz de mayores realizaciones, con más facultades de hacer el bien, la abandonarí, porque mi verdadera orientación política es el bien del pueblo. Si mi partido no fuera capaz de realizar un programa obrerista, sería socialista, tal vez hasta anarquista". Y en el propio Arena está lo que parece una deficiencia del gobierno actual: "gobernar con hombres de ideas y tendencias opuestas a las de quien gobierna es irracional; sólo ocurre cuando no existe el propósito de implantar las ideas de su partido". ¿Podríamos continuar junto a quienes niegan verdades esenciales de nuestro pensamiento?

Esta es la doctrina, éstos los principios que dió de lado el gobierno para favorecer a la oligarquía. Frente a la unidad de la derecha levantamos una fuerza con inmensas posibilidades de victoria. A ello contribuirá decisivamente la inteligencia con que se arme el programa de soluciones que presente —que deberá mostrar su condición de programa profundamente nacionalista y antimperialista— y la realidad de candidaturas inobjectables.

¿CONCIBE EL FRENTES COMO UN ARMA FUNDAMENTALMENTE ELECTORAL?

—No. Es el instrumento que promoverá hondos cambios en el país. Un arma de lucha popular antes, durante y después de la elección, con amplia participación popular: con bases organizadas y cuerpos opinando. Que además, al alcanzar el gobierno, deberá llevar a cabo esa gran tarea con el pueblo en la calle ■

DISCURSO EN LA ASAMBLEA

ANTE TODO LEVANTAR LAS MEDIDAS

En la Comisión Especial designada por la Asamblea, se enfrentaban distintas posiciones acerca de cuál debía ser la orientación del trabajo. El senador Zelmari Michelini sostuvo entonces que todo el aspecto económico establecido a partir de las medidas de seguridad podrá aguardar un tiempo, "pero de ninguna manera puede esperarse un minuto más en cuanto a la libertad de las personas y al régimen policial a que están sometidas". "Conozco sólo algunos puntos de la ley de seguridad del estado y no sé qué objetivos persigue concretamente—agregó— pero entiendo que esa ley no podrá entrar jamás en lo que significa la privación de libertad a las personas o en cuanto a su detención sin intervención de la justicia. Lo que queremos es salir de este estado de cosas; dejar de leer comunicados en la prensa donde un comisario o el Ministerio del Interior se arrojan para sí la justicia, estableciendo qué sentencia está bien y cuál está mal sin que aparezcan en la prensa—porque está amordazada— los descargos de los interesados. Esta es la experiencia amarga que todo el país ha vivido y respecto a la cual la ciudadanía se pronunció en contra, mal que le pese al gobierno. En otros aspectos esenciales de su exposición Michelini expresó:

Hay algo en lo que no tenemos que poner de acuerdo, instrumentar el levantamiento de las medidas de seguridad supone que haya medidas cuyo levantamiento no necesite instrumentación. Esto es de Perogrullo. Todas las medidas relativas a derechos individuales, libertad de prensa, etc., no pueden ser sustituidas por ley alguna. El Poder Ejecutivo necesita las medidas de seguridad—en esto hay que largar el gato sobre la mesa— porque tiene una situación conflictual con la justicia respecto de aquellas personas procesadas que son liberadas provisionalmente en base a los méritos de la legislación actual. Entonces, el Poder Ejecutivo entiende—y no hay ningún secreto que impida divulgarlo, porque lo ha dicho en repetidas oportunidades— que aquellos tupamaros procesados y luego liberados son elementos que si se reintegran a la vida de la sociedad van a seguir ocupando un puesto en su trinchera, y el Poder Ejecutivo reacciona contra eso porque entiende que si no, le estaría dando nuevos soldados—llamémosle así— a la lucha que el enemigo está entablado contra el régimen. Ese es el punto fundamental, porque fuera de eso las medidas de seguridad no le sirven para nada al Poder Ejecutivo. No ha hecho uso de ellas para combatir a los tupamaros y éstos han hecho de todo, como lo dijo días atrás el legislador Fariña.

No hablemos ya de personas procesadas sino de personas que no tienen ningún delito incriminado. Por ejemplo, peganeros del Frente Amplio—y pongo el caso para que no nos layemos el tema en sus verdaderos términos— detenidos arbitrariamente a cualquier hora de la noche y porque a un señor comisario se le antojó pasaron diez, doce o quince días privados de su libertad. ¿Qué proyecto puede traer el Poder Ejecutivo que le dé la facultad de detener a personas sin intervención de la justicia que no sean las propias medidas prontas de seguridad? Ninguna ley. ¿Qué ley puede votar el parlamento para establecer una comisión de censura que diga cuáles son los hechos que se pueden divulgar? Ninguna ley. De eso tengan la absoluta seguridad. Tal como está constituido este parlamento—inclusive sé que así procederían muchos legisladores del Partido Colorado; estoy completamente seguro porque conozco sus antecedentes— no votará ninguna ley que faculte a una comisión administrativa a establecer qué publicaciones del extranjero pueden entrar al país y qué noticias pueden difundirse.

Entonces, esto tiene que instrumentarse de inmediato, porque ésa es la voluntad mayoritaria de la Asamblea en lo que tiene que ver con la libertad de las personas, con su derecho de reunión, de manifestar y de hacer huelga. Por ejemplo, en el caso de SERAL se trataba de un movimiento sindical que reclamaba aumentos de salarios, y fue combatido con ferocidad por la policía de Canelones y sus dirigentes presos en Punta de Rieles y otros cuarteles.

¿Qué ley le va a dar al Poder Ejecutivo la facultad de someterlos a la justicia y detenerlos? Ninguna ley. El proyecto de ley sobre seguridad del estado nada va a tener que ver con esto. Tratará de extender el plazo desde el punto de vista penal, de ser más enérgica y más punitiva en la manera de sancionar a los que incurran en determinados delitos, pero, siempre interviniendo la justicia, que es la forma de que en el orden normal se pueda privar de libertad a las personas.

Y en materia de censura, de libertad de prensa, podrá establecer las responsabilidades posteriores a las publicaciones de una noticia, dejando siempre en manos del estado y de los particulares la acción tendiente a preservar su honor y restablecer la verdad, pero siempre—repito— con intervención de la justicia. Pero no dejará eso en manos de comisiones administrativas al de funcionarios policiales. Lo que queremos nosotros, y lo que quiere el Partido Nacional cuando votó esa moción, es salir de que todo esté en manos de los comisarios.

Repito que las medidas prontas de seguridad para lo único que las necesita el Poder Ejecutivo es para privar la libertad a personas a quienes cree que pueden ser peligrosas a determinado fin. Eso teóricamente, pero en el sentido más puro del empleo de la expresión, en la realidad—además de eso, admito que pueda ser cierto que en algún caso— para descargar toda su arbitrariedad, sancionar y amedrentar a todos aquellos que pueden no pensar como el Poder Ejecutivo. Porque no se engañe nadie: las medidas de seguridad no le han hecho nada a los tupamaros, pero si han jorobado al Frente Amplio, a los dirigentes sindicales, a muchos blancos y a muchísima gente que no tiene nada que ver, así como ocasionalmente a algún colorado. Han servido para perseguir movimientos obreros, justamente cuando éstos salen a luchar por mejores salarios, como fueron los casos de SERAL y FUNSA, y con respecto a este último fue allanado su local, detenidos sus dirigentes durante veinte o veinticinco días, primero en el CGIOR y luego en Punta de Rieles. ¿Y qué tienen que ver los tupamaros, la lucha subversiva, con los reclamos de los trabajadores que querían ganar mejores salarios, asfixiados por las medidas económicas que no los dejan vivir?

SEÑOR MICHELINI—Aquí no pueden quedar equívocos respecto a puntos que fueron llevados y traídos y que pueden ser materia de confusión. En lo que tiene que ver con la libertad de prensa y de las personas, señaló que nada puede hacerse sin la intervención de la justicia. Toda medida que pretenda dar al Poder Ejecutivo la facultad de retener, silenciar o demorar determinadas informaciones o establecer a texto expreso cuándo podrán divulgarse en la forma en que el Poder Ejecutivo lo considere, es una medida restrictiva de la libertad de prensa. Sé que desde hace bastante tiempo muchos legisladores de muy diversos partidos, han entendido que se hace de la libertad de prensa un uso excesivo y muchas veces malo y quieren legislar sobre las responsabilidades en que pueden incurrir quienes ofenden el honor de las personas o divulgan informaciones falsas, etc. Eso es "a posteriori" de



Las caricaturas fueron tomadas de "Marcha".

emitida la información y supone la intervención del juez. No me pronuncio sobre el tema, pero señalo que nada tiene que ver con la libertad de prensa, que es una sola, que se la entiende de una sola manera en todas partes del mundo y que no puede ser coartada bajo el riesgo de que deje de ser libertad de presos.

Con respecto a la libertad de las personas, ¿alguien piensa que eso puede ser materia de texto legal sin que intervenga la justicia? ¿Se quiere—como lo señalaba el señor diputado Beltrán— crear una magistratura distinta? ¿Se quieren establecer condicionantes diferentes para la prueba? ¿Se quiere extender la pena para determinados delitos? ¿Se quiere dar a determinada actividad una punición mayor que la que tiene actualmente? Eso será materia de discusión, pero siempre tendrá que intervenir la justicia a texto expreso.

Yo digo que sobre la materia libertad de prensa no pueden quedar flotando dudas en el ambiente. Una cosa es la responsabilidad del periodista, el derecho a defenderse, del hombre que siente mancillado su honor, que se siente agredido. Y aquí que tire la primera piedra quien esté libre de pecado. A lo largo de la vida política, todos los que estamos aquí hemos sido víctimas de ataques de prensa de todas las tendencias con respecto a lo que puede ser la divulgación de una noticia falsa, inclusive sin que sea de mala fe, porque para que sea falsa no es necesario que esté motivada por la mala fe. Lo queremos es que la gente tenga posibilidades de ser informada y que los canales de televisión, las radios y los diarios puedan

decir lo que quieran, buscando la información donde sea y no que la misma sea digitada por el Poder Ejecutivo. Hace cincuenta días se escapó Mejías Collazo; los tupamaros de llevaron planos de varias dependencias, plasma etc. y sin embargo la policía calló todo. Se supo eso a través de alguna prensa extranjera—por ejemplo, por intermedio de "Clarín" y de otros diarios argentinos— que no entra al país. Algunos salones de la Jefatura de Policía están llenos de revistas; inclusive hasta de un número de "Visión", que fue confiscado porque contenía expresiones que no le gustaron a determinados jefes del Ministerio del Interior. ¿Quiénes fiscalizan esas confiscaciones? ¿El señor ministro del Interior o el señor presidente de la república leen esas publicaciones? ¿Fiscalizan eso? ¡No! si a veces es un sargento el encargado de leer por arriba y de decir que diarios entran y cuáles no. Por ejemplo, los diarios argentinos han dejado de venir. No leen, por supuesto, los editoriales de la prensa continental, fundamentalmente los de los diarios argentinos, sobre la tan mentada libertad de prensa que hubo siempre en nuestro país. A eso queremos volver de cualquier manera: al estado de derecho, a la desaparición del estado policial, ejercido por cuatro o cinco personas que se arrojan sobre sí potestades que no les da la Constitución de la República; y que se termine de una vez por todas con esa enfermedad, con ese ánimo delirante del Poder Ejecutivo de salir a castigar permanentemente a la justicia. Entonces, lo que tendría que hacer el Poder Ejecutivo—y supongo que eso no estará en su ánimo— es presentar un proyecto eliminando la justicia, porque si cada acto de la justicia va a ser controlado por el jefe de policía no ya afirmándose que el mencionado poder actúa con temor, sino que se equivoca y no interpreta los textos legales, ¿para qué está la separación de poderes y para que están los jueces, investidos de la máxima autoridad y soberanía para decir sobre esos aspectos? Sobre este tema no puede haber discusión.



EN EL PARLAMENTO

MAYO DE 1972

COMO SE MANEJA LA INFORMACION

SEÑOR MICHELINI: Señor presidente: así como hay, también, manuales para dictaduras y para los regímenes dictatoriales. Esos manuales para las dictaduras o para los aprendices de dictador tienen un capítulo especial que es el manejo de la información pública. No podemos engañarnos.

He repetido muchas veces una frase del presidente Kennedy, que sostenía que la democracia que no tuviese la posibilidad de llegar al público con la pureza de la información, no podía llamarse democracia. Y yo creo, señor presidente, que nosotros estamos asistiendo a una deformación interesada de la opinión pública mediante los partes de las Fuerzas Conjuntas que se emiten a los efectos de no dejar a la gente tener en su poder las informaciones y los datos necesarios para poder formarse una opinión propia de los hechos. Quizá la gente no se dé cuenta de la importancia tremenda que tiene el golpear indistintamente sobre un hecho para crear o despertar un sentimiento colectivo. Voy a poner un ejemplo para que se vea perfectamente de qué medios depurados se valen determinados regímenes para crear en el alma de la gente una conciencia especial, determinada, proclive a creer en determinadas cosas y a negar otras.

Todos conocen el caso de Sallustro. En la Argentina, un hombre secuestrado, director-gerente de una importante fábrica, a manos del Ejército Revolucionario del Pueblo, pretende negociar. El gobierno argentino se niega. Advierten los secuestradores que si los cercan van a matar al industrial, quiere intervenir la empresa Fiat para pagar el rescate correspondiente, y todos conocen los detalles.

Matan a Sallustro, y todo el Uruguay se conmovió por la muerte de aquel hombre. No entró a averiguar las causas; todos sintieron el dolor como cosa propia. La prensa mundial recogió prácticamente en todos sus detalles, mediante la televisión y los tapes, así como a través de la información radial y de los periódicos, lo que había significado, en la Argentina, algo que se entendía como una tragedia de carácter nacional.

En esos mismos días, señor presidente, moría Eduardo Pablo Monti. Si yo le pregunto absolutamente a todos los que están aquí presentes, quién era Eduardo Pablo Monti, muy pocos, quizá, lo sepan. Era un obrero textil que fue detenido por la policía argentina, torturado y muerto bajo los efectos de esta.

Lo que por suerte no pasó acá, pasó allá, para desgracia del pueblo argentino y de su régimen. Eduardo Pablo Monti, un obrero textil de Olmos, fue sacado de su casa, torturado, y murió veinticuatro horas antes que Sallustro. Su familia y sus amigos sufrieron permanentemente durante muchos días, ante la ignorancia de su paradero. Pero esto no lo conoció la opinión pública mundial, ni se difundió en la Argentina, ni se supo en el Uruguay. Hubo una censura que impidió su difusión; hubo agencias telegráficas que se negaron a pasar la información y a que la misma llegara al Uruguay. Se prohibió, entonces, toda publicación al respecto.

¿Qué diferencia hay entre Sallustro y Monti? ¿Qué diferencia hay para que en el Uruguay se pasasen todos los tapes acerca del caso Sallustro —viniendo la información minuto a minuto—, recogiendo las lágrimas de su mujer, la imploración de sus hijos, los rezos de sus amigos y todas las manifestaciones de una sociedad consternada, para que no ocurriera lo mismo con Monti? En ese momento, un obrero textil era salvajemente torturado, moría, también, y no fue enterrado ni con los honores de Sallustro, ni se recibieron cartas enviadas desde Montevideo u otras muchas partes del mundo para asociarse al dolor de su familia, repudiando el acto.

¿Por qué esa diferencia? Por una razón sencilla: porque hay una dirección, por parte del gobierno, interesada en orientar a la opinión pública mediante la

información. Sallustro había muerto en manos de revolucionarios; había que condenar el hecho; había que hacer escribir páginas por demás conmovedoras al respecto.

Monti, por el contrario, era víctima de un régimen similar al de tantos otros que hay en América del Sur y en el mundo. La difusión de la muerte de Sallustro creaba un sentimiento colectivo de repulsa hacia los revolucionarios y sus métodos. La difusión de la muerte de Monti hubiera creado, por asociación, no sólo la solidaridad, sino la repulsa hacia los regímenes militares parecidos.

Eso que sucedió en Argentina, trasladémoslo a Uruguay. ¿Quién puede comentar una parte de las Fuerzas Conjuntas? ¿Quién puede abrir opinión sobre lo que éstas dicen, sin ir en ello la vida del diario, la radio o la televisión? ¿No hay acaso todos los días partes de las Fuerzas Conjuntas que empiezan diciendo: esto está comprendido dentro de la orden de seguridad número uno? Los únicos que pueden hacer comentarios son los legisladores, y esto, siempre que se reúnan las cámaras. Muchas veces éstas no se reúnen, o no tienen tiempo, porque hay muchos otros problemas que golpean el interés del Poder Legislativo, y no nos podemos referir a estos temas. Pero el hecho cierto es que se está orientando a la opinión pública como se hizo en el caso Sallustro. Muchos, quizás, no reparan en ello. Entonces, nosotros tenemos la obligación de advertirlo.

Muchos de los partes que se dan no sólo son tendenciosos, no sólo están privando la información complementaria para hacer su debido análisis, sino que son falsos, no dicen la verdad, niegan la información fidedigna de los hechos sucedidos en el país.

MAYO DE 1972

LA GRANDEZA DE LOS HOMBRES

SEÑOR MICHELINI: "Después del atentado a Batlle y Ordóñez, el principal cuidado que tiene Batlle es que no se le toque un pelo a aquel hombre que realizó el atentado y es detenido. Hace responsable de su salud, del estado físico y del ánimo del hombre que atentó contra su vida, al jefe de la guardia al cual lo entrega.

Creo que esto exime de todo comentario. Revela, a más de sesenta y pico de años de diferencia, lo que era un hombre y su estilo. En una época seguramente menos civilizada que ésta, donde quizá la vida no tenía el valor inmenso que en la actualidad, Batlle supo darse cuenta, no obstante su dolor y el agravio que había sufrido, que había puesto en trance de muerte a sus familiares y a él mismo, supo, repito, respetar la vida de aquel hombre y exigir el trato adecuado para que no fuese, en lo más mínimo, coartado en su pensamiento ni influido en su moral."

En segundo lugar, Michelini recordó que "el general Rivera sancionó, el 17 de diciembre de 1825, al capitán Melilla, por haber dado de cintarazos a un paisano". Con el tiempo —destacó— hechos como esos son los que han dado grandeza a esos hombres.

"Otros, en cambio, han pasado a la historia con fama de torturadores. Algunos gobiernos han llevado sobre sus espaldas, como lo dice hoy con respecto al año '35, el baldón de las torturas, lo que significó una de las páginas más negras de aquel régimen. Aunque en aquel momento se silenció totalmente por parte de la Cámara de Representantes las conclusiones a que se había llegado, se impidió la discusión y además se votó una moción absolutoria, treinta y pico de años después no hay una voz que se levante para defender a los hombres que fueron acusados de torturadores y a los cuales se les probó ese hecho. En cambio, nosotros hemos tenido en nuestras manos el libro que recoge los testimonios respecto de aquella época y sabemos ahora perfectamente de qué lado estaba la razón y de qué lado estaba la verdad". (Del discurso del senador Zelmar Michelini.) ■

7 DE ABRIL DE 1972

PLANTEAMIENTO DE MICHELINI: EJERCITO Y POLITICA

Es la comisión que analiza el proyecto de ley de seguridad del estado, el senador Zelmar Michelini planteó, esta semana, la siguiente puntualización: el señor ministro de Defensa, en una exposición de mucho interés expresó que él daría cuenta de la posición de las fuerzas armadas, e invocando el conocimiento que tiene de ellas expresó, en tres o cuatro oportunidades, que las fuerzas armadas opinan o dicen tal o cual cosa. Quienes conocen mi actuación parlamentaria —expresó Michelini— saben que en este período y en los anteriores he dejado expresa constancia de que las fuerzas armadas no tenían opinión y que nadie puede hablar dando el modo de pensar de las mismas. Expresé que existía un Poder Ejecutivo y que las fuerzas armadas eran mandadas, en el mejor sentido de la palabra por el presidente de la república y nadie podía expresar opinión en función de ellas. El señor ministro en consecuencia, puede dar la opinión del Ejecutivo o expresar su sentir personal, pero no podemos admitir —sería un precedente peligrosísimo— que las fuerzas armadas expresen parecer sobre un proyecto de ley que está considerando el Poder Legislativo. Por el contrario, ellas no pueden emitir opinión y les está vedado expresar pareceres o pensamientos respecto a cualquier problema.

Cuano uno lee que se va a dar la opinión de las fuerzas armadas piensa si se han reunido, si han deliberado, si han estado en asamblea o si se ha efectuado una consulta a los jefes de los mandos, o si puede ser distinto el pensamiento de las fuerzas armadas al del Poder Ejecutivo. Creo que no. Plantearse la pregunta desde el punto de vista del problema de constestar categóricamente que no puede haber un planteo en esa forma, en modo alguno.

¿Pueden acaso las fuerzas armadas deliberar? ¿Pueden reunirse para expresar opinión? ¿Pueden los mandos transmitir a los ministros una opinión para que éstos la expresen en el seno de una comisión del Poder Legislativo? Sabemos que no, que toda disciplina de estructura castrense indica otra cosa y es que las fuerzas armadas no pueden tener opinión sobre problemas del país. Esto, más allá de que cada hombre del ejército, de la marina o de la fuerza aérea tenga su propia opinión. Cuando las fuerzas armadas han tenido opinión en otros países de América Latina, ha sido desastroso para la república donde esto sucedió. Creo que una de las condicionantes que ha contribuido a que nosotros mantengamos un determinado estado de derecho ha sido que las fuerzas armadas no han tenido oportunidad de dar su opinión, de presentar planteos ni expresar pareceres.

Digo esto porque creo que es importante el tema. No es una exquisitez del senador que habla. Pienso que tengo la obligación de hacer este planteamiento en la comisión estando presente el señor ministro de Defensa, para que todos sepamos cuáles son los verdaderos términos en que debemos movernos. Admito que tiene todo su derecho a expresar su opinión el Poder Ejecutivo y el señor ministro, pero las fuerzas armadas no pueden expresarla sobre ningún problema. Si la tienen y la transmiten violan claras disposiciones del ordenamiento jurídico constitucional.

En el transcurso de la deliberación el señor ministro de Defensa afirmó que no concebía de ninguna manera, ni había sido su intención, presentar a las fuerzas armadas como órgano deliberante. Hablo en nombre del Poder Ejecutivo —afirmó— y a ese título me presento ante la comisión. El ministro aclaró, además, que cuando hable en la comisión no lo haría a título personal ni militar: reconozco mi situación dentro del Ejecutivo —expresó—, ocupo una posición en el gabinete ministerial, y cuando emita una opinión lo haré en mi calidad de ministro.

14 DE ABRIL DE 1972

CRONOLOGIA DE ESOS DIAS

VIERNES 14

Hora 7. — En Luis P. Ponce, apenas traspuesta la avenida Rivera, dos camionetas encierran al "Maverick" policial matrícula 529.014 en el que viajan Carlos Alberto Leites, funcionario de la Dirección de Información e Inteligencia, el subcomisario Oscar De Lega Luzardo, del mismo departamento, y el agente Segundo Giñi. Integrantes del MLN (Tupamaros), que viajan en las camionetas disparan metralletas contra los policías. Fallecen instantáneamente los funcionarios Carlos Alberto Leites y Oscar De Lega Luzardo. Herido, salva su vida el agente Segundo Goñi.

Hora 9 y 5 — El capitán de corbeta Ernesto Motto Benvenuto parte de su domicilio (Aparicio Saravia entre Torres García y 19 de Abril, en Las Piedras, departamento de Canelones). A ciento cincuenta metros de allí, al atravesar la calle Roosevelt, lo ametralla un comando del MLN que, según se desprende de los hechos, ha estudiado con precisión todos los pasos del capitán.

Hora 10 y 30 — El profesor Armando Acosta y Lara (ex-interventor de Secundaria, ex-subsecretario del Ministerio del Interior) sale de su domicilio (San José 1464) en compañía de su esposa y dos guardias. Integrantes de un comando del MLN que coparan, horas antes, la Iglesia Metodista Central —ubicada frente a la residencia de Acosta y Lara— disparan contra el ex-subsecretario. Este, herido, fallece en el trayecto al Hospital Militar. Su esposa y uno de los guardias resultan con heridas leves.

Hora 12 y 15 — La oficina de prensa de las Fuerzas Conjuntas da cuenta (comunicado No. 71) de la muerte de dos integrantes de las Fuerzas Conjuntas (Oscar De Lega y Carlos Alberto Leites Calcagno) y de un oficial de la Armada: el capitán de corbeta Ernesto Motto.

Hora 12 y 45 — Policías que circulan en automóvil por la calle Francisco Plá observan, por General Flores, a la camioneta "Toyota" 105.466. Emprenden su persecución ya que los ocupantes tienen una actitud sospechosa. En Francisco Plá y Nicolás Herrera la camioneta detiene su marcha. Dos de las personas que viajan en ella cubren, presumiblemente, la retirada de otros miembros del MLN. Las Fuerzas Conjuntas bloquean la zona. Caen, alcanzados por numerosos disparos de metralletas, Norma Carmen Paggliano y Nicolás Groop Carbajal. Es herido un integrante de las Fuerzas Conjuntas.

Hora 13 — Las noticias de enfrentamientos entre tupamaros y policías corren como fuego sobre pólvora. Se anuncia, sin confirmación, que en uno de los tiroteos ha caído Raúl Sendic uno de los líderes del MLN, fugado de Punta Carretas. La noticia se desmentirá tan sólo al amanecer.

Hora 14 — Las Fuerzas Conjuntas rodean la manzana comprendida entre las calles Amazonas, Orinoco, Pilcomayo y Michigan. Se oyen numerosos disparos. En la finca de Amazonas 1440 mueren, alcanzados por nutrido fuego de ametralladoras, el escribano Luis Martirena Fabregat y su esposa Ivette Giménez de Martirena. Los hijos (menores) del matrimonio se encontraban en la escuela. Horas después, estando en el lugar el juez doctor Echeverría, se oye —desde el interior de un placar secreto— la voz de un hombre avisando que allí hay un herido. Localizado el lugar es detenido David Alberto Cámpora, contador, integrante del MLN fugado de Punta Carretas en setiembre del año pasado. El herido, Eleuterio Fernández Huidobro, es conducido por policías (y acompañado por el fiscal) hasta el Hospital Militar.

Hora 14 y 30 — Finaliza la reunión del Consejo de Ministros iniciada a las 11 y 30. Se anuncian mensajes a la Asamblea y que "los detenidos por subversión quedarán a disposición de las Fuerzas Conjuntas".

Hora 16 — Una patrulla de las Fuerzas Conjuntas pretende detener una camioneta "Indio". Sus integrantes se refugian en una finca de la calle Pérez Gomar. Se oyen numerosos disparos. La casa no presenta, después del episodio, disparos en el exterior. El comunicado 73 informa los hechos, señalando que del tiroteo ocurrido al refugiarse en esa casa quienes huían en una camioneta "Indio" resultan varios tupamaros muertos. Estos son identificados. Son Alberto Candán Grajales, Gabriel María Schroeder Orozco, Horacio Carlos Rovira Grieco y Armando Hugo Blanco Katras. Hay dos jóvenes más, heridos, y otros dos son detenidos.

Hora 16 y 30 — En Casa de Gobierno, el presidente Bordaberry recibe a personalidades políticas del tradicionalismo. Envía luego a la Asamblea un mensaje solicitando la declaración del estado de guerra interna y la suspensión de garantías. Solicita, además, que el sábado 15 de abril se declare duelo nacional por las muertes del ex-subsecretario del Interior, los funcionarios policiales y el capitán de corbeta. Se anuncia,

además, que por la noche el presidente hablará por cadena de radio y televisión.

Hora 17 y 30 — En Félix Laborde y Avellaneda es detenido el ingeniero Juan Almiratti, que transitaba por el lugar. Se presume que Almiratti —detenido el 17 de abril del año pasado y fugado tiempo después, luego de prestar declaración, en el Juzgado de Instrucción de la calle Maldonado— pudo ser una figura clave en la planificación de los espectaculares operativos que culminaron con fugas masivas de Punta Carretas.

Hora 19 y 36 — Comienza la reunión de la Asamblea General. El ministro del Interior, Alejandro Rovira, informa al cuerpo (al que concurren, además, todos los integrantes del gabinete) sobre los sucesos del día. La reunión se extenderá hasta la tarde del sábado 15.

Hora 21 — Luego del intermedio se anuncia en la Asamblea que las Fuerzas Conjuntas han allanado las sedes del Partido Comunista y del Movimiento "26 de Marzo". Esos hechos son severamente enjuiciados. Paralelamente trasciende —en los medios parlamentarios— que legisladores de distintos sectores han recibido documentos en los cuales el MLN individualiza a integrantes del "Escuadrón de la Muerte". Entre los nombrados figuran personas caídas durante la jornada.

SABADO 15

Hora 11 — Desde Casa de Gobierno son conducidos hasta el Cementerio Central los restos de los funcionarios caídos y del profesor Acosta y Lara. En nombre del Poder Ejecutivo habla el ministro doctor Julio María Sanguinetti.

Hora 15 y 30 — La Asamblea vota el estado de guerra interna y la suspensión de las garantías individuales, por 30 días.

DOMINGO 16

En la madrugada estallan bombas; son atacados con bazucas domicilios de personalidades de izquierda y el templo metodista de la calle Constituyente.

Hora 19 y 30 — Un mitin de desagravio frente al domicilio del doctor Juan José Crottogini finaliza con un ataque policial. Un herido de bala, mujeres y niños apaleados, gases lanzados contra la concurrencia, culminan la acción.

El mismo día la represión policial contra militantes del Frente Amplio ha sido intensa.

Además, las ediciones de "Clarín", "La Prensa" y "La Nación" son requisadas "por transgredir las disposiciones relativas al estado de guerra".

LUNES 17

Hora 1.30 — Trágicos sucesos frente a la sede del Partido Comunista en la seccional 20a. (Agraciada entre Raffo Arrosa y Valerín Gómez). El saldo: siete comunistas muertos, dos heridos, un oficial de las Fuerzas Conjuntas herido, dos detenidos. Los vecinos escuchan disparos de ametralladoras durante más de media hora.

Hora 10 — Comienzan sucesivas reuniones en Casa de Gobierno. El presidente se entrevista con ministros, integrantes de las Fuerzas Armadas y líderes políticos.

Hora 17 y 30 — El senado exige la presencia en sala del ministro de Defensa Nacional. El general Magnani concurre y lee el comunicado que informa sobre la tragedia. Los sectores se pronuncian con energía. La sesión termina —por falta de quórum— a las 0.34.

MARTES 18

Paro general. Han sido suspendidos —por decisión policial— los mitines programados por la CNT. El pueblo se vuela, en imponente demostración, al acto de homenaje a los siete comunistas ametrallados (Raúl Gancio Mora, Elman Milton Domingo Fernández, Ruben Claudio López Chensi, José Ramón Abreu, Ricardo Walter González Gómez, Justo Washington Sena Castro y Luis Alberto Mendiola Hernández). Una inmensa columna acompaña los restos de los mártires hasta el Cementerio del Norte.

Por la mañana, los Ministerios de Defensa e Interior anuncian radical censura de prensa.

MIERCOLES 19

Paro general en homenaje a los caídos.

Discurso del senador Zelmor Michelini en la Asamblea General el viernes 14 de abril de 1972

QUIENES EMPUJARON HACIA LA VIOLENCIA

SEÑOR MICHELINI: Este ha sido un día de gran tensión para todos, llevamos ya muchas horas de sesión en la Asamblea General, y es lógico que el cansancio nos vaya ganando y que el mismo vaya, de alguna manera, limitando la posibilidad de expresión de cada uno.

No es la primera vez, en los últimos años, que intervinimos en un debate de esta naturaleza. Tenemos experiencia —amarga por cierto— respecto de este artículo 31 y a la suspensión de las garantías individuales.

El 10 de agosto de 1970, en este mismo recinto, bajo un gobierno diferente y del cual éste no difiere y se proclama heredero, tuvimos un debate, por cierto espinoso, en el cual, con claridad, fijamos nuestra posición, dando nuestro voto negativo a la suspensión de garantías individuales solicitada por el Poder Ejecutivo. (...)

Yo creo que estas medidas de seguridad siempre se votan en las peores condiciones posibles, bajo tremenda presión, en un clima de angustia que vive la colectividad, bajo un sentimiento que, muchas veces, se torna enfermizo y bajo una pasión que, prácticamente, se transforma en un volcán e impide a hombres y mujeres discernir, claramente, dónde está la verdad.

Si esto alcanza a toda la colectividad, no puede ni debe llegar a nosotros. Nunca como en esta oportunidad, tenemos la obligación de mantener más sereno el ánimo, más frío el razonamiento, para no dejarnos ganar, precisamente, por ese clima de tensión y de angustia. (...)

Estos hechos no son nuevos. Alguien dijo que eran previsibles; y sí, lo eran. Desde 1968, cuando se adoptaron las primeras medidas prontas de seguridad, se estaban encadenando los hechos que nos iban a traer a esta situación.

Hay un sociólogo francés, Charles Morazier, que escribió "La lógica de la historia", en la que establece, con claridad, cómo los sucesos y las determinaciones que se adoptan en ciertas circunstancias, están obligando (sin que la historia pueda torcer los hechos y sin que haya voluntad humana que pueda desviarla) a que años después los hechos que se producen, sean la lógica, la inalterable consecuencia de aquella decisión que en algún momento se adoptó.

En 1968 se dictaron medidas prontas de seguridad. No se invocó en aquella oportunidad, ni la violencia en la calle, desatada por los tupamaros y por grupos guerrilleros, ni tampoco el deseo de un grupo de alzarse con el poder, derribando las instituciones.

A alguien le parece innecesario que nosotros establezcamos este recuerdo. Yo lo considero indispensable para poder, luego, ir poniendo eslabón con eslabón, lo que ha sido esta carrera de errores, de sufrimientos y de tremenda tristeza para toda la nación.

En 1968, se invocó, simplemente, la andanada de algunos estudiantes, para imponer las medidas prontas de seguridad. Se había quemado un ómnibus frente a la Universidad de la República, lo que impulsó, en junio de 1968, la adopción de las medidas extraordinarias.

Posteriormente, se adoptaron medidas de estabilización de precios y se hizo más dura la política económica impulsada por el Fondo Monetario Internacional. Los trabajadores salieron a protestar por lo que significaba una congelación de los salarios que significaba, en realidad, la congelación de la miseria. Las huelgas se trataron de impedir, los dirigentes sindicales fueron presos y los sindicatos allanados, vulnerada la autonomía de la universidad, maltratados en las cárceles y en los patios de la UTE, los trabajadores.

No habra tupamaros. Quien recuerde esos días, no va a registrar ninguna referencia, ni de parte de los legisladores ni de los señores ministros, a los tupamaros. Hubo, sí, respuestas colectivas e individuales de una sociedad que se sentía perseguida.

Lo advertimos en aquel momento desde las propias filas del Partido Colorado, en las reuniones que todavía realizaba la agrupación de gobierno, con una visión histórica que no hubiéramos querido tener respecto de todo lo que iba a pasar en el lento y trágico desarrollo de los sucesos. Vaticinamos la respuesta violenta de las minorías sacrificadas e idealistas que se iban a jugar el todo por el todo, contestando a la presión, a la arbitrariedad y a las armas, con éstas en la mano, no es cosa de niños.

Y aquella frase: "Me juego entero y doy la vida por esta causa", ya es realidad en el país; porque, mal o bien, en el acierto o en el error, nos merezca el juicio que nos merezca, de condena a unos y de apoyo a otros, lo cierto es que en la historia del país, a un gobierno prepotente y agresivo hubo quienes le salieron con armas en la mano para defenderse.

Demás está decir que no participamos nosotros de esa ideología. Elegimos el camino parlamentario, la concientización de las masas, la búsqueda de las grandes soluciones colectivas, quizás por modalidad propia o porque siempre fuimos hombres de paz; porque si algún reproche tenemos que hacernos al cabo de unos años es pagar, casi siempre, un precio excesivo por la paz. Aun estando en contra del gobierno

y votando el levantamiento de las medidas prontas de seguridad, no votando la suspensión de las garantías individuales y fundamentalmente a los hombres que están en el gobierno, queremos hacerles sentir, que los caminos que eligieron no son de paz sino de guerra. A la guerra desatada por otros y que ellos condenan, y aunque supuestamente tengan razón, ellos no proponen de ninguna manera las soluciones que puedan volver el país al carril de la normalidad, sino que día a día se suman razones reclamando mayores prerrogativas, no para la paz sino para imponer la guerra y para con ella establecer el vencedor único, que se pretende sea el gobierno.

En octubre de 1968 murieron dos estudiantes y, en esa oportunidad, le hicimos una interpelación al señor ministro del Interior de la época; léanla, señores ministros, léanla, señores legisladores.

Ahí está escrita prácticamente, la historia de los tres años posteriores. Sí, ahí está dicho todo lo que iba a pasar. Repito que nos arrepentimos de haber tenido esa idea, esa visión de los hechos históricos, porque le dijimos al ministro del Interior que no era manera de tratar los problemas del país; que la arrogancia, el orgullo, la prepotencia, el avasallamiento de las libertades iba a encontrar un pueblo que iba a dar una respuesta. En aquel momento, nadie habló de tupamaros.

Recorran las muchas páginas que trasuntan las horas de trabajo de aquel senado en dos o tres sesiones hasta que finalmente quedó sin número y nadie encontrará una sola referencia por parte del ministro del Interior de que fuesen los tupamaros los que estaban desencadenando esta situación en el país. Hay sí una crítica a la Universidad de la República. Acorralado por los argumentos de la oposición, el ministro del Interior se propone, en nombre del Poder Ejecutivo, establecer un culpable y centra sus fuegos contra la Universidad de la República, acusando a las autoridades universitarias y a los estudiantes de propender a ese clima. Establece, además, que son ideas foráneas y directivas extranjeras las que están impartiendo soluciones que buscan minar la paz del estado.

De ahí en adelante, todo se precipitó. De ahí en adelante, la violencia empezó a ganar y el Poder Ejecutivo insistió reiteradamente en todos aquellos procedimientos que le habíamos señalado que era imposible que llevasen a la pacificación del país. Esto conviene recordarlo, además, cuando a alguno de esos grupos se les acusa de traición.

No vengo aquí a defender a nadie más que a la colectividad que integro, que es el Frente Amplio, a mi sector político, la Lista 99 (ya con muchos años de tradición en el país) y lo que son mis actitudes personales; pero sí vengo a tratar de que muchos hombres que tienen responsabilidad en este gobierno piensen y para ello me siento en la obligación de leer dos páginas del doctor Horacio Cassinelli Muñoz contestando a la consulta formulada por la comisión sobre la ley de seguridad del estado y orden público, con referencia a lo que entiendo por traición.

Dice así: "Nuestro sistema constitucional distingue —recogiendo una distinción insita en el significado natural de las palabras— entre traición o conspiración contra la patria (artículo 31) y atentado contra la constitución (artículo 330). La patria es el país, es un bien jurídico más permanente que la constitución o que la forma de gobierno. Los franceses borbónicos, bonapartistas, republicanos, partidarios de una reforma constitucional legítima o de un golpe de estado o de una revolución, pueden ser igualmente patriotas. La época en que se identificaba la traición al gobierno con la traición a la patria, terminó cuando se advirtió que era posible cambiar el titular de la soberanía sin menoscabar la integridad de la patria ni someterla a una potencia extranjera. El rey dejó de ser en Francia titular de la soberanía, que pasó a la nación; pero la revolución no traicionó a la patria francesa. Aunque, como era previsible, los realistas acusaron a los revolucionarios de traidores. En la constitución uruguaya, el titular de la soberanía es la nación (artículo 4), entidad que tiene en Uruguay carácter jurídico positivo y no meramente sociológico pues expresa su voluntad del modo que establece la propia constitución (artículo 4 y 82). La nación en ejercicio de su soberanía, ha adoptado la forma republicana democrática de gobierno (artículo 82), ha reconocido la existencia de derechos inherentes a la personalidad humana (artículo 72), y ha dictado una constitución reservándose la ratificación de todo acto de reforma constitucional mediante la intervención directa del cuerpo electoral, órgano de la nación (artículo 331). Es lógico, pues, que el atentado o la prestación de medios para atentar contra la constitución sea considerado como delito de lesa nación (artículo 330), desde que la constitución es expresión jurídica de la voluntad del soberano, esto es, de la nación. Ahora bien; así como un alzamiento tendiente a sustituir la titularidad de la soberanía instaurando un régimen monárquico no sería traición a la patria sino atentado contra la constitución o contra la nación, con más razón un alzamiento tendiente a cambiar por medios ilegítimos la constitución (aunque conservara la titularidad de la soberanía) en la nación tampoco sería equiparable constitucionalmente a una traición o conspiración contra la patria y sí sólo a un atentado contra la constitución o delito de lesa nación. En suma: desde el punto de vista de mi especialidad, cabe señalar que el delito de atentado contra la constitución no debe figurar entre los delitos contra la patria, debiendo colocarse en cambio bajo el rubro de delitos contra la nación, reglamentándose el artículo 330 de la constitución y extrayéndose del artículo 132 del Código Penal su ordinal 60. En cuanto a los demás aspectos de las modificaciones proyectadas para este delito, me remito a las opiniones de los penalistas."

¿Por qué cito aquí esta opinión? Porque no sólo interesan los hechos objetivos que un gobierno realiza en función de determinadas acciones, sino que interesan, además, las connotaciones o nominaciones que se hacen a los posibles contendores de esa emergencia.

Empezó a circular por parte del gobierno de la república y de quienes le eran adictos, la acusación de delito de traición, cuando podían haber otros delitos, pero no, de ninguna manera, éste. Se pretendió, entonces, dividir al país entre



patriotas de un lado y traidores del otro; se radicalizó a la nación por parte del gobierno de la república. La historia de los bien nacidos en oposición a los mal nacidos, y la de la gente que quería al Uruguay en contra de la que no quería a su patria, también es muy reciente como para que no la recordemos, pero estaba dando la pauta del espíritu que animaba al Poder Ejecutivo, que era crear, en función de un régimen clasista una división en el país, y eso tenía que merecer, naturalmente, por parte de la población, una respuesta.

Después de 1968, cuando murieron esos dos estudiantes, a lo largo de los días posteriores, el gobierno avasalló la Constitución de la República; utilizó los medios que ésta le daba y que le prohibía terminantemente, en la forma que le pareció; allanó; detuvo; no hizo caso a la justicia, peleó con ella y con el parlamento. El parlamento levantó las medidas prontas de seguridad y el Poder Ejecutivo las volvió a adoptar; hizo caso omiso permanentemente, incluso, de lo que le dijo la Comisión Permanente. Burló constantemente los derechos constitucionales y lo hizo recurriendo a todos los medios publicitarios a los efectos de imponer la división en el país entre patriotas y traidores.

¿Qué sorpresa se puede tener, cuando al cabo de los años, se recoge lo que se sembró? ¿Qué sorpresa puede tener el gobierno de la república o quienes lo atendieron, lo sirvieron y respaldaron, si crearon esta necesidad de expresarse, por parte de todos, de alguna manera, aunque fuese distinta, en su contra?

Recordamos perfectamente el proceso electoral. Cuando se invoca tantas veces la hermandad de los partidos tradicionales, les digo a ustedes colorados que aquí los blancos les acusaron del fraude más grande que la historia conoció; que aquí los blancos por resolución de su directorio, declararon persona no grata creo que al señor ministro Sena, cuando éste los avasalló. Los blancos sostuvieron que el escrutinio de las elecciones había sido el fraude más grande que la historia de la república había conocido. Pero todos siguen invocando a los partidos tradicionales como si se pudiese pasar tan simplemente por esas acusaciones; unos, sacudiéndose encima como si nada fuese y los otros, olvidándolos hoy cuando las hicieron posibles ayer. (...)

Pero, cuando se invoca que de un lado están los partidos tradicionales, como hace el presidente de la república y del otro, el resto del país, tupamaros, guerrilleros, sediciosos y Frente Amplio incluido, en el más claro desprecio político que la historia del país haya conocido efectuada por un presidente de la república, que debería nombrarse a sí mismo como presidente de los orientales y que no lo ha hecho desde el mismo día en que ganó las elecciones, escarnio y agravio del Frente Amplio, que representa una colectividad de 300 mil hombres y 300 mil votos muy particulares, porque no son callados, silenciosos ni pasivos, sino que son militantes, con un entusiasmo y con un fervor que no lo tienen seguramente, ni los 400, ni los 500 o 600 mil y tantos votos del Partido Colorado, con una juventud, atrás, ganada para la lucha cívica, para la lucha electoral, para los carriles que entendió eran los legítimos para llegar a obtener el poder.

El presidente de la república, heredero del señor Pacheco Areco, nominado a dedo por él, de una forma pocas veces conocida en la historia del país, ni bien se sintió tal, bastó para que se olvidase que era presidente de los orientales, para querer ser presidente de las dos colectividades tradicionales. Así lo declaró cuando se le preguntó si podía hablar con los hombres del Frente Amplio, no obstante sentarse en estas bancas todos los hombres con tradición en el país, no habiendo ningún advenedizo ni recién llegado.

Son hombres tan patriotas, tan uruguayos, tan nacionalistas, y sobre todo tan latinoamericanos como el que más.

Y el señor presidente de la república los despreció a todos y dijo que con el Frente Amplio no hablaría nunca. En la tarde de hoy, invitados, frente a lo que entendía que era una conmoción de carácter nacional, desfilaron todos los hombres de los partidos tradicionales. Sólo un partido político estuvo ausente, que representa el veinte por ciento del electorado del país. Me refiero a los hombres del Frente Amplio. ¡No me duele, ni protesto, ni me quejo! Pero yo les digo a ellos y a la colectividad política que los respalda, que no se lamenten mañana, cuando pretendan invocar determinadas actitudes patrióticas, cuando la guerra, desde el punto de vista político, la desató quien ignoró, quien hizo agravio de una colectividad política que en las urnas, con inmenso esfuerzo y con tremendas dificultades, perseguidos siempre a lo largo de todo el país, teniendo que soportar una de las campañas de calumnias más grandes que hubo en la república, desde aquellos que decían que si ganaba el Frente les iban a llevar a sus familias, los hijos, para Rusia, Argelia, Chile o Cuba; y hasta lo otro, que prácticamente no se les iba a pagar ni a los pasivos ni a los jubilados la retribución correspondiente.

Hoy aquí estamos sentados y a nadie le puede extrañar que nosotros tengamos una política militante en contra del gobierno de la república, no porque la queramos ni porque la deseemos, sino porque responde a nuestras convicciones, pero, más acá o más allá de ellas, porque en el juego político del país, así lo ha deseado el presidente de la república, estableciendo quiénes podrían ser aquellos a quienes él consideraba patriotas, y quiénes por el contrario, eran los traidores. (...)

(Interrupciones de los legisladores Hierro y Bruschera.)
SEÑOR MICHELINI: No quiero apartarme, en la noche de hoy, del tema que estamos tratando, por la propia situación que vive el país. (...)

Quiero decir que llegamos a las elecciones a través de todo ese largo período de sufrimiento, donde se acabó la estabilidad, con persecuciones políticas y sindicales. Cuando se habla de violencia, se pone el énfasis, exclusivamente, en la lucha armada. Yo digo que hay muchas clases de violencia: rebajar el salario de los trabajadores, despedirlos, hacer circular listas negras, todo eso es violencia. Hay muchísimas familias que han quedado condenadas a la miseria y tenido que emigrar del país porque sus componentes fueron despedidos de UTE, de OSE, de ANCAP o de los bancos. Estas personas, a pesar de que han pasado años, no han sido repuestas en sus cargos. Se buscaron, por todos los medios, medidas pacificadoras, mediante leyes de amnistía, y tropezaron, permanentemente, con el rigor del gobierno. El Poder Ejecutivo aplicó, siempre, la ley del vencedor. No tuvo en cuenta, ni siquiera, la lección histórica del año 55 de nuestros hermanos del Plata.

Si cito esto es porque creo que viene muy bien esta noche, cuando se están considerando estos hechos y votando estas medidas.

En 1955 cayó Perón. Hubo una revolución libertadora. Leonardi primero levantó la bandera de ni vencedores ni vencidos. Y fue desalojado por Aramburu. Sé que el juicio histórico, al pasar de los años, viene siendo favorable a Perón, pero éste no es el tema de esta noche. Lo que también sé es que la destrucción de aquel lema de ni vencedores ni vencidos —que fue destruido por Aramburu y por Rojas, con el apoyo de muchas colectividades políticas—, le causó a la Argentina, y le sigue causando, estos 17 años de sufrimiento, de horror, de violencia, que no se sabe dónde van a terminar.

Ahora, cuando el gobierno viene a pedir mayores posibilidades —yo digo que las tiene todas—, cuando viene a pedir el visto bueno, la complicidad (mejor vamos a sacar la palabra complicidad, porque puede herir algunas susceptibilidades) o la anuencia de la Asamblea General para implantar estas me-

didadas extraordinarias no lo hace con el ánimo de lograr la paz.

El Poder Ejecutivo no levanta la bandera de ni vencedores ni vencidos entre orientales. Declarar el estado de guerra supone que siempre existe la posibilidad de lograr la paz, porque la guerra termina únicamente de dos maneras: o con el enemigo arrodillado pidiendo clemencia o con el país entregado y el gobierno de rodillas, porque la tercera posibilidad, que es la de la paz concertada, esa de ninguna manera la tenemos porque no la entiende este gobierno tampoco como no lo entendió el anterior.

Digo que cuando llegamos a las elecciones hubo aquí un grupo político que levantó la bandera de la amnistía. La proclamamos con énfasis en todas las tribunas del país. Eramos conscientes de que aquellas palabras que habíamos pronunciado en noviembre del '68, de que la violencia engendra la violencia y que el gobierno empezaba a recorrer un camino que no se sabía dónde iba a terminar, se había hecho realidad. Como única manera de lograr la pacificación entre los orientales, para que las familias no estuviesen divididas, para que la sociedad no estuviese separada por un corte de cuchillo tajante, para que no hubiese dos trincheras permanentemente opositoras —porque ya va siendo imposible quedarse neutral y ésta es otra lección que van dando los sucesos de hoy en el país y la neutralidad le va siendo absolutamente imposible a todos—, levantamos la bandera de la amnistía.

Recibimos muchas críticas por eso, algunas razonables en cuanto atacaban el fondo del asunto, sobre la posibilidad de implantar una ley de esta naturaleza, esgrimiendo argumentos de carácter jurídico-legal o hablando, también de la conveniencia o no de levantar esa bandera, así como muchos otros argumentos levantados desde todas las tiendas indiscriminadamente, profundamente desleales.

Dijimos, entonces: promoveremos la sanción de una ley de amnistía para lograr la libertad de todos los presos políticos, que permita reintegrar a la convivencia política legal a todos los sectores de la sociedad; restituiremos la plena vigencia al derecho de asilo político. Sentíamos que el país estaba enfermo, más allá de los que estaban detenidos. Recordando con dolor las muertes, digo que siempre murió pueblo. Murieron tupamaros y policías, y siempre fue pueblo. Murió gente sacrificada y pobre, gente muy idealista y algunos que, muchas veces, poco tenían que ver con los sucesos del país; pero es que éste estaba enfermo, la nación estaba enferma. Había que tratar de lograr los medios para salvarlo y al país le pasó lo peor que podía sucederle, que era el triunfo del señor Bordaberry, porque esa victoria no daba esperanzas a nadie. Incluso, el triunfo del señor Jorge Batlle o del doctor Vasconcellos abría caminos y posibilidades de entendimiento entre los orientales, en cuanto ellos no estaban tan comprometidos con una política tan radical como la que había sostenido el señor Pacheco Areco y que había llevado, permanentemente, en aras de una victoria que cada día se le iba esfumando de las manos.

Ni qué decir de los candidatos del Partido Nacional, sobre todo —lo digo sin que me duelan prendas— del señor Ferreira Aldunate, que levantó una gran esperanza.

El Frente Amplio, que no podía ganar, que demasiado hizo con las inmensas dificultades que tuvo, para llevar esos trescientos y tantos mil votos, comprendió la realidad política de la hora y levantó la ley de amnistía.

Nosotros explicábamos que en Venezuela, muchos años antes, golpeado el país por una guerrilla rural y urbana de tremendas consecuencias, sacudido todo por una violencia desatada, donde se jugaban la vida exponiendo mucho más que lo que se jugaba y exponía en el Uruguay, Caldera, de la Democracia Cristiana, del COPEI, obtuvo su triunfo levantando la bandera de la ley de amnistía y la hizo posible luego, logrando para Venezuela muchos meses de paz. La gran mayoría de los guerrilleros entregó las armas, se reintegró a la sociedad, y, posteriormente, si algún brote nuevo ha habido en Venezuela ha sido por causas distintas, reconociendo además a otros contendores que no fueron aquellos que estuvieron luchando anteriormente.

La única manera, antes o después de las elecciones, de buscar un acercamiento entre los uruguayos, estaba en la ley de amnistía. Claro que había que tener generosidad para eso, grandeza de espíritu y una gran fortaleza para imponerse a aquellos recalitrantes que al lado del gobierno estaban reclamando soluciones mucho más duras.

Cuando observo que en el día de ayer o de antes de ayer se pasó un artículo sobre Sallustro al fiscal de gobierno, no puedo olvidar que hay algunas publicaciones que han reclamado, con grandes titulares y los sueltos correspondientes: "Fuerzas Armadas, ahoa", insistiendo en la toma del poder, por esas Fuerzas Armadas, incitando al golpe de estado y a la violación de la constitución, sin que nada les haya sucedido a esas publicaciones que, en última instancia, están apoyando al gobierno y a los elementos que lo respaldan.

El gobierno del señor Bordaberry está comprometido con el señor Pacheco Areco, no sólo por las declaraciones preelectorales que lo hacen prisionero de sus afirmaciones, al proclamar con énfasis ante cronistas extranjeros, en una conferencia de prensa, que no se podía hablar de su candidatura, porque la que se jugaba era la del señor Pacheco Areco, que él no era candidato y que deseaba el triunfo del señor Pacheco Areco,

si no además porque con posterioridad al acto electoral, en las primeras declaraciones que formuló al diario "Clarín", se manifestó primero, agradecido a quienes habían hecho posible con su gestión el triunfo del Partido Colorado y su elección; en segundo término, se declaró admirador del gobierno del Brasil; y, en tercer término, habló, incluso, de que antes de llevar a sus hijos a la iglesia iba a oír los sermones que se daban. (...)

Esto no lo digo contra el señor Bordaberry, contra cuya persona no tengo nada. Hace ya tiempo que no me interesan las personas. Las que me interesan son las actitudes políticas, que son las que las definen.

El país vio con sorpresa que el presidente de los orienta-



les, que podía haber establecido un ánimo de esperanza, abriendo los brazos y diciendo: ahora que soy presidente de la república, trataré de gobernar sin odios, olvidemos el pasado, soy leal con el presidente que hizo posible mi triunfo, pero ahora la responsabilidad es mía, lo primero que hizo fue ratificar su plena admiración por aquel hombre y por el régimen extranjero como el de Brasil, quebrando la norma de equidistancia entre la República Argentina y el Brasil, admirando la economía de éste, olvidando, con ignorancia que no se puede perdonar a un gobernante y mucho menos a un presidente de la república, el desarrollo artificial, ficticio, empujado desde afuera por Estados Unidos, que hace —perdónese esta digresión— que aumente su rendimiento per cápita sólo porque éste alcanza a muy pocos, mientras Brasil sigue siendo uno de los países de Latinoamérica que registra el más alto grado de analfabetismo y de insalubridad, y en el que se pagan los jornales más bajos dentro de los países de Latinoamérica.

Esto es una definición por parte del gobierno. Sabemos que posteriormente se trató de establecer —como dice el señor legislador Hierro Gambardella— con sensibilidad democrática, cierta equidad, retornando a un estilo que siempre se ha impulsado. Pero, los primeros actos del señor Bordaberry desmintieron todo eso, porque desde el punto de vista económico, el paro popular de hace 48 horas fue una respuesta a una política de gobierno clasista, que condenó a los que poco tenían, a seguir teniendo mucho menos, impulsando al país a una retracción tremenda. Basta saber que en este momento podrá estar contento algún gran invernador, pero el resto del país, todos absolutamente —se lo han dicho al señor ministro de Ganadería y Agricultura, en la cara, todos los productores rurales y agropecuarios—, están descontentos. Lo están los industriales y los comerciantes, y qué decir del asalariado —sea trabajador privado o público— y de la situación en que se le ha colocado.

Este es también un hecho a sumar cuando hacemos la evaluación total de la situación actual, porque no pretendo, en modo alguno, que los hechos de violencia tengan como única condicionante o determinante esta suma, esta política de gobierno.

Lo que sí, digo, señor presidente, es que para una inmensa parte de la población no cambió absolutamente nada.

Recordamos que el gobierno anterior, desde el punto de vista económico, fue tremendamente nefasto para la república, porque nunca llegó a tal grado del endeudamiento externo. Nunca dependimos tanto del extranjero como en este gobierno. Además, nunca bajó tanto el estándar de vida de la población media y baja, como entonces. Vemos, entonces, que el juego del señor Pacheco Areco le rindió sus frutos; la gente olvidó el problema económico que se había desatado sobre todas las clases sociales, para atender exclusivamente los temas de la violencia. No era sólo, entonces, el intento de aceptar o afirmar un sentido de paz que él tenía, sino, además, un juego electoral muy pequeño y muy inferior cuando se estaba jugando con los destinos de la nación.

La contraposición, violencia u orden, patria o traidores, se hizo jugar de tal manera, que rindió sus frutos electorales.

Este gobierno va por la misma línea, pero lo que hace es enviar una ley de seguridad. ¿Es que acaso quiere volverse atrás en materia de medidas prontas de seguridad? No; el gobierno ha utilizado todos los medios, y pregunto, aquí, con honestidad, ¿qué se vienen a reclamar en la noche de hoy me-

didadas extraordinarias, o suspensión de garantías, cuando en la tarde de hoy arrasaron con el local central del Partido Comunista y con el local central, también, del Movimiento 26 de Marzo, agrupación política del Frente Amplio? ¿A quién le pidieron permiso para allanar? ¿Qué derecho respetaron? ¿Qué garantías individuales o colectivas de la Constitución de la República estuvieron guardadas? ¿Qué necesidad tienen de venir a pedir aquí garantías extraordinarias para que el ejército entre, cuando ya entró como quiso, avasallando, por orden del Poder Ejecutivo, que es el responsable directo de esto? Si las medidas las tienen aquí, si las utilizan, ¿por qué entonces esta farsa, como el 10 de agosto del '70, de venir a reclamar medidas, cuando en el mismo momento en que el Poder Legislativo las está considerando arrasan con ellas? ¿O es que no saben, acaso, que en el Partido Comunista hay justamente una tradición, dentro del Frente Amplio, al servicio de procedimientos distintos de aquellos que dice combatir el gobierno? (...)

El Frente Amplio tiene su programa, léanlo; no es marxista —lo he dicho repetidas veces—, sino que es nacionalista, antioligárquico, antimperialista, que puede ser suscrito por fuerzas de distintas tendencias. Convendría que se repartiera y se leyera, porque la verdad de las cosas es que a esta altura de los hechos, que en el país se diga que el Frente Amplio tiene tendencia o filosofía marxista, es completamente equivocado. Pero no interesa calificar la definición política del señor presidente de la república. El dijo: marxistas a un lado y no marxistas al otro; dijo: bien inspirados patriotas o colectividades democráticas a un lado, y al otro, los contrarios; volvió a incurrir en el mismo error en que incurrió el señor Pacheco, y así está dividido el país. La frase "los bien nacidos", no la inventamos nosotros. La inventaron otros hombres y la dijeron repetidas veces, incluso el propio señor presidente de la república en sus alocuciones.

Expreso que si se quería realmente pacificar el país, si lo que se estaba buscando era recorrer el camino que permitiese la integración de todos, incluso de aquellos que estaban por el camino de la violencia, lo que no podía hacerse, de ninguna manera, era agraviar a la colectividad política que había hecho, desde el punto de vista político, en el país, un esfuerzo inmenso que no han reconocido, por lo que no han sido justos, porque fueron hombres que se han levantado para volcar en la vida política de la nación y en las elecciones, a una fuerza muy grande e importante, porque hubo más de 300 mil votos, así como 70 u 80 mil jóvenes que no votaron, pero que están ahí. Nadie puede ignorar y nadie puede estar ciego en este país, que hay una inmensa masa de juventud, que está rodeando al Frente Amplio, que cree que los caminos de la recuperación nacional vendrán, exclusivamente, por sus posibilidades.

A continuación voy a detenerme, brevemente, en dos cosas. (...)

Hay un algo que se ha olvidado, que es importante, porque es un elemento que ha contribuido a la formación de este clima de violencia, y que tiene que ver con los institutos parapoliciales, denunciados, repetidas veces, que han intervenido, seguramente, en muchos hechos que nunca fueron esclarecidos. Los cito rápidamente. La desaparición de Castagnetto —hoy se confirmó su muerte—, la desaparición de Ayala, el asesinato de Ramos Filippini y el asesinato de Ibero Gutiérrez.

Además, las amenazas, las extorsiones. Esto funcionaba. Nosotros denunciábamos, dimos nombres propios de comisarios, que ahora no los vamos a repetir porque figuran en la versión taquigráfica. Pensamos que los señores ministros los iban a recoger, que iban a tener curiosidad para saber qué era lo que se denominaba "el escuadrón de la muerte". Creíamos que iban a tener interés en averiguar, por lo menos, las actividades de los comisarios, que nosotros habíamos citado, exponiéndonos, naturalmente, a lo que es la represión por parte de la policía, no nuestra persona, sino nuestro grupo, nuestra colectividad política. Sin embargo, con respecto a esto, hubo un silencio permanente por parte del Poder Ejecutivo. Parecería como que habláramos un idioma diferente o una lengua que no se comprendía. Este fue un factor que también contribuyó a la violencia. No sólo el instituto parapolicial en sí, sino, además, la actitud del Poder Ejecutivo con respecto a la no investigación de los hechos denunciados.

Otra precisión más y ya no retomo el hilo de mi discurso porque las interrupciones prácticamente me lo han desfilado.

En la noche de hoy la Asamblea General ha trabajado, no dentro de sala sino en el ambulatorio, con un fantasma que se ha movido permanentemente, y es el de las Fuerzas Armadas exigiendo que se voten determinadas medidas porque de otra forma quién sabe lo que puede pasar.

SEÑOR ERRO: Apoyado. Eso es lo grave.

SEÑOR MICHELINI: En el ambulatorio se producen conversaciones entre los distintos legisladores, limpiamente, contando o narrando hechos o dando impresiones. Ningún legislador incurre en la debilidad de identificar a quien le informa. Sin duda, la vida del ambulatorio es una parte importante del parlamento. Muchos problemas se concretan en ese ámbito. Hay, además, una regla establecida —más allá de las discrepancias políticas que puedan existir— de no hacer identificaciones.

Lo que yo digo, señor presidente, es que en el ambulatorio ha estado permanentemente, el fantasma de las Fuerzas Armadas. Se ha dicho que si no se hacía tal cosa las Fuerzas Armadas adoptarían tal actitud. En definitiva, ha existido el fantasma y el "cuco" del golpe de estado.

Todo esto, señor presidente, lo rechazo completamente. Cada cual, en el país, tiene que cargar con su responsabilidad. Los gobiernos que son tolerantes con los planteos militares terminan siendo sus prisioneros; los gobiernos débiles frente a las exigencias militares —América Latina está llena de ejemplos— terminan sumiendo al país en situaciones mucho peores de las que pretendían.

Por lo tanto, espero las palabras terminantes de los señores ministros, en el sentido de que el Poder Ejecutivo no va a

hacer jugar eso que se ha dicho. Sin embargo, nosotros sabemos que los planteos existieron y, sobre todo, de parte de la marina, a los efectos de obtener determinadas leyes, y que el estado de guerra esta monstruosidad inconstitucional que se va a aprobar hoy —admito que se aplique el artículo 31 suspendiendo las garantías, porque está dentro del juego de la Constitución de la República— con todas las consecuencias que puede acarrear, no debería ser votado favorablemente por la Asamblea General. Desgraciadamente, una de las razones que se ha esgrimido es la supuesta presión de las Fuerzas Armadas para obtener que se apruebe este proyecto.

Con respecto de esto, pueden suceder dos cosas: o que no sea cierto y por consiguiente, el argumento se hace jugar frente a los legisladores y a los partidos políticos como un elemento de presión para decidirlos y hacer que entre dos males elijan el menor, que el Poder Ejecutivo sea el que disponga y no que las Fuerzas Armadas se alcen con el gobierno de la república; o el hecho es cierto y hubo exigencias por parte de las Fuerzas Armadas para que se aprobase una determinada cosa, y esto es tan grave como lo otro porque supone entrar en un camino del cual no se retorna jamás.

Siento la obligación de denunciar esto públicamente. Cada cual sabrá las aclaraciones que tiene que hacer y las explicaciones que tiene que dar. Pero aclaro que esto lo he recogido no de una boca sino de muchas, que han sido muchos los legisladores que me han expresado su preocupación al respecto. Yo lo traigo aquí, guardando, naturalmente, el secreto al que me obliga esa regla no escrita de la vida parlamentaria.

SEÑOR MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL: ¿Me permite, señor legislador?

SEÑOR MICHELINI: Con mucho gusto.

SEÑOR MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL: El señor legislador Minchelini ha mencionado que las Fuerzas Armadas han ejercido una determinada presión. No sé a qué cuerpos o a qué ambientes se refiere cuando habla de presión.

En consecuencia, me veo en la obligación de decirle al señor senador Michelini que sus afirmaciones son falsas, que las Fuerzas Armadas no han ejercido ninguna presión con el fin de que salga la ley de seguridad de estado. Eso se pretendió establecer los otros días cuando se dijo que la junta de comandantes en jefe había llamado a su seno a legisladores, cosa absolutamente errónea.

SEÑOR MICHELINI: No es que acepte o deje de aceptar lo que denuncié. El señor ministro de Defensa Nacional no escuchó cuando yo hablé. Yo no dije que sostenía y afirmaba que había existido presión. Expresé que en el ambulatorio, legisladores responsables me hicieron llegar esa versión. Entonces, cabían dos hipótesis. Una de ellas, la acaba de descartar el señor ministro.

Reitero, señor presidente, que yo no afirmé absolutamente nada; lo único que hice fue trasladar una información muy delicada que se me había dado y la interpreté estableciendo dos hipótesis: o bien es cierta y entonces, es un hecho grave; o no lo es y se hizo jugar como elemento de presión sobre determinados legisladores y grupos políticos.

SEÑOR AMOROS: Puede ser.

SEÑOR MICHELINI: El señor legislador Amorós dice que puede ser. El señor ministro de Defensa Nacional descarta una posibilidad —la que puede conocer— y me alegro que sea justamente esa, porque es muy peligrosa. En cuanto a la otra, ante el descarte que hace el señor ministro, los legisladores que hablaron conmigo sabrán a qué atenerse respecto de las informaciones que, en forma oficial, les proporcionaron personalidades determinadas (...)

Decíamos que desembocábamos en estos hechos de ayer, en esta violencia que se ha vivido durante todo el día, y, por supuesto, deploramos tanto las muertes de la mañana como las de la tarde y el clima general que vive el país. A su vez, afirmamos una cosa bien clara para que nadie se pueda llamar a engaño. Esos, no son nuestros métodos. Los métodos que preconiza el Frente Amplio son perfectamente conocidos, estamos insertos en la vida política del país recorreremos el camino de la concientización de masas, aspiramos a llegar al poder mediante ese método, y todos nuestros actos tienden, fundamentalmente, a la concentración de grandes multitudes a los efectos de tratar de defender nuestro ideario y nuestras posiciones.

Así recorrimos la vía electoral, y así estamos recorriendo la vía política que no excluye, por supuesto, ninguna contingencia.

Pero, de ahí a afirmar nuestra posición y los caminos que el Frente Amplio recorre perfectamente delimitados, precisos y, además, escritos y de los cuales el país tiene plena conciencia: de ahí a juzgar el problema de la violencia con esa infantilidad con que lo hacen muchos, con que se trata siempre de dividir a la nación, en buenos y malos, en patriotas y traidores, agrupando de un lado a unos y del otro a los demás, en esas invocaciones plañideras que hacía antes el ex-presidente de la república y que repite ahora el actual, negándose a examinar las causas exactas del problema, le decimos que nosotros no vamos a entrar en ese juego. Por el contrario, creemos que la violencia que se desató en el país, tiene razones, causas, explicaciones y culpables y, como lo dijimos antes, expresamos hoy sin que nos tiemble en modo alguno la voz, que el gran culpable de todo esto es el gobierno que no comprendió antes, y que no comprende ahora.

Votarle al Poder Ejecutivo estas medidas extraordinarias que ahora reclama y que una de ellas no tiene precedentes en el país, como que se trata, nada menos que de la declaración del estado de guerra sobre la que no existe jurisprudencia y sobre la que no hay, en modo alguno, desde el punto de vista legal, delimitaciones de su alcance, y sobre la cual la mayoría de los tratadistas —esto no es para echarlo en saco roto— que no pertenecen, por cierto, todos, al Frente Amplio, sino que hay de otras tendencias políticas, pero que, en última instancia, pienso que los guía el bien supremo de la república, insisten en decir que es inconstitucional entraña, además, peligros

a que puede llegarse porque, prácticamente, no hay vigente ninguna garantía ni derecho y lo único que va a quedar es la posibilidad de protesta dentro del parlamento, cosa que sabemos tiene un efecto muy reducido en cuanto no funcionen otros órganos.

Además, la división de poderes desaparece porque el Poder Judicial es sustituido. También pueden ser sustituidas las intendencias, y en el país no va a haber libertad de prensa porque las medidas prontas de seguridad que se habían levantado con fecha 30 de abril, ahora pasarán a la historia y la ley de seguridad del estado ya no interesará con la premura de antes. Todos estos caminos en aras ¿de qué? ¿De lograr la paz? ¿Es que aquí alguien ha levantado su voz para expresar que este proyecto que el Poder Ejecutivo nos envía, es a los efectos de pacificar el país? Nadie lo ha expresado y, por el contrario lo que se ha dicho es que se requieren más medidas para terminar para aplastar y para estar el Poder Ejecutivo en condiciones de responder a la violencia sin preocuparse de cuáles fueron sus causas, sin examinarlas, y sin tratar de erradicarlas definitivamente.

A un Poder Ejecutivo que no retenemos confianza no le vamos a dar absolutamente nada. Esto que quede bien claro. Nosotros, a este Poder Ejecutivo y al presidente de la república no le tenemos confianza en la aplicación de estas medidas y, además, decimos que no las necesitan porque en la tarde de ayer —esta afirmación la reitero por centésima vez— sin medidas extraordinarias de clase alguna, sin jurisdicción militar, sin que estuviese declarado el estado de guerra y sin que fuesen suspendidas las garantías, el Poder Ejecutivo ordenó a las Fuerzas Conjuntas que entrasen a donde quisiesen y así fue como lo hicieron en la sede del Partido Comunista y del Movimiento 26 de Marzo.

En estos días en el país va a haber un baño de sangre. Nadie se llame a engaño porque esto ya lo dijimos hace bastante tiempo y, posteriormente, lamentablemente, los hechos nos dieron la razón. Este no es camino de pacificación de diálogo ni de entendimiento, sino que es el de aplastar y el de metralla en mano. La tienen quienes creyeron que esa podía ser la solución, y las usa el gobierno ahora, para imponer una determinada solución contra los que tienen, como se ha visto a lo largo de estos tres años de medidas prontas de seguridad, que fueron utilizadas, en algunos casos, para reprimir la violencia y para luchar contra los tupamaros y en muchas otras ocasiones fueron utilizadas para terminar con los sindicatos, para asaltar la universidad, para condenar al hambre a grandes masas de la población, para perseguir dirigentes sindicales, para apalear hombres y mujeres y para hacer absolutamente todo aquello que el legislador no deseaba que el Poder Ejecutivo estuviese realizando.

El 10 de agosto de 1970, en una Asamblea General mucho más tumultuosa que ésta, cuando debió interrumpirse la sesión en función de las afirmaciones que realizábamos, cuando eran muchos más los que votaban en contra de la suspensión de las garantías, cuando el país había declarado duelo nacional por la muerte de Dan Mitrión, votación en la cual muchos se habrán arrepentido con el tiempo por haber hecho que todo el país paralizase su labor, decretándose duelo nacional por un extranjero que, posteriormente, se comprobó que era un enviado de la CIA, que había venido especialmente a preparar a las fuerzas policiales en la lucha antiestudiantil, y no en la represiva, y que fue quien orquestó el asesinato de los dos estudiantes frente a la universidad, en aquel octubre de 1968, expresé que bajo una tremenda presión y con un gran disgusto colectivo, íbamos a votar en contra. (...)

Termino mis palabras expresando lo que dije en 1970: "Ojalá, señor presidente, que no haya más muertes, ni más secuestros, y que el país se pacifique para siempre".

Agrego ahora, 20 meses después, con más énfasis, porque las cosas se van enredando de tal manera, que cada día es más difícil encontrar la solución.

Ojalá sí que no haya más muertos, que no haya más sangres y enfrentamientos. A lo largo de toda nuestra vida política —y militamos por primera vez en el Partido Batllista cuando teníamos 16 años y en la lucha gremial antes, cuando integramos la Asociación de Estudiantes del Liceo Rodó— hemos tenido una sola conducta que fue la de buscar fundamentalmente soluciones de integración para todos los hombres.

Ojalá, digo yo, que no haya más muertes ni más secuestros. Pero aquel día de agosto de 1970 dije: "En la medida que no se adopten los caminos correspondientes y el gobierno no comprenda la encrucijada a que nos lleva, cuando no necesita estos poderes para combatir absolutamente nada, porque los ha venido utilizando, el país va a vivir días muchos más oscuros. Que no se pretenda, entonces, invocar otras soluciones para tratar de salir de los problemas a los que no se ha querido o sabido encontrar solución.

El hombre que en la calle, mañana, con la metralla en la mano, imbuido de poderes extraordinarios, alentado por las palabras del presidente de la república, convulsionado también él, en su fuero íntimo, por la angustia y la congoja, sobrecojido su ánimo, no tengo por qué negarlo, por algún compañero suyo que ha caído, comienza a realizar los procedimientos, no será, señor presidente, el medio eficaz para pacificar el país ni tendrá el discernimiento adecuado ni gozará del equilibrio mínimo indispensable para poner en el país el orden que tanto se está reclamando. Y en las alturas tampoco habrá, señor presidente, la serenidad correspondiente porque por algunos discursos pronunciados hoy, sobre todo por la alocución del señor presidente de la república que leímos, lejos de buscar las soluciones que permitan la integración total del país, se sigue recurriendo a las medidas represivas. El país necesita otra cosa, necesita las grandes soluciones, la terminación del privilegio, erradicar la injusticia, terminar con el analfabetismo, terminar con la miseria, con el hambre, con la desocupación, con la persecución de los seres humanos por los seres humanos. Aquí, hay perseguidos y hay perseguidores y no nos engañemos, y no los hay solamente con la metralla en la mano; los hay también desde el punto de vista de las

fuentes de trabajo y desde el punto de vista de lo que es la actitud del gobierno. Mientras esa tesis persista, mientras siga rigiendo el Fondo Monetario Internacional y se siga entregando el país al extranjero mientras se sigan acumulando los déficit, no habrá paz ni con Rovira, ni con Magnani, ni con Bordaberry ni sin él habrá paz, porque el gobierno estará desatando desde arriba los medios que conducen inevitablemente al enfrentamiento.

Cuatro años de medidas prontas de seguridad, cuatro años de persecución, cuatro años de muerte. ¿Es que acaso ha ganado el gobierno? ¿Es que acaso se han reducido los tupamaros? ¿Es que acaso ha habido menos tupamaros que antes? ¿Es que acaso hay menos simpatía en la población? ¿Es que acaso la juventud comprende todo esto? No, señor presidente. El clima ha ido creando cada día más encono y más resentimiento. Y bien lo dijo hoy Jaime Pérez: A esos compañeros del Partido Comunista que tienen una ideología distinta, que practican procedimientos diferentes y que creen que las soluciones del país vienen por otros medios, los están transformando, con el correr del tiempo en tupamaros, en la medida en que sientan la injusticia.

Yo visité en Punta de Rieles a un amigo llamado Borreani, un hombre de 50 años, un comerciante instalado con más de 40 años en el pueblo. Militante del batllismo de la 15, primero, y después de la Lista 99, me acompañó en el Frente Amplio. Y lo llevaron a Punta de Rieles porque a un comisario cualquiera, haciendo abuso de poder y de autoridad, se le antojó una noche en que fue a preguntar por otro compañero, mandarlo a Punta de Rieles. Obtuve el permiso correspondiente y lo fui a visitar; lo vi a través de las dos rejas. No sé si los ministros fueron a visitar Punta de Rieles y saben lo que es eso. Ahí hay hombres que no han cometido delito alguno, hay hombre que no han sido procesados y hay hombres que son uruguayos como nosotros y patriotas como nosotros, que pueden estar equivocados pero que están sometidos a un régimen que ninguno de ustedes ni de nosotros aguantaría 48 horas sin que empezase a pensar cosas raras. Y cuando lo vi a través de las rejas, fuerte en su ánimo, pero, naturalmente, sintiendo el rigor del encierro, aquel hombre que nunca había pisado una comisaría, que era un hombre que creía en su país, que había profesado determinadas ideas que nunca había tenido un arma en las manos y había elegido medios pacíficos para combatir al gobierno, que creía en la vigencia de una democracia plena, dándole a los hombres y a los partidos oportunidades para alcanzar el gobierno, me dijo: "Sabe una cosa, Michelini, voy creyendo que no hay más salida que la violencia".

Cuando sucedieron todos estos hechos, el país buscó muchas respuestas. Nosotros dimos la nuestra; seguimos creyendo en ella. Los hombres del Frente Amplio recorremos un determinado camino, lo profesamos, lo defendemos; hicimos una coalición que buscó un programa auténticamente nacional y antimperialista, que alcanza a todo su pueblo y que busca terminar con el privilegio interno y con la dependencia del extranjero.

Otros hombres creyeron en otras respuestas. Yo le digo al país entero y les digo aquí a los señores legisladores, que con esta medida que hoy vota el parlamento con los votos del Partido Colorado y del Partido Nacional, sobre todo inexplicablemente en lo que tiene que ver con la declaración del estado de guerra, no se pacifica al país, no se recorren caminos para encontrar las grandes soluciones y, lo que es peor, se está creando ya en el alma de muchos la sensación de que no hay otro camino más que la violencia y la bofetada respondiendo a la bofetada y el atropello, y la lucha armada como única salida a los problemas del país. Y no lo digo yo. Yo, que no creo en esto y que creo en los procedimientos del Frente Amplio, lo verifico permanentemente y, en la medida que se sigan ahondando los problemas económicos y retrayendo la posibilidad de bienestar y de adquirir bienes de consumo por parte de la población, se irá recorriendo también ese camino.

Nunca es tarde, señor presidente, para dar marcha atrás; nunca es tarde para comprender la problemática del país; nunca es tarde para dejar el orgullo en la casa; nunca es tarde para buscar otras soluciones.

Estos caminos no son de paz; estos caminos son de guerra. La experiencia argentina no nos sirvió de nada. "Ni vencido vencedores", se dijo. Nosotros levantamos una ley de amnistía y el gobierno quiere poner a la gente de rodillas y escarnerla.

Por este camino, el gobierno lleva al país a una encrucijada de la cual no se sabe cómo vamos a salir.

Que no vengamos, de aquí a unos meses, señor presidente, a decir, con la misma emoción de hoy y con la voz entrecortada, que todos los vaticinios que profesamos y anunciamos se cumplieron. Sería doloroso para el país y estaríamos ya al borde del precipicio al que no queremos llegar.

Hemos realizado muchos esfuerzos incluso en la noche de hoy, conversando con varios legisladores de ambos partidos, dando nuestras opiniones, haciendo sentir cuáles eran nuestras opiniones, haciendo sentir cuáles eran nuestras razones, no sólo en la que es un discurso enfervorizado en la Asamblea General, cuando sentimos que la historia —y perdónesenos— a pesar de nuestra modestia, puede estar recogiendo nuestra posición, sino en el contacto diario, tratando de llevar nuestra convicción, tratando de hacer pensar, haciendo ver los peligros, tratando de analizar conjuntamente la problemática, hemos tratado de decirles a todos que estos caminos son de guerra. La guerra se ha desatado en el país, existe y el gobierno quiere aumentarla. El gobierno tenía en sus manos las grandes posibilidades para lograr la pacificación. Sus tuvo el 10 de marzo, pero no eligió ese camino. Se encontró, cincuenta días después, con que las cosas se habían agravado, y hoy lejos de recorrer el camino de la integración, está recorriendo los mismos caminos de rencor y de resentimiento que recorrió el gobierno anterior ■

"LAS TORTURAS SON ACTOS DE DELINCUENCIA"

Entrevista con Zelmari Michelini por Guillermo Chifflet

9 de junio de 1972

"No se defiende a la sociedad si se recurre a las torturas o se desconocen los derechos humanos"; en estos términos —claro, tajante— Zelmari Michelini analiza, para MARCHA, algunos problemas del Uruguay de hoy. Las circunstancias que vive el país han destacado la acción del senador frentista, su defensa apasionada de los derechos, su energía para analizar, sin ambages, las raíces del drama nacional. He aquí los aspectos esenciales de su diálogo para MARCHA.

DESDE MEDIADOS DE ABRIL HASTA HOY, ES DECIR, DESDE LA DECLARACIÓN DEL ESTADO DE GUERRA INTERNA, ¿COMO HAN EVOLUCIONADO, A SU JUICIO, LOS PROBLEMAS DEL PAÍS?

—En el momento que se declaró el estado de guerra interna el país estaba deteriorado en muchos aspectos, pero todavía se conservaba el respeto por algunas cosas esenciales. La declaración de guerra ha terminado por demostrar que el gobierno no tiene capacidad de mando. ¿Quién no ha podido observar, por ejemplo, la pasividad con que se actúa, en el gobierno y el ejército frente a la actitud de algunos integrantes de esa fuerza? El país está enfermo de pasividad y de complicidad. Tanto en el gobierno y el ejército, frente a la impresión es que los más resueltos son los que manejan las cosas. Y esto trae como consecuencia un hecho grave; actualmente se vive el momento de la *inseguridad total del ciudadano*:

**Inseguridad física.* ¿Qué ciudadano, aun aquel capaz de probar su inocencia, puede considerarse libre de los riesgos o procedimientos que han alcanzado estos días a tantas personas?

**Inseguridad económica.* Los sueldos resultan insuficientes, la moneda se ha desvalorizado, la industria y el comercio se asfixian —como hasta sus voceros lo denuncian—, las posibilidades de trabajo han disminuido.

**Inseguridad moral.* Grandes sectores de hombres y mujeres juzgan que no hay absolutamente nadie en quien creer.

Al ejército se le ha embarcado exclusivamente en el problema de la represión y actúa con una descentralización total, desconectado de sus mandos, lo que surge fundamentalmente por omisión del Poder Ejecutivo y el ministro. Cuando responsabilizamos a los culpables no generalizamos. Nadie acusa a una institución cuando señala la conducta de algunos de sus integrantes. Pero la guerra interna ha creado un deterioro tal, como consecuencia de algunos procedimientos, que la gente —aun los más inocentes— han tomado tanto miedo al ejército que prefieren ser detenidos por la policía. Y ese juicio surge de los hechos: el 95 por ciento de las denuncias planteadas en cámara han sido contra procedimientos de oficiales del ejército.

A la muerte del obrero Luis Batalla, fallecido en una unidad militar en las condiciones que ha revelado la autopsia a la que se dará lectura en la interpelación que se planteó al ministro de Defensa, se agregaron, el último fin de semana, dos hechos más. El lunes solicité, al ministerio, que se me informe "*si es cierto que falleció en una unidad militar el señor Edison Marín, detenido por las Fuerzas Conjuntas. En caso afirmativo, que se me proporcione la fecha, circunstancias y localidad en que fue detenido, causa que produjo su fallecimiento, si fue practicada la autopsia, copia de la misma y nombre del médico o médicos que la realizaron*". También reclamamos que se nos diga "*el día, lugar y circunstancia en que falleció Walter Sanzó, detenido por las Fuerzas Conjuntas. Fecha y localidad de su detención, si es cierto o no que fue sometido a una operación en el hospital de Maldonado y, en caso afirmativo, informe de los médicos que efectuaron esa operación, así como la copia autenticada de la autopsia y la fecha del traslado del detenido a Montevideo*".

A la inseguridad física, a la inseguridad económica, se agrega —lo que también es grave— la inseguridad moral. Y algunos factores han contribuido especial-

mente a extender esa inseguridad moral. Los ciudadanos están convencidos, por ejemplo, de que la prensa está manejada en función de determinados intereses. La mayoría de los diarios, los radios, los canales de televisión, defienden los mismos intereses y destacan unos hechos u ocultan otros con el propósito de manejar a la opinión pública. Así se asiste, por ejemplo, durante jornadas enteras, al "show" de la liberación de los presos de la "Cárcel del Pueblo" ocultándose, paralelamente, la muerte de un obrero torturado en el cuartel de Treinta y Tres.

Y esta situación llega a su máximo con el estado de guerra interna. ¿Quién puede comentar un parte de las Fuerzas Conjuntas? ¿Quién puede abrir opinión sobre lo que dicen, sin que vaya en ello la vida del diario, de la radio o de la televisión?

Tenemos el deber de hablar claro: la situación actual —a la que se ha llegado por omisión, negligencia o culpa del gobierno— lleva al crecimiento de la fuerza militar frente al poder civil. Y ello —corresponde precisarlo— no por voluntad deliberada del ejército, sino por la actitud de un grupo de oficiales que arrastra al resto y emplea métodos reñidos con las tradiciones del país y del propio ejército. Si esos hechos y esos métodos, que han sido denunciados en el parlamento, no se investigan, se terminará complicando en ellos a toda la institución y al gobierno.

Cuando planteamos, ya en la asamblea, hechos muy graves, desafiamos a que se hiciera una investigación. "¿Qué mejor oportunidad —dijimos textualmente— que desenmascarar a los legisladores del Frente Amplio en una mentira, que nombrando una Comisión Investigadora para ponerlos al descubierto? Vamos a nombrarla. A no hacer ausencias en el senado o en la cámara cuando se trate este asunto. Que la verdad aflore, y que todo el país la conozca.

Esos y otros hechos deberán investigarse. La muerte de los comunistas, la muerte de inocentes y la muerte de los tupamaros. *Porque estoy defendiendo —dije textualmente en el parlamento— los derechos humanos, que pertenecen también a los terroristas, como a todos los demás hombres.*

Corresponde, hoy, que nos hagamos la pregunta que se planteaba un juez de Estados Unidos que, al criticar procedimientos en su país, expresaba: "¿Para combatir la delincuencia debemos practicar la delincuencia?". Porque no otra cosa que actos de delincuencia son las torturas, arbitrariedades, apremios físicos o morales y toda esa serie de procedimientos que la humanidad ya condenó en el fascismo, en las policías nazis o en los ejércitos colonialistas.

Pero, además, tengo la convicción muy honda de que la defensa de las instituciones, la defensa de la sociedad, no puede suponer en modo alguno el descaecimiento de los derechos individuales. Y en el país, con el pretexto de la defensa de la sociedad, se han desconocido derechos humanos. La forma más eficaz, la más importante, para la defensa de la sociedad cuyos principios están consagrados teóricamente en la constitución, es afirmar al hombre, afirmar los derechos colectivos.

A estos tres aspectos a que me he referido: la deformación al máximo de los medios de información, la disminución del poder civil frente al poder militar y el ataque a los derechos con la invocación de que se defiende a la sociedad, habría que agregar, para completar el cuadro de estas jornadas dramáticas, otro factor: la reiteración, por parte del gobierno de su negativa a estudiar, a analizar las razones del crecien-

to político de una fuerza como la de los tupamaros. La frivolidad —agregaría— que revelan quienes se quedan en lo accesorio y se dedican a escribir o pronunciar todo tipo de adjetivos —"sinvergüenzas", "apátridas", "monstruos", "fieras que habitan en cubiles o madrigueras"—, sin detenerse a valorar qué causas han llevado a que una parte de nuestra sociedad haya tomado por caminos nuevos y vías que desde hace muchas décadas no se recorrían en el país.

Negativa, pues, a plantearse los hechos de frente, con la frialdad y el coraje imprescindibles para analizar la realidad; frivolidad, por otro lado, que se reduce a multiplicar adjetivos, salteándose un hecho esencial: el régimen sólo podría albergar la pretensión de salir airoso si en el momento de defenderse recurría a las normas de juego que alega querer imponer. Es fácil, sin duda, respetar los derechos humanos en nuestros amigos o aun en aquellos que nos son indiferentes; más difícil es respetarlos en los enemigos. Pero la lucha por todo aquello que se afirma a matar a nadie; quede claro: no da derecho a matar ni torturar a nadie, sea o no tupamaro.

LA TREGUA, EL ALTO EL FUEGO Y EL DIALOGO PROPUESTOS POR EL FRENTE IMPLICAN UN ANALISIS DE LOS FACTORES QUE HAN LLEVADO A LA SITUACION ACTUAL. ¿QUE CAUSAS FUNDAMENTALES HAN CREADO, A SU JUICIO, LOS PROBLEMAS QUE DESEMBOCARON EN LA REALIDAD DE HOY?

—No me referiré en detalle al proceso económico, que hemos señalado tantas veces. Mire los hechos de hoy: caída vertical de las exportaciones, aumento alarmante de la desocupación, angustia de miles de personas ante la imposibilidad de vivir de su trabajo, falta de capacidad de consumo denunciada por la propia industria y el comercio, endeudamiento exterior, estancamiento o retroceso de la producción. Sumemos a todo eso, años de violencia antipopular, de represión sindical y deterioro de las libertades. Es a ese cuadro al que se enfrentan los jóvenes que ingresan a la lucha política. Necesariamente tienen que sentirse angustiados por la realidad y por las perspectivas. Sin medios de vida, sin trabajo, ¿cómo no sentirse inclinados a pensar que los métodos tradicionales no funcionan? ¿Quién no conoce decenas de hechos de la realidad del régimen que pueden agregarse para comprender por qué nace, en muchos, el descreimiento en las vías tradicionales para el cambio?

Pienso, para comprender estos hechos nuevos, en algunas circunstancias de mi propia vida: en 1947 ingresé a la lucha política activa integrando comisiones para el estudio de la migración interna: la marcha —que en cada caso concreto es una angustia, una tristeza y una esperanza primero, y luego una nueva frustración— del campo al centro poblado, del centro poblado a la capital, que culmina en la desocupación, el suburbio, la policía o el cuartel. Veinticinco años después compruebo que los problemas son los mismos: los mismos "pueblos de ratas", la misma pauperización, el mismo abandono del trabajo de la tierra, ¿cómo no comprender —cuando veo, además, que hay personas y fuerzas que ni siquiera se plantean estos hechos de frente— que haya jóvenes descreídos de hombres y procedimientos?

¿Y CUAL PUEDE SER, A SU JUICIO, EL CAMINO DE LA ESPERANZA?

—Nadie debe engañarse. No habrá paz si no hay integración del país. Subrayo: o hay integración total o no hay paz. Y no habrá integración si no hay reformas económicas y sociales y vigencia plena de las libertades. Con arbitrariedades, con torturas, por el camino de la sangre no transitaremos hacia ese camino.

El esfuerzo tendrá que ser grande, porque el país deberá recomenzar la tarea que inició en 1810, es decir, liberarse en primera término del poder extranjero y, además, integrar a todos sus habitantes; realizar, para referirme a otro ejemplo histórico, lo que se buscó después de 1904. Y no habrá posibilidad de entendimiento nacional si las circunstancias por las que atraviesa el Uruguay en estos momentos no son resueltas de acuerdo con algunos lineamientos y concepciones a las que, reiteradamente, hemos hecho referencia. No seguir el camino de las transformaciones hondas es atentar contra el país. Y ninguna arbitrariedad podrá, a la larga, con la rebeldía profunda y el anhelo de cambio de los orientales. ■

DESAFUERO DE ERRO

DEL DISCURSO EN EL SENADO
DE FECHAS 16 y 17 DE MAYO DE 1973

Tenemos ante nuestra mesa de trabajo un documento enviado por el Poder Ejecutivo. Está lleno de defectos, de irregularidades, de demasías. Y cuando decimos que este expediente va a servir para poner de manifiesto las fallas y deficiencias de los procesos judiciales conducidos por militares, no estamos haciendo una afirmación vana, sino que pensamos que este expediente debió ser cuidado especialmente, que debieron extremarse, naturalmente, la prolijidad y la responsabilidad con que se encaraba, porque no es un expediente cualquiera.

Se sabía, de antemano, que era un expediente que podría dar lugar a fricciones de carácter político en el enfrentamiento natural de poderes y se sabía que era un expediente que iba, por su naturaleza, a convulsionar la opinión pública como que en la vida del país no son comunes los pedidos de desafuero y mucho menos cuando se trata de una personalidad política que, mucho más allá de las discrepancias que podamos tener con ella, llena parte importante del escenario nacional.

Si aun así, tratándose de un legislador y con repercusiones de toda índole y aun sabiéndose que iba a tener una divulgación pública, se han cometido tantos errores y este expediente está tan viciado de nulidad, ¡qué no pensar de los miles de expedientes de los anónimos y desconocidos, de los que no son legisladores y que no tienen resonancia pública! ¡Qué de defectos, de barbaridades y de enormidades no contendrán esos expedientes si éste, el que afecta a uno de los integrantes de un poder del Estado y tiene que ver con una personalidad pública de la dimensión del señor senador Erro, está plagado de defectos y de enormidades!

LA JUSTICIA MILITAR NO ES INDEPENDIENTE

El primer capítulo que queremos encarar es el de la dependencia de la Justicia Militar. Aunque algunos senadores han incurrido sobre el tema —lo ha hecho con brillantez el señor senador Santoro— estamos obligados a detenernos unos minutos en él. Es evidente que si grave era que la justicia estuviese en manos de los militares, mucho más lo es cuando se trata de juzgar o pretender juzgar a hombres de otro poder del Estado porque ahí las connotaciones de carácter político aparecen en primer plano.

Este expediente debía haber sido invalidado en su primer momento, porque era la incursión de un poder del Estado en otro. El Supremo Tribunal Militar depende del Poder Ejecutivo y los jueces militares del Supremo Tribunal y, por consiguiente, están atados a las decisiones políticas del Poder Ejecutivo y en un momento apasionado de la vida del país, como es el que estamos viviendo, es natural que pensemos que las decisiones que toma el Poder Ejecutivo no son de ninguna manera, ni imparciales, ni mucho menos prescindentes.

A lo largo del expediente hemos visto un Poder Ejecutivo militante, que ha excitado a los jueces militares para que cumplan de determinada manera su función y esto es lo que hay que recalcar, porque en la medida que demos la dependencia de los jueces militares con respecto al Poder Ejecutivo, estaremos demostrando las intenciones políticas con que se maneja todo este expediente.

Con todos estos antecedentes y referencias, pasemos a analizar los testigos, que es la única prueba aportada por los jueces. Voy a ser un poco pesado en esta tarea pero mi intención es muy clara. Me he impuesto el compromiso personal y voluntario de entrar a destruir el expediente, de decirle al Senado y al país que con este expediente no se puede votar absolutamente nada. No quiero emplear calificativos denigrantes, pero aspiro a que cuando esto sea leído, más allá de las resultancias de todo este proceso, se tenga la absoluta seguridad de que nosotros teníamos la verdad, que lo estudiamos a fondo, que las objeciones que planteamos son indestructibles y que todo el expediente, en última instancia, fue manejado con intención política a efectos de producir determinadas consecuencias, es decir, el desafuero del señor senador Erro.

Divido a los testigos en dos grandes categorías: la de los que llamo testigos que comprometen al señor senador Erro y la de los testigos que no sólo no lo comprometen sino que, además, si se atendiesen sus declaraciones, dejan totalmente limpia la conducta del senador en la emergencia.

Comencemos por los testigos que no comprometen al señor senador Erro y que dejan totalmente limpia su conducta.

Teresa Labrocca declara una sola vez: el 8 de agosto de 1972. Lo hace en el Juzgado, ante el juez militar de Tercer Turno, doctor Silva Ledesma. Niega absolutamente todo. No conoce al señor senador Erro; nunca conversó con él; no sabe de quién se trata. Contradice a Amodio Pérez y a otros testigos y no la carean absolutamente con nadie. Es decir, que hay un testigo que llamado a declarar concretamente contra el señor senador Erro —estaba sometido a Justicia Civil— descarta toda responsabilidad en cuanto al senador Erro.

Otro testigo es Mujica Cordano. Declara una sola vez, el 9.9.72 en el Batallón de Ingenieros No. 1, ante el juez de Instrucción correspondiente, doctor Silva Ledesma. Niega haber tenido ningún contacto en nombre del Movimiento de Liberación Nacional con el señor senador Erro. Es terminante. Admite su conocimiento con el senador, en virtud de que ambos habían participado en luchas políticas a fines del año '58; pero, deja bien en claro que la conducta del señor senador Erro no puede ser en modo alguno cuestionada, y que no hay ninguna sombra de sospecha.

Muñoz Álvarez es otro de los testigos. Declara en dos oportunidades: la primera el 13.9.72 ante el Juzgado respectivo y ante el juez de Instrucción de Tercer Turno; la segunda, el 11.10.72 en el Batallón de Ingenieros No. 13 y ante el juez de Instrucción de Tercer Turno. En esas dos declaraciones afirma que nunca fue presentado al señor senador Erro como integrante del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), pero admite que él era un elemento infiltrado dentro de la Unión Popular. A su vez, niega que el senador Erro supiese que recibía directivas del Movimiento de Liberación Nacional. Muñoz Álvarez es uno de los que luego es careado fictivamente con el señor Piriz Budes. Es decir, a él no le dan la oportunidad de contrarrestar las opiniones del señor Piriz Budes, pero a éste, sí.

Juan José Mena Núñez. Este testigo declara en dos oportunidades: el 12.9.72 ante el Juzgado respectivo, frente al juez de Instrucción de Tercer Turno; y el 14.10.72 en el Regimiento de Caballería No. 6 ante el juez de Instrucción de Tercer Turno. Este detenido admite estar infiltrado en el Movimiento 26 de Marzo. No declara nada contra el señor senador Erro; lo exime de toda responsabilidad, mantiene relación con algunos de los otros detenidos, pero, de sus palabras, no surge absolutamente ninguna inculpación contra el señor senador Erro.

José Bottaro. Declara en una sola oportunidad, el 11.9.72 en la sede del Juzgado y ante el juez de Instrucción de Tercer Turno. Este testigo desconoce todo contacto entre el señor Erro y el Movimiento de Liberación Nacional y entre éste y la Unión Popular. Preguntado expresamente sobre si sabe si había alguna vinculación con el señor senador Erro niega categóricamente.

Piriz Budes. Declara en tres oportunidades. Una de ellas es un careo ficto. Lo hace el 24.8.72 en el Juzgado y ante el juez de Instrucción de Tercer Turno; el 12.9.72 en el Liceo Militar ante el juez de Instrucción de Tercer Turno. Y el 13.10.72, en el Juzgado, y ante el juez de Instrucción de Tercer Turno, es sometido a careo ficto en el cual le someten los testimonios de quienes lo contradicen. Nada menos que cinco detenidos contradicen las declaraciones del señor Piriz Budes y ellos son Wasem Alaniz, Bottaro, Rosencoff, Mena y Muñoz Álvarez. Este es un testigo de oídas. Ya expusimos la opinión de distinguidos penalistas y la del propio doctor Moretti y luego escuchamos la referencia del doctor Zabalza al doctor Giribaldi Oddo, en cuanto a que los testigos de oída deben ser desechados.

Este testigo declara no conocer personalmente al señor senador Erro y, además, es lo que se llama un testigo conjetural porque saca conclusiones, es decir, infiere, de las cosas que le dicen, determinados elementos de juicio que luego aporta. Comete algunos errores gruesos. Uno de ellos cuando dice que el señor senador Erro participó en la formación del Movimiento 26 de Marzo. Esto indica su desconocimiento de la política. Tomo uno sólo de los hechos porque su testimonio está invalidado, naturalmente, por ser un testigo de oídas.

Quien conozca la vida política del país, quien sepa cómo se gestan algunos movimientos, cómo se integran algunas colectividad



des políticas, está perfectamente bien enterado de que el señor senador Erro no tuvo absolutamente nada que ver en la formación del Movimiento Independiente 26 de Marzo. Movimiento que tiene figuras muy prestigiosas y que en muchas oportunidades ha sido injusta y salvajemente golpeado por la represión, habiendo sido perseguidos muchos de sus meritosísimos compañeros.

Voy a ahorrarle al Senado todo lo que tiene que ver con el careo ficto a que es sometido el señor Piriz Budes; pero, digo que cuesta comprender cómo a un testigo de oídas y conjetural, que declara expresamente no haber conocido ni haber visto nunca al señor senador Erro ni haber tenido contacto con él le someten las contradicciones que le señalan los señores Wasem Alaniz, Bottaro, Mena y Muñoz y a su vez no le dan la oportunidad a éstos, de poder refutar los argumentos del señor Piriz Budes.

Quiere decir que de los 11 testigos, 6 no aportan absolutamente nada, ni siquiera un indicio en contra del señor senador Erro.

Nos quedan cinco testigos y a ellos vamos a referirnos.

Mauricio Rosencoff declara en dos oportunidades: el 11.9.72 en el Juzgado, ante el juez de Instrucción Silva Ledesma, y el 28.3.73, en la sede del Juzgado y ante el mismo juez. Fíjense los señores senadores la particularidad de este testimonio. El 11.9. se le interroga y, posteriormente, se le procesa. Cuatro meses después de la primera declaración vuelve a declarar sobre el mismo tema. Rosencoff es un testigo muy especial; es de los que nosotros denunciábamos en el Senado que había sido llevado a Paso de los Toros estableciéndose una de las tantas arbitrariedades de la Justicia Militar porque después de haber sido procesado, sin autorización del juez, fue trasladado a una unidad militar totalmente distinta, a 400 kilómetros de Montevideo.

Fue trasladado junto con otros detenidos, Wasem Alaniz, que también figura en el expediente, Marrero, Romano, Cía del Campo, Más Más y Engler. Y nosotros denunciábamos en esa oportunidad los tremendos vejámenes y los apremios físicos y morales a que estaba siendo sometido el señor Rosencoff en compañía de los otros detenidos. Y no sólo denunciábamos esto en el Senado de la República. Fue, quizá, el único caso en que sentimos la imperiosa necesidad, orgánica, visceral, de ir más lejos y visitamos al ministro de Defensa Nacional, doctor Malet, en su despacho, para hacerle partícipe de nuestra inmensa preocupación.

Esta persona estaba detenida en el Penal de Libertad; fue arrancado de allí y, junto con otros que estaban detenidos en San Ramón y Punta Rieles, fue llevado a Paso de los Toros a mediados de diciembre. Durante cerca de 26 días o un mes fueron sometidos a toda clase de atropellos. Fueron de tal calidad las denuncias que nosotros formulamos, preocupados por esa situación, al doctor Malet, que tampoco éste pensó quedarse sólo en esta situación sino que convino una cita con el comandante en jefe del ejército, general César Martínez.

Esta es la única oportunidad en que yo llevé, hasta el comandante en jefe una denuncia de esta naturaleza. Le comuniqué los datos fehacientes que tenía de que en Paso de los Toros se estaba torturando a esos detenidos. Creo que eso fue el 6 de febrero de 1973.

Siempre rindo honor a la verdad, y si por algo me caracterizo es porque no me duelen prendas. Yo salí satisfecho de la conversación con el comandante en jefe, general Martínez, porque tuve la absoluta seguridad, primero, de que él desconocía los hechos y, segundo, que cuando me manifestaba que los iba a averiguar me estaba diciendo la verdad.

Circunstancias posteriores que son del dominio público y que motivaron su alejamiento de la Comandancia del Ejército, impidieron que el general Martínez pudiese culminar las tratativas. Algo similar pasó con relación al doctor Malet, que tuvo que renunciar al Ministerio de Defensa Nacional. Pero yo quiero advertir al Senado que un hombre, el que les está hablando, que durante muchísimo tiempo se caracterizó por formular denuncias con respecto a los tratos a que eran sometidos determinados detenidos en algunas unidades del ejército, nunca llevó su acción más allá de la esfera parlamentaria. Aquí se hicieron pedidos de informes, denuncias ante el ministro, invitaciones para concurrir

a la Comisión de la Constitución y Legislación de la Asamblea Nacional, porque entendí que las pruebas que obraban en mi poder y los documentos que hasta mí habían llegado, aportados por cartas que se habían hecho salir desde la propia Región Militar No. 3, incluso por el testimonio de algún soldado que estaba entristecido de ver lo que estaba sucediendo y por los juicios que me aportaron los abogados y los familiares, podían avalar mi denuncia. Por eso, les hice partícipes de mi inquietud y de mi tremenda preocupación. Repito que esto sólo sucedió en esta oportunidad. Y justamente dos de estos detenidos son testigos de cargo —llamémosle así—, en este presumario que se le sigue al señor senador Erro.

¿Qué dice el señor Rosencoff? Que sí, que conocía al señor senador Erro; que el Movimiento de Liberación Nacional no apoyó a Erro en las elecciones y no contrajo ninguna clase de compromiso con él, ni el señor senador Erro con el Movimiento de Liberación Nacional, que nunca supo que Erro perteneciese al Movimiento de Liberación Nacional, que nunca (Rosencoff) estuvo vinculado con Erro en nombre del Movimiento de Liberación Nacional, que no sabe de ninguna persona del Movimiento de Liberación Nacional que haya estado vinculada con Erro.

Esto lo dice en la primera declaración. Cuatro meses después, su declaración, sin variar fundamentalmente, tiene, sin embargo, alguna diferencia de grado. En la segunda declaración admite que Wasem lo pone en contacto con Erro, que diversas entrevistas que Wasem realiza sobre cuestiones políticas no orillaban las cuestiones específicas del Movimiento de Liberación Nacional.

Aquí, sin embargo, se ratifica en sus juicios anteriores en cuanto a que el señor senador Erro desconocía la vinculación de Rosencoff con el Movimiento de Liberación Nacional, y en segundo término, cuando trataron temas relacionados con la política, nunca orillaron, nunca tocaron, nunca se metieron, nunca abordaron temas que tuviesen que ver con la cuestión específica del Movimiento de Liberación Nacional.

Insiste siempre en que las relaciones de Erro con él eran generales; admite Rosencoff que la Unión Popular estaba infiltrada por mandato de ellos y Erro no sabía que su organización y otras organizaciones estaban infiltradas.

Quiere decir que de las declaraciones de Rosencoff no se puede desprender absolutamente nada en contra de Erro, ni aun después de haber sido sometido Rosencoff a los vejámenes a los que fue sometido.

Wasem Alaniz: tres declaraciones. La primera, el 9.9.72, ante el Juzgado de Instrucción de Tercer Turno; la segunda el 14.1.73 en Paso de los Toros, ante el jefe de la Región Militar No. 3; la tercera, el 28.3.73, ante el juez de Instrucción, doctor Silva Ledesma, en el Juzgado.

Este es un testigo que se rectifica. En la primera declaración, niega que Erro haya sido integrante o colaborador; manifiesta que no sabe nada sobre que hubiera dado hospedaje a integrantes de la organización. Su segunda declaración —y doy por repetidas aquí las valoraciones que yo hacía sobre la posición de Rosencoff en cuanto a ser interrogado en Paso de los Toros— se produce en Paso de los Toros. ¿Por qué se le lleva a 250 kilómetros de Montevideo? ¿Nadie se preguntó acerca de esto, mirando el expediente? Se le lleva a un lugar donde no hay opinión pública, que pueda gravitar, los legisladores están muy lejos de los acontecimientos, los abogados tienen grandes problemas para trasladarse, el hermetismo es mayor, y el silencio que se hace sobre las actuaciones es más riguroso.

¿Por qué se les sustrae de su juez natural? ¿Por qué es de los pocos testigos que es interrogado en la Región Militar No. 3?

Repito que doy por dichas todas las manifestaciones que expresé anteriormente. No tengo ninguna duda de que Wasem Alaniz fue torturado y que en su segunda declaración cambia la primera.

Después de setenta y ocho días de inactividad, el expediente se reinicia con esta declaración. En Paso de los Toros, donde no hay juez presumariante, donde no hay juez de Instrucción, el detenido declara ante el jefe de la Región, hecho sin precedentes, que indica bien a las claras la dependencia del juicio. ¿Qué más dependencia que una declaración arrancada ante el jefe de la Región Militar No. 3, y no ante un juez?

En Paso de los Toros declara que con Rosencoff fue dos o tres veces a ver a Erro, hablaron de temas políticos y él les brindó información. Y en la tercera, aclara que el contacto mantenido con el senador Erro es del mismo tenor que el mantenido por el Movimiento de Liberación Nacional con todos los sectores políticos. Dice que Erro no era integrante del MLN pero admite que Erro sabía que él (Wasem Alaniz) era integrante del MLN y que sabía que él había pasado a la clandestinidad.

Este será uno de los elementos de juicio que el juez tendrá para hacer imputaciones al señor senador Erro.

Yo no tengo ninguna duda de que Wasem Alaniz fue torturado, como no tengo ninguna duda de que Felipe Agapito Carrera fue torturado. No se cambia una declaración de éstas porque sí.

¿Por qué se contradice un testigo de esta naturaleza? ¿Por qué quien declara en setiembre, afirmando que el señor senador Erro, cuando había tenido relaciones no lo hacía en modo alguno sabiendo que el detenido era integrante del Movimiento de Liberación Nacional, y niega toda posible vinculación del señor senador Erro con dicho Movimiento, meses después cambia su declaración? Lo hace por efectos de la tortura, indudablemente, porque ha sido presionado, porque ha sido maltratado o porque ha sido atemorizado.

Quiero terminar este capítulo con una reflexión de Carnelutti.

Carnelutti introduce una variante muy sutil en el problema de la tortura. Dice el profesor Carnelutti: siempre se rechaza la tortura por razones de orden moral. Es un método, un medio, que se descalifica. La tortura no puede admitirse, en modo alguno, en lo que es un proceso penal, porque, desde el punto de vista moral tiene que ser rechazado. Pero, dice Carnelutti, desde el punto de vista profesional, desde el punto de vista técnico, hay que observar el problema desde otro ángulo, y el juez, para bien de la función que está desarrollando dentro del juicio, tendría que admitir todos los procedimientos, por inmorales que fueran, que llevaran a imponer la verdad, porque la lucha del juez es por imponer la verdad, y porque la lucha de la vida debe ser por imponer la verdad.

Pero, dice Carnelutti: la tortura debe ser desechada como medio idóneo y técnico, porque nunca el juez podrá saber si lo que le dice el detenido mediante el empleo de torturas es la verdad que tenía escondida y se negaba a manifestar, que se le arranca por medio del terror y el maltrato (el individuo se defiende a los efectos de no comprometer a nadie o de no confesar un hecho delictivo, escondiendo su verdad y la tortura se la puede arrancar del fondo mismo de su corazón y de su mente) o es en realidad una mentira que el detenido confiesa a los efectos exclusivamente de no seguir siendo torturado, por temor, porque no puede resistir el castigo físico, porque sufre, porque se va desgajando, porque poco a poco psíquica y físicamente va perdiendo el control sobre sí mismo y en un momento de alucinación, desesperado, a los efectos de evitar o terminar el castigo no confiesa una verdad sino que dice una mentira.

El juez, dice entonces Carnelutti, ¿cuándo va a poder establecer si lo que confiesa es la verdad que se le arranca por medio de la tortura que tanto le hace sufrir? Agregué en el seno de la Comisión: ¿qué juez es Dios, suponiendo que exista y tenga esos poderes, como para meterse en el alma de la gente y saber cuando un hombre sometido a vejámenes de toda clase, al manifestar algo que lo compromete a sí mismo y a otros, está realmente diciendo la verdad que tenía escondida o por el contrario ya desesperado, en el último escalón de sus limitaciones, lo que está diciendo es una mentira para que no continúe el castigo?

No es una sutileza vana; es un concepto ajustado de Carnelutti, que tiene que hacer pensar. Entonces, digo que si Wasem Alaniz cambia su declaración, que si se está buscando que inculpe al señor senador Erro, y se le lleva a Paso de los Toros para eso, sometiéndolo a vejámenes que denunciarnos sin pensar nunca que

íbamos a encontrarnos luego con ese expediente, ¿quién puede afirmar que diga la verdad? ¿Es que acaso dijo la verdad o, por el contrario, ya en el límite de sus posibilidades, para no sufrir más castigos, terminó confesando una mentira, precisamente para que no se le torturase más?

Esta es una pregunta que queda para ser respondida por los señores senadores en el fuero interno de su conciencia; pero, en última instancia, es una grave acusación que se le hace a la Justicia Militar y a los procedimientos militares, porque va acompañada de otra pregunta: ¿por qué cambian los testigos su declaración? ¿Qué métodos se utilizan? ¿Es que aquí en este documento hay algún interrogatorio inteligente? ¿Es que acaso uno ve, como en algunas obras literarias o en algunos documentos que ha estudiado la cátedra, como manifestaba uno de los profesores o en el cine incluso, esos interrogatorios en que la inteligencia del interrogador va destruyendo las reservas, poco a poco, del detenido y donde la persuasión, la convicción y el encadenamiento lógico de los hechos va reduciendo sus reservas, acosándolo para encerrarlo exclusivamente en su verdad y arrancarle la confesión, no por el método físico de la tortura, sino, exclusivamente por la inteligencia superior y porque, además, la verdad siempre tiene que demostrarse? No, aquí no hay ningún interrogatorio inteligente. Quien lea esto se dará cuenta de que está todo preparado, prefabricado. (...)

En la declaración de Adolfo Wasem Alaniz, a fojas 32, firma sólo Wasem Alaniz. El interrogador no firma. Es otro error. Este es un acto nulo. Cuando en un acta no aparece la firma del interrogador, el acta debe ser descartada.

EL TESTIMONIO DE LOS DELADORES

Paso ahora a analizar el testimonio de Amodio Pérez y Alicia Rey Morales, a los que considero conjuntamente. (...) El expediente se inicia con ellos y aparecen ambos vinculándose en lo que son supuestos contactos con el senador Erro. (...)

Me parece importante no olvidar la calificación que el Poder Ejecutivo da a Amodio Pérez, cuando el señor presidente de la República y el señor ministro de Defensa Nacional se dirigen a la Comisión:

"Este detenido fue capturado por las Fuerzas Conjuntas, con posterioridad a la fuga del Penal de Punta Carretas, durante el período de guerra interna, permaneciendo a disposición del Mando Militar por motivos de información operacional militar en la conducción de la lucha antisubversiva."

Esta es una manera muy elegante y eufemística de decir que se trata, simplemente, de un confidente, de un informante de carácter profesional, de un delator.

Si hago esta precisión, es para que se tenga en cuenta que, justamente, se ha visto beneficiado con esta solución, porque no ha sido puesto a disposición de la justicia y goza, por consiguiente, de un tratamiento discriminatorio.

Amodio Pérez declara en cuatro oportunidades: el 22.6.72, en Montevideo —no se indica dónde— frente a un oficial instructor teniente 2do; el 27.6.72, también en Montevideo, sin indica-



ción de sede, frente al juez sumariante; el 3.8.72, en el Juzgado frente al juez militar de Instrucción de Tercer Turno; y el 13.10. 972, en el Regimiento de Caballería No. 9, donde es sometido a un careo ficto frente al juez de Instrucción de Tercer Turno.

Alicia Rey Morales, declara en tres oportunidades: el 22.6.72; el 27.6.72, sin indicación de lugar, frente al juez sumariante; y el 5.8.72, en el Juzgado del doctor Silva Ledesma.

Yo noté en la Comisión una característica muy especial: el expediente se inicia con la declaración de Amodio Pérez. Y para que los señores senadores vean la superficialidad con que está estructurado, la falta de seriedad y la desprolijidad —para usar un término que recojo y que utilizó muy acertadamente el señor Terra— con que se actúa, quiero señalar que a fojas 1, individualizada con el No. 201.440, comienza declarando, a la hora 8, el señor Amodio Pérez; esto ocupa, además, foja 1 vuelta y dos. Y a fojas 2 vuelta, marcada parece que con el No. 914.808 —no lo veo con claridad— a continuación de lo anterior y en lo que es un documento público que tiene que hacer prueba fehaciente, figuraba Alicia Rey Morales declarando a la hora 7. En consecuencia, una declaración que es posterior aparece documentada una hora antes, ante el mismo oficial encargado y en la misma sede.

¿Qué dice Amodio Pérez? Que conoce al señor senador Erro desde fines de 1969; que el mismo había estado vinculado, en años anteriores, a José Mujica Cordano, quien lo había reclutado para trabajar para el Movimiento de Liberación Nacional como informante, cosa que el señor senador Erro aceptó. Aquí se daría —si fuese cierto— un hecho delictuoso del señor senador Erro: su vinculación con el Movimiento de Liberación Nacional, es decir, lo que podríamos llamar el cuerpo del delito.

¿Pero qué dice Mujica Cordano? Que no ve al señor senador Erro desde el año 1962; es decir, que, falta, en este caso, la semiplena prueba del cuerpo del delito y, por consiguiente, la individualización es falsa.

Eduardo J. Couture decía, con respecto a los testimonios algo que puede ser aplicado en estos momentos: que hay un principio general de metodología en la presentación de los mismos, el de la exigible concordancia de los testigos diferentes. Cuando testigos diferentes se refieren a hechos comunes y no concuerdan, deben ser desechados, si no se realiza el careo en vivo y directo, digámoslo así. Ambas declaraciones son descartadas, entonces, salvo que el juez tenga otros elementos de juicio para apreciar. Y aquí, conforme a este principio general de metodología, no hay concordancia de los testigos diferentes.

Por lo tanto, la individualización es falsa porque Mujica Cordano la rectifica, y no se le da la oportunidad, en el careo ficto, de oponerse a Amodio Pérez.

Dice asimismo Amodio Pérez que el señor senador Erro realizaba sus contactos con Teresa Labrocca; que los mantuvo por espacio de dos o tres meses.

Teresa Labrocca, interrogada, dice no conocer al señor senador Erro; lo mismo que en la declaración anterior.

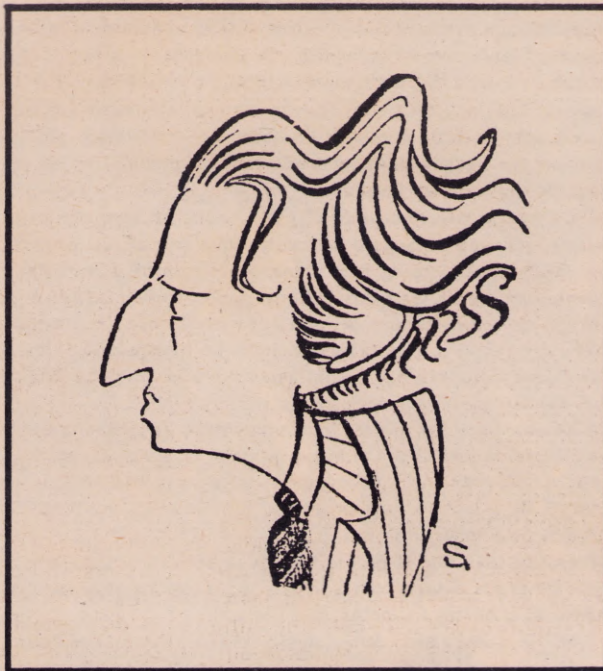
Luego Amodio dice que los contactos se realizaban con Alicia Rey Morales, quien deja de verlo por falta de tiempo.

Después, continúa Amodio Pérez señalando que los contactos los efectúa él, personalmente, desde fines del año 1969 hasta su detención en junio de 1970; y que el comando eran las siguientes personas: Candán Grajales, alias Hugo; Alicia Rey Morales, alias Carmela, y él. Es decir, que los únicos vivos serían Amodio Pérez y Rey Morales, ya que Candán Grajales falleció el 14 de abril. De esta forma se descarta la posibilidad de interrogar a otra persona. Cuando se le pregunta si el señor senador Erro era integrante de la organización sediciosa o colaborador de la misma, dice que lo contaba como colaborador, pasando información de índole política, fundamentalmente sobre acomodos y negociados efectuados por industriales y políticos conocidos, relatando luego diversas informaciones recibidas, todas ellas referidas al doctor Segovia —aquí se da el nombre del ex Intendente de Montevideo— y a los doctores Peirano y Charlone, etc.

Todas estas referencias son muy vagas, porque no indican ninguna conversación de carácter especial por parte del señor senador Erro, sino, simplemente, hechos que eran del dominio público y que fueron denunciados, además, por varias publicaciones y diversos legisladores en ambas ramas del Parlamento.

A fojas 2 vuelta, declara Alicia Rey Morales, en el acta que dice que lo hace el 22.6.972. Señala que conoce al señor senador Erro desde 1969, cuando era responsable del sector político de la columna 15; que efectuó seis contactos con él en su casa; y manifiesta que el señor senador Erro era colaborador e informante de la organización, y que la información que proporcionaba era de carácter político sobre acomodos, fraudes, maniobras dolosas con fondos del Estado, a todo lo que tuvo acceso desempeñándose como ministro de Industria y Trabajo.

¿Cuándo fue ministro de industria y Trabajo el señor Erro? En 1959. Asumió la cartera el 10. de marzo y fue dejado cesante,



a raíz de denuncias formuladas sobre el azúcar, el 8.1.960, acota el señor senador Erro.

¿Cómo la organización tupamara va a tener interés en recoger información proporcionada según elementos de juicio obtenidos cuando el señor Erro era ministro, hace diez, once, doce o trece años? (...)

En consecuencia, me parece extraño que se haya montado todo un dispositivo para oír esto del señor senador Erro. Y, además, que cuando éste diera información tuviese que repetir nueve años después lo que había pregonado por todo el país.

A fojas 4, Amodio Pérez vuelve a declarar y agrega que le fue presentado el senador Erro y no dice por quién. Dice que conocía a su hijo y que los contactos los hacía en la casa de Erro.

A fojas 5, vuelve a declarar Alicia Rey Morales quien se ratifica y dice que la primera vez que hizo contacto con Erro, éste le fue presentado por Amodio Pérez quien la llevó a casa de aquél.

Evidentemente, lo que aquí existe es toda una serie de contradicciones entre Amodio Pérez y Alicia Rey Morales que, sin embargo, no son careados fictamente.

Analizados estos testimonios con lógica, se demuestra su falsedad.

En primer lugar, no es verosímil que el actual señor senador Erro, en 1969, recibiera en su casa a un tupamara clandestino y perseguido por la justicia a los fines que yo me referí.

En segundo lugar, no es creíble que dos dirigentes tupamaros que integran los niveles más altos concuerden juntos a la casa del señor Erro, para efectuar un contacto.

En tercer lugar, si Amodio Pérez conocía al hijo de Erro como expresa, no era necesaria su presentación y no dice, además, quién se lo presentó.

En cuarto lugar, habiendo Amodio Pérez trabajado como gráfico, es evidente que conocía al señor Erro, siempre vinculado a ese gremio, desde muchísimo tiempo atrás.

En quinto lugar, habiendo trabajado Alicia Rey Morales en la Facultad, era evidente que conocía personalmente al señor senador Erro, asiduo concurrente a ese centro de estudios como a sus bibliotecas y editoras.

En sexto lugar, la participación que le atribuyen al señor senador Erro surge de una pregunta que dice:

“El señor senador Erro ¿era integrante de la organización o colaborador de la misma?”.

Es decir, que se les dan las dos posibilidades de su respuesta, incitándose al testigo, e influyéndolo. Ambos coinciden. Ya me referí anteriormente a lo que era, según el doctor Moretti, la predisposición al testigo, influyéndolo psíquicamente.

En séptimo lugar, Alicia Rey recuerda algo de sus conversaciones con Erro —e igual Amodio—, no expresan nada que no sea público y notorio, como ser las inconductas de determinados hombres públicos y el famoso negociado del azúcar a que ya hemos hecho referencia.

A continuación, viene la descripción completa de la casa de Erro, en donde, en forma muy particular, coinciden en que hay una biblioteca, dando una serie de detalles que son comunes. Seguramente, que todos saben que el señor senador Erro tiene una biblioteca en la casa, y ambos coinciden en que estaba llena de libros y, además, Alicia Rey Morales dice que estaba llena de recortes de cuando el señor Erro era ministro de Industria y Comercio.

Es interesante señalar que Amodio Pérez en esta declaración dice que Erro conocía a los contactos anteriores Labrocca y Rey Morales. Anteriormente, había dicho que el primer contacto fue él. El único detalle que agrega es que en la cocina tiene un estante con libros.

Cualquiera que quiera conocer la casa del señor senador Erro —me lo decía ayer uno de sus amigos—, puede hacerlo, porque siempre está con las puertas abiertas, siendo un hombre muy conocido en la ciudad de la Paz, donde ayuda a toda clase de gente e, incluso, muchas veces, cuando la señora sale a hacer compras por el barrio, no estando Erro en la casa, cuando vuelve se encuentra con que han entrado dos o tres personas que se han instalado en la casa para consultarle sobre algunos problemas que tienen o para contarle algunas penurias que están pasando —cosa que le sucede a todo político—, o para hacerle alguna denuncia, o para solicitarle algún material o, como sucede muchas veces, para pedirle dinero u ofrecerle algo en venta. Pero el hecho cierto es que si hay algo fácil es entrar en la casa del señor senador Erro para conocer su disposición interior, o a los efectos de entrar en ella para cualquier consulta.

Tratándose de testigos cuyos testimonios no son válidos, y su valor es indiciario, la prueba proporcionada por los mismos es absolutamente vaga e insuficiente, y no constituye ni siquiera una semiplena prueba. Se trata de testimonios sobre hechos diferentes, ocurridos en tiempos distintos, y donde los testigos son únicos, y ninguno de ellos puede corroborar lo dicho por el otro, pues nunca participaron en conjunto en ninguna de las entrevistas que se mencionan.

Hay, por consiguiente, ausencia de prueba en lo relativo a la existencia del cuerpo del delito. (...)

EL JUEZ SENTENCIA BASADO EN DECLARACIONES DE UN TESTIGO AL QUE NO INTERROGO

Finalmente, nos queda el último testigo que es sobre el cual hace recaer el juez de Instrucción la mayor parte de su sentencia. Me estoy refiriendo al doctor Felipe Agapito Cantera. Este declara en cinco oportunidades en lo que nosotros debemos entender como un único testimonio.

El 27 de febrero de 1973, declara en Laguna del Sauce, frente al segundo jefe del Batallón de Ingenieros número 1; ese mismo día, por la tarde, lo hace en el mismo lugar y frente a la misma persona; el 4 de marzo de 1973, también declara en Laguna del Sauce frente al juez sumariante; el 9 de marzo de 1973, lo hace, nuevamente, en Laguna del Sauce, frente al juez militar de Instrucción de Quinto Turno. Luego, pasan 17 días y el 26 de marzo de 1973 vuelve a declarar en Laguna del Sauce, también frente al juez militar de Quinto Turno.

Anotemos que en ningún momento el juez sumariante la toma declaraciones. Este es un hecho importantísimo a tener en cuenta. El señor juez sumariante de Tercer Turno basa su sentencia en las declaraciones de Felipe Agapito Cantera, a quien nunca entrevistó, nunca interrogó, cuya cara no conoce, cuyo tono de voz no conoce y cuyas reacciones no conoce. Ni siquiera es válido admitir que le hubiera hecho las mismas preguntas que le realizaron en otras oportunidades porque, seguramente, cada juez tiene su manera de interrogar propia. Por lo tanto, una pieza fundamental a los efectos de llevar al ánimo de los señores legisladores la exigencia de allanar los fueros del señor senador Erro, aparece en el expediente sin que hubiese sido interrogada por el juez que interviene en la causa.

Este es un hecho que obliga a que se tenga especial consideración en lo que tiene que ver con la valoración de estos testimonios.

En la primera declaración el doctor Cantera no dice absolutamente nada sobre Erro, pero ya se empiezan a notar sus contradicciones. Ayer se decía que era lógico que hubiese contradicciones entre las declaraciones de un detenido con respecto a otro. Puede ser que ese razonamiento sea lógico y los careos, precisamente, se realizan para aclarar ese punto. Lo sospechoso es cuando el testigo se contradice permanentemente a sí mismo y cuando, además, esas contradicciones se suceden en días diferentes y cuando existe derecho a pensar que han mediado circunstancias que hacen posible que cuando el testigo declara en alguna de esas oportunidades, no estaba en plena posesión de sus medios psíquico-físicos. (...)

En la segunda declaración aparece Erro, citado no por el propio doctor Cantera, sino por un señor, llamado Carlos Francis a quien a pesar de estar detenido no se le interroga en ningún momento. Este es un hecho muy importante que conviene señalar.

Cuando expresábamos que un principio general de metodología obligaba a la concordancia de testigos diferentes y sosteníamos que en la causa no se analizaban exhaustivamente las tesis, no se seguía el hilo del testigo a los efectos de comprobar si coincidían sus apreciaciones, estábamos diciendo que la instrucción

del sumario se había realizado con deficiencias notorias. Esta es una de las que anotamos. ¿Por qué no se interroga a Francis, si es el primero en citar a Erro, para ver si las declaraciones del doctor Cantera son verosímiles o no, es decir, si son ajustadas a las pruebas que se pueden ofrecer o no?

En la segunda declaración, cuando Carlos Francis solicita un contacto con el MLN y el doctor Cantera le dice que se lo pida, aparece una afirmación muy importante de dicho médico y es cuando expresa que el senador Erro declara que no puede conseguir absolutamente ningún contacto.

Tercera declaración. Vuelve el doctor Cantera a contradecirse al decir que no quiere colaborar. Ratifica, además, la imposibilidad de Erro para conseguir contactos y niega haber atendido ningún herido de bala.

Estas declaraciones se vienen sucediendo en el lapso de once días donde, además, aparece un doctor Cantera muy firme, muy categórico, que podrá incurrir en contradicciones pero que habla un lenguaje muy descarnado y austero en algunas oportunidades.

En la cuarta declaración no aparece absolutamente nada nuevo. Pero en la quinta declaración, 17 días después -esta última declaración es muy gráfica: indica cómo viene todo confeccionado-, el doctor Cantera se rectifica. Pienso que una obligación elemental de los señores senadores es preguntarse qué ha pasado con este testimonio, por qué se desdice, qué cosa tremenda, mágica, sobrenatural sucedió en esos 17 días para que el doctor Cantera vuelva atrás en sus declaraciones y después de haber afirmado que Erro no había podido conseguir ningún contacto con el Movimiento de Liberación Nacional, que no había atendido ningún herido de bala y de no haber hecho ninguna inculpación al senador Erro, a pesar de que se le hicieron algunas preguntas, el doctor Cantera, preguntado, contesta, de inmediato, aportando una serie de datos que antes había negado.

Tengo derecho a sostener, máxime recordando que esto sucede en Laguna del Sauce, que con el doctor Cantera se utilizaron medios infamantes, apremios físicos y morales que hicieron que este facultativo se aviniese a las exigencias de sus torturadores, manifestando, finalmente, lo que ellos querían. No otra cosa puede deducirse de este interrogatorio.

Frente al juez de Instrucción de Quinto Turno, en Laguna del SAuce, comparece una persona citada con el nombre de Agapito Cantera Silvera, quien juramentado en forma legal de decir verdad, incluido lo que determina el Artículo 180 del Código de Procedimiento de Organización del Código Penal ordinario, el señor juez pasa a interrogarlo de la siguiente forma: preguntando: por su nombre, patria, edad, estado, profesión y domicilio, contesta dando sus datos.

Segunda pregunta, si conoce a un determinado abogado, contesta: sí señor pero hace tiempo que no le veo.

Tercera pregunta: "¿Asistió usted enfermos correspondientes a a algún grupo sedicioso?"

Si el doctor Cantera fuera leal con sus declaraciones anteriores, contestaría que no, mantendría lo que ya dijo en cuatro oportunidades. PUES no: sin reticencia de ninguna clase, sin circunloquios contesta: "Sí, señor." Entonces viene la pregunta increíble: "¿Quién le trajo los enfermos?" Aquí el doctor Cantera, muy suelto de cuerpo, 17 días después de haber sostenido enfáticamente una serie de afirmaciones distintas, dice: "Tres de ellos el senador Erro, no conozco los nombres, pero por una foto que vi en unos comunicados de las Fuerzas Conjuntas supongo que uno de ellos podría ser Mujica Cordano."

Cuatro preguntas después afirman, rotundamente, que es Mujica Cordano. Es decir que ya empieza, en la misma foja, a contradecirse. Primero manifiesta que podría ser Mujica Cordano; luego expresa que es.

Luego le preguntan: "¿Podría manifestarme dónde fue contraída la enfermedad?" Contesta: "Simplemente, el enfermo me dijo que hacía tres o cuatro días que estaba con fiebre pero él sospechaba que pudiese ser de una de las cloacas."

¿No es sugestivo este interrogatorio? ¿No llama la atención que un testigo, un profesional, que se supone que es un hombre serio con instrucción, acostumbrado a verse ante diversas emergencias en la vida, que tiene como nos narro ayer el señor senador Vaz toda una vida de sacrificios en un lugar perdido de Cerro Largo, en el pueblo Centurión, atendiendo a la gente más menesterosa, haciendo, prácticamente, un apostolado de su profesión, un hombre que se supone que debe tener convicciones muy firmes, que durante cuatro oportunidades en el término de once días declara categóricamente con respecto a lo que se le pregunta negando absolutamente todo, la quinta vez que se le interroga luego de transcurridos 17 días, empiece a contestar como una máquina, como si tuviese la lección muy aprendida? Entonces tengo que sospechar de que esta versión no es verosímil, que este hombre no está diciendo su verdad sino lo que han querido otros. (...) Da la impresión de que el doctor Cantera no está en esos momentos, ni psíquica ni físicamente en condiciones normales. (...)

Además, el doctor Cantera es un testigo conjetural, porque dice: "Cuando íbamos por el camino me di cuenta de que estas personas debían ser los sediciosos que albergaba en su casa." "Me di cuenta." Es decir, no comprobó, no supo fehacientemente, sino que dedujo y, por consiguiente, se basó en hechos estrictamente subjetivos de donde, al no haber sido confirmado absolutamente por nadie y al no haber aportado ninguna prueba, su testimonio tiene que ser invalidado.

Lo mismo ocurre cuando dice que lo llaman en abril del 71 para asesorar en un Seguro de Salud y que en realidad le envían un joven a las siete de la mañana. Ahí también dice: "Me di cuenta que era un tupamaro." Conversando con él, saca en conclusión que podía ser una persona que perteneciese a la organización. ¿Cómo sabía que era un sedicioso? En ningún lado se documenta ese dato. No hay absolutamente ninguna prueba ni indicio. No hay absolutamente nada. (...)

El juez, lo menos que le puede preguntar a una persona que le dice: "Me di cuenta que eran tupamaros", es por qué piensa así, si se quiere hacer un interrogatorio de carácter inteligente a los efectos de establecer una probanza. Sin embargo, esa pregunta no se le ocurrió al señor juez. (...)

Es sugestivo que el propio juez no se haya encargado de verificar hasta sus últimas consecuencias todos los extremos que está narrando el doctor Felipe Agapito Cantera.

No se comprueba, por ejemplo, si clausuró el consultorio. Llega, en determinado momento a decir: "Me asusté tanto que clausuré el consultorio para no atender a nadie más." Quiere decir que el doctor Felipe Agapito Cantera dejó de atender en su consultorio. Bueno, éste es un extremo que puede ser fácilmente comprobable. El juez tenía todo a disposición. Se podía comprobar si efectivamente el doctor Cantera clausuró o no el consultorio que tenía en una determinada casa. Siquiera eso podía haberse documentado, si era de su propiedad y estaba cerrado, o si era alquilado y rescindió el contrato o si lo tenía alquilado y lo destintó, no a consultorio sino a otra actividad, o si lo subarrendó o lo entregó. Ni siquiera se hizo eso.

Esto indica que lo que había era una intención bien clara de provocar determinadas consecuencias y nada más. Y, en función de provocar esas determinadas consecuencias, no se tuvo en cuenta la más mínima seriedad para encarar el interrogatorio y poder llegar a una conclusión. (...)

Los señores senadores podrán apreciar que he dado mucho material jurídico y que mis palabras tienen una única pretensión: demostrar que este expediente no puede ser considerado, que tiene que ser desechado y que no puede votarse el desafuero por el expediente mismo.

Tendemos a dejar gráficamente demostrado, aquí, que no nos movemos por solidaridad afectiva ni por solidaridad política. Por consiguiente, para preparar todas estas expresiones, he tenido que recurrir al asesoramiento de algunos abogados amigos. En primer término, al doctor Martínez Moreno, con quien me une una vieja amistad y luego -quiero rendirles el homenaje correspondiente- a los doctores Corbo, Torres Collazo, Carvalho y Eusebio Rodríguez Gigena.

De más está decir que ellos, lo único que han hecho fue asesorarme en el aspecto penal y legal. Las calificaciones de carácter político y todos los comentarios que yo he hecho, que involucra a personas o que definen actitudes, corren por mi cuenta exclusiva. La asistencia que ellos me prestaron se redujo, exclusivamente -y vaya si será importante- al aspecto técnico del problema. (...)

LA SENTENCIA DEL JUEZ

Paso, ahora al penúltimo punto: la sentencia del juez.

Supongo que la habrán leído todos los señores senadores. Esta sentencia del juez fue lo que motivó que ayer el señor senador Singer dijera que era un error garrafal del juez. Digo que más que error garrafal, es un motivo de invalidez que obliga a la devolución del expediente y a considerar que no puede haber causa para el desafuero.



El juez se extralimita en sus funciones. Prejuzga. Habla de plena prueba. Establece el delito y juzga en rebeldía lo cual está absolutamente prohibido por el artículo 21 de la Constitución de la República. Esta sentencia del juez comienza, como lo dijimos, haciendo referencia expresa a la resolución ministerial. No voy a abundar en detalles, pero eso indica la dependencia del juez militar con respecto al Poder Ejecutivo, porque toma como punto de partida la indicación que se le hizo por parte del Poder Ejecutivo. (...)

Dijimos que citaba mal al fiscal y mal el artículo, lo que constituyen errores inconcebibles, pero además habla ya de plena prueba y tipifica el delito.

¿Cuál es la razón, digo yo, por la que se pide el desafuero? ¿Qué significa el desafuero? Significa que se levantan las inmunidades que tiene un legislador y que le permiten no hacerse presente ante el requerimiento del juez si no es cuando el Cuerpo, sus pares, han levantado esas prerrogativas que tiene, ese derecho a ampararse en sus fueros, esa inmunidad que le da la Constitución de la República. El juez lo reclama a efectos de interrogarlo. Si lo reclama a efectos de interrogarlo, es porque todavía el presumario no puede estar terminado. Es la legítima defensa. Es la obligación que tiene el juez, de acuerdo a todas las normas establecidas en la materia, de interrogar al inculcado para saber el grado de culpabilidad y proceder luego en la sentencia a dictar o no el procesamiento. Aquí, con la sentencia a la vista, el juez, ¿para qué lo va a interrogar, si ya lo juzgó? El juez ya dijo que hay plena prueba. El juez, además, ya estableció el delito que le tipifica. ¿Para qué quiere el juez al señor senador Erro, que lo ha juzgado sin darle la oportunidad de la legítima defensa, y lo ha juzgado en rebeldía? ¿Qué dice el art. 21 de la Constitución de la República?

"Queda igualmente vedado el juicio criminal en rebeldía. La ley proveerá lo conveniente a este respecto."

Si el Senado ya no hubiese tenido a lo largo de mi disertación motivos o elementos suficientes como para rechazar el expediente, ante esto, ¿no tiene la obligación de rechazarlo de inmediato? ¿Está o no juzgando al senador Erro en rebeldía? ¿Pudo declarar o no? ¿Alegó en el expediente o no? ¿Presentó sus descargos o no? ¿Le libró el juez un exhorto a los efectos de conocer cuál era su posición o no? Sin embargo, el juez, en la foja 52 vuelta, es categórico.

"...vienen a reafirmar la prueba ya existente en autos sobre la existencia de plena prueba del delito de Atentado a la Constitución, artículos 132 inciso 6 y 197 del Código Penal Ordinario..."

Nunca se ha visto una barbaridad jurídica como ésta! Esta se la tragó el Supremo Tribunal Militar: se había dirigido al Poder Ejecutivo, con la firma de su presidente, diciendo:

"Cúmplame elevar al señor ministro de Defensa Nacional la reiteración de la solicitud de desafuero del senador señor Enrique Erro, formulado por el señor juez militar de Instrucción de Tercer Turno, en antecedentes presuntivos que se acompañan en cincuenta y cinco fojas útiles. Se elevan estas actuaciones con el aporte de nuevos elementos de juicio instruidos por el Juzgado Militar de Instrucción interviniente";

había ordenado al juez que, de acuerdo con la disposición del Poder Ejecutivo, revisase el expediente; y ahora admite que en un expediente de esta naturaleza se juzgue en rebeldía!

El Poder Ejecutivo no va tan lejos. El Poder Ejecutivo, que toma conocimiento del problema, vuelve, también, a analizarlo y establece, en su Resolución del 25 de abril, en la comunicación al presidente de la Cámara de Senadores: "Cumple este Poder con su remisión a la Cámara de su Presidencia, a los efectos que por derecho correspondan. De las actuaciones jurisdiccionales practicadas, surge que existe semiplena prueba". Es decir, que el propio Poder Ejecutivo está contradiciendo al juez interviniente. ¿Está o no dependiendo la Justicia Militar del Poder Ejecutivo? ¿Quién es el Poder Ejecutivo para calificar el expediente, para decir que lo que el juez entiende como plena prueba es semiplena prueba, aun cuando tenga razón? Esto indica claramente que la supuesta independencia técnica de la que se hablaba no es tal, porque eso hace al fondo del asunto, hace al problema de derecho, hace a la parte técnica. O sea que es el Poder Ejecutivo quien califica, diciendo que es semiplena prueba y no plena prueba. Además no se anima a calificar el delito sino que dice que es "comisión de graves delitos de lesa nación", que del punto de vista de la tipificación por el Código correspondiente es..., prácticamente, pura literatura.

Termino el análisis del expediente con esta constancia que, por sí sola, lo invalida totalmente. ¿Por qué una sentencia y un expediente tan burdos? ¿Por qué esta cosa grosera, que choca,

que rechina? ¿Por qué este acumular de hojas y hojas sin sentido? ¿Por qué estas contradicciones en el documento? ¿Por qué estos interrogatorios mal hechos? ¿Por qué estas carencias notorias? ¿Por qué estas violaciones que no se esconden? ¿Por qué estos errores tan gruesos, como el de la sentencia?

Pienso que solamente puede haber tres motivos. En primer lugar, el de fondo: la Justicia Militar no está preparada para la tarea que se le asignó. Esto es evidente. No tiene la competencia técnica que se adquiere al cabo de los años, la especialización y, tampoco, la vocación, que, para mí es fundamental. Traigo este concepto que considero importante a la discusión, como una disculpa o excusa a los muchos errores que se cometen. El que no tiene vocación de juez, evidentemente, no puede abordar con gusto la tarea porque la encuentra pesada.

En segundo término, creo que hay por parte del doctor Silva Ledesma una subestimación de los políticos. Creyó que podía enviar un expediente de esta naturaleza pensando que los políticos no lo iban a entender, a considerar o a juzgar. Entiendo que esta subestimación de los políticos no la hace sólo el doctor Silva Ledesma sino que, también, podrán hacerla otros militares -muchos otros no la harán porque saben que puede haber políticos buenos o malos, inteligentes o no y que no es una actividad a la cual vayan únicamente los que no tienen capacidad- acostumbrados a tratar con algunos políticos del gobierno como por ejemplo, el señor ministro de Defensa Nacional. 4

Aquí hay políticos que encaran con responsabilidad su función, que se asesoran, que sienten que ésta es una instancia decisiva en la vida de la República y que este expediente tenía que ser analizado con lupa. Ahora estamos demostrando que la Justicia Militar, desde el punto de vista técnico es totalmente ineficiente, que comete errores muy gruesos y que, además, no está capacitada para desempeñar la función tal alta que se le asignó.

Nosotros teníamos razón cuando hace diez meses decíamos que había tres razones por las cuales no se debía entregar la Justicia a los militares: primero, porque no es independiente; segundo, porque no tienen versación y, tercero, porque no tienen vocación. Esto queda ahora perfectamente demostrado.

En tercer lugar, ¿qué otra razón puede haber para que manden un expediente tan burdo y grosero? Creo que la Justicia Militar descontaba un respaldo masivo, un apoyo sin reticencia, en base a consideraciones de carácter político y que, entonces, más allá de los defectos que se le pudiese encontrar o de sus carencias, finalmente, el grupo político que respalda al gobierno se solidarizaría -como dijo el señor senador Caputi en su intervención tan infeliz de la primera hora- con dicha Justicia y levantarla la mano para darle el visto bueno.

Estas afirmaciones que formulamos no son contestadas. No las contesta el informe de la mayoría y tampoco lo hace nadie en la sala. Nosotros no hemos señalado uno o dos defectos o violaciones legales sino muchísimos que invalidan el expediente.

EL FALLO DEL SENADO

Quiero detenerme unos pocos minutos sobre lo que es la naturaleza del fallo que va a emitir el Senado.

Esta es una instancia donde se ve, perfectamente, si la democracia funciona o no. Este librito que es la Constitución de la República no fue redactado en vano. En él se contempla lo que puede ser una fricción de poderes y establece las competencias respectivas. No creo que esté mal el Poder Ejecutivo -lo digo sinceramente- en mandar el pedido de desafuero si considera que es pertinente. Esto no me asusta: me asusta cuando tiene intención política, cuando obedece a directivas que se imparten desde arriba.

No me preocuparía, en modo alguno, un pedido de desafuero enviado por un juez civil en uso de sus facultades. Me preocupa, y mucho, que eso lo haga un juez militar, sometido a dependencia. Pero tampoco me asusta eso si se va a jugar limpio. Esta es la hora en que el país debe hablar claro y jugar limpio, porque cada cual tiene que hacer uso de sus competencias.

El Poder Ejecutivo cree que hay motivos para el allanamiento de los fueros del señor senador Erro y envía el proyecto respectivo. Algunos señores senadores entienden que es procedente y hacen jugar sus recursos e inteligencia para defender esa tesis. Otros, entienden que no. El artículo 114 establece que se necesitan dos tercios de votos. Si no se cuenta con esos votos, el desafuero no puede salir. ¿A quién se le ocurre que puede haber otra alternativa? Si se juega limpio, ésta es la única salida. Si se juega con trampa, si se trata de fulleros, entonces, hay otra variante: se pide el desafuero para ver si se consiguen los votos correspondientes y si no se logran, igual se allanan los fueros que tiene el legislador.

Esto tiene un nombre y es bueno que se conozca, cuando enfrentamos horas decisivas en la vida del país. Admito la controversia política. A lo largo de 25 años de lucha política, esforzada, apasionada, hemos aprendido que enfrentar a los más difíciles adversarios. Hemos hecho nuestra cerrera política tratándolos con respeto. Además, hemos comprobado que pueden coexistir,



perfectamente, ideas dispares siempre que se juegue limpio. Lo que no admitimos es la trampa, es a los que pretenden aparecer como impolutos y tienen las cartas escondidas en la manga. No podemos jugar con quienes tienen los naipes marcados. Además, no admitimos que ante la opinión pública se diga: "Cumplimos con la Constitución de la República; enviamos un pedido de desafuero; ahí tiene el Senado las cosas para resolver; que haga lo que le parezca; está en su órbita, en su competencia, su actividad está reglada por las disposiciones constitucionales y que proceda en consecuencia." Y luego, la intimidación; porque no sólo es de fulleros el no respetar el fallo, no sólo es de tramposos no acogerse a las normas impuestas no por nosotros, sino que vienen del fondo de la historia, sino también, el hacer creer esas cosas.

Los dos tercios de votos no son un invento del Uruguay de hoy. La exigencia de un quórum especial para allanar los fueros de un legislador no la inventaron los legisladores que hoy ocupan estas bancas. Viene del fondo de la historia y no es, de ninguna manera, una norma vigente solamente en el Uruguay sino que ya aparece en civilizaciones muy anteriores a la nuestra. En el siglo XIII o XIV, en Inglaterra, se legislaba en relación de los fueros para los legisladores. Esto se hacía porque el Poder Legislativo siempre fue débil en materia de fuerza frente al Poder Ejecutivo.

En la época romana era distinto. Cada senador tenía una legión y las luchas fratricidas estaban a la orden del día. El enfrentamiento entre senadores y el pretor, el cónsul, o quien fuera que detentara el poder, era cosa corriente.

La evolución de las normas de convivencia dentro de un país fue señalando que el Poder Ejecutivo tenía la fuerza en sus manos y que de él dependían las fuerzas militares.

En cambio, el Poder Legislativo no tenía nada más que su autoridad moral, el mandato que emana del mismo pueblo, aquello que decía Artigas, "mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana", es decir, el mandato que viene del fondo de la historia y que le da la ciudadanía cuando cada tanto tiempo lo consagra en las urnas para que desempeñe determinado mandato.

El legislador se vio obligado, en civilizaciones anteriores a la nuestra, a proteger al Poder Legislativo, estableciendo normas constitucionales, inmunidades y la absoluta seguridad de que el legislador podía decir en cualquier momento su opinión, sin verse compelido, en modo alguno, por fuerzas extrañas al recinto parlamentario, a tener que deponer su actitud y dar cuenta de sus actos. Y cuando así se entendió que el legislador tenía que hacerse responsable en alguna circunstancia, de sus actos, fue sumamente riguroso en el establecimiento de las normas que permitirían allanar sus fueros.

Digamos entonces, en momentos en que se pretende confundir a la opinión pública, que no es un invento de los hombres de 1973, ni tampoco una forma que rige solamente en el Uruguay. Viene del fondo de la historia de nuestro país, con la Constitución de 1830, y arranca de civilizaciones que tienen cientos y cientos de años más que la nuestra. Pero la intimidación, la fullería y la trampa no está solamente en no respetar el fallo, sino también en la campaña intimidatoria; está en esta cosa que, no por ser ridícula, deja de ser trágica, está en esa persecución implacable que se hace al señor senador Erro. ¿Quién cree que es el

señor senador Erro a quien se está persiguiendo y acusando? ¡Es a cada uno de nosotros! El que no lo quiera ver así, el que no quiera pensar que en el lugar del señor senador Erro mañana puede estar cualquiera de nosotros, no conoce la historia de las arbitrariedades. Muchas veces hemos señalado desde estas mismas bancas que cuando se amenaza o se castiga a alguien, además lo que se quiere es amedrentar a los demás. Fíjense, dice el señor Bordaberry, lo que yo estoy haciendo al señor senador Erro: no es más un hombre libre, dueño de sus actos; yo lo tengo acosado y perseguido de tal modo, que no tiene posibilidades de desplazamiento; conozco todos sus pasos, todos sus actos y lo tengo completamente cercado. Tengan cuidado porque el día de mañana les puede suceder a cualquiera de ustedes. Y es también una campaña intimidatoria ésta de los rumores, esto de que se ha preparado ya el decreto respectivo, como lo es asimismo la visita a los cuarteles. (...)

Por consiguiente, el fallo tiene que ser respetado, no puede haber otra alternativa si se juega limpio. Aquí es donde es fuerte la democracia porque todo reposa en el consentimiento. Es un poco aquello del Contrato de que hablaba Juan Jacobo Rousseau: es letra muerta si no estamos dispuestos a respetarlo.

Cuando el Poder Ejecutivo resuelve enviar el pedido de desafuero, inicia un camino que sabe que está perfectamente signado por las disposiciones de esta Carta. Debe estarse a lo que el fallo disponga. Cuando él habla de que cada cual cumpla con su deber, yo no puedo pensar que haya, de ninguna manera, entrelíneas ni reservas mentales. Nosotros estamos cumpliendo con nuestro deber y creo que lo estamos cumpliendo bien.

LA PERSONALIDAD DEL SENADOR ENRIQUE R. ERRO

Antes de terminar quiero decir dos palabras sobre el aspecto humano de este asunto. Aquí, además de derechos en juego, de disposiciones de la Carta Constitucional, hay también un hombre en juego, un hombre que todos conocen perfectamente: polémico, controvertido, que despierta grandes expresiones de amistad y a la vez enconadas oposiciones; un hombre de una actividad parlamentaria tumultuosa, volcánica, que generalmente nunca calló lo que tenía que decir y que ha librado luchas muy duras.

En el año 1959 tuvo que ser separado de su cargo. El Consejo Nacional de Gobierno de aquella época, siendo él ministro de Industria y Trabajo, en un Ministerio tremendamente conflictivo, le pidió la renuncia por el famoso problema del azúcar, a raíz de las denuncias que había formulado involucrando a algunos hombres de gobierno. El señor ministro Erro en aquella oportunidad dijo: yo no renuncio nada; a mí me tienen que echar, porque esto queda para la historia; renunciar es un signo de debilidad. Ahí está pintado de cuerpo entero el hombre que en esos momentos tomaba esa decisión.

El Senado sabe perfectamente bien que con el señor senador Erro tuvimos tremendas diferencias en el pasado -¿quién no las recuerda?- cuando en 1958 él era un enemigo implacable del Poder Ejecutivo de aquella época. La historia ha querido que él fuese el defensor, junto con el doctor Herrera, en aquel momento, de muchos de los militares que ahora llegaron al generalato. Las

principales controversias que tuvimos con el señor senador Erro, yo defendiendo al gobierno de la Lista 15 y al Partido Colorado en aquella oportunidad como secretario de la bancada y él atacándolo, el Consejero Batlle Berres defendiéndolo desde el Consejo Nacional de Gobierno y el consejero Herrera atacándolo —no pretendo comparar figuras, en modo alguno— tuvieron lugar también en función de problemas castrenses. El señor diputado Erro asumía en aquel momento, por indicación del doctor Herrera y por trabajar junto con él, la defensa de algunos militares, de la misma manera que yo tomaba a mi cargo la defensa del gobierno. Durante años estuvimos en tiendas completamente encontradas y no oculto al Senado —porque lo conocen muchísimos señores senadores— que ni siquiera nos saludábamos. Las circunstancias del país hicieron que volviésemos a encontrarnos en momentos muy difíciles y especiales. Y a lo largo de estos dos años y medio en que estuvimos trabajando juntos en la formación del Frente Amplio, pude aquilatar las condiciones morales y las condiciones de lucha que tiene el señor senador Erro. ¿Quién no sabe que es un enemigo tremendo del gobierno, un fiscal implacable, un acusador de todas las horas y de todos los días, un defensor permanente de su convicción, un hombre que siente los problemas del país y que los catapulta con apasionamiento, un hombre que, además, está en la lucha con una austeridad, con una moderación, con una ponderación, con una honradez que nadie puede ignorar?

Sobre los políticos en general se tejen muchas clases de leyendas. No hay actividad más castigada, como que están, podríamos decir, en la mira de todos los ojos, sindicatos permanentemente por su actividad, carentes, prácticamente, de vida privada, acusados, a veces con razón y muchas otras sin ella, de cometer toda una serie de deslices, de faltas o de abusos. Pero Erro ha sido uno de los pocos que ha escapado a eso. Erro es un hombre que a través de todos sus años en el desempeño de la función política ha acreditado una honradez acrisolada. Se le habrá discutido, pero nunca se ha puesto en tela de juicio su honradez y sus condiciones personales.

Tengo la obligación de decir que en este expediente no hay, de ninguna manera, una cosa etérea, una cosa vaga, sino que hay un hombre de carne y hueso al cual se le ha sometido en estos veinte y tantos días a una persecución implacable. Y se le ha sugerido, por todos los medios, que lo va a pasar mucho mejor si decide abandonar su actitud de enfrentamiento y de rebeldía. Por supuesto, se les está indicando también a otros senadores que pueden seguir el mismo camino.

En esta lucha en que estamos enfrentados no puede haber ni timideces ni endebles y, por el contrario, la única manera con que nos podemos hacer respetar es actuando con absoluta firmeza y con total fuerza.

A este hombre de vida honrada, de cuarenta años entregados a la lucha política del país, que ha levantado enemigos en todas partes, porque no ha sabido nunca callar la verdad u ocultar su manera de pensar, que ha sido un denunciante implacable de las torturas, de los apremios y de los excesos del Poder Ejecutivo y de las fuerzas militares, que ha denunciado a lo largo del país la inconducta moral de muchísimos gobernantes, se le pretende acallar su voz, se pretende llevarlo a un cuartel, confinándolo, como se hizo ya, con el doctor Ariel Collazo.

Entonces nuestra voz se levanta no para decir que votamos contra el desafuero porque se trata de Erro; lo hacemos porque este expediente no resiste el menor análisis, porque juzgado el mismo, observamos que es una suma de barbaridades, una suma de arbitrariedades, de ilegalidades y de carencias; pero queremos expresar nuestra solidaridad al señor senador Erro y el reconocimiento a sus virtudes, y en él se tienen que sentir identificados todos los que están luchando contra el gobierno, y todos, más allá de estar luchando contra él, los que lo hacen por una idea pura que sienten en lo más íntimo de su ser.

LOS FUEROS DEL SENADO

Termino refiriéndome a una vieja máxima que invocaba al principio de mis palabras.

De cómo que había una sola manera de defender los fueros del senador, que es defendiendo los fueros del Senado; hay una sola manera de defender los fueros del Senado, que es defendiendo los fueros del senador. Unos y otros, fueros del Cuerpo, fueros del hombre que lo integra, van unidos de la mano. Aquí no damos una lucha por un hombre en especial. Aquí no damos una lucha ni por un amigo ni por un correligionario, ni por un enemigo o por un adversario; estamos dando una lucha por la institución.

Este Senado, tantas veces criticado, tantas veces desconocido en su labor, que para muchos no hace sino perder el tiempo, es la expresión de una genuina democracia. En momentos en que asume con absoluta responsabilidad su labor, en momentos en que enfrenta con absoluta decisión la posición del Poder Ejecutivo, no sólo está defendiendo sus fueros, o el de uno de sus integrantes, sino que está haciendo historia. ¡El país necesitaba de estos arrestos! El país necesitaba de un Cuerpo con reñones, como dicen los españoles! El país necesita a de un Cuerpo que se plantase frente al Poder Ejecutivo para decirle: nosotros resolvemos cuando nos parece; resolvemos según nuestro leal saber y entender; no hay amenazas que valgan; visiten los cuarteles; pongan las tropas en la calle; rodeen el Palacio Legislativo; acocen a uno de sus integrantes, ¡que aquí estaremos diciendo nuestra verdad! ¡De nada valdríamos si no tuviésemos la valentía de decirlo!

Alguien dijo que prefería un Parlamento cerrado a un Parlamento humillado. ¡Por supuesto que sí! Antes que un Parlamento que no actúe, que un Parlamento cojo, con temor, prefiero un Parlamento que no sesione, que sea disuelto. ¡Mil veces sí! ¡Todo eso, antes que un Parlamento de rodillas, frente a un Poder Ejecutivo que viene a imponer su prepotencia y su arbitrariedad! Ha llegado la hora de que se sepa perfectamente que en el país los grupos están definidos, que las áreas no pueden, de ninguna manera, ser sometidas a jurisdicción común. De un lado están los que quieren que impere el Derecho y del otro están los que quieren avasallarlo. En ese sentido estamos, cuando defendemos los fueros del señor senador Erro: no estamos defendiendo a persona alguna, sino la vida misma del país, y su constitución democrática. Pero, sobre todas las cosas, les estamos dando una lección a los mandamás de turno, a los que creen que estando detrás de las bayonetas y visitando los cuarteles pueden cambiar el destino del país. El destino del país se hace con el pueblo. No basta solamente con la Constitución y con las leyes. Tampoco queremos estructuras vacías, ni carentes de esencia.

Hoy no es el tema, quizá más adelante, si la noche nos lo permite, incursionaremos en otros aspectos. Pero, pregunto yo, ¿cómo puede estar el país pendiente del desafuero del señor senador Erro, el Poder Ejecutivo lanzando sus baterías, el rumor de sables en los cuarteles, el decreto que se redacta o no para llevarlo preso? ¿Es que los militares están ciegos, o han sido engañados? En vez de estar dispuestos a hacer la felicidad del país trabajando de común acuerdo con el Poder Ejecutivo y con el Poder Legislativo, para llevar adelante los comunicados No. 4 y 7 que ellos un día dieron a conocer, y que en más de un aspecto tienen un parecido tímico con las banderas que nosotros hemos levantado y otros políticos también, están perdiendo el tiempo para defender a uno de los senadores, cuando la obra que está reclamando el



país es la legislación sobre la banca, sobre el comercio exterior, sobre el latifundio, sobre la riqueza, sobre los desocupados, sobre los jubilados mal pagados, sobre la carestía, sobre el país, que tiene en sí mismo las causas que van generando la subversión.

O, ¿es que acaso en esta lucha de tantos meses, no corrió tanta sangre inocente de un lado y del otro, acaso salieron a la calle con los sables en las manos poniendo en peligro sus vidas, los militares de este país, para terminar en manos de una rosca que los envuelve, para terminar siendo de nuevo el brazo armado del imperio, de la reacción y de la oligarquía, las mismas razones por las cuales un día no quisieron admitir a Francese que durante meses los había condenado, precisamente, a esa situación? Yo digo que no. Digo que este es un juego muy claro que hay que denunciarlo de una vez por todas. Atrás de esto hay malos políticos y hombres que no quieren la democracia, porque fracasaron en el Parlamento de la República y porque llegaron al poder creyéndose un mesías. Lo peor que le pudo pasar a la República, es que quien un día fuese senador del Partido Nacional, terminara siendo, tres años y medio después, presidente de la República, llevado por el Partido Colorado. Se sintió Dios, seguramente. En la historia del mundo, no sólo del Uruguay, ¿qué otro hombre reunió en apenas cuatro años una condición parecida? Contribuyó en el '58 a la derrota del Partido Colorado, lanzando contra Luis Batlle una de las campañas más tremendas respecto a su honestidad. Luego fue uno de los lugartenientes del señor Nardone en el movimiento ruralista, votando con los blancos. Posteriormente, fue senador del Partido Nacional. Y tres años medio después, por arte de birliriloque, como si fuese un genio, o el hombre más inteligente del país, asumió la presidencia de la República. ¡Y, así estamos!

Esta es una jornada histórica. No pretendí incursionar en el tema político, pero digo, sí, que todo este episodio del señor senador Erro se inserta, se enmarca dentro de la problemática del país, dentro de la crisis que vivimos. Los problemas son otros. Por supuesto que son otros, pero no por ser otros, vamos a dejar de defender lo primero que tenemos que defender! No hay posibilidad de realizar el país si no tenemos el pleno respeto de las instituciones y en plena libertad. Por supuesto que no nos basta sólo la libertad de expresión, la libertad de palabra, de reunión, si no hay también libertad económica. No queremos un hombre libre que se muera de hambre. Pero tampoco queremos un hombre que tenga una panza llena —permítaseme la expresión— si no puede expresar con libertad sus ideas. Luchamos por un Uruguay distinto y, por distinto, mejor. Luchamos por un hombre nuevo. En esa tarea no establecemos distingos ni vallas con respecto a los hombres que tienen uniforme o que dejan de tenerlo. El pueblo se integra con hombres que tengan las mismas ideas y posiciones que nosotros con respecto a la problemática del país: la dependencia del extranjero, el problema de la banca, de la oligarquía, del comercio exterior, de la industria, del agro, de la desocupación, de la tenencia de la tierra, etc. Enumeremos todos los problemas. Ahí no pretendemos estar solos. No pretendemos que nosotros solos podamos hacer esa obra. Queremos que la obra la haga el pueblo y en el pueblo no puede haber distingos. Pero para realizar esa obra, primero que nada, afirmamos las instituciones democráticas, y defendemos sobre todo los fueros de los legisladores.

En la historia del mundo, los parlamentos que se han hincado de rodillas, han desaparecido. En la historia del mundo, los parlamentos que han sabido defenderse, que se han levantado contra las prepotencias de dentro y de fuera, han subsistido.

Reclamo para este Parlamento que tanto quiero, para esta actividad que abracé con lo mejor de mí, a la que le he dedicado toda mi vida en la defensa de mis convicciones, llegando hasta el sacrificio permanente —saben los señores senadores que no me gusta hablar de situaciones personales— que en circunstancias como ésta se esté bien plantado, con reñones bien puestos, enfrentando a los que creen que con el ruido de sables pueden llevarse todo por delante y, sobre todas las cosas, dispuesto a terminar esta jornada de hoy defendiendo los fueros, asegurándole al señor Erro, como a cualquier otro senador en las mismas condiciones, el uso de su banca para que pueda decir toda su verdad, y mañana, de frente a una nueva obra, tratar de hacer de este país que nosotros queremos, un Uruguay distinto, donde el pueblo sea, precisamente el dueño de su destino. (5) ■

5. Después del discurso, el Senado no votó el desafuero de Erro. A los pocos días, el 27 de junio, los militares y el entonces presidente Bordaberry dieron el golpe de Estado, disolviendo el Parlamento.

EN EL TRIBUNAL RUSSELL

"...a la dictadura uruguaya, a los civiles con cargos, a las Fuerzas Armadas sin excepción..."

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE EL TRIBUNAL RUSSELL (ROMA, 30 de MARZO de 1974)

Uruguay es un país pequeño, sin grandes riquezas naturales ni valores estratégicos. Su pueblo se formó sobre la base de una importante inmigración española e italiana que le permitió constituirse, al cabo de más de 100 años de vida, en un país de trabajo, de gente sencilla, cordial y acogedora, cuyo mayor orgullo era su estabilidad institucional, su culto a la libertad, el respeto al hombre y a los derechos inherentes a su persona. Es una América convulsionada, permanentemente herida por los avatares de un destino trágico, presentaba una imagen de paz, de concordia, de tolerancia. Durante los últimos cuarenta años, contrastando muchas veces con los países hermanos, su vida se desarrolló normalmente; el pueblo, convocado a las elecciones, designaba sus autoridades y eran éstas, legítimamente constituidas, las que orientaban al país. Agrupaciones políticas distintas, con ideologías muchas veces enfrentadas, dirimían ante el juez supremo de la opinión pública sus diferencias conceptuales. Desde hace unos años, primero lentamente y luego con ritmo de vértigo, todo eso se fue perdiendo. El último mes de 1967 marca lo que podríamos denominar el inicio del fin, aunque la tragedia hubiese comenzado mucho antes, como lo demostramos en el memorándum presentado ante este Tribunal. Pero en la obligación de determinar una fecha, a fin de establecer pautas, es a partir de ese año que se acentúan las diferencias, comienzan a conculcarse derechos y libertades, se empieza a restringir la libre expresión, se reprime, se muere en las calles.

La violencia-provocación del régimen, la violencia de arriba, engendra siempre la violencia de abajo. Y es violencia del régimen el infraconsumo, la riqueza mal distribuida, la corrupción, la pérdida del valor adquisitivo del salario, los privilegios de las clases ricas, la escasa asistencia sanitaria, el déficit de viviendas, la política económica dependiente del Fondo Monetario Internacional, la entrega del país a la banca extranjera. Como es violencia, también, la represión de las huelgas, las medidas prontas de seguridad —que es un sistema equivalente al estado de sitio, con el que se limitan las libertades—, la congelación de salarios, la militarización de sindicatos y gremios, el apresamiento y destitución de los trabajadores. Esto sucede durante el año 1968. Es justo en ese momento que la guerrilla comienza a hacer sentir su presencia; es una de las tantas respuestas que el pueblo uruguayo da a la violencia gubernamental.

De ahí en adelante todo será cada vez más sombrío, más siniestro. La dictadura, una de las caras del régimen imperante, terminará por instaurarse.

¿Qué es el Uruguay de hoy? ¿Por qué nuestra presencia y nuestra palabra ante este tribunal que con su nombre honra la memoria ilustre de un abanderado de la paz, de un fanático de la libertad y de la tolerancia entre los hombres? Llegamos para denunciar al mundo entero, con dolor y tristeza, pero cumpliendo un deber ineludible, cual es la situación de nuestra patria: el arrasamiento de sus instituciones, la negación de la ley y los derechos por ella consagrados, la persecución y la muerte desatadas, la tortura y el maltrato físico y espiritual como medios normales que tiene el gobierno, los militares, la dictadura, de considerar a sus semejantes.

La dictadura eliminó un Parlamento elegido tan sólo 18 meses atrás; la concurrencia a las urnas había sido de un 85 por ciento del electorado habilitado; clausuró toda la prensa opositora; disolvió los sindicatos y apresó a sus principales dirigentes; intervino la Universidad, destituyó profesores, encarceló a sus máximas autoridades; prohibió toda actividad política, puso fuera de la ley a los partidos de izquierda y detuvo, torturó, vejó a miles y miles de ciudadanos, obreros, estudiantes, profesionales, intelectuales, de todas las clases, edades y condiciones, y mató en la calle y en las cárceles, por diferentes medios, pero siempre asesinando.



Es imprescindible un breve análisis de lo que esto significa. En América Latina, Uruguay podía ostentar con orgullo el ser la tierra elegida por todos los perseguidos políticos de otras latitudes. Cuando un hombre sentía que no podía expresar sus opiniones, que estaba perseguido, que se le cerraban las posibilidades de vida en cualquier parte de América o del mundo entero, sabía que en el Uruguay existía una tierra de libertad, donde todos los hombres y mujeres, por encima de sus diferencias, se unían para brindarle acogida y para que pudiera encontrar ahí una nueva vida. Hoy son sus hijos los que tienen que salir a buscar amparo y seguridad en el exterior porque no pueden vivir cuando están en contra del régimen. Durante decenas de años su prensa no tuvo limitaciones para pronunciarse. Una amplia libertad reflejaba un respeto total al hombre y su pensamiento. Hoy no pueden levantarse voces contrarias al gobierno militar, no existe la crítica, la prensa opositora ha sido obligada a cerrar, fueron apresados muchos de sus directores y redactores principales. En Uruguay no hay más verdad que la que impone la autoridad, incluso para las agencias internacionales de noticias, que están sometidas a censura. Demás está decir que la prensa extranjera corre la misma suerte que la nacional: no puede circular si divulga información contraria a la dictadura.

La central obrera, la Convención Nacional de Trabajadores, agrupa a más de 400 mil obreros que luchan por sus salarios, por un mejor nivel de vida y por el derecho —que es obligación de todos— a participar en la vida del país. Una tradición sindical de mucho tiempo habla de una conciencia y una militancia combativas. En duros enfrentamientos con el Estado y con las patronales privadas los trabajadores uruguayos había logrado —paso a paso— un status de respeto y de consideración. Hoy se ha ilegalizado a esa Central y a los sindicatos que la integran; se ha detenido a sus principales dirigentes, se impide a los obreros toda actividad gremial. Se ha hecho retornar al Uruguay a 1905 —hace 69 años!— cuando la defensa del salario y la agremiación se pagaban con la cárcel o el destierro, cuando no con la propia vida.

Los partidos políticos, sustento de toda organización democrática, desarrollaban una labor que, con altibajos y claroscuros, significaba la posibilidad del hombre uruguayo de construir su propio Uruguay, bregando por las soluciones más afines a sus inquietudes. Los llamados partidos tradicionales —el Blanco y el Colorado— aun representando intereses de clase y desgastados por el ejercicio del poder o por una oposición muchas veces complaciente, eran sin embargo, armas al alcance del ciudadano. El surgimiento de un frente popular en 1971, el Frente Amplio, que aglutinaba a colectividades políticas de izquierda, y además desprendimientos importantes de los partidos tradicionales, con un claro sentido nacional, prometía la alternativa de una trinchera para luchar realmente por el país. Hoy todos los partidos políticos, sin excepción, están proscritos, clausuradas sus sedes, inhabilitados sus dirigentes para actuar, marginados de todo el proceso cívico de la nación.

La Universidad uruguaya, cuna rebelde de donde surgieron muchos de los más destacados luchadores por la liberación, formadora de profesionales prestigiosos que repartieron la cultura recibida por muchos países de América y que, sobre todo, educó hombres en el sentido más integral del vocablo, está reducida hoy, como toda la enseñanza, a ser tan sólo un local donde se imparte conocimiento, se somete al joven a las presiones de un gobierno hostil y se exige una enseñanza ajena al proceso nacional, vedándosele toda intervención en los problemas de su patria. Profesores destituidos, estudiantes sancionados, maestros imposibilitados de educar, cátedras dadas por la autoridad militar, sólo pueden dar, con el correr del tiempo, una juventud de rodillas, un pueblo manso. Eso es lo que se persigue, eso es lo que se quiere. Y por eso el ejército, capacitado exclusivamente para defender o destruir, jamás para construir, utilizando a los civiles renegados, silencio al Parlamento, a la prensa y a los partidos políticos. No quiere voces opositoras ni que se divulgue la verdad. Consciente de su debilidad confiesa que el conocimiento popular de los hechos reales, tal como son y no como los presenta, termina con su régimen. Y para completar su obra destructora cierra los sindicatos y la universidad, porque sabe que son el fermento natural de toda lucha contra la injusticia, contra la arbitrariedad, contra el crimen, contra la inmoralidad.

Pero eso no basta. Ni aun así se doblega a un pueblo que lucha por su independencia. En la historia de la humanidad, la libertad ha sido siempre arrancada al tirano contra su voluntad y a pesar de su fuerza. Sólo los que luchan alcanzan su feliz destino. Para impedir toda resistencia y eliminar toda posibilidad de reacción, la dictadura militar se ha visto obligada a torturar, perseguir, acosar, maltratar a todos aquellos que la enfrentan, a los que no son sus adeptos o a los que simplemente no aceptan su accionar. Aun sin actitud de enfrentamiento, aquel que no comulgue con el régimen sufrirá sus represalias. Es así como hoy en día la represión ha alcanzado límites que superan el número de 5.000 y por las cárceles militares han desfilado más de 40.000 personas. El número debe relacionarse con el total de habitantes del país y entonces las conclusiones son escalofriantes. Uruguay tiene apenas 2.700.000 habitantes. Estos números trasladados a Italia, por ejemplo, darían para una población estimada en 50.000.000, una cifra de personas detenidas cercana a los 800.000 y de torturados superior a 100.000. Hoy hay en los establecimientos de detención del Uruguay más presos políticos que presos por delitos comunes. Pero estas cifras no son estáticas. Crecen constantemente. Además se persigue a los familiares, a los amigos, y a quienes ejercen la defensa, a los abogados, se les acosa constantemente, se les maltrata incluso, se les ha encarcelado, se les ha obligado a salir del país.

Todo esto ha sido posible mediante dos elementos que es necesario juzgar con atención. Primero, la más cruel de las torturas y, segundo, una entrega total del ciudadano a la Justicia Militar, ejercida por oficiales que carecen de independencia, competencia y vocación para poder ejercer tan delicada función. Sin embargo, no obstante esa carencia, la libertad, el honor, el buen nombre, la dignidad, los bienes y la vida de la gente están sometidos a jueces militares, educados para una actividad totalmente distinta, formados en una obediencia completa a la autoridad y a los mandos superiores, cumplidores constantes de las órdenes impartidas, que no pueden ni discutir ni analizar. La justicia militar uruguaya, que ha reemplazado a la justicia civil, coloca al ciudadano en un sometido

miento total al poder militar. Este detiene, interroga, efectúa la instrucción sumaria, acusa, juzga, condena y aún más: vigila y controla al prisionero. Como que es parte en todo el proceso represivo, demás está decir que los juicios instruidos están plagados de errores, de carencias, de arbitrariedades, de monstruosidades jurídicas; en última instancia no son más que la comprobación y la expresión de una voluntad decidida a castigar y no a impartir justicia.

Pero el capítulo más repulsivo de todo el proceso está constituido por la institucionalización de la tortura. Digamos que abarca todos los aspectos imaginables, tanto físicos como espirituales, individuales como colectivos, públicos como privados. Y va desde el plantón hasta la picana eléctrica, en un largo rosario de prácticas crueles que detallamos extensamente en el memorándum antes mencionado. La tortura comienza siendo para el gobierno del señor Juan M. Bordaberry —el dictador actual— y para los militares un arma de lucha destinada a obtener información. Esto conviene tenerlo siempre presente en el análisis del proceso uruguayo. Maltratando al individuo se logra que confiese lo propio y lo ajeno, que cuente planes, que revele secretos, que indique a los compañeros de su grupo. Todo el aparato militar está destinado, por consiguiente, a perfeccionar los medios que sometan al hombre a un sufrimiento siempre creciente, de tal modo que, reducido a la impotencia, quebrado física y espiritualmente, termine por decir lo que no quería decir. Aunque, como bien sostenía el insigne maestro Carnelutti, siempre está latente la probabilidad de que el testigo intimidado, atemorizado, maltratado, declare cosas que no son ciertas o acepte lo que el torturador quiere imponerle tan sólo para evitar que continúe el castigo. Aunque no es el tema, bien vale la digresión porque, como eficazmente argumentaba el tratadista italiano, el juez no puede saber nunca si lo que dice o admite el detenido es realmente la verdad que se reconoce o la mentira que se consiente. En muchos casos la motivación es única y la misma. Lo que se quiere es que termine el dolor, la angustia física o espiritual. Verdad o mentira, son tan sólo un medio para que el castigo finalice. No obstante, la tortura no termina con la confesión del detenido. Deshechas sus fuerzas, obligado a admitir determinados sucesos, humillado frente a sí mismo por el recuerdo de acontecimientos por él vividos, la tortura continúa y se repite insistentemente en el tiempo. La deprimente historia de estos años uruguayos está llena de casos en que se ha torturado con reiteración, cada tanto tiempo, a detenidos que ya habían sido procesados, como una manera de demostrar que la autoridad militar está siempre y que la pena no se agota con la condena ni con la prisión. La tortura es también una forma de sanción. Son otras las razones que tiene ahora la dictadura, y muy fáciles de comprender. Se tortura como venganza: cada vez que la resistencia realiza un acto contrario al régimen, cada vez que hay una expresión de protesta, cada vez que el pueblo quiere romper sus cadenas, cada vez que el pueblo se manifiesta condenando al régimen públicamente, los detenidos en las cárceles y en los cuarteles sufren la tortura, exclusivamente como venganza. O se tortura como castigo colectivo, al cumplirse fecha de un acto anterior. Cada vez que el ejército recuerda lo que fue en el pasado un enfrentamiento o una fecha por él condenada, en cuarteles y en prisiones se tortura de las distintas maneras. O se tortura, como sanción personal, o por faltas reales o ficticias. Quieren terminar con la leyenda de los movimientos guerrilleros y entonces se tortura para destruir su alta moral, como también se tortura humillando al adversario públicamente en el patio del cuartel, para levantar la moral de una tropa mercenaria y claudicante. Aparece la tortura para hacer traidores, para atemorizar al resto de los integrantes de un movimiento, para prevenir a la población; se tortura a uno o a varios, para intimidar a todos.

Pero sobre todo se hace sentir la impunidad de quien tortura. El ejército es quien manda, nadie resiste ni controla su conducta. No hay poder civil que pueda controlarlo. No hay juez de ninguna categoría que pueda de alguna manera vigilarlo. Como prueba de ello tortura porque sí, a cualquiera, cuando se le antoja. No hay más poder que el suyo. Y frente al detenido, que muchas veces sacando fuerzas de flaqueza interroga a quien le está torturando la razón de esa medida, la respuesta del oficial encargado del castigo es siempre una: "¡Porque quiero! ¡Porque se me antoja! ¡Porque soy la fuerza constituida en el país!".

Es cierto, sí, que hay una patología de la tortura y que ésta puede transformarse en una enfermedad, de tal modo que quien la practica —el militar en este caso— adquiere el hábito del vicio. Su insatisfacción, sus nervios, sus crisis, su intranquilidad sólo se calman en la práctica constante de la tortura. La represión es un medio de proveer de material de laboratorio para esas experiencias personales. Hay toda una literatura que explica cabalmente cómo, en muchos tortura-



dores, el placer sádico de castigar a un ser humano, a su semejante, sustituye con creces el ejercicio del acto sexual. Sí, pero cometeríamos un error imperdonable si creyéramos que el ejército uruguayo practica la tortura como una desviación moral, aunque lo sea, o como consecuencia de una enfermedad contraída en la actividad profesional, aunque haya casos de esta naturaleza. El ejercicio de la tortura es una actividad planificada, una conducta consciente, originada en los altos mandos, consentida, cuando no inspirada, por el propio señor Bordaberry. Es parte medular de un plan político de entrega de la nación, siguiendo instrucciones que hoy se puede afirmar que provienen del exterior y que reconocen un común denominador. La pregonada integración latinoamericana, económica, política, social, buscada desde hace décadas por todos los pueblos latinoamericanos como una manera de oponerse al gran imperio del norte, y de tener un lugar en la humanidad acorde con su prestigio y con sus necesidades, al cabo del tiempo sólo se ha consumado en los hechos en la integración de sus policías, de sus ejércitos, de la actividad represiva en todos los países donde dominan las dictaduras. En Brasil, en Chile, en Bolivia, en las repúblicas bananeras del Caribe, en el Uruguay, oficiales de distintos ejércitos pero discípulos todos de los Estados Unidos, ejercitan con probada eficacia el sometimiento del ser humano apelando a los más indignos recursos. La Comisión del Senado norteamericano que investigó la intromisión de ese país en América Latina —la ayuda de la Alianza para el Progreso a los policías y a los ejércitos del continente— comprobó el respaldo, la influencia y las enseñanzas norteamericanas. El senador demócrata Frank Church así lo comprobó en su intervención de junio de 1972, y hace muy pocos meses el senador demócrata de Dakota del Sur, James Abourezk, denunció la ayuda militar norteamericana sosteniendo: "Las dictaduras latinoamericanas usan nuestro dinero para reprimir y suprimir a sus propios pueblos".

La necesidad impostergable para la oligarquía vernácula, dependiente del imperio del norte, de reducir toda combatividad de sus pueblos y todo intento de real liberación, ha impuesto la tortura como no se había conocido antes en estos países, retro trayendo la lucha a siglos y a civilizaciones que se creían superadas. El hombre americano conoce cada día mejor cuál es su verdadera idealidad. Quiere realmente para su pueblo y su país un destino distinto al actual y, por distinto, mejor. Los militares, enseñoreados del poder, recurren a cualquier método para impedir la militancia, la resistencia, la voluntad popular de independencia total para tratar de que el hombre latinoamericano no pueda concretar en los hechos la idealidad que ha abrazado.

En el espinoso trámite de consolidarse en el gobierno, la tortura es imprescindible. Todos los civiles son alcanzados por ella; cae incluso sobre políticos partidarios del gobierno y sobre comerciantes, hombres de finanzas, industriales a los que supuestamente se cree incurso en faltas o delitos. Un régimen de esta naturaleza, ya no podrá desprenderse de la tortura, ella es parte de su esencia, parte de su vigencia. Define al gobierno tanto como cualquier idea o programa. El régimen uruguayo para mantenerse en el poder necesita de la tortura: elemento destinado a obtener información, primero, más tarde, como elemento represivo, se ha convertido en un arma básica sustancial de su presencia al frente del país. Sólo así se justifica que se detenga y se encierre a menores de edad y que se persiga a jóvenes de 15, 16 y 17 años y se les confine en albergue de recuperación junto a delincuentes depravados.

El régimen ha desnudado sus intimidades; el pueblo ahora

sabe cabalmente, al conocer todo este proceso, que en su definición le va la vida. La tortura ha dejado de ser un medio conducente a obtener información: ahora es un respaldo fundamental del sistema. El régimen vive si tortura, porque si deja de torturar el pueblo se alza, como que aun torturando el pueblo se levanta igual, pronto para la pelea.

Llegamos a este Tribunal Russell para acusar a la dictadura uruguayo, a los civiles con cargos, a las Fuerzas Armadas sin excepción, de haber arrasado las instituciones, conculcado las libertades, mancillado la tradición oriental, violado la Constitución, las leyes, los acuerdos internacionales. Los acusamos de haber perseguido, acosado, torturado, vejado y asesinado a su pueblo, transformando las cárceles en lugares de sufrimiento y de escarnio, y de haber desencadenado el terror a todo nivel. Los acusamos de haber tratado por todos los medios de reducir al hombre común y anónimo, al que tan sólo vive, así como al que lucha por la liberación nacional, a meras cosas, incapaces de sentir y de pensar. Los acusamos de haber querido destruir su nacionalidad y su fibra patriótica y de haber condenado a sus hermanos de tierra al sufrimiento y al dolor. No son frases, además, que digamos hoy aquí a miles de kilómetros de distancia de nuestra tierra. Durante mucho tiempo, mientras ocupamos nuestra banca en el senado, denunciábamos todos los días estos hechos y no obtuvimos como respuesta nada más que el silencio y una mayor represión, hasta que finalmente fue disuelto el Parlamento de la República, y lejos de nuestra tierra, hemos seguido en la lucha, tratando no sólo de ahondar en la conciencia ciudadana de todos los hombres del mundo, sino de hacer lo que estuviere al alcance de nuestras fuerzas para destruir la dictadura.

A este Tribunal Russell aportamos las pruebas, los testimonios correspondientes, los documentos que certifican nuestros dichos para que el Tribunal juzgue sobre la verdad de nuestras palabras.

Nada pedimos materialmente a otros pueblos ni a otros hombres. Nuestro padre Artigas, héroe de nuestra independencia, nos enseñó que "nada debemos esperar sino de nosotros mismos". En eso estamos, encarando y resolviendo nuestras dificultades que —no ocultamos— son bastantes; pero entretanto sentimos el deber insoslayable de que todos los seres del mundo conozcan la infamia que asola nuestra patria.

Sólo queremos que nuestra verdad se divulgue, que en todos los rincones del mundo se sepa la maldad y la traición de estos hombres, así también como la sangre, el sacrificio, las viriles lágrimas de quienes han caído y han dado su vida por la causa de la liberación nacional. Los hechos no suceden en vano. Siempre hay una sanción moral, siempre hay un juicio de la historia; a ellos nos remitimos, pero no pasivamente. Aspiramos a hacer nosotros mismos la historia de estos años.

En este Tribunal Russell II representamos a los que no pueden venir porque han desaparecido de la faz de la tierra, asesinados por el régimen; a los que no pueden llegar porque han sido mutilados; a los que no pueden hacerse oír porque sus mentes se cerraron para siempre, víctimas de los tormentos padecidos. Nuestra voz es la de todos aquellos que habiendo sufrido no pueden gritar su rebeldía, no pueden proclamar su lucha. Pero no sólo es una voz de acusación y de condena. Es también, y siempre, una voz de esperanza y de fe.

De esperanza y de fe en nuestra patria, en nuestro pueblo, en nuestra lucha, en el Hombre Nuevo que está surgiendo para la liberación. Por eso, como el poeta lo dijera tan cálidamente, repetimos nosotros: "Honramos a los que se han ido para siempre; cantamos a los que, estando en la Tierra, ya están renaciendo con el trigo".

CARTA DE MICHELINI AL PROFESOR KENNETH

CARTA AL PROFESOR
KENNETH JAMES GOLBY
(BUENOS AIRES, MARZO 24 de 1975)

Sr. Kenneth James Golby
Ontario (Canadá)

Sr. Kenneth James Golby. Ontario (CANADA). De mi consideración:

Podrá parecerle extraño recibir esta carta. Soy un senador uruguayo, actualmente radicado en Buenos Aires, Argentina, como consecuencia de los acontecimientos políticos que se viven en mi país. Tengo más de 30 años de actividad política intensa, habiendo ocupado varios cargos electivos y de gobierno, como que he sido —en los últimos veinte años— diputado, senador y ministro. Milité desde mi juventud en el Partido Batllista, integrante del Partido Colorado y por él fui electo diputado y senador desde 1954. En 1970 me separé del partido e integré con otras fracciones políticas el llamado Frente Amplio, que postuló al general Lúber Seregni a la presidencia de la República en los comicios de 1971, en que salió electo el señor Juan M. Bordaberry.

Por la prensa me enteré de la contestación que el señor Bordaberry dio a una carta suya sobre la situación política imperante en Uruguay.

Debo advertirle que su carta no fue publicada en mi país. Ignoro por consiguiente su texto, sus argumentos, las fuentes donde usted obtuvo información. Creo que hubiera sido útil, para todo el pueblo uruguayo y para la propia verdad histórica, que se hubieran divulgado conjuntamente ambas notas: la que usted le envió al presidente Bordaberry, y la respuesta que éste le hizo llegar.

El tema concreto de su misiva parece ser el de los malos tratos dados a los prisioneros, y la existencia de rehenes en los establecimientos carcelarios uruguayos. El señor Bordaberry aprovecha además la oportunidad para incursionar en otros temas que creo que usted no consideró.

Como estoy seguro de que usted tiene razón en el planteamiento formulado y que la carta del señor Bordaberry no responde a la verdad, es que me he permitido escribirle para hacerle conocer mis precisiones sobre esa respuesta así como para ratificar en su ánimo, la certeza de que ha procedido correctamente. Tenga usted la seguridad de que no ha sido "utilizado por ninguna campaña de desprestigio inspirada por el comunismo internacional ni por la antipatria". Usted está en la verdad y defiende una causa totalmente justa.

El problema de las torturas no es nuevo —desgraciadamente— en el Uruguay. Y tampoco nació con este gobierno, aunque su aplicación de modo masivo y tan brutal corresponde exclusivamente al período del señor Bordaberry, que es el que motiva su interés y preocupación.

Sobre el punto abundan las acusaciones y las pruebas. En todo el período correspondiente a la vigencia de la legislatura que comenzó el 1.3.1972, las denuncias se sucedieron interminablemente en el senado y la cámara de diputados sin que nunca el gobierno pudiese levantar los cargos. Por el contrario, en muchas oportunidades la propia intervención oficial contribuyó a establecer la veracidad de aquellas denuncias. Ya sea para los testimonios del Hospital Militar en que se daba cuenta del ingreso de detenidos con lesiones producidas por los procedimientos de las Fuerzas Armadas uruguayas, por la certificación de algún ministro, o por la declaración de los propios involucrados, quedó plenamente de manifiesto que los detenidos por el gobierno del señor Bordaberry estaban sometidos a apremios ilegales tanto físicos como morales y espirituales.

No sé si usted resolverá contestar la carta que le enviase el señor Bordaberry. Si lo hiciera, me permito sugerirle que le solicite el envío de los diarios de sesiones del Parlamento uruguayo (diputados, senado y asamblea general), verdaderas actas del trabajo de ese cuerpo; en ellas quedaron documentados perfectamente tanto los abusos de toda índole cometidos



por el gobierno, con la complicidad directa de los altos jefes militares —fundamentalmente el ejército— como la orientación responsable del señor Bordaberry y los ministros que lo secundaron. Yo lamento no poder acercarle esa información; carezco de ella y no tengo medios para conseguirla. Pero si el señor Bordaberry está interesado en que resplandezca la verdad, bien podrá enviársela.

Al remitirle a usted a esa fuente de información, prácticamente se cumple el propósito que motiva mi intervención en este doloroso intercambio de cartas. Los hechos documentados hablarían de por sí, pero entiendo que no puedo limitarme —ni usted tampoco lo aprobaría— a indicarle sólo cómo y dónde puede probar sus afirmaciones.

Mi obligación —así la entiendo— es proporcionarle todos los elementos que le permitan convencerse, tanto de que su preocupación y sensibilidad al interesarse por la suerte de los presos políticos uruguayos están perfectamente justificadas, como de que el señor Bordaberry falseó los hechos y pretendió engañarlo.

No sólo diputados y senadores uruguayos se ocuparon del tema. También otros sectores denunciaron las torturas y acusaron al gobierno y a las Fuerzas Armadas. La prensa opositora, toda la que después fue clausurada por el señor Bordaberry, marcó las arbitrariedades y la violación de los derechos humanos. En las páginas de esos diarios, se documentan fehacientemente los extravíos del gobierno. Los abogados de los presos hicieron oír en muchas oportunidades su voz de protesta, así como los propios familiares de los presos, a riesgo, unos y otros, de correr igual suerte. La Universidad, los sindicatos y su central obrera, la CNT (Convención Nacional de Trabajadores), agrupaciones políticas, así como organizaciones internacionales de la más diversa índole —con connotaciones políticas y sin ellas—, llegaron también hasta el gobierno uruguayo para expresar su protesta. Incluso la iglesia católica, en una declaración de la conferencia episcopal del Uruguay del 12.6.1972 previene al gobierno sobre la preocupación de la jerarquía eclesiástica por el mal trato y las torturas que se utilizan con los detenidos políticos; esto motiva una respuesta del señor Bordaberry en la que reconoce y justifica "el rigor y el apremio de los interrogatorios". La iglesia protes-

tante, la metodista y otras instituciones religiosas también manifestaron su inquietud y crítica ante los métodos gubernamentales.

Pero aún hay más. Algunos prisioneros insistieron en denunciar ante los jueces militares los vejámenes a que habían sido sometidos durante su paso por los cuarteles. Aprovecharon la oportunidad de tener que declarar ante ellos para referir la situación en que se encontraban, el padecimiento sufrido, incluso para mostrar las heridas, cicatrices y marcas que tenían. El resultado fue que cuando regresaron a los cuarteles, los oficiales superiores —advertidos de la rebeldía de los presos— primero les reprocharon el que los hubiesen acusado y luego, volvieron a torturarlos.

El hecho más notorio fue protagonizado por cuatro médicos uruguayos, sumamente prestigiosos. Los doctores Isern, Zapata, Benavidez y Díaz declararon ante el juez que mientras estuvieron detenidos en una unidad militar, se les había torturado. El juez tomó nota de la denuncia aunque nunca hizo nada por esclarecerla. De regreso al cuartel donde sufrían su encierro, los médicos fueron nuevamente torturados por los oficiales a quienes habían denunciado por los vejámenes anteriores. Este episodio, el más representativo de todos, no aparejó consecuencias para esos oficiales, algunos de los cuales posteriormente fueron ascendidos. Tampoco motivó ninguna reacción por parte de los altos mandos ni del señor Bordaberry, no obstante haberse probado totalmente en el Parlamento. En las actas parlamentarias figura cuanto le acabo de manifestar.

Demás está decir que con posterioridad a ese episodio, muy pocos detenidos se atrevieron a denunciar ante los jueces a sus torturadores.

El señor Bordaberry afirma que "ninguno de (los presos por los cuales usted se interesa) está sometido a metódicas torturas ni a trato inhumano."

Frente a esta posición del señor Bordaberry, yo le aseguro a usted que todos los detenidos han sido sometidos, de una u otra manera, a apremios físicos, morales o espirituales.

La intensidad de esos apremios, de la tortura, ha variado según los momentos, según los cuarteles, según los detenidos y según los oficiales encargados de su aplicación. Algún caso otro caso ha habido en que el oficial se ha rebelado y se ha negado a complicarse en esas prácticas. Este ha pagado con su propia libertad y con su carrera su gesto de valentía; al mismo tiempo la ferocidad del castigo que se le ha impuesto ha abastido en otros la voluntad de imitarlo.

Pero si ha habido variantes en la intensidad de la tortura —en función de esos extremos que le señalo—, no la ha habido en cuanto se refiere al señor Bordaberry, a los jefes militares y a los colaboradores gubernamentales más cercanos. Todos ellos son los grandes responsables de la miseria moral que se vivió y se vive en mi país.

A lo largo de estos últimos años, ha podido saberse por las declaraciones de los detenidos, por las de algunos médicos que muy pronto hubieron de arrepentirse, y por las confesiones —muchas veces en son de fanfarronada— de los propios oficiales intervinientes, que el gobierno del señor Bordaberry y de los militares ha aplicado muy variados métodos de tortura, perfeccionando continuamente el sistema. corresponde aclarar que esto no ha sido una improvisación producto de la pasión; ha sido el resultado de un muy deliberado acto del discernimiento, y —como lo dijimos en el Tribunal Russell en marzo de 1974 (le adjunto la primera parte de mi discurso)— al principio fue un medio para obtener información, pero con el tiempo se fue transformado en la base y el sustento del propio régimen. Si no hubiese torturas, el gobierno seguramente caería.

Distraigo su atención, para hacerle una breve reseña de los métodos de tortura más corrientemente empleados en Uruguay.

a) El plantón. Se trata de mantener al detenido de pie, encapuchado, sin darle alimentos ni agua, en posición rígida, durante horas o durante días, hasta el límite de su resistencia. En muchas oportunidades los torturados han debido hacer sus necesidades fisiológicas en sus ropas. Cuando sus fuerzas desaparecen y se caen, son levantados del cabello, a golpes o con baldes de agua fría. Se los mantiene en esta posición bajo techo o a la intemperie, a veces con una temperatura de cero grados. También se les obliga a permanecer con los brazos en alto y las piernas bien extendidas. A veces el plantón se hace desnudo, tratándose de hombres o de mujeres.

b) Golpes. De todo tipo y forma, siempre con el detenido

encapuchado y atado. Golpes de karate o con palo y varillas de acero o cachiporras de goma o el llamado "teléfono", consistente en golpear simultáneamente ambos oídos del detenido con las palmas de la mano. A raíz de estas palizas, los presos han sufrido toda clase de lesiones: pérdidas de dientes, fractura de costillas, perforación de tímpanos. A este respecto, los médicos militares, que tienen su participación en las torturas -pues el sistema se ha perfeccionado a tal punto que las torturas se aplican con un médico presente, a fin de que el prisionero sometido a ellas no muera en el acto- han sostenido que esta guerra ha mejorado sus conocimientos; han descubierto que la fractura de costillas y la perforación de tímpanos no requieren asistencia médica, puesto que evolucionan por sí solas.

c) Pícnica eléctrica. Aplicación de corriente eléctrica a los detenidos, a quienes se encapucha y se ata sobre tablas o sobre catres, con el cuerpo desnudo y muchas veces mojado, para máxima eficacia. Golpes de corriente de hasta 200 voltios (220 se considera mortal) eligiendo las partes más sensibles: encías, labios, ojos, oídos, órganos genitales, senos en las mujeres.

d) Submarino. Se introduce al detenido con la cabeza hacia abajo en un tanque de agua, manteniéndolo allí hasta el límite de la asfixia. La repetición puede ser por horas y horas. En muchos casos el agua del tanque se mezcla con vómitos, sangre y orines. En el Senado se comprobó en 1972 que el doctor Nevel Bonilla, prestigioso cirujano uruguayo, había sido sometido a este vejamen a cuya consecuencia sufrió una lesión cerebral. En las actas del Senado se encuentra la documentación pertinente.

e) El suplicio del agua. Al detenido se le pone contra una pared o en medio de un patio y con mangueras de gran presión se le tiran chorros de agua, que lo aplastan contra la pared o lo arrojan a varios metros de distancia, dada su potencia. Esto produce además sensación de asfixia, con vómitos y trastornos varios.

f) Se ata al detenido a un caballo o a un vehículo, y lo arrastra por el campo.

g) Simulacros de fusilamiento.

h) Estaqueamiento. Se mantiene al detenido acostado en el suelo, boca arriba, a la intemperie, atado a estacas con brazos y piernas bien extendidos.

i) El caballete. El detenido, desnudo, es sentado con las piernas abiertas en un caballete, sin tocar el suelo y con los brazos abiertos. El caballete es movido violentamente durante horas, produciendo la sensación de ser serruchado y partido en dos. Las consecuencias en órganos genitales son gravísimas, principalmente en las mujeres.

j) Se cuelga al detenido de las muñecas, atándose con alambres, a distancia del suelo.

k) Se tiene a los detenidos con los ojos cubiertos en forma permanente. Períodos de 90 días en esas condiciones son cosa común. Se utiliza la capucha, vendas, algodones en los ojos sostenidos por leucoplast. Cualquier médico sabe de los serios trastornos físicos y psíquicos que el procedimiento apareja.

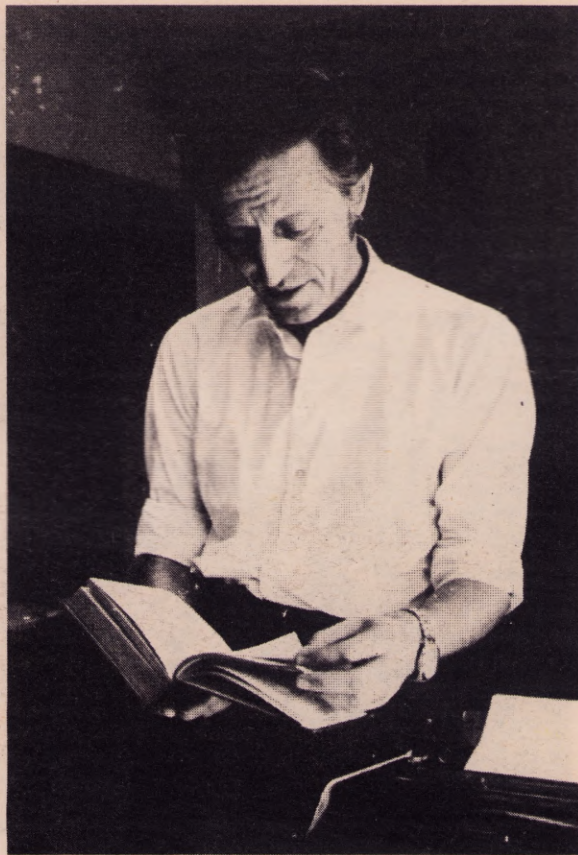
l) Administración de purgantes en forma reiterada, para disminuir la resistencia física de los detenidos. Este procedimiento fue aplicado en enero de 1973, en la Región Militar de Paso de los Toros, a los detenidos Ronsekoff, Engler y Wassen Alaniz, a fin de que firmasen una declaración contra determinadas personalidades políticas.

m) La inmensa mayoría de las personas permanece durante meses en régimen de absoluta incomunicación. En ciertos cuarteles, en largos períodos de tiempo no se permite a los detenidos conversar, leer libros, fumar, tomar sol, hacer gimnasia, caminar. La comunicación con la familia a través de cartas, una vez que se permite, es de una carta quincenal de dos carillas como máximo de extensión. Uno de los casos más notorios de incomunicación, por su repercusión internacional, ha sido el general Líber Seregni.

n) La gente a la cual se le levanta la incomunicación duerme hacinada en barracones, en viejos vagones de ferrocarril transformados en cárcel, en calabozos de 2,00 por 1,40, en caballerizas. Unos pocos en cama o colchones, la inmensa mayoría en el suelo, sobre frazadas o diarios, con luz artificial durante el día y la noche (las ventanas son tapiadas). Para acceder al baño a hacer las más elementales necesidades fisiológicas, es necesario esperar a veces horas.

o) Toda vez que el detenido es sacado del calabozo, barracón o lugar donde está recluido, sea para ir al baño, para ser interrogado, para ser fichado, para ir al juzgado o a la visita con la familia -siempre después de largos períodos de total incomunicación- sale encapuchado. Recuérdese que en Inglaterra un informe de la Cámara de los Comunes condenó como uno de los procedimientos más inhumanos y vejatorios la capucha. En Uruguay, ha llegado a ser un sistema común, natural, imperativo. Sigue siendo normal ver pasar por las calles un camión del ejército con detenidos encapuchados y esposados.

Estos son algunos de los vejámenes más generalizados, los que han aplicado a casi todos los detenidos. Ha habido además algunos casos de violaciones, incluso de hombres, pero no obran en mi poder pruebas de que estos métodos estén permitidos o sugeridos por los altos mandos y el señor Bordaberry. Mientras que todo lo que enumeramos anteriormente responde a un plan concienzudamente elaborado y se han



cursado órdenes al respecto; excesos tales como la violación de mujeres u hombres parecen responder a desahogos individuales, no permitidos. No obstante, no ha trascendido nunca que se adoptasen medidas disciplinarias para sancionar a los responsables de esos hechos.

Además, las sesiones de tortura y los malos tratos no terminan con el procesamiento del detenido por la justicia militar; a muchos procesados después de mucho tiempo, se les saca de sus lugares de reclusión y se les vuelve a torturar, a fin de que cambien declaraciones, acomodándolas al gusto de los militares, o por el simple hecho de crear una psicosis colectiva.

Ha habido quienes murieron como consecuencia de esas torturas que el señor Bordaberry niega. Recuerdo, entre muchos, algunos nombres de individuos por los cuales usted puede preguntar al gobierno uruguayo. Luis Carlos Batalla, Walter Sanzo, Edison Marín, Héctor Lorenzo Jurado, Carlos Alvariza, Fernández Mendieta, Walter Hugo Arceche, Gerardo Alter, Hugo de los Santos Mendoza, Nibia Sabalsagaray, Gilberto Coughlan son el índice revelador de las prácticas y métodos usados por las Fuerzas Armadas uruguayas, orientadas e inspiradas por el señor Bordaberry.

Demostramos además, analizando expedientes -el caso más claro fue el del pedido de desáfuero del senador Enrique Erro, considerado por el Senado en sus sesiones del 16 y 17 de mayo de 1973- que la tortura aparecía a través de las declaraciones de testigos que, en una fecha, afirmaban determinados hechos y negaban otros. Después de tres, cuatro o cinco meses, cuando como consecuencia de los malos tratos físicos y morales recibidos, su espíritu se había doblegado, el mismo preso aparecía en el mismo expediente declarando cosas totalmente distintas, y rectificando de manera terminante sus testimonios anteriores.

Pero el problema no es solamente de los prisioneros. La persecución se traslada inexorablemente a su familia y a los abogados defensores.

La angustia sufrida por la familia ha sido permanente. Normalmente al ser detenida una persona, si la familia no está presente en ese momento, no se entera del hecho. Constatada la desaparición, comienza un largo peregrinaje por cuarteles y oficinas militares donde nada se informa, y se responde que "nada se sabe". Durante las visitas, los familiares se han visto sometidos a una serie de incomodidades. Además del cacheo personal, se les ha obligado a desnudarse para ser revisados.

En algunas oportunidades que las fuerzas de represión no han logrado detener a la persona que les interesaba, se ha detenido a un familiar, totalmente ajeno al hecho, principalmente a la madre, declarándose que la misma no sería liberada hasta que no se presentase para ser indagada la persona buscada por los militares.

Los abogados han sufrido toda clase de abusos, programados con un ánimo intimidatorio manifiesto. De lo que se ha tratado es de desanimar a quienes asumen la defensa de los presos políticos. A muchos se les ha amenazado, se les ha detenido y se les ha maltratado.

El gobierno no se ha limitado a torturar a los detenidos y a oprimir a sus defensores y familiares en las formas descritas. El allanamiento en horas de la noche, violando todas las dis-

posiciones legales, ha sido acompañado del saqueo y del robo. En el Parlamento documenté denuncias en las que probaba que el robo de dinero, de objetos de arte, la apropiación de automóviles, motos, bicicletas y el saqueo de las fincas -se llevaban hasta las puertas y ventanas- eran procedimientos comunes. Nunca -absolutamente nunca- ningún integrante del gobierno hizo nada para impedir esos actos o reprimir a los culpables. De alguna manera el pillaje se convirtió en el botín del vencedor, tolerado, si no alentado, por el señor Bordaberry y los militares.

Hay también otro medio especial de molestar, de incomodar, de perseguir. Se establece para la gran mayoría de los liberados la obligación de pagar una fianza, es decir, de depositar una determinada cantidad de dinero para poder salir en libertad. Con esto se obliga a la gente -a los familiares de los prisioneros políticos- a endeudarse, a comprometerse económicamente. Gente pobre en su gran mayoría, de escasos recursos, se busca así ahogarlos económicamente. Familias conocemos que se han desprendido de artículos esenciales y que han vendido hasta su ropa para poder hacer frente a las exigencias del gobierno del señor Bordaberry. En otros casos, los prisioneros han pasado meses antes de que se pudiese conseguir el dinero para el pago de su fianza.

Mientras ocupé mi banca en el Senado traté, infructuosamente, de conocer el monto total de las fianzas pagadas por los familiares de los presos y el destino dado a su dinero. El gobierno dio siempre la callada por respuesta, y hasta el día de hoy hay un total desconocimiento sobre el problema. Se trata, sin embargo, de millones y millones de pesos.

El trato que se da en las cárceles a los presos políticos no es uniforme; varía según los establecimientos. Incluso puede afirmarse que dentro de cada lugar de detención dicho trato no es uniforme. No obstante, hay una diferencia muy grande entre aquellos establecimientos carcelarios que dependen de las Fuerzas Armadas y los que están sometidos a autoridad policial. En éstos -Punta Carretas, Cabillo, Cilindro, Cárcel de la Jefatura-, el trato es mucho más humano, más racional, más ajustado a los tratados internacionales vigentes en la materia.

En cuanto a aquellos en que las Fuerzas Armadas tienen su control y responsabilidad, también hay diferencias, pero su característica uniforme es la de ensañarse con el detenido, sometiéndolo a privaciones y manoseos de toda índole, aunque en algunos períodos -preciso es reconocerlo- hayan tenido, en virtud de la presencia de algún jefe más responsable, un trato más comprensivo, y menos oprobioso.

Puede afirmarse que lo peor de todo está dado en las Unidades Militares, en los cuarteles, tanto en la capital como en el interior del país. Ahí el prisionero está abandonado totalmente a la arbitrariedad de los jefes militares, y carece de garantías y de las mínimas comodidades. En los otros, como pueden ser Punta de Rieles (para mujeres, a 14 kilómetros de Montevideo), el régimen es de una severidad inhumana, de una persecución constante, de sanciones continuas.

La más mínima falta -y quien aprecia la falta es el carcelero militar de turno- es reprimida con sanciones tremendas. La incomunicación absoluta, por días y días, es el castigo más corriente.

El trato diminutorio se traslada a la visita de familiares y abogados. Se graban las conversaciones, no se permite saludar físicamente, se debe conversar delante de soldados u oficiales, hay que limitarse a los temas concretos de la visita.

Con posterioridad a la muerte del coronel Tralbal se sancionó masivamente a todos los presos. Se prohibieron los recreos, se suspendieron las visitas, se clausuró la correspondencia. No se permitió el envío de alimentos ni de ropa. El encastamiento fue total.

El gobierno del señor Bordaberry y los militares utiliza la cárcel con el ánimo de destruir a los detenidos, reducirlos, acosarlos, enloquecerlos.

Invoca usted que el gobierno del señor Bordaberry ha tomado como rehenes a algunos de los prisioneros, cita sus nombres y se preocupa por su suerte. El señor Bordaberry rechaza que sean rehenes, y para avalar su negativa, recurre al diccionario español, a fin de aplicar estrictamente el sentido del vocablo. La verdad es que no podemos detenernos a calificar si el término empleado es el exacto o si hubiese correspondido otro; lo que corresponde es juzgar su condición, ver si se han violado o no leyes y acuerdos internacionales, y si es cierto o no que estos presos están siendo maltratados, condenados al constante sufrimiento, muertos en vida.

Porque lo real, lo que importa sobre las definiciones, es que desde setiembre de 1973, nueve guerrilleros -Raúl Sendic Antonaccio, Adolfo Wassen Alaniz, Jorge Maneras Lluveras, Julio A. Marenales Saenz, Henry Engler Golovchenko, Mauricio Rosenkoff Zilberman, José Alberto Mujica Cordano, Eleuterio Fernández Huidobro, y Jorge Zabalza Waksman, a los cuales se agregó en mayo de 1974 Jorge Selves Lawlor- fueron marcados por el gobierno uruguayo para ser ajusticiados sumariamente si el Movimiento de Liberación Nacional (MLN, tupamaros) continuaba operando en el Uruguay y si, en alguna de sus acciones, se cometía algún atentado contra integrantes de las Fuerzas Armadas.

Esta decisión se les comunicó personalmente a Sendic y Zabalza en el cuartel del departamento de Durazno, a 200 kilómetros de la capital uruguaya, para que ellos a su vez se la

hiciesen saber a sus abogados y familiares. Interesaba que la amenaza llegase, privadamente, a los líderes tupamaros que estaban libres.

También en parecidas condiciones se encuentran ocho detenidas: Jessi Macchi Torres, Cristina Cabrera Laport, Raquel Dupont Oliveira, Grazia Dri Da Silva, Flavia Schilling, Estela Sánchez, Alba Antúnez de Belmelli y María Elena Curbelo de Mirza (esta última gravemente enferma. Su caso fue denunciado al Tribunal Russell en Roma en marzo de 1974).

Durante mucho tiempo todas esas personas fueron trasladadas continuamente de un lugar de reclusión a otro. Originariamente los hombres estuvieron en el Penal de Libertad y las mujeres en Punta de Rieles, pero a partir de que se les tomó en calidad de "víctimas propiciatorias" (ya que no se les quiere llamar rehenes), se les cambió a cuarteles del interior y a otros establecimientos de detención, buscando por todos los medios posibles que ni sus familiares ni los abogados defensores pudiesen saber a ciencia cierta dónde se encontraban.

Actualmente, están en celdas individuales de dimensiones de 2 metros por 1,5, húmedas, sin ventilación, la puerta permanente cerrada, la luz prendida día y noche. Los alimentos que reciben son insuficiente, y no se permite su envío, por parte de los familiares. Esto les ha ocasionado trastornos motrices y circulatorios debido a la inactividad permanente, así como también avitaminosis generalizada, con repercusión en las vías y el aparato respiratorios.

Su aislamiento ha sido y es total. Y va más allá de su permanencia en una celda. Comprende también la prohibición de todo tipo de recreación (lectura, manualidades, trato con los demás detenidos). No tienen papel ni lápiz, no pueden escribir, y no se les permite hablar ni siquiera con sus carceleros.

La inactividad física e intelectual completas, la angustia representada por la permanente amenaza de muerte, la ausencia de todo contacto humano, las atroces condiciones ambientales y de alimentación, son nuevos métodos de tortura que ensayan el señor Bordaberry y los generales uruguayos con estos presos.

Se ha consultado a varios médicos sobre las consecuencias que puede aparejar un régimen permanente de vida como el de esas personas, a quienes enfáticamente se les niega el calificativo de "rehén", pero sobre cuya situación actual el señor Bordaberry no hizo ninguna referencia; todos coinciden en que se les puede ocasionar perturbaciones psíquicas, adelgazamiento, deshidratación, permanentes diarreas, debilidad pronunciada, senilidad precoz, además de acentuarse las dolencias que ya pudiesen tener. Algunos de ellos ya han querido suicidarse como consecuencia de la depresión psíquica a que se les ha llevado, y todos padecen los trastornos previstos.

No obstante, su evidente declinación física, la asistencia médica que reciben estos presos es completamente defectuosa, pasando meses y meses sin que los vea un médico o un odontólogo. Tampoco se permite la entrega de remedios enviados por los familiares.

El señor Bordaberry invoca las operaciones practicadas a Sendic y la atención clínica que se le dispensó. Cita un solo hecho. Además, nadie debe dudar de que el esfuerzo médico ordenado y practicado por el gobierno tuvo como finalidad la de recuperar a Sendic para poder interrogarlo, la de recobrarlo físicamente para luego condenarlo a este peregrinaje doloroso y al vejamen continuo; pues con posterioridad a esas operaciones, se le ha hecho vivir hasta en el fondo de un aljibe, en la Unidad Militar de Durazno. Curar a Sendic, recuperarlo, para torturarlo después, es la expresión de un refinamiento que no necesita comentarios.

Esta es la situación de todas esas personas, por las cuales usted se conmovió y resolvió escribirle al presidente uruguayo. Poco importa si usted empleó con acierto la denominación de rehenes. Lo que interesa es que están siendo vejados, maltratados, destruidos físicamente; y que quienes eso hacen con otros seres sobre los cuales supuestamente ya cayó el peso de la ley -pues teóricamente fueron sometidos a proceso legal- pretenden posar, como el señor Bordaberry, de personas humanas, con sentimientos altruistas, cristianos, que profesan respeto a sus semejantes.

No se trataba -alguien podría pensarlo- de que yo oponga mi palabra y mi verdad a la que pregonan el señor Bordaberry o alguno de sus adláteres.

Todo cuanto afirmo es muy fácil de probar. Sólo haría falta que el gobierno uruguayo le permitiese a usted y a los médicos y abogados que usted señalase, visitar y conversar en el Uruguay con estas personas, observar los lugares en que estuvieron y están reclusas, dialogar con los abogados defensores, examinar los expedientes judiciales.

Por supuesto, ésta es una esperanza vana. El señor Bordaberry y los militares no permitirán el acceso a las fuentes de la verdad que son, coincidentemente, la prueba de su infamia. Buscarán pretextos para oponerse a ello; y en última instancia, los rehenes o no rehenes -pero sí los condenados al sufrimiento que describimos- continuarán siendo sometidos al "tratamiento" que lleve a su desintegración psicofísica.

Yo lo exhorto, señor profesor Golby, a que usted desafíe al señor Bordaberry a que le permita realizar esa inspección personal, acompañado de los colaboradores que usted indique. Porque si importante y vital es rescatar a la vida a quienes son perseguidos con saña inaudita, también lo es marcar



ante la humanidad y la historia a quienes han pretendido aparecer como respetuosos de la ley y patriotas, cuando en realidad son el ejemplo cabal de sanguinarios torturadores.

En su respuesta, el señor Bordaberry dice que los presos "fueron y están siendo juzgados por tribunales competentes y condenados, luego de procesos, en los cuales tuvieron todas las oportunidades de defensa". No indica la naturaleza y características especiales de esos tribunales. Usted, profesor, habrá creído que se trata de jueces y tribunales civiles, del fuero común, similares a los que existen en su país y en todo el mundo.

Pues no, el señor Bordaberry omitió decir -y por algo lo hizo- que quienes juzgan a los detenidos son militares de las tres armas.

Se trata de un régimen de excepción, que contraría todas las indicaciones en la materia. En estas condiciones no hay justicia; pues quienes deben aplicarla son hombres con profesión, oficio y mentalidad militar y no jurídica, educados para el ejercicio de la guerra y no para impartir justicia, con vocación y disciplina castrense, con una concepción de la vida y del país formulada en función de su educación y sus objetivos militares.

Los militares están acostumbrados a mandar y a obedecer, sin inquirir razones ni formular preguntas. La autoridad, la jerarquía, el concepto de verticalidad, no admiten -no pueden admitir- ni variantes ni deliberaciones. Lo que corresponde es cumplir lo que el superior ordena.

Agreguemos a esto algo que también se silencia: los jueces militares son designados por los mandos del Ejército. No es, por consiguiente, un cargo que se otorga en función de las condiciones, la capacidad o la sensibilidad del designado, sino simplemente porque así conviene al funcionamiento de la institución. Ser juez militar es cumplir un destino, como tantos otros que hay en las Fuerzas Armadas. Se trata de un acto de servicio, en el sentido que lo entienden y practican las Fuerzas Armadas. No hay diferencia a los efectos de la carrera entre ser director de remonta, jefe de la represión al contrabando en la frontera o juez militar.

Me siento obligado a recordar conceptos muy expresivos sobre la naturaleza de la profesión y la condición militares. Figuran en la Exposición de Motivos sobre los Códigos Penal Militar, de Organización de los Tribunales Militares y de Procedimiento Penal Militar, aprobados en el año 1936. El texto dice así: "La regla suprema de las Fuerzas Armadas es la subordinación; sin ese principio no existe ni cohesión, ni orden, ni prestigio, ni espíritu de cuerpo, ni eficiencia técnica o material. La obediencia debe revestir casi la fuerza de un dogma; una orden del superior o del servicio aparece congénitamente prestigiada por la aureola de la legitimidad. En materia civil es racional que la legalidad de la obediencia se apruebe; en materia militar es justo que la legalidad se presuma".

He sostenido en el Senado de mi país, en varias oportunidades -la discusión del tema también figura en las actas de ese cuerpo-, que los militares no podían ser jueces, pues carecen de los tres atributos esenciales que definen la condición de juez: independencia, versación, vocación. Las mismas precisiones caben con respecto a los fiscales militares, encargados de la acusación.

Parecería innecesario extenderme sobre el porqué de esta

afirmación. La argumentación es obvia; no obstante, debo hacerlo para clarificar aún más esta exposición.

Un militar carece de independencia pues está subordinado a sus superiores, de quienes recibe órdenes en función de la jerarquía castrense establecida. No puede resignarse al mandato de la superioridad, pues quien así lo haga pasa a disponibilidad, es decir, queda prácticamente fuera de cuadros. La forma como el militar se comporte en el cargo al que se le destina jugará un papel decisivo en futuros ascensos; es un mérito a tenerse en cuenta si cumple satisfactoriamente su cometido, y un demérito si su comportamiento no agrada a sus superiores. El grado de dependencia está dado por la propia característica del ordenamiento militar. La justicia, consecuentemente, será una derivación de la política inspirada y orientada por los altos mandos; el juez que la contradiga o la altere obstaculizará esa política; perderá inexorablemente su cargo, y éste será un antecedente perjudicial en su carrera militar.

Un militar carece de versación jurídica, como que ha seguido una carrera completamente distinta, antagónica diríamos, sin querer significar desmedro. El derecho, la ley, la justicia, la imparcialidad, la ecuanimidad, el ordenamiento jurídico, la interpretación legal, la fidelidad a las normas vigentes, el respeto a la forma en la ley, son consignas consulares para todo juez, puestas siempre al servicio de la justicia a la cual se entrega. Para eso le es necesario capacitarse, estudiar, pulir su carácter, afinar su razonamiento. Al cabo de muchos años, en la práctica continua, moldea su espíritu y afirma sus convicciones. La educación de un militar es completamente distinta; el discernimiento, el análisis comparado son la esencia de una profesión; el orden y la disciplina la razón de ser de la otra.

El militar puesto a ejercer y dictar justicia lo hará en función de las premisas y valores en las cuales fue formado, que nada tienen que ver con su nueva labor. No comparamos carreras, no valoramos funciones, no decimos que esto es mejor que aquello. Afirmamos, en cambio, que quien elige ser militar y se educa para ello, nada tiene que ver con el ejercicio de la magistratura para impartir justicia.

Pero si todo esto no fuese convincente, hay un último factor que decide la controversia y prueba su carencia de versación: la ignorancia reconocida de los jueces militares en materia legal. Tanto es así, que deben trabajar con asesores jurídicos designados por el Poder Ejecutivo con prácticos en derecho, abogados con título expedido por la Universidad uruguaya, que acredita que están habilitados, por sus conocimientos, para ejercer la abogacía en el país. Es decir, el coronel juez es quien sentencia, pero para evitar que los disparetes sean mayúsculos o que esas sentencias sean manifiestas "groserías jurídicas", tiene que asesorarlo un abogado. Imponiendo esta obligación, el mismo Poder Ejecutivo y las Fuerzas Armadas reconocen la ignorancia, la incapacidad que a nosotros nos interesa destacar.

Un militar carece de vocación, y esto parece lo más fácil de percibir, como que eligió -libremente- ser militar y le ordenan ser juez.

¿Puede admitirse que en esas condiciones la justicia fuese correcta, ni que fuese en realidad justicia? No; sucedió lo previsible, lo que habíamos anticipado. Los errores y excesos jurídicos -de buena y mala fe, que de ambas las hubo- caracterizaron y caracterizan toda la función de los jueces-coronels-militares. Estuvieron y están más preocupados en servir y atender la política de las Fuerzas Armadas en la coyuntura, en velar por su carrera, que en impartir justicia a personas que, antes de ser sometidas a su jurisdicción, ya han sido condenadas por el señor Bordaberry y los militares, en continuos y reiterados discursos, como delincuentes, apátridas, mafiosos, ladrones y asesinos. Eso no sorprende, pues si la carrera de un militar es la razón de ser de su ingreso en el ejército, la judicatura será para él transitoria y ocasional.

Los militares no son jueces en el sentido puro y limpio del vocablo; simplemente son los ejecutores mecánicos -cubriendo débiles apariencias- de una política que dictaminan los altos mandos militares de los cuales dependen.

Otra cosa que silencia el señor Bordaberry cuando le dice a usted que los presos son juzgados por tribunales competentes, es que los presumarios -la iniciación del expediente en el que se relacionan los hechos que luego conducirán a la condena o absolución del detenido- no son realizados ni en el juzgado ni siquiera por el juez-coronel. Son realizados en los cuarteles, por los servicios de inteligencia y por oficiales de graduación inferior a la del juez -generalmente capitanes y tenientes- respondiendo directamente a las órdenes del jefe del regimiento en que prestan servicios; así, éste se transforma en el verdadero instructor del juicio.

¿Se piensa acaso que en esa etapa, el detenido ha gozado de garantías y ha podido ejercer su defensa? En la realidad, ha sido golpeado y torturado; se le ha mantenido incomunicado, suspendido entre la vida y la muerte, para que así declarase y firmase lo que tenientes y capitanes le han mandado.

En la condena de esos presos políticos por los cuales usted se interesa fue factor decisivo el sumario instruido. Y yo quiero que usted entienda de qué forma, en esta etapa y en todas, la justicia militar depende no sólo de la jerarquía castrense, sino también del mismo Poder Ejecutivo, es decir, del señor Bordaberry. Quiero que usted vea cómo el juez sumariante, además de incompetente, carece de independencia. Así, usted verá hasta qué punto la afirmación del señor Bordaberry es falsa

e invalida su testimonio.

El artículo 83 del Código de Organización de los Tribunales Militares, que rigió y rige en todos los casos —porque la tragedia de mi país no es cosa del pasado, se renueva constantemente—, dispone en cada unidad del ejército, será juez sumariante —es decir, el que inicia todas las actuaciones— el oficial designado por el jefe de la unidad en cuestión.

Preguntamos: ¿cómo comienza todo sumario? Por el juez sumariante. ¿Quién designa al juez sumariante? El jefe de la Unidad Militar.

¿Está clara o no la dependencia del Poder Ejecutivo? ¿Quién nombra al jefe de la Unidad? Los jefes militares. ¿Y de quién dependen esos jefes militares? Del Poder Ejecutivo, del presidente de la República actuando con el ministro de Defensa Nacional. ¿Quién resuelve que se haga cargo de la Jefatura de una Unidad un determinado militar? El presidente de la República. ¿Qué facultades tiene, desde el punto de vista de la justicia, ese jefe militar a cargo de la Unidad? Nada menos que la de designar al juez sumariante. ¿Cuál es el cometido del juez sumariante? El de comenzar la causa, preparar el expediente, realizar los interrogatorios y careos, organizar las pruebas, aconsejar trámites y procedimientos. Durante ese período de tiempo —lo repetimos— el detenido está durante días, semanas y meses, totalmente incomunicado, a merced de sus captores que lo someten a toda clase de apremios. El sumario así instruido culminará en el procesamiento con todas las consecuencias correspondientes.

La total subordinación de la justicia es evidente. El Poder Ejecutivo resolvió encargar de la represión a las Fuerzas Armadas: éstas iniciaron las acciones correspondientes, pero además, se encargaron de los sumarios (un juez me decía que en materia penal, el sumario hace prácticamente el expediente definitivo) y les fue entregada la justicia. Es una justicia que no procede por sí, porque no tiene iniciativa propia. Actúa sólo cuando, según los artículos 256 y 257 del Código de Procedimiento Penal Militar, lo establece y ordena el ministro de Defensa Nacional.

Tanto es así que, cuando familiares, defensores, o el mismo interesado han denunciado ante el juez militar que un preso ha sido objeto de torturas, el juez, basándose en el ordenamiento jurídico vigente y el Código de Procedimiento Penal Militar, ha requerido la correspondiente "autorización" del Ministerio de Defensa Nacional para poder intervenir, la que por supuesto nunca le ha sido concedida (caso ya indicado —entre otros— de los cuatro médicos).

La justicia militar —lo hemos probado— depende directamente del Poder Ejecutivo, a través del Ministerio de Defensa Nacional.

Dada la estructura jerárquica militar, su subordinación permanente a los mandos y la especial situación que vive el país —desborde total de Fuerzas Armadas incontroladas— en la práctica, la función de dictar justicia ha quedado ligada directamente a las órdenes castrenses.

En los hechos, en el Uruguay actual, los jueces militares tomaron y toman parte en la lucha, alineados en uno de los bandos, sin el menor atisbo de imparcialidad.

Pero todo esto que hemos expuesto —no obstante su enormidad— no ha bastado a las aspiraciones de los jefes militares, quienes han desacatado asimismo las decisiones de la propia justicia. Cuando los jueces militares decretan libertades provisionales, esa orden de libertad no se cumple de inmediato, a pesar de que la ley obliga a hacer efectiva una orden de libertad en el transcurso del día, bajo la responsabilidad penal de los directores de los establecimientos carcelarios.

A partir del momento en que se decreta una libertad, empieza un misterioso trámite secreto que culmina con la resolución de un "tribunal" militar, dependiente en forma directa de los comandantes en jefe, que en definitiva resolverán si se cumple o no el mandato del juez. A ese trámite, por supuesto, no tienen acceso los abogados defensores.

Si la decisión de ese tribunal, al cual asesora directamente el Servicio de Inteligencia del Ejército, es negativa, el preso —teóricamente "liberado"— permanecerá en prisión por tiempo indeterminado. Hay casos en que se supera el plazo de un año desde que se decretó la libertad por el juez militar. Lo normal son de 2 a 6 meses de detención agregada.

Después, para estos presos hay todavía mayor martirio. Cuando la discrecionalidad del gobierno lo resuelve, se les expulsa del país. Recuperarán entonces la libertad fuera de fronteras, siempre y cuando dispongan de los medios económicos para pagarse el viaje, cuyo destino más cercano tiene que ser Europa; no se accede a que se trasladen a ningún país de América, con lo cual los gastos de pasaje aumentan considerablemente. Y, como lo ha dicho algún jerarca, si el detenido liberado no cuenta con dinero para viajar, no saldrá nunca más en libertad.

Por otra parte, la subordinación de los jueces militares a sus mandos naturales ha llevado a la reapertura de muchos procesos por autoridades militares que desobedecen la competencia judicial; pasando por encima de la soberanía del juez, se llevan al detenido —que depende directamente del juez, según el ordenamiento jurídico vigente— y lo vuelven a interrogar, desconociendo todo el trámite corrido anteriormente. De más está decir que en este nuevo planteo, el detenido vuelve a ser vejado y torturado.

Más aún, quienes intervienen en el nuevo procedimiento

son muchas veces militares que nada han tenido que ver con el primitivo. La discrecionalidad es tan grande, que cualquier militar que se sienta con ánimo detectivesco o esté disconforme con una sentencia se cree con fuerza y atribuciones para comenzar por sí mismo un nuevo procedimiento de investigación, desconociendo todo lo actuado anteriormente.

La debilidad de los jueces y su dependencia ante el superior jerárquico —dependencia en detrimento de la justicia— se manifiesta en que no reclamaron nunca de estos procedimientos.

Uno de los casos más notorios de esta enormidad jurídica —la reapertura de un caso ya concluido y fallado— fue el de Néliada Massa y Enrique Turell. Consta en las actas parlamentarias.

He sostenido en los debates parlamentarios —lo reitero ahora— que si todos los procesos incoados en la justicia militar fuesen revisados por una justicia civil competente, especializada e independiente, casi ninguno de ellos quedaría en pie, tantas son las enormidades jurídicas cometidas, tantas las arbitrariedades toleradas o propiciadas, tantas las aberraciones legales en que se basan sus fallos. Sin contar, por supuesto, que la mayoría de las sentencias están basadas en declaraciones arrancadas por la pícana eléctrica o el submarino, o en acusaciones obtenidas mediante apremios ilegales.

Podrá argüirse que la intervención de militares como jueces fue motivo de ley, y que el Parlamento así lo sancionó. En parte es cierto, pero se oculta mucho de la verdad. Aun cuando formalmente se hayan cumplido los requisitos constitucionales —ya que en el fondo, el sometimiento de civiles a la justicia militar es claramente inconstitucional, dado el texto del artículo 253 de la Constitución uruguaya—, se silencia lo más importante: que la ley fue arrancada a presión, bajo el "chantaje" impuesto por el señor Bordaberry y sus intermediarios ante las Cámaras. O se sancionaba la ley, o se producía el alzamiento de los militares y la disolución del Parlamento.

Lo cierto, lo real, es que no fue un trámite ni correcto ni normal. Estuvo viciado por las tensiones internas, por las exigencias ilegítimas, por la coacción y el apremio. De todos modos, un año después las Cámaras fueron disueltas.

Muchos legisladores fueron cómplices del gobierno. Algunos fueron débiles; otros creyeron honestamente que con ese sacrificio se evitaban males mayores al país.

Debo advertirle que no voté el proyecto; hablé extensamente en su contra cumpliendo con la resolución del Frente Amplio, colectividad política que representaba en el Parlamento, y que resolvió oponerse a la ley por la cual se entregaba la justicia a los militares.

Usted se refiere a los informes de la Cruz Roja Internacional, Amnesty International y la Comisión Internacional de Juristas, con sede en Ginebra. En este punto concreto, el señor Bordaberry presume la ignorancia de los demás o cree que su cargo le permite, además de otros excesos, el de mentir impune y desembocadamente.

¿Qué otro juicio puede merecer, si no, su conducta? El señor Bordaberry dice que la Cruz Roja Internacional "en ningún caso constató malos tratos ni recibió quejas en ese sentido". Debería haber transcrito el párrafo del informe referido al Hospital Central de las Fuerzas Armadas, en que la Cruz Roja establece que

"los reclusos enfermos tienen prohibido comunicarse entre sí, no pueden leer, ni distraerse haciendo pequeños trabajos manuales, ni pasearse, ni tienen derecho a recibir visitas, es decir, están reducidos a una pasividad completa". Y agrega la Cruz Roja,

"entre los enfermos visitados se encontraban incluso según pudimos notar los delegados, algunas personas que debieron ser trasladadas al Hospital Militar a raíz de haber sufrido torturas. Estas constaban, firmadas por el médico en las fichas de enfermo bajo la rúbrica: "motivo de la internación".

Esta transcripción del informe desvirtúa totalmente la respuesta del señor Bordaberry, pero hay más aún. En una carta enviada el 17 de enero de 1974 a los ministros de Defensa y del Interior, la Cruz Roja Internacional protestó por la publicación parcial hecha por el gobierno del informe que el señor Bruno Doppler (delegado de la Cruz Roja) había hecho como consecuencia de su visita al Uruguay entre el 2 y el 27 de agosto de 1973, pues las citas publicadas no tenían mucho en común con el texto original. Esto significa que el gobierno uruguayo, premeditadamente, con el ánimo de confundir a la opinión pública y de engañar a su pueblo, adulteró el contenido del informe y sus conclusiones al divulgarlos en forma incompleta, fragmentaria y caprichosa.

Los antecedentes de estas afirmaciones mías obran en poder de la Cruz Roja Internacional, y el señor Sergio Nessi, su delegado general para América Latina, conoce perfectamente el caso.

En cuanto al informe de la Comisión Internacional de Juristas y Amnesty International, la realidad es muy otra. Niall McDermot e Inger Fahlander, representantes de ambas entidades, establecieron categóricamente que "por lo menos el 50 por ciento de todos los presos políticos arrestados han sido objeto de malos tratos o torturas", y terminan su informe afirmando al "pronto retorno a un sistema de justicia civil".

Compárense estos conceptos con las afirmaciones del señor Bordaberry, y juzgue usted si se puede dar crédito al res-

to de sus manifestaciones, cuando tan burda aparece en este caso la mentira.

Además, conviene recordar que a todas las personas que concurren al Uruguay en nombre de una entidad internacional a conocer la situación de los presos, se les impidió la entrada a establecimientos militares; y en ningún caso se permitió que conversasen con los detenidos políticos.

El señor Bordaberry aborda —sin que usted lo haya mencionado— el asesinato, ocurrido en París, del coronel Ramón Trabal, ex jefe del Servicio de Inteligencia del Ministerio de Defensa Nacional.

Aunque no deseamos incursionar en el tema —daría para precisiones, preguntas y muy variadas conclusiones—, corresponde indicar que el señor Bordaberry, tan prolijo en su comentario acerca de ese episodio, omitió referirse a una de sus innegables derivaciones: la muerte de 5 jóvenes uruguayos —tres mujeres (Graciela Estefanell, Mirta Teresa Hernández y María de los Angeles Corbo de Brum) y dos hombres (Florencio García y Héctor Brum) que habían estado vinculados en épocas anteriores al movimiento guerrillero de los tupamaros. Fueron encontrados al otro día de la muerte del coronel Trabal, acribillados a tiros, con síntomas evidentes de haber sido torturados; sus cadáveres aparecieron en la zona de Soca, a cerca de 65 kilómetros de Montevideo.

Fue un claro acto de represalia. Cinco jóvenes pagaron con su vida la de Trabal. ¿Quién los mató? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Qué investigaciones dispusieron el señor Bordaberry y los militares? ¿Qué disposiciones se adoptaron para aclarar el asesinato?

Un gran misterio rodeó y rodea todo el hecho, pero ningún ciudadano uruguayo deja de vincular las muertes de Soca con la de Trabal en París. De las conclusiones que resultan, surge la condena al régimen.

El señor Bordaberry afirma que "la calumnia se viene gestando" al atribuirse al gobierno que él preside, el crimen del coronel Trabal. Antes de que "el aparato (propagandístico) funcione a todo régimen", dice, se hace imprescindible una aclaración. Así lo hace pública y tajantemente.

La verdad es que si la opinión pública internacional responsabiliza al señor Bordaberry y los militares de la muerte del coronel Trabal —quien primero lanzó la acusación fue el insospechable diario inglés "The Manchester Guardian"— también al señor Bordaberry y los militares se les atribuye el asesinato de los 5 jóvenes.

Si ambas versiones circulan con igual intensidad, al descartar el señor Bordaberry una sola de ellas, ¿reconoce la autenticidad de la otra? No sabemos quién puede haber matado al coronel Trabal; pero tenemos el íntimo convencimiento de que el señor Bordaberry y los militares saben perfectamente quiénes mataron a esos 5 jóvenes, cuándo y cómo.

Además, al aludir solamente al crimen del coronel, el señor Bordaberry desnuda su voluntad y su pensamiento. Rechaza la idea de que se le pueda considerar mezclado en el crimen de París; pero no tiene ningún interés en que se le ponga desvinculado a las muertes de Soca.

El señor Bordaberry se refiere a "la ofensiva propagandística del comunismo en el mundo" y a "la habitual campaña internacional de calumnias y falsedades".

Ya se ha hecho rutinaria la frase que adjudica a la campaña internacional la divulgación de verdades y hechos que duelen a un gobierno. Todos los regímenes dictatoriales latinoamericanos —llámense Haití-Duvalier, Chile-Pinochet o Uruguay-Bordaberry-militares—, recurren siempre a ese slogan fácil, endosando a la mala fe de otros las demerencias propias. Quieren presentarse como víctimas inocentes, sin pecado y sin culpa. Uruguay sería el centro, el destinatario de esa propaganda dispuesta a enlodar reputaciones. De más está decir que este juego ya no lo cree nadie.

La tesis fácil de repetir descalificar a quien acusa, adjudicándose falta de autoridad moral, propósitos inferiores o maldad deliberada, no puede admitirse como argumento válido. La única manera de deshacer la imagen negra que el país ha ganado en el mundo por su mal trato a los presos y por las torturas es terminar precisamente con la persecución al hombre, y respetar y cumplir con los acuerdos en materia de derechos humanos. En síntesis, no torturar más.

Pero bueno sería que el señor Bordaberry materializase, concretase esa acusación vaga, referente a las campañas internacionales del comunismo. Debería precisar qué es el comunismo internacional, a quién responde, dónde nace. En una palabra corporizarlo, identificarlo y dejar, por consiguiente, de referirse a él como algo abstracto. Sobre todo ahora que se apresta a concretar un importante convenio comercial para la venta de carne y lana con la Unión Soviética, el más grande país comunista del mundo, con influencia internacional evidente.

La respuesta del señor Bordaberry se pierde posteriormente en una serie de referencias a otros temas que presumo usted no mencionó. Así, desfilan el ingreso per cápita, la distribución de la riqueza, el índice de alfabetización, la esperanza de vida, el contraste trasvasamiento de clases, los estratos sociales, la influencia extranjera, la conjura internacional (dirigida desde Cuba), así como una muy particular evaluación e interpretación de la guerrilla y los guerrilleros y, por supuesto, los autoelogios que no vacila en adjudicarse.

Es infantil tal proceder. El señor Bordaberry alude a esos temas cuando no tiene contradictores posibles. Esos puntos son la esencia misma de la tragedia uruguaya; quienes podrían responderle —prensa, políticos, senadores, diputados, dirigentes sindicales, profesores— han sido eliminados de la vida del país por su decisión y la coautoría de las Fuerzas Armadas. Con unos presos, otros exilados, otros clausurados, el diálogo, la polémica es imposible.

A la clarificación de ideas mediante la discusión libre, razón de la democracia misma, el señor Bordaberry prefirió la voz sola y única de su autoridad. Grita sus posiciones, se oye a sí mismo, y al no advertir réplica, se solaza creyendo que él es la verdad. El hecho no es nuevo. La historia sangrienta de las dictaduras latinoamericanas —y ésta uruguaya ocupa posición de primera fila— marca ejemplos similares. También inexorablemente, previene el fin lamentable de las mismas.

Ya que el señor Bordaberry enfatizó sobre la problemática uruguaya, bueno hubiera sido que se refiriese al caos económico que vive el país, consecuencia directa de su presencia en el gobierno (hace cinco años y medio que es personaje decisivo, primero como ministro de Ganadería y Agricultura y después como presidente y dictador). Podía haber nombrado la desocupación y el hambre de la gente, la inflación, el aumento de la deuda externa, la emigración masiva de miles y miles de uruguayos que han abandonado el país o población por

sus ideas, o corridos por el hambre que agota a la población; la dependencia del capital extranjero, el déficit fiscal, la deserción escolar, la disminución de los recursos a la enseñanza y a la salud pública mientras aumentan los gastos militares. Y por supuesto, también la clausura de la prensa, la suspensión de las garantías individuales y los derechos sindicales, la prohibición de toda actividad política, la represión, el cierre del Parlamento, la intervención de la Universidad, la persecución a los hombres por sus ideas políticas, la expulsión de la administración pública a los que no profesen las ideas del gobierno, la preponderancia del fusil y las bayonetas sobre la moral y la inteligencia.

En fin, debía haberse referido a lo que es la tragedia de un país y el sufrimiento de su pueblo. Pero éstos son temas que usted no ha tocado y, por consiguiente, yo no debo extenderme sobre ellos. Es con el señor Bordaberry, con los militares y con quienes le hacen coro que deben discutirse, aunque, claro está, ellos mismos han creado las condiciones para que toda controversia sea imposible.

Yo podría haber limitado mi correspondencia con usted a recordarle que el señor Bordaberry juró el 10. de marzo de 1972, ante el Parlamento Nacional y ante su pueblo, defender, cumplir y hacer cumplir, como presidente, la Constitución de la República. Un año y medio después, quebró su juramento y traicionó el mandato impuesto.

Sin embargo, las circunstancias que vive mi país y la especial consideración que usted me merece, aun sin conocerlo, me han obligado a poner de manifiesto no sólo esta indignidad del señor Bordaberry, sino todo lo demás tratando de imponer una verdad que dentro del país está totalmente aplastada por la rígida censura de prensa, y por la persecución implacable a todos los que disienten con el gobierno.

Usted perdonará la extensión de estas líneas: los hechos vividos son tan graves y tan grande el acopio de datos y argu-

mentos que me ha sido imposible restringirme.

Si algo no he querido en todo este proceso es dramatizar ni enfatizar. La gravedad de los términos empleados surge de los propios acontecimientos, no de mi voluntad.

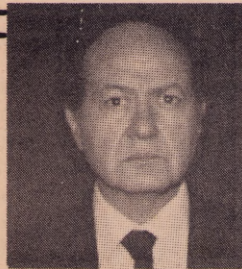
Los hechos aquí narrados son de fácil probanza. Bastaría contar con las garantías suficientes para interrogar a los detenidos y a sus torturadores, inspeccionar locales, revisar los antecedentes y la documentación existentes en el Parlamento y en el país, estudiar los expedientes judiciales. La verdad resplandecería sola y marcaría al actual régimen uruguayo —al señor Bordaberry y los militares— como a una de las dictaduras más sórdidas que la historia de América haya conocido.

En última instancia, me remito a su juicio. Repare usted en cuanto le digo, y piense en los calificativos que puedan merecerle estos hechos que me duele como uruguayo tener que comentar.

No me resta sino agradecerle su intervención destacar su sensibilidad, alegrarme en nombre de la humanidad, porque todavía existen hombres capaces de vibrar por los problemas ajenos, tan lejanos. Hombres que sienten que el sufrimiento y la persecución que padezca un ser humano en cualquier punto de la tierra es un sufrimiento propio, que hiere a todos; y que la impasibilidad frente al acto de un hombre que maltrata a otros, válido de su fuerza y de su posición, es —en el fondo— una omisión de asistencia. Por el contrario, la voz que se alza para condenar la injusticia merece el mayor respeto y consideración.

Formulo votos por su ventura personal y la de su familia, y quedo a sus órdenes. Afectuosamente,

ZELMAR MICHELINI ■



EL ÚLTIMO ENCUENTRO

Niko Schwarz

Debo haber sido el último uruguayo que vio con vida a Zelmario Michelini (salvo su hijo del mismo nombre). Fue en la esquina porteña de Corrientes y Florida, cerca de la medianoche del fatídico 18 de mayo de 1976, el día de la batalla de Las Piedras. Cuando intercambiamos unas frases e informaciones de última hora, ambos estábamos lejos de suponer que en ese mismo momento se estaba desarrollando e operativo salvaje en la casa de Héctor Gutiérrez Ruiz, con participación de los agentes de la dictadura uruguaya.

Este último episodio se conoce en todos sus detalles, por la carta abierta de Wilson Ferreira a Videla. Aquí quiero hablar sobre todo de Zelmario, aunque me parece legítimo asociar su nombre con el del "Toba", como entrañables amigos que fueron, como mártires de la lucha por recuperar la libertad perdida, alcanzados ambos por el largo brazo de la dictadura fascista uruguaya.

En Buenos Aires, desde 1973 nos veíamos frecuentemente con Michelini. El estaba desde los días del golpe, yo había llegado el 21 de setiembre desde Santiago de Chile, luego de vivir diez días bajo el pinocheismo. Ambos nos ganábamos la vida en el periodismo. Zelmario trabajó primero en "Noticias", un diario peronista de izquierda, y luego en "La Opinión" de Timerman, sobre la calle 25 de Mayo, a la vuelta de mi trabajo en Prensa Latina como corresponsal sobre temas uruguayos. El hacía prolongadas jornadas en la redacción, escribiendo con pluma afilada sobre temas internacionales. Yo lo visitaba a menudo, llevándole materiales para la publicación, siempre sobre Uruguay. Otras veces nos encontrábamos en la esquina de Corrientes y Florida, a una cuadra de mi trabajo y a unos pasos del Hotel Liberty, cuyo propietario, amigo suyo y apasionado como él de las carreras de caballos, le cedía una habitación a permanencia. En el hall del hotel recibía a compatriotas que venían a plantearle problemas, que él trataba de solucionar.

Luego, concebimos el proyecto de la publicación propia, como sucede siempre en estos casos. Habíamos uruguayos de distinto pelo en la

capital argentina, ¿qué otra cosa podíamos hacer que una publicación contra la dictadura y repartirla por el país y por el mundo? Nos asociamos varios en la empresa, aunque hay que decir, para ser justos, que su mejor organizador, con una consecuencia de todas las horas, fue el rector Oscar Maggiolo. Con él participábamos: los compañeros del Partido Socialista, Reynaldo Gargano y José Díaz; el ex decano de la Facultad de Derecho, Alberto Pérez Pérez, Michelini y yo. Quiero hacer una mención especial para rescatar del olvido al otro habitual participante: Julio D'Elia, sobrino del Pepe, miembro de los GAU, trabajador de la empresa Papel Prensa, que fue secuestrado cuando ya el grupo había dejado de funcionar y del cual nunca se volvió a saber nada.

Todos los allí reunidos éramos frenteamplistas. A la vez, teníamos amistad y estima por el "Toba" (presidente de la Cámara hasta el golpe de Estado por el voto del Partido Nacional y del Frente Amplio) por su vertical conducta antidictatorial. ¿Por qué no asociarlo a la empresa común? En el exilio, cerca o lejos del paísito, los uruguayos no pueden hacer otra cosa que juntarse. También nos veíamos con Wilson y Juan Raúl. En la segunda reunión, Gutiérrez Ruiz estaba con nosotros. A veces las reuniones se hacían en su casa de la calle Posadas 1011, en una sala que lucía dos cuadros: el de Aparicio Saravia y el de su esposa Matilde, pintado por un artista de su Tacuarembó nativo (¿o de Durazno?). De esa misma sala habrían de llevarse en la noche del 18 de mayo. Otras veces nos reuníamos en lo del rector, que habría de morir en su segunda capital del exilio, Caracas, sin volver a ver la patria. Isaura nos agasajaba con exquisiteces, pero el rector imponía la obligación de no fumar. Algunos lo hacían a hurtadillas, al lado del ventanal abierto. "Estábamos inventando la convergencia y la concertación", nos decía Maggiolo años más tarde, cuando recordábamos estas vivencias en México. En esas reuniones Michelini era un constante animador. Teníamos un sistema muy bien organizado. A nuestro boletín le pusimos el nombre de "Infomaciones Uruguayas". Escribíamos todos, sobre temas fijados de antemano y con iniciativa propia. Los artículos se leían en común y se corregían atendiendo a las opiniones colectivas. Luego se ponía en juego nuestra técnica artesanal. Yo me llevaba todos los originales y con ayuda de mis amigos argentinos se picaban las matrices. Los socialistas tenían vínculos en un sindicato ubicado en el Gran Buenos Aires, que facilitaban la impresión. Allí iba a buscar los ejemplares en un auto el "Toba",

que se autodefinía como el "canilludo" del grupo, y distribuía puntualmente su paquete a cada uno de los integrantes, que procedía a enviarlo a su lista de direcciones en América y en Europa. Así funcionamos con toda regularidad.

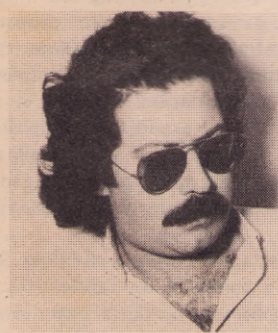
Dos días antes del 18 de mayo, había acompañado a Michelini en su cena frugal en un restaurant de la calle Esmeralda casi Corrientes, donde consumía su bife de chorizo y el budín de pan que era una tradición. En la noche señalada, él volvía de su trabajo y yo me dirigía a la boca del Metro. Michelini ya había dejado en manos de un redactor de "La Opinión" (creo recordar se llama Carlos García, escribo de memoria) su premonitoria carta póstuma, bien conocida. Quizá él nunca llegara a saber que en ese mismo momento se estaba ejecutando el procedimiento infame contra Gutiérrez Ruiz por parte de agentes notoriamente convencidos de que gozarían de una impunidad perenne: y que él mismo se encaminaba hacia la muerte.

La esquina estaba inusualmente oscura. Lo ví entrar en el cono de luz de Liberty.

Cuando, poco tiempo después, se consumaba el secuestro de Gutiérrez Ruiz, éste, con gran presencia de ánimo, le dijo a su esposa (que asistía al drama, junto con sus hijos sacados de la cama) que advirtiera a Michelini. El jefe de la patota lo interrumpió con brutalidad. "Si quiere que su esposo siga con vida, dijo, no le avise nada a nadie. Además, a ése lo vamos a buscar ahora".

Esa mañana, no recuerdo por qué, estábamos en Prensa Latina desde una hora muy temprana. Antes de las 8 irrumpió Zelmario. Me pareció leer en su rostro (adolescente) que la responsabilidad había reemplazado al terror. Los integrantes de la banda habían reducido al sereno del hotel, subieron a la habitación de Michelini, le ordenaron levantarse y le permitieron llevar consigo algunas medicinas. A su hijo, que en esos días lo estaba acompañando, le taparon la cabeza con la frazada y lo mantuvieron con una pistola en la sien durante el procedimiento. Cuando todo terminó ya casi amanecía. Lo único que pudimos hacer fue enviar cables en todas las direcciones y avisar a todo el mundo.

Pasamos 48 horas de angustia. El 20 de mayo, al abrirse el kiosko frente a mi casa, cuelgan en primer término un ejemplar de "La Opinión". Toda la primera página estaba dedicada al hallazgo de los cadáveres de Michelini y de Gutiérrez Ruiz, mutilados y con un balazo en la sien ■



JORGE PASCULLI

A 9 AÑOS DE SUS ASESINATOS

Somos un semanario frenteamplista. Profunda y orgullosamente frenteamplista. Como tales, somos uruguayos honestos, democráticos, pluralistas, amantes de la libertad, de la justicia, del socialismo, de la lucha y de la esperanza.

Sufrimos por Zelmár sí. Y cómo. Pero también sufrimos por el "Toba", por Rosario, por William, que no eran frenteamplistas. Y sufrimos y nos solidarizamos con todos los luchadores caídos. No nos duelen prendas al sentirlo y expresarlo. Todos los muertos nos duelen igual.

En este modesto trabajo-homenaje de hoy va nuestro abrazo a las familias de los cuatro asesinados, a sus colectividades políticas, a todos los que continúan luchando por una patria mejor.

Ese es el sentido que le damos a este trabajo-homenaje como uruguayos. Sincero, emocionado, unitario.

Como frenteamplistas queremos depositar en Zelmár nuestro reconocimiento a todos los caídos de nuestra colectividad.

Hoy, después de sufrir, resistir, y estar saliendo de esos duros años de represión contra el pueblo; hoy que iniciamos el camino de la reconstrucción del país, ellos están presentes en nosotros. Nos duele su ausencia física, cómo no. Pero qué alegría saberlos mercedores de que ellos vivan en nosotros. Qué alivio sentir que su lucha no fue en vano. Qué desahogo poder hoy recordarlos y nombrarlos en voz alta, porque aún después de muertos estuvieron prohibidos.

Hoy queremos en Zelmár recordar a todos ellos. Y hemos elegido a Zelmár —espontáneamente unánimes— por muchas razones.

Porque fue secuestrado, desaparecido, torturado, y asesinado por luchar.

Porque —como la gran mayoría de los hijos de este país— hace cincuenta años se inició en un partido tradicional. Era un joven militante que creía que el batllismo era la mejor opción para nuestro país. Fue un político brillantemente rebelde dentro del Partido Colorado. Honesto a carta cabal. Comprometido con transformaciones populares que su partido no se animaba ni quería realizar. Luchó dentro de él todo lo que pudo. Renunció a altas posiciones por sus principios. Primero al alejarse de Luis Batlle. Después, al no aceptar la vicepresidencia con Gestido. Siempre mantuvo en alto sus principios. Fue durísimo fustigador del gobierno colorado de Pacheco. Allí vio que no había futuro para sus ideas dentro de ese partido. Es ahí —presagio del camino que luego tomarían otros uruguayos honestos— que Michelini realiza todos los esfuerzos posibles para formar —junto a otros partidos y ciudadanos— nuestro Frente Amplio. Su participación fue fundamental, y eso la reacción jamás se lo perdonaría. Se jugó entero por sus convicciones, siempre. Su preclara actitud para con el Frente Amplio fue el presagio del definitivo quiebre del bipartidismo.

Y hemos elegido a Zelmár porque en su vida de parlamentario dedicó todos sus esfuerzos a denunciar las constantes violaciones de los derechos humanos. Se preocupó por la suerte de todo ciudadano detenido. Sus intervenciones salvaron muchas vidas, aunque el proceso era irreversible. Fue el aguijón infatigable que intentaba despertar a muchos uruguayos que no querían ver lo que estaba ocurriendo.

Luchó y peleó por todos, sin distinción. Y esa es otra de las características por la que sentimos que en Zelmár podemos contener a todos. Fue unitario. Defendió la vida de los frenteamplistas, pero también la de los tupamaros con quienes tenía grandes discrepancias. Defendió —en suma— la vida, porque también se conmovió ante la muerte de humildes soldados.

Fue incluso más allá. No sólo luchó por salvar vidas en un enfrentamiento, sino que buscó y aclaró las causas de ese enfrentamiento para tratar de ponerle fin. Señaló con claridad que si bien no compartía los métodos de la guerrilla, entendía que había causas políticas, económicas y sociales que implicaban una violencia que engendraba violencia. En la asamblea del 14 de abril de 1972, luego de que se desata la guerra expone que para ponerle fin a la misma hay que atacar las causas que la engendran y no —como solicitaba nuevamente el gobierno— proponer nuevas medidas represivas.

La disolución del parlamento lo encuentra en Buenos Aires donde había ido encomendado por el Frente Amplio a retener a Erro en la vecina orilla,

ya que se sabía que sería detenido en cuanto regresara. En sus casi tres años allí, se preocupó por difundir al mundo todo lo que pasaba en nuestro país. Su participación en el Tribunal Russell hizo que toda Europa supiese lo que aquí pasaba. Integró el parlamento latinoamericano, desde donde siguió denunciando a la dictadura. Todas esas denuncias sirvieron para que Edward Kennedy y Edward Kóch lo invitaran a formularlas en el congreso norteamericano. No pudo hacerlo al negársele el pasaporte uruguayo. Meses después de su asesinato, el congreso norteamericano suspendió la ayuda militar al Uruguay.

En Buenos Aires, a pesar de llevar una vida muy austera, ayudó a cuanto uruguayo pudo, y de eso hay innumerables testimonios.

Fue un hombre íntegro. Comprometido hasta la muerte con la suerte de su patria. Apasionado, generoso, humilde. Padre de una numerosa familia, varios de cuyos integrantes también vivieron —y aún viven— la represión.

Pero hay otras motivaciones en esta elección. Menos racionales. Menos visibles a simple vista, pero igualmente válidas porque son reales. Es difícil explicarlo. Es algo como inasible, como inaprehensible. Como la libertad misma, ¡ahí está!! Zelmár convocaba —y convoca— en nosotros lo mejor de cada uno. Instantánea, emotiva, visceralmente. Era —es— imposible permanecer indiferente ante la sola evocación de ese flaco tierno, de ese flaco corajudo y humano que nos hacía —y hace— sentir corajudamente humanos con su sola presencia, con su sola evocación.

Ese flaco pasional convoca —en mí por ejemplo— los miedos que ya vencí y los que aún me faltan, y los hace galopar en equilibrio. Ese flaco —convoca en mí por ejemplo— al hijo y al padre. Al hijo preocupado, dolorido —a veces impotente— porque siente que sus viejos se le van inocentemente desgraciados. Al padre que ama bestialmente, pero que vive cuestionante de caminos que va desechando; cuestionando en caminos que intenta abrir, inexpiente.

Ese flaco que no tuvo miedo a cambiar convoca —en mí por ejemplo— al militante que duda porque no quiere equivocarse. Y le dice: escucha, observa, duda, piensa, conversa con tus compañeros; y luego actúa honestamente, sin prejuicios.

Ese flaco huesudo como Jesús convoca —en mí por ejemplo— el compromiso con los demás que nos humaniza. Ese flaco me agarra de los güevos, me jode, me sacude, me impulsa, y me dice que los miedos, que el hijo y que el padre, que el compañero, que el amor —que la vida y que su muerte— no tienen sentido si no nos jugamos por lo que creemos justo. Y me ayuda.

Por todo esto hemos elegido a Zelmár para depositar en él todo el afecto y el reconocimiento que nuestro pueblo siente por todos los zelmáres muertos.

Zelmár y los zelmáres nos siguen convocando, ahora en la sangre, en el corazón, en el alma y en la piel de cada uno de nosotros.

Esa llamita que han dejado en nosotros Zelmár y los zelmáres se vuelve llamarada de libertad. Es el voto que el alma pronuncia: ¡VIVA LA PATRIA! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA LA JUSTICIA! ¡VIVA LA VIDA! ¡VIVA LA ESPERANZA! ¡VIVA LA LUCHA!

*Por nuestros padres, por nosotros, por nuestros hijos: ¡SABREMOS CUMPLIR!
Ustedes nos están ayudando.*



PRODUCCION
Carlos Vila



FOTOS
Edgar Chelle

las bases

DIRECTOR
Jorge Pasculli

REDACTOR
RESPONSABLE
José Pedro Rodríguez
Felipe Sanguinetti 2796

DIAGRAMACION
Y ARMADO
Oswaldo Cibils
Alvaro Osuna
Pedro Botana

COMPOSICION
CBA S.R.L.
J. C. Gómez 1439
95 70 46

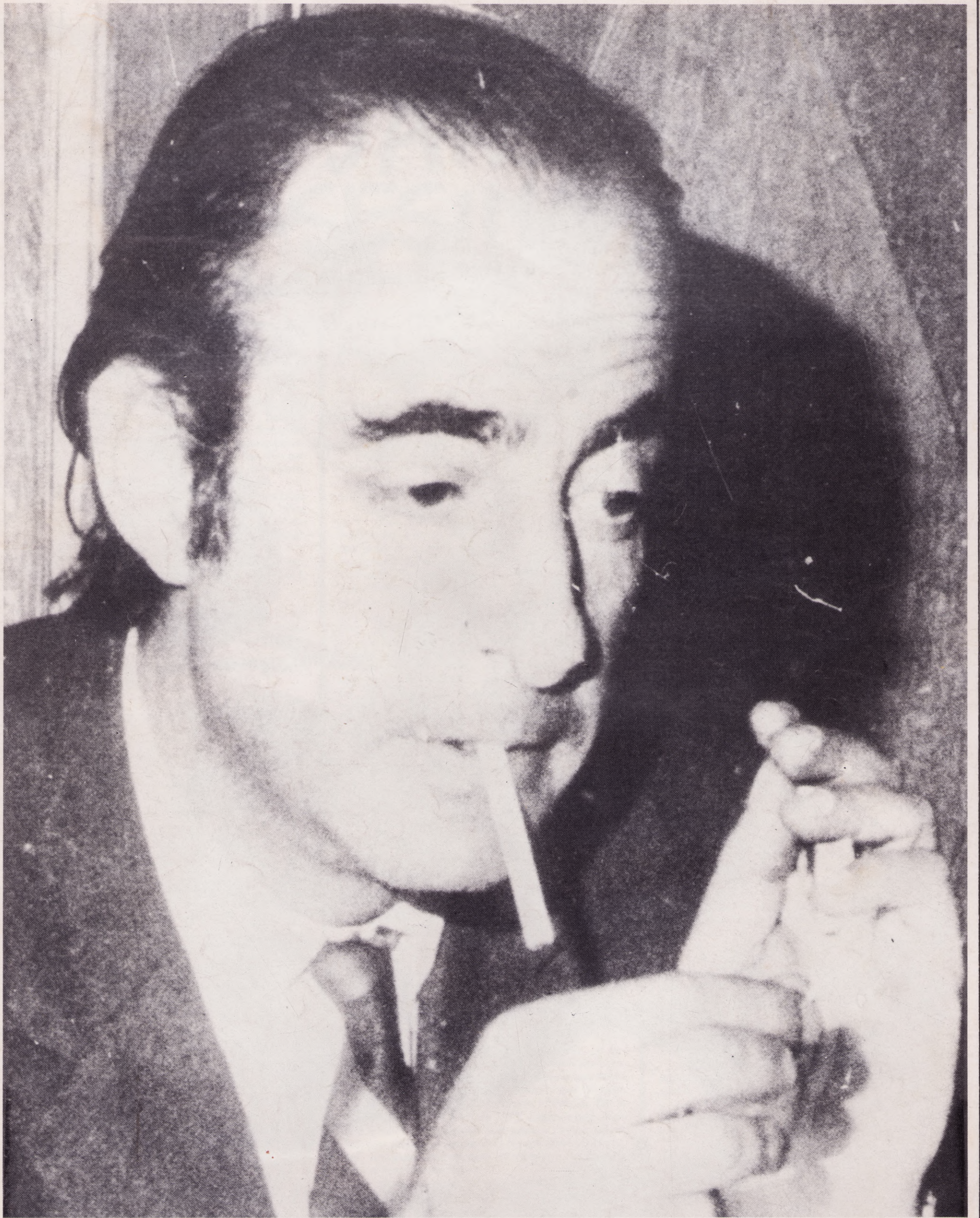
MINISTERIO DE
EDUCACION Y
CULTURA
114/84 Inc. 7894

MINISTERIO DE
ECONOMIA Y
FINANZAS
2411

Impreso en Polo Ltda.
D.L. 202.828/85

Distribuye Hebert Berriel
y Nery Martínez
Paraná esq. Ciudadela
90 51 55





las bases